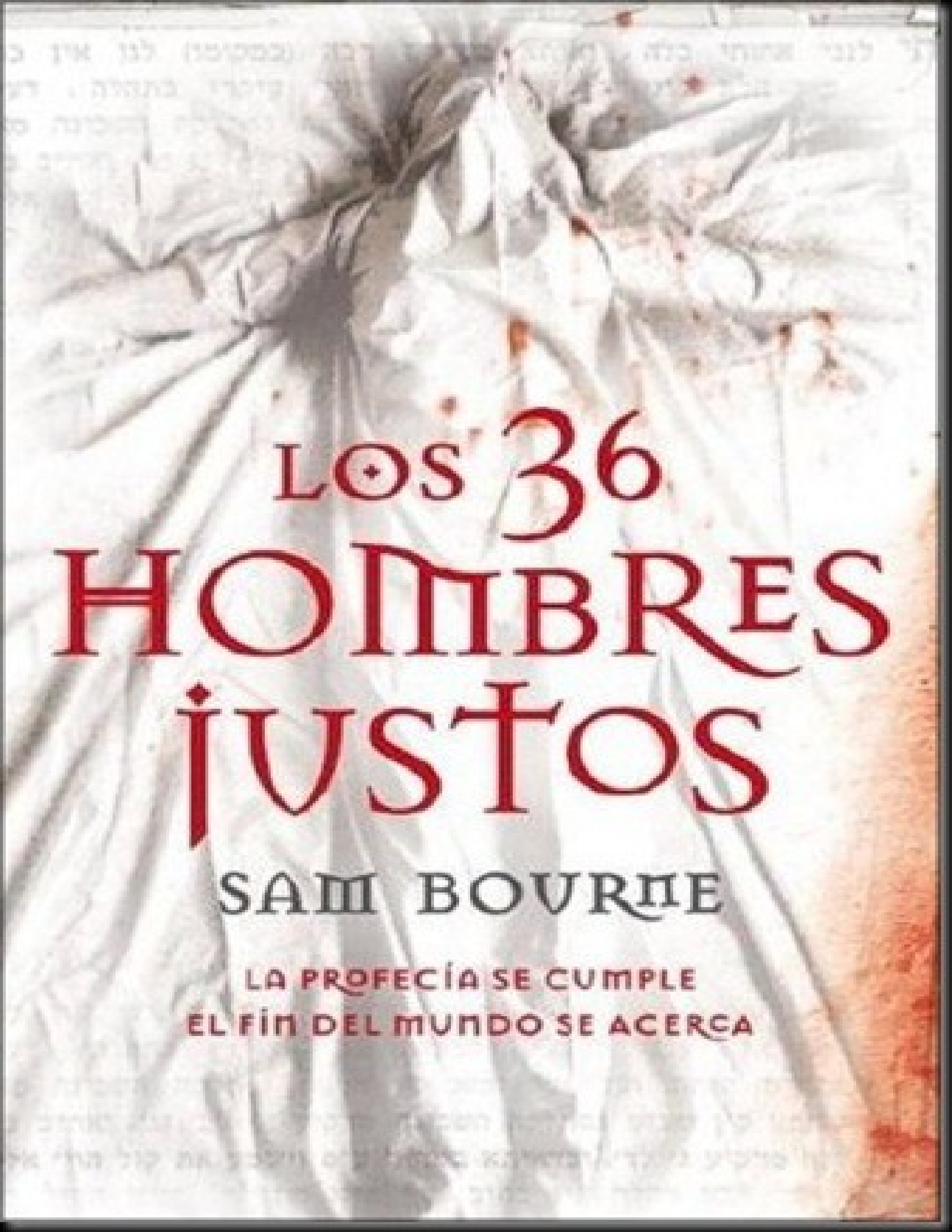

LOS 36
HOMBRES
JUSTOS
SAM BOURNE
LA PROFECÍA SE CUMPLE
EL FIN DEL MUNDO SE ACERCA

Los 36 hombre justos

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Los 36 hombre justos
Sam Bourne

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Viernes, 21. 10 h, Manhattan

La noche del primer asesinato estuvo llena de música. La catedral de San Patricio, en Manhattan, se estremecía con los *sonidos* de El Mesías, de Haendel, la gran obra que siempre conseguía conmover hasta al público más adormecido. Sus corales ascendían hacia los altos techos del templo, como si pretendieran salir y alcanzar los mismísimos cielos.

En el interior, cerca de las primeras filas, se hallaban sentados un padre y su hijo. El de más edad tenía los ojos cerrados, como solía hacer siempre que escuchaba aquella música, que figuraba entre sus favoritas. La mirada del hijo iba de los intérpretes -los cantantes, vestidos de negro, y el director, que movía enérgicamente la cabeza de canosa melena- al hombre que se sentaba junto a él. Le gustaba observarlo y analizar sus reacciones. Le gustaba tenerlo así de cerca.

Aquella era una noche de celebración. Un mes atrás, Will Monroe hijo había conseguido el trabajo con el que había soñado desde que llegó a Estados Unidos. A pesar de que todavía no había cumplido los treinta años, ya era un prometedor reportero de *The New York Times*. Monroe padre se movía en otras esferas: era abogado, uno de los de más éxito de su generación, y en aquellos momentos ejercía de juez federal en el segundo nivel de apelaciones dentro del Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos. También le gustaba reconocer un logro cuando lo veía, y aquel joven sentado a su lado, cuya infancia él se había perdido, había realizado una proeza. Cogió la mano de su hijo y le dio un cariñoso apretón.

En ese preciso instante, a no más de cuarenta minutos de distancia de trayecto en metro, pero a un mundo de diferencia, Howard Macrae oyó unos pasos a su espalda. No se asustó. La gente que no era del lugar seguramente se

habría mantenido alejada de aquel barrio de Brownsville, en Brooklyn, que era famoso por sus problemas con las drogas; sin embargo, Macrae conocía todas sus calles y callejones.

Formaba parte del paisaje. Un proxeneta que llevaba más de dos décadas en circulación; él y Brownsville eran inseparables. También había sido hábil a la hora de mantenerse al margen de las luchas entre las distintas bandas que controlaban el barrio. Siempre había sabido permanecer neutral. Las facciones podían enfrentarse o cambiar, pero Howard había seguido siempre en su sitio, constante. Nadie le había discutido el territorio donde sus putas ejercían el trabajo desde hacía años.

Por lo tanto, aquel ruido a su espalda no le preocupó. Sin embargo, le pareció extraño que los pasos no se detuvieran. Se dio cuenta de que se acercaban. ¿Por qué iba a seguirlo alguien? Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro y dio un grito sofocado mientras tropezaba. Un arma, distinta a cualquier otra que hubiera visto, lo apuntaba.

Dentro de la catedral, las voces del coro formaban un todo, y sus pulmones se abrían y se cerraban igual que el fuelle de un único y poderoso órgano. La música era insistente:

Y la Gloria del Señor será revelada,
y todos los seres juntos la verán
porque así lo ha dicho el Señor.

Instintivamente, Howard Macrae se había vuelto hacia delante en un intento de echar a correr, pero notó una extraña y punzante sensación en el muslo derecho. Su pierna pareció perder fuerza y cedió bajo el peso del cuerpo, negándose a obedecer sus instrucciones.

«¡Tengo que correr!»

Sin embargo, su cuerpo no respondió. Tenía la sensación de estar moviéndose a cámara lenta, como si vadeara una corriente de agua.

Luego, el motín se extendió a sus brazos, que quedaron primero anestesiados y después inertes. Su mente se

aceleró ante la urgencia de la situación, pero también ella parecía abrumada, como si la hubiera sumergido en un súbito torrente de agua. Se sentía tan cansado…

Se vio en el suelo, sujetándose la pierna derecha, consciente de que el resto de sus miembros se rendían también a la parálisis. Alzó la mirada, pero no pudo ver nada aparte del destello de una afilada hoja.

En la catedral, Will notó que su pulso se aceleraba. El Mesías estaba alcanzando su clímax, y todo el público lo percibía. La voz de la soprano se elevó sobre ellos:

Y si Dios está con nosotros,
¿quién estará en contra nuestra?
¿Quién acusará a los elegidos de Dios?
Es Dios el que justifica,
¿quién es el que condena?

Macrae no podía hacer otra cosa que mirar mientras el cuchillo oscilaba sobre su pecho. Intentó distinguir a la persona que había detrás del arma, aunque solo fuera atisbar su rostro; pero le fue imposible. El brillo del acero lo confundía. Parecía como si su dura y bruñida superficie hubiera atrapado toda la luz de la luna. El proxeneta sabía que debería estar aterrorizado. La voz de su interior le decía que lo estaba; sin embargo, sonaba extrañamente distante, como la de un comentarista que radia un lejano partido de fútbol. Howard vio que el cuchillo se acercaba; sin embargo, siguió teniendo la sensación de que aquello le estaba sucediendo a otra persona.

En esos momentos, la orquesta tocaba a plena potencia, y la música de Haendel recorría la iglesia con fuerza suficiente para despertar a los dioses. La contralto y el tenor se habían fundido en uno y exigían saber:

Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón?

Will no era un fanático de la música clásica, como su padre, pero la majestuosidad y la fuerza de aquella obra le estaban poniendo los pelos de punta. Mirando todavía fijamente hacia delante, intentó imaginar la expresión que

tendría el rostro de su progenitor. Se lo imaginó arrobado, y confió en que, bajo aquella extasiada apariencia, también sintiera el placer de compartir aquel momento con su único hijo.

La hoja cayó. Primero, sobre el pecho. Macrae vio el fino trazo rojo que dibujó, como si no fuera más que un simple rotulador de ese color. La piel pareció hincharse y abrirse. El proxeneta no entendía por qué no sentía dolor. El cuchillo descendió y abrió su estómago como si fuera un saco de grano. El contenido se desparramó; una masa de blandas y viscosas entrañas. Howard lo observó todo, hasta el momento en que la daga se alzó y quedó suspendida en el aire. Solo entonces pudo ver el rostro de su asesino, y su laringe logró articular un ahogado grito de sorpresa y reconocimiento. Entonces, la hoja le alcanzó el corazón, y todo fue oscuridad. La misión había comenzado.

Capítulo 2

Viernes, 21. 46 h, Manhattan

El coro y la orquesta se levantaron para recibir los aplausos mientras el sudoroso director permanecía de pie. Sin embargo, Will solo oía un sonido: el de su padre aplaudiendo. En los pocos años que llevaba conociéndolo, se había maravillado a menudo de los decibelios que aquellas dos enormes manos eran capaces de producir cuando entrechocaban con un ruido seco que sonaba como madera golpeando contra madera. Era un sonido que despertaba en Will recuerdos que casi había olvidado: el de un discurso en el colegio de Inglaterra, la única vez que su padre había estado allí. En aquella época él tenía diez años y, al salir a recoger el premio de poesía, estuvo seguro de escuchar los distantes aplausos de su padre por encima del estruendo que organizaban los cientos de progenitores. Aquel día se sintió orgulloso de las potentes manos de roble del desconocido, más fuertes que cualesquiera otras en el mundo; de eso estaba seguro.

Aquel ruido no había disminuido cuando su padre, que en esos momentos tenía unos cincuenta años, entró en la mediana edad. Estaba tan en forma y delgado como de costumbre, con su blanco pelo muy corto. No corría ni iba al gimnasio, pero los fines de semana que pasaba navegando a vela por Sag Harbor lo mantenían en buen estado físico.

Sin dejar de aplaudir, Will se volvió para observarlo, pero la mirada de su padre no se desvió. Fue entonces cuando se fijó en el ligero enrojecimiento que rodeaba su nariz y se dio cuenta con asombro de que los ojos de su padre estaban húmedos; la música lo había emocionado, pero no quería que su hijo viera las lágrimas.

Will sonrió para sus adentros ante aquella imagen: un hombre con unas manos fuertes como árboles conmoviéndose ante el canto de un coro de ángeles. Entonces notó las vibraciones. Cogió su Blackberry y vio que tenía un mensaje del despacho, de la sección de Local del diario: «Tienes trabajo. Brownsville, Brooklyn. Homicidio».

El estómago le dio un leve vuelco, una contracción en la que se combinaban los nervios y la emoción. Formaba parte de la lista de «polis de noche» de la sección de noticias locales de *The New York Times*, el tradicional bautismo de fuego para jóvenes promesas como él. Quizá estuviera destinado a convertirse en el corresponsal del diario para Oriente Próximo o en el jefe de la oficina de Pekín, incluso a llegar a lo más alto en la dirección; eso sí, primero tendría que aprender los rudimentos de la profesión. Así pensaban en el diario. «Tendrás mucho tiempo para ocuparte de golpes militares; pero antes debes aprender a cubrir una exposición floral -le había dicho Glenn Harden, el jefe de la sección de Local-. Tienes que aprender a conocer a la gente y eso puedes hacerlo aquí.»

Mientras el coro disfrutaba de la ovación, Will se volvió hacia su padre con expresión de disculpa y le mostró la Blackberry.

–El trabajo me llama -le dijo en voz baja mientras recogía el abrigo.

Aquella inversión de papeles le producía un extraño placer.

Tras años viviendo a la sombra de la deslumbrante carrera de su padre, ahora le tocaba a él atender la llamada del trabajo.

–Ten cuidado -le susurró su padre.

Una vez en la calle, Will paró un taxi. El conductor escuchaba las noticias en la NPR, y Will le pidió que subiera el volumen, a pesar de que no esperaba oír nada referente a Brownsville. Will lo hacía siempre que subía a un taxi, incluso en bares y comercios. Era un adicto a las noticias desde la adolescencia.

Se había perdido los titulares, y ya estaban dando las noticias internacionales. Decían algo sobre Inglaterra. Will aguzó el oído. Siempre lo hacía cuando oía cualquier noticia relacionada con el país que él seguía considerando su hogar. A pesar de que había nacido en Estados Unidos, sus años de formación, entre los ocho y los veintiuno, los había pasado en Gran Bretaña. Sin embargo, en ese momento, al oír que Gavin Curtis, el ministro de Economía, se hallaba en apuros, Will prestó aún más atención. Empeñado como estaba en demostrar al Times que su talento iba más allá de la sección de noticias locales y en que sus superiores se enteraran de que también había estudiado economía en Oxford, en su segundo día en el periódico, Will entregó una historia para el suplemento semanal. Incluso propuso un titular: «Se busca un banquero para el mundo». El Fondo Monetario Internacional andaba tras un nuevo presidente, y se decía que Curtis era el candidato mejor situado.

«Las primeras acusaciones han sido presentadas por un diario británico -decía la voz de la NPR- que asegura que se han encontrado irregularidades en las cuentas del Tesoro. Un portavoz del señor Curtis ha negado hoy cualquier indicio de corrupción.»

Will escribió una nota mientras un recuerdo acudía a su memoria y él lo descartaba rápidamente.

Tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse. Se metió la mano en el bolsillo y cogió el móvil. Mandaría un breve mensaje a Beth, que había asimilado su británica afición a escribir. Con un pulgar que se había vuelto prodigiosamente veloz tecleó los números, que se convirtieron en letras:

¡Mi primer asesinato! Volveré tarde a casa. Te quiero.

No tardó en ver cuál era su lugar de destino. Unas luces rojas giraban silenciosamente en la oscuridad de aquella noche de septiembre. Pertenecían a dos coches de policía que estaban aparcados, morro contra morro, en punta de flecha, como si así pretendieran bloquear parte de la calle. Ante ellos habían levantado apresuradamente un cordón policial con cinta amarilla. Will pagó la carrera, se apeó del taxi y miró a su alrededor. Casas de apartamentos en decadencia.

Se acercó al cordón y una mujer policía fue hacia él para impedirle el paso con expresión aburrida.

–No se puede pasar, señor.

Will metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

–¿Y a la prensa? – preguntó mientras mostraba lo que confiaba que fuera una sonrisa arrebatadora y enseñaba su recién estrenado carnet de periodista.

Apartando la vista, la agente le hizo un breve gesto con la mano para que pasara.

Will se deslizó bajo la cinta y se topó con un compacto grupo de una docena de personas. Periodistas.

«Llego tarde», pensó, irritado.

Uno de ellos era de su misma edad, alto, con el cabello increíblemente liso y un maquillaje anaranjado muy poco natural. Will estaba seguro de conocerlo, pero no recordaba de qué. Entonces vio el cable en espiral que salía de su oreja. ¡Claro! Carl McGivering, de la NY1, la cadena de noticias por cable 24 horas de la ciudad. Los demás eran

mayores, y los ajados carnets de prensa que llevaban colgando del cuello revelaban su procedencia: *Post, Newsday* y diversos periódicos locales.

–Un poco tarde, novato -dijo el de aspecto más curtido, aparentemente el decano de la sección de Sucesos-. ¿Qué te ha entretenido?

Will había aprendido en su primer trabajo en el *Bergen Record* de New Jersey que una de las cosas que todo periodista novato tenía que aguantar eran las pullas de los veteranos.

–De todas maneras, no sufras -prosiguió el abuelo del *Newsday*-. No es más que otra versión de un asesinato de pandillas. Por lo que parece, los cuchillos se han puesto de moda últimamente.

–«Cuchillos. Las nuevas armas.» Podría ser un buen artículo para la sección de Moda -intervino el del *Post* provocando las risas del Club de Reporteros Veteranos, cuya reunión Will tenía la sensación de haber interrumpido. Sospechaba que aquello era una indirecta para darle a entender que él y su periódico eran demasiado delicados para ocuparse como era debido del negocio del crimen, que era cosa de machos.

–¿Habéis visto el cadáver? – preguntó Will, seguro de que en la profesión existía un término que acababa de demostrar que no conocía. ¿«Fiambre», quizá?

–Sí. Justo allí -contestó el decano, indicando con un gesto de la cabeza los coches de la policía mientras se llevaba a los labios una taza de plástico llena de café.

Will se encaminó hacia el espacio entre los dos vehículos, una especie de claro hecho por el hombre en medio de la jungla urbana. Había un par de agentes que iban de un lado a otro tomándose las cosas con calma. Uno de ellos sostenía un sujetapapeles, pero no había ningún fotógrafo de la policía. Seguramente Will se lo había perdido.

Y allí, en el suelo, cubierto por una manta, yacía el cuerpo.

Will intentó acercarse para verlo mejor, pero uno de los agentes le cerró el paso.

–Lo siento, señor. A partir de aquí solo puede pasar el personal autorizado. Si tiene preguntas, hágaselas a IARP.

–¿A IARP?

–¿Le dicen algo las palabras «inspector adjunto de Relaciones Públicas»? – preguntó el agente como si estuviera hablando con un niño medio tonto que hubiera olvidado lo más elemental.

Will se maldijo por haber preguntado. Tendría que haberlo adivinado.

La IARP se encontraba al otro lado del cadáver, hablando con el tipo de la televisión. Will tuvo que dar la vuelta hasta situarse a un par de pasos del cuerpo del difunto Howard Macrae. Miró fijamente la manta, con la esperanza de adivinar el rostro que había debajo. Quizá la manta le revelara el perfil, como las máscaras de arcilla que utilizaban los escultores. Siguió observando, pero el gris y anodino cobertor no le dijo nada.

La IARP estaba lanzada:

–Suponemos que se trata, bien de un ajuste de cuentas entre los SVS y los Wrecking Crew, bien de un intento de las redes de prostitución de Houston de hacerse con el control del territorio de Macrae.

En ese momento pareció fijarse en Will; su expresión varió al instante y se volvió fría. Había echado el cierre, y Will captó el mensaje: aquella charla informal era solamente para Carl McGivering.

–¿No podría darme algunos detalles? – preguntó Will.

–Se trata de un hombre, afroamericano. Cuarenta y tres años. Noventa y tantos kilos. Ha sido identificado como Howard Macrae, y fue hallado muerto a las ocho y veintisiete minutos de esta noche en la esquina de las avenidas Saratoga y St. Marks. La policía fue avisada por un residente del barrio que llamó al nueve-uno-uno tras tropezarse con el cuerpo cuando iba al 7Eleven. – La mujer

hizo un gesto con la cabeza indicando la tienda-. Parece que la muerte se debió al seccionamiento de las arterías y a un paro cardíaco tras recibir varias puñaladas. El departamento de policía de Nueva York ha clasificado el caso de homicidio y no reparará en esfuerzos para sentar en el banquillo al culpable.

Su tono monocorde indicó a Will que se trataba de un mero formulismo, algo que todos los IARP estaban obligados a repetir. Sin duda lo había redactado un grupo de asesores externos, los mismos que seguramente habían escrito lo de «no reparará en esfuerzos».

–¿Alguna pregunta?

–Sí. ¿Qué es esa historia de la prostitución?

–¿Es confidencial?

Will asintió para indicarle que utilizaría todo lo que la IARP le dijera, pero sin atribuírselo a ella.

–Este hombre era un proxeneta conocido tanto por nosotros como por la gente del barrio. Era propietario de un burdel en Atlantic Avenue, cerca de Pleasant Place. Una casa de putas al viejo estilo: chicas, habitaciones, todo bajo un mismo techo.

–Vale. ¿Y qué hay de que lo encontraran en medio de la calle? ¿No es extraño que no intentaran esconder el cuerpo?

–Los asesinatos de bandas funcionan así. Como los tiroteos desde un coche, se hacen a campo abierto y nadie intenta ocultar el cuerpo; precisamente de eso se trata. Es un mensaje, y cuanta más gente se entere, mejor: «Lo hemos hecho nosotros, y nos importa una mierda que se sepa. También puede ocurrirte a ti».

Will lo anotó todo tan rápidamente como pudo, dio las gracias a la IARP y cogió el móvil. Habló con la sección de Local y les contó todo lo que tenía. Le dijeron que volviera al diario porque todavía estaban a tiempo de sacarlo en la edición del día siguiente. No necesitaban más que unos pocos párrafos. A Will no le sorprendió. Llevaba leyendo *The*

New York Times el tiempo suficiente para saber que aquello no era precisamente material de portada.

Lo que no dijo a nadie de la sección, ni a la IARP ni a ninguno de los reporteros presentes fue que aquel era el primer caso de asesinato que cubría. En el Bergen Record, esos asuntos escaseaban y por lo tanto no caían en manos de novatos como él. Era una lástima, porque había un detalle que le llamó la atención pero que se quitó de la cabeza casi al instante. Los demás colegas estaban demasiado hastiados para haberse fijado, pero Will lo había visto. El problema fue que pensó que se trataba de rutina.

En aquel momento no lo sabía, pero estaba lejos de serlo.

Capítulo 3

Sábado, 00. 30 h, Manhattan

Will se hallaba en su oficina. pulsó en el teclado «Enviar», se echó hacia atrás en la silla y se estiró mientras miraba a su alrededor. Era pasada la medianoche, y la mayoría de las mesas estaban vacías. Tan solo quedaba el personal de la sección nocturna, que cortaba, montaba, reescribía y terminaba el producto que unas horas después se desplegaría en miles de mesas de todo Manhattan a la hora del desayuno.

Se levantó y dio una vuelta por la redacción, estimulado por la combinación de adrenalina y alivio que experimentaba cada vez que terminaba un artículo. Paseó mientras lanzaba miradas de curiosidad hacia las mesas de sus colegas, iluminadas por el resplandor de los monitores que emitían sin sonido las noticias de la CNN.

La redacción era una planta diáfana; el sistema de particiones distribuía las mesas en grupos de cuatro. Como recién llegado que era, la suya se encontraba en un rincón. La ventana más próxima daba a un muro de ladrillo: la parte trasera de uno de los teatros de Broadway, donde colgaba el descolorido cartel de uno de los musicales que llevaba

más tiempo representándose en la ciudad. Al lado tenía a Terry Walton, el antiguo director de la oficina de Delhi, que había regresado a Nueva York envuelto en una especie de oscura bruma. Will todavía no había averiguado la naturaleza de la falta. Sobre la mesa de Walton solo había unos pulcros montones de hojas alrededor de una solitaria libreta de notas. Su caligrafía era tan densa y pequeña que resultaba ilegible a no ser que se estuviera muy cerca. Will sospechaba que se trataba de algún mecanismo de seguridad ideado por su colega para que los fisgones no metieran las narices en su trabajo. No obstante, Will todavía tenía que averiguar por qué alguien cuyo destierro a la sección de Local significaba que difícilmente trabajaría en historias que pudieran afectar a la seguridad nacional se preocupaba por tomar tantas precauciones.

El siguiente era Dan Schwartz, cuya mesa estaba abarrotada. Era periodista de investigación, y apenas tenía espacio para la silla, puesto que el suelo estaba ocupado por montones de cajas de cartón. Los papeles caían unos sobre otros. Incluso la pantalla de su ordenador resultaba casi invisible por culpa de la cantidad de Post-it que había pegados alrededor.

La mesa de Amy Woodstein no era ni tan pulcra como la de Walton ni tan caótica como la de Schwartz, pero estaba desordenada como correspondía a una mujer que trabajaba ajustándose a sus muy particulares fechas límite: siempre corriendo para relevar a la niñera, o dejar o recoger a cualquiera de sus niños en la guardería. Amy utilizaba el panel divisorio para clavar en él no papeles, como Schwartz, ni viejas postales, como Walton, sino fotos de su familia. Sus hijos tenían el pelo rizado y mostraban amplias sonrisas. Aparecían casi siempre cubiertos de pintura.

Will regresó a su escritorio. Todavía no había encontrado la valentía necesaria para personalizarlo. En el tablero seguían pinchadas las notas de la empresa que encontró al

llegar. Vio que la luz de su teléfono parpadeaba. Tenía un mensaje:

«Hola, cariño. Ya sé que es tarde, pero todavía no tengo sueño. Se me ha ocurrido una idea divertida, de modo que llámame cuando acabes. Es casi la una. No tardes».

Will se animó al instante. Hasta ese momento pensaba que lo único que lo aguardaba era entrar de puntillas en su apartamento y comer un triste cuenco de cereales antes de meterse en la cama. ¿Qué se le habría ocurrido a Beth?

La llamó.

–¿Cómo es que sigues levantada?

–No lo sé. ¿Quizá porque es el primer asesinato del que se encarga mi marido? Puede que se deba a todo lo que está ocurriendo. Sea lo que sea, no puedo dormir. ¿Te apetece que nos tomemos unos bagels[1]?

–¿Cómo? ¿Ahora?

–Sí. En la cafetería del Carnegie.

–¿Ahora?

–Cogeré un taxi.

A Will, la idea del Carnegie le gustaba más incluso que su realidad. Una cafetería que nunca dormía, donde los comediantes más veteranos de Broadway y las chicas del coro recién llegadas se reunían para comer un último sándwich tras el espectáculo, mientras leían las primeras ediciones de los diarios de la mañana, buscaban entre sus páginas las noticias de sus últimos éxitos o fracasos, y les llenaban una y otra vez las tazas con humeante líquido negro, ¡le parecía que resumía la esencia de Nueva York! Le gustaba que las camareras parecieran hastiadas y que la gente se amontonara y tuviera que hacer cola. Aquello confirmaba lo que él sabía que solo era una fantasía de los turistas. De todas maneras, sospechaba que aquello se acababa: al fin y al cabo, llevaba cinco años viviendo en Estados Unidos. Aunque tampoco podía pretender considerarse un nativo.

Llegó antes que ella y consiguió una mesa tras un ruidoso grupo compuesto por parejas de mediana edad. Escuchó fragmentos de su conversación, los suficientes para deducir que no eran de Manhattan, sino que habían llegado de Jersey. Supuso que habrían asistido a alguna función de noche, probablemente a uno de los musicales de más éxito, y que en esos momentos completaban su experiencia de Nueva York con un tentempié de última hora.

Entonces la vio, pero se contuvo un segundo antes de saludarla con la mano. Se conocieron durante las últimas semanas de su estancia en Columbia, y se enamoró de ella hasta el tuétano. Su belleza seguía produciéndole palpitaciones. El negro cabello que enmarcaba su rostro de blanca piel y sus ojos verdes… Una sola mirada bastaba para no poder desengancharse de ellos. Eran como profundos y frescos lagos en los que solo deseaba zambullirse.

Se puso en pie para recibirla y percibió al instante su aroma. Empezaba en su pelo, con un olor a sol y a arándanos que podía provenir de algún champú, pero que, combinado con su piel, producía un perfume totalmente nuevo y exclusivo de ella. Su epicentro se hallaba justo detrás de su oreja. Will no tenía más que acercar allí la nariz para llenarse de Beth.

De todas maneras, era la boca lo que lo atraía en ese instante. Beth tenía unos labios generosos y bien dibujados. Will notó su carnosidad al besarlos. Sin previo aviso se abrieron, justo lo suficiente para que la lengua de Beth rozara los suyos. En voz baja, muy baja, para que nadie la oyera, dejó escapar un leve gemido de placer que excitó a Will al instante. Se le puso dura. Beth lo notó y soltó una exclamación de sorpresa y aprobación.

–Parece que te alegras de verme -dijo sentándose frente a él y quitándose el abrigo con un sugestivo contoneo. Entonces, vio que Will la examinaba-. ¿Estás haciéndome un repaso? – preguntó.

–Podría decirse que sí.

Beth sonrió traviesamente.

–¿Qué vas a tomar? Yo había pensado en pastel de queso y chocolate caliente, aunque puede que un té sea mejor…

Will seguía admirando a su mujer, deleitándose con la manera en que el top se pegaba a sus pechos. Se preguntó si no sería mejor que se olvidaran del Carnegie y corrieran directamente a su grande y cálida cama.

–¡Oye! – exclamó ella fingiendo indignación-. ¡De vez en cuando también me gusta que me mires a los ojos!

El sándwich de pastrami de Will, debidamente condimentado con mostaza, llegó justo cuando él le contaba el trato que le habían dispensado sus colegas más veteranos en la escena del crimen.

–… entonces, Carl como se llame…

–¿El tipo de la tele?

–Sí, ese. Empezó a soltarle el rollo a la mujer policía en plan Raymond Chandler, ya sabes.

–¿Algo como: «Mira, muñeca, no te quedes conmigo, que tengo un amigo abogado»?

–Exacto. Y yo, entretanto, no era más que el señor Don Novato, del caduco *The New York Times*.

–A juzgar por lo que he visto hace un momento, yo diría que no tan caduco -repuso Beth enarcando las cejas.

–¿Puedo seguir?

–Lo siento. – Beth volvió a comer su pastel de queso, no picando trozos pequeños, como Will había visto que hacían la mayoría de las mujeres de Nueva York, sino a grandes bocados.

–En fin, como te decía, estaba claro que él se iba a llevar la información y que yo no; así que se me ocurrió que quizá sería buena idea que empezara a trabajarme algún contacto dentro de la policía.

–¿Por ejemplo, beber con el capitán O'Rourke hasta que pierdas el conocimiento? La verdad es que no te veo. Además, no creo que te quedes mucho tiempo donde estás

ahora. Carl como se llame seguirá cubriendo los atascos de tráfico en Staten Island, pero tú ya estarás ocupándote de algo más importante en… No sé, en París o en la Casa Blanca.

Will sonrió.

–Tu fe en mí resulta conmovedora.

–No bromeo, Will. Sé que puede parecerlo porque tengo la cara llena de pastel, pero lo digo en serio. Creo en ti. – Él le tomó la mano, y ella prosiguió-: ¿Sabes qué canción he oído hoy en el trabajo? Ha tenido gracia porque no suelen poner ese tipo de canciones en la radio, pero es muy bonita.

–¿Cuál?

–Una canción de John Lennon. No recuerdo el título, pero hablaba de las cosas en las que cree la gente y decía: «No creo en Jesucristo, no creo en la Biblia, no creo en Buda» y cosas así, Hitler, Elvis, ya sabes. Y al final concluía: «No creo en los Beatles, solo creo en mí, en Yoko y en mí». Me dejó de piedra, justo en la sala de espera del hospital, porque… Bueno, pensarás que es una bobada, pero me parece que eso es exactamente en lo que yo creo.

–¿En Yoko Ono?

–No. Will. No en Yoko Ono. Creo en nosotros, en ti y en mí. En eso sí creo.

El instinto de Will le decía que tenía que bromear en momentos como ese. Era demasiado británico para demostraciones abiertas de sentimentalismo. Además, tenía tan poca experiencia en expresar amor que difícilmente sabía qué hacer cuando se lo demostraban. Aun así, resistió la tentación de seguir bromeando o de cambiar de tema.

–Te quiero un montón, ya lo sabes.

–Lo sé.

Se quedaron en silencio, escuchando cómo el tenedor de Beth rozaba el plato.

–¿Te ha ocurrido algo hoy en el trabajo que te haga estar tan… pensativa?

–Ya sabes a quién estoy tratando.

–¿Al niño X? – bromeó Will.

Beth respetaba escrupulosamente las normas de confidencialidad entre médico y paciente, y solo en muy contadas excepciones, y siempre con la mayor discreción, hablaba de sus casos fuera del hospital. Él lo entendía y lo respetaba, pero eso le impedía apoyar a Beth en su trabajo en la misma medida que ella lo hacía con él. Solo una vez, cuando la política del hospital tomó un giro desagradable, Will llegó a familiarizarse con las distintas personalidades de la gente del centro y dio algún consejo a Beth sobre qué colegas debía conseguir como aliados y a cuáles debía evitar. En sus primeros meses de vida en común, él imaginaba que pasarían largas veladas discutiendo los casos más complicados y que ella le pediría su opinión acerca de algún paciente que se negaba a abrirse o sobre algún sueño imposible de interpretar. Se veía a sí mismo masajeando los hombros de su mujer mientras le brindaba humildemente la idea que por fin conseguiría hacer hablar al sujeto.

Sin embargo, Beth no era así. Por alguna razón parecía no necesitarlo tanto como Will a ella. Para él, algo no había ocurrido del todo hasta que no lo hablaba con ella; pero Beth funcionaba con sus propios criterios.

–Sí, al niño X. Ya sabes por qué lo estoy tratando, ¿no? Lo han acusado, y en realidad es claramente culpable, de diversos incendios intencionados, uno contra el colegio y otro contra la casa de un vecino. Llegó a quemar incluso los columpios de un parque.

»Llevo meses tratándolo y no me parece que haya mostrado el menor arrepentimiento, de modo que he tenido que volver al principio, para intentar que vea la diferencia básica entre lo que está mal y lo que está bien. Pero llega hoy y ¿a que no sabes qué ha hecho?

Beth había vuelto la cabeza y miraba hacia una mesa donde dos camareras tomaban un tentempié.

–¿Te acuerdas de Marie, la recepcionista? El mes pasado perdió a su marido y está destrozada. Todos habíamos hablado de ello. De alguna manera el chico ha debido de enterarse, porque nunca adivinarías qué ha hecho hoy. Se ha presentado con una flor, una rosa preciosa con un tallo muy largo, y se la ha regalado a Marie. Es imposible que la haya cogido por ahí, de manera que tiene que haberla comprado. Pero aunque la hubiera sacado de por ahí, no importaría; se la ha entregado a Marie y le ha dicho: «Esto es para ti, para que recuerdes a tu marido».

»Marie se ha quedado anonadada, ha cogido la rosa, le ha dado las gracias con voz quebrada y se ha ido corriendo al cuarto de baño para llorar a moco tendido. Todos los que han visto lo que ha hecho el chico, las enfermeras y el resto del personal, se han emocionado. Entonces, yo he salido y me he encontrado con el panorama, y con ese chico que de repente parecía lo que realmente es, un niño pequeño que no sabe exactamente qué ha hecho. Y eso ha sido lo que me ha convencido de que es sincero, porque no parecía satisfecho de su acción, como alguien que lo hubiera calculado y dijera: "¡Eh, mirad lo que acabo de hacer!".

»Hasta ese momento, yo solo había visto a ese chico como un caso perdido. Ya sé, ya sé, yo antes que nadie debería ser la primera en no poner etiquetas. – Hizo un gesto dibujando unas comillas en el aire con los dedos mientras decía: "etiquetas", parodiando a la gente que hacía ese gesto-. Pero si soy sincera he de reconocer que para mí no era más que un gamberro desagradable que no me gustaba en absoluto. Y de repente va y tiene ese gesto tan auténtico. Ya sabes a qué me refiero, a un simple acto de bondad.

Beth calló, y Will no dijo nada por si ella quería añadir algo más. Al final fue Beth la que rompió el silencio.

–En fin, no sé -dijo en un tono que daba a entender que el asunto quedaba zanjado.

Charlaron un rato más de los acontecimientos del día, y Will se inclinó varias veces para besarla esperando en cada ocasión que ella repitiera su juego de antes con la lengua, pero Beth no lo complació. Cuando ella se estiraba, Will veía la curva de su espalda y el borde de la ropa interior entre la piel y los vaqueros. Le encantaba contemplar a Beth desnuda, pero verla en ropa interior lo ponía como una moto.

–La cuenta, por favor -pidió, impaciente por llevarla a casa.

Mientras salían, deslizó la mano por debajo de la camiseta y la bajó hacia el pantalón. Ella no se lo impidió. Lo que Will no sabía era que reviviría esa sensación en sus manos y en su cabeza un millar de veces antes de que la semana acabara.

Capítulo 4

Sábado, 8. 00 h, Brooklyn

Esta es la edición del fin de semana, titulares de la mañana: los propietarios de viviendas podrán beneficiarse de la subida de un cuarto de punto de los tipos decidida por la Reserva Federal. El gobernador de Florida declara algunas "zonas catastróficas" tras el paso de la tormenta tropical Alfred. Un escándalo al estilo británico. Pero antes las noticias…»

Eran las ocho de la mañana, y Will a duras penas estaba despierto. Él y Beth se habían dormido pasadas las tres de la madrugada. Con los ojos cerrados alargó el brazo hacia donde se suponía que debía estar su mujer. Tal como imaginaba, ni rastro de ella. Ya se había marchado. Beth trabajaba en una clínica un sábado de cada cuatro, y aquel era uno de ellos. El vigor de la joven lo sorprendía; además, sabía que los niños y sus padres nunca tendrían la menor idea de que la psiquiatra que los atendía estaba haciendo horas extra: cuando Beth estaba con ellos era a pleno rendimiento.

Will se arrastró fuera de la cama y se dirigió hacia la mesa del desayuno. No le apetecía comer nada, lo que quería era ver el periódico. Beth le había dejado una nota: «Buen trabajo, cariño. Hoy es un día importante. Esta noche lo celebraremos por todo lo alto». Y también la sección de noticias locales abierta por la correspondiente página B3.

Will pensó que podría haber sido peor.

El titular que encabezaba una docena de párrafos decía: ASESINATO EN BROWNSVILLE RELACIONADO CON LA PROSTITUCIÓN. Debajo estaba su firma. Cuando empezó en el periodismo -de hecho fue durante su estancia en Oxford, como colaborador de *Cherwell*, la gaceta de los estudiantes- tuvo que tomar una decisión: ¿firmaría como William Monroe Jr. o simplemente como Will Monroe? El orgullo le dictó que tenía que ser él mismo, por lo que firmaría con su nombre: Will Monroe.

Echó una ojeada a la primera página de Local y al resto del periódico para comprobar quién de sus nuevos colegas -y por lo tanto rivales- iba en ascenso. Se fijó en sus nombres y fue a ducharse.

Una idea empezó a tomar cuerpo en su cabeza, una idea que fue creciendo y haciéndose más fuerte tras vestirse y salir a la calle, donde jóvenes parejas paseaban a sus hijos recién nacidos o disfrutaban de un desayuno en Court Street. Cobble Hill estaba llena de gente como él y Beth: jóvenes profesionales de entre veinte y treinta años que habían transformado una típica zona de Brooklyn en una pequeña comunidad que era un paraíso para yuppies. Mientras se dirigía hacia la parada de metro de Bergen Street, Will reparó en que andaba más deprisa que los demás. Para él también era un fin de semana de trabajo.

Una vez en la redacción, fue directamente a ver a Harden, que estaba repasando las páginas de *The New York Post* a una velocidad que denotaba disgusto.

–Oye, Glenn, ¿qué te parecería un trabajo? – le propuso-. Un reportaje titulado: «Anatomía de un asesinato: la

verdadera naturaleza de las estadísticas del crimen».

–Te escucho.

–Ya sabes, algo del estilo: «Howard Macrae puede parecer otro breve perdido entre las noticias, una víctima más del crimen de Nueva York, pero ¿cómo era? ¿Qué vida llevaba? ¿Por qué lo asesinaron?».

Harden dejó de pasar las páginas y alzó la mirada.

–Will, no soy más que un tipo que vive en el extrarradio y cuyo mayor problema consiste en llevar puntualmente a dos hijas al colegio todas las mañanas. – Aquello no era ninguna metáfora, era la realidad-. ¿Por qué va a interesarme la muerte de un proxeneta de Brownsville?

–Tienes razón. No es más que otro nombre en la lista de la policía; pero ¿no crees que a nuestros lectores les gustaría saber qué ocurre realmente cuando alguien muere asesinado en esta ciudad?

Will vio que Harden no acababa de decidirse; andaba escaso de reporteros: era el Año Nuevo Judío, y eso, en *The New York Times*, significaba que la plantilla se hallaba muy disminuida, particularmente en fin de semana. El diario tenía a muchos judíos en nómina, y la mayoría de ellos tomaba vacaciones para respetar aquella fiesta religiosa. Además, tampoco deseaba admitir que por culpa de la rutina ya no le interesaba ni siquiera un asesinato.

–Te diré qué haremos -contestó Harden-. Haz unas cuantas llamadas. Mira a ver qué puedes averiguar. Si consigues algo, lo hablaremos.

Will pidió al taxista que esperara. Durante las siguientes horas necesitaría poder moverse, y eso significaba disponer de un coche. Además, para ser sincero, notar cerca la presencia del vehículo hacía que se sintiera más seguro. En aquellas calles no deseaba dar la impresión de que estaba solo.

Sin embargo, al cabo de unos pocos minutos empezó a preguntarse si el trayecto había valido la pena. El agente Federico Penelas, que había sido el primer policía en

presentarse en la escena del crimen, se mostraba reacio a que lo entrevistaran y se limitaba a contestar con monosílabos.

–¿Se produjo algún tipo de barullo cuando usted llegó?

–No.

–¿Quién había?

–Solo una o dos personas. La mujer que nos avisó.

–¿Habló usted con ella?

–Solo anoté los detalles de lo que había visto y le di las gracias por haber llamado a la policía. – A Will aquello le sonaba nuevamente a frases aprendidas.

–¿Figura entre sus obligaciones cubrir a la víctima con una manta?

Penelas sonrió por primera vez. Su expresión era más burlona que agradable. «No tienes ni idea.»

–Aquello no era una manta de la policía. La policía utiliza bolsas con cremallera. El tipo ya tenía la manta encima cuando yo llegué.

–¿Quién se la puso?

–Ni idea. Supongo que la persona que lo encontró, imagino que por respeto o decoro. Por la misma razón que les cierran los ojos a los muertos. La gente hace esas cosas porque las ha visto en las películas.

Penelas no quiso darle el nombre de la persona que había hallado el cadáver, pero, tras una llamada, la IARP se mostró más dispuesta a colaborar, aunque siempre off the record. Will tenía al fin un nombre con el que trabajar.

Tuvo que andar un rato por el barrio para dar con la mujer. Con su metro ochenta, sus pantalones de algodón, su chaqueta azul y su acento inglés se sentía ridículo y llamativamente blanco en aquel miserable barrio negro. No todos los edificios se hallaban en ruinas, aunque la mayoría de ellos se encontraba en bastante mal estado. Había pintadas por todas partes, los rellanos apestaban a orines y se veía gran cantidad de ventanas rotas. Iba a tener que

abordar a la primera persona que viera por la calle y confiar en que hablara.

Tomó una rápida decisión: limitarse a las mujeres. Sabía que era un impulso cobarde, pero se dijo que no tenía por qué avergonzarse. Una vez había oído decir a un famoso corresponsal que los mejores reporteros de guerra eran los cobardes: los valientes eran demasiado audaces y siempre acababan muertos. Aquel barrio no era precisamente Oriente Próximo, pero lo mismo daba: ya fuera por las drogas o por las pandillas, la guerra se había apoderado de sus calles.

La primera mujer a la que abordó no le dijo palabra; y la siguiente tampoco. A la tercera el nombre le sonaba, pero no supo situarlo. Le encaminó a otra vecina, y Will fue de una a otra hasta que al fin estuvo cara a cara con la mujer que había encontrado a Howard Macrae.

Se llamaba Rosa y era una afroamericana de unos cincuenta años. Will dedujo que se trataba de una fiel parroquiana, una de esas mujeres negras que lograban evitar que los barrios como aquel se hundieran para siempre. La mujer aceptó hablar con él de la escena del crimen.

–Bueno, yo venía del súper, de comprar un poco de pan y gaseosa, cuando me fijé en que en la acera parecía haber un bulto. Recuerdo que me molestó. Pensé que alguien había abandonado otra vez sus trastos en plena calle; pero, cuando me acerqué, me di cuenta de que no era ningún sofá. No, no. Era poco voluminoso y tenía protuberancias.

–¿Se dio cuenta de que se trataba de un cuerpo?

–Solamente cuando me acerqué más. Hasta entonces para mí no era más que un bulto.

–Estaba oscuro.

–Pues sí, y era tarde. En fin, el caso es que cuando lo tuve delante me dije: «Esto no es ni un sofá ni una silla. Lo que hay bajo esa manta es un cuerpo».

–Perdón, pero lo que le pregunto es qué vio al principio, antes de que cubrieran el cuerpo con una manta.

–¡Y es lo que le estoy describiendo! Lo que vi fue una manta oscura con la forma de un cuerpo humano debajo.

–¿La manta ya estaba allí? Eso significa que usted no fue la primera que vio el cuerpo.

–No, yo fui la primera. Fui yo quien llamó a la policía. Nadie lo había hecho. Mi aviso fue el primero que recibieron.

–Pero ¿el cuerpo ya estaba tapado?

–Eso es.

–Según parece, Rosa, la policía cree que fue usted quien le echó la manta por encima.

–Pues se equivocan. ¿De dónde iba a sacar yo una manta en plena noche? ¿O acaso cree que nosotros, los negros, nos paseamos con una manta bajo el brazo por si las moscas? Sé que las cosas en este barrio están bastante mal, pero no hay para tanto.-No dijo aquellas palabras con amargura.

–Bueno. – Will hizo una pausa, sin saber por dónde continuar-. Entonces, usted dejó el cadáver cubierto con la manta, ¿no?

–Le estoy contando lo mismo que le conté al agente de policía. Así fue como lo encontré. Y la manta era buena, muy suave. Puede que fuera de cachemira. En cualquier caso, era de calidad.

–Lamento volver sobre lo mismo, pero ¿hay alguna posibilidad de que no fuera usted la primera que lo encontrara?

–No veo cómo. Estoy segura de que la policía se lo habrá contado. Cuando levanté la manta, el cuerpo todavía estaba tibio. En aquel momento no era un cuerpo, era todavía un hombre. ¿Sabe a qué me refiero? Todavía estaba caliente, como si acabara de ocurrir; la sangre todavía manaba, a borbotones, igual que un escape de agua. Era terrible, simplemente terrible. ¿Y sabe qué era lo más raro? Pues que

tenía los ojos cerrados, como si alguien le hubiera bajado los párpados.

–No irá a decirme que no fue usted quien lo hizo.

–Pues no fui yo. Nunca he dicho que lo hiciera.

–¿Y quién cree que pudo hacerlo? Me refiero a cerrarle los ojos.

–Seguramente pensará que estoy loca. A pesar del modo en que ese infeliz había sido acuchillado… No, no. Usted dirá que estoy loca.

–No, por favor. Siga. No creo que esté loca, en absoluto.

Will se había inclinado hacia delante en un gesto involuntario. Normalmente, ser alto suponía una ventaja porque podía intimidar. Sin embargo, en esos instantes no deseaba imponerse a aquella mujer; lo que quería era que se sintiera cómoda, de manera que se puso a su altura para poder mirarla a los ojos sin que ella tuviera que levantar demasiado la vista.

–Mire -prosiguió ella-, sé que ese hombre fue asesinado de un modo espantoso, pero parecía como si su cuerpo hubiera sido…, ya sabe, dispuesto para el descanso eterno.

Will no dijo nada y se limitó a mordisquear el extremo del bolígrafo.

–¿Lo ve? – continuó la mujer-. Cree que estoy chiflada. No sé, puede que lo esté.

Will le dio las gracias y siguió su recorrido. Tras andar unas pocas manzanas se adentró en una zona degradada, donde las viviendas tapiadas servían para meterse crack y los jóvenes se pasaban papelinas mientras miraban subrepticiamente por encima del hombro. Allí estaba la gente con la que tenía que hablar si deseaba saber más de Howard Macrae.

Se había quitado la americana, algo necesario en aquella soleada mañana de septiembre, pero seguía encontrando muchas reticencias. Su rostro era demasiado blanco; su acento, demasiado diferente. La mayoría de la gente lo tomaba por un policía de paisano. Debían de creer que

pertenecía a la brigada antidroga; y para aquellos que se fijaban en el coche que lo seguía a poca distancia, el vehículo no ayudaba a convencerlos de lo contrario. Todo el mundo apretaba el paso cuando Will sacaba la libreta de notas.

La primera grieta en el hielo la abrió, como suele ocurrir, una sola persona.

Will encontró a un hombre que conocía a Howard Macrae. El tipo parecía vagamente sospechoso, pero sobre todo se le veía aburrido y sin nada mejor que hacer que matar el tiempo hablando con un periodista. Durante un buen rato le estuvo contando las disputas locales, carentes por completo de importancia, como si fuera material de primera para *The New York Times*.

–Amigo, ¡querrá que esto aparezca en su periódico! – no cesaba de repetir entre risas asmáticas de fumador, mientras Will admitía que reír las gracias de tipos como ese formaba parte de los gajes del oficio.

–Bueno, ¿y qué me dice de ese tal Howard Macrae? – preguntó por fin Will cuando su interlocutor se tomó un respiro en su relato del mal funcionamiento de los semáforos de Fulton Street.

Al final resultó que no había tratado a Macrae tanto como aseguraba, pero sí sabía de otros que lo conocían, y se ofreció a presentárselos a Will con la inapreciable frase: «Es de fiar».

Will no tardó en formarse una idea. Macrae era evidentemente un tipo de mala vida. De eso no cabía duda. Hacía años que regentaba un burdel, pero el vecindario parecía tenerlo en alta estima. Según parecía, era fabuloso como proxeneta. Su casa de putas funcionaba y tenía buen aspecto, incluso llevaba la ropa de sus chicas a la lavandería. Will fue a echar un vistazo a la casa y se metió en algunas de las habitaciones. Lo mejor que podía decir era que no parecía tan horrible como había imaginado. Tenía el aspecto de una clínica de barrio pobre, no se veían

jeringuillas tiradas por el suelo, e incluso había un dispensador de agua fría.

Todas las prostitutas le contaron la misma historia:

–Mire, señor, ¿qué voy a decirle que no le hayan dicho ya las otras de por aquí? Ese tío vendía sexo. Eso era lo que hacía. Cobraba el dinero, nos daba una parte y se quedaba con el resto.

Howard parecía un proxeneta satisfecho. El prostíbulo formaba parte de sus dominios, y estaba claro que era un anfitrión simpático y afable. Will se enteró incluso de que por las noches ponía la música a tope y bailaba.

Era ya entrada la tarde cuando Will encontró lo que llevaba todo el día buscando: alguien que de verdad lamentaba la muerte de Howard Macrae. Se había puesto en contacto con los de la funeraria, que estaban esperando que les enviaran el cuerpo desde el depósito de cadáveres de la policía, y fue en taxi hasta allí, un establecimiento tan desvencijado que resultaba deprimente incluso para aquel barrio. Will se preguntó de cuántos asesinatos como aquel se ocuparían.

Solo estaba la recepcionista, una joven mujer negra con las uñas más largas y extravagantemente pintadas que Will había visto en su vida. Eran la única nota de color que había en todo el lugar. Él le preguntó si alguien, algún pariente, se había puesto en contacto con la funeraria para organizar el funeral de Howard Macrae, pero resultó que no. La recepcionista tenía la impresión de que el difunto carecía de familia. Will contuvo su impaciencia; necesitaba reunir más detalles personales, añadir más color, para que su artículo consiguiera salir publicado, de modo que insistió. ¿Nadie los había llamado para el asunto de Macrae, nadie en absoluto?

–Oh, ahora que lo menciona -contestó la chica de las uñas pintadas-, una mujer llamó a la hora de comer para preguntar cuándo iba a ser el funeral. Quería presentarle sus respetos.

La joven encontró una nota donde había apuntado los datos, y Will llamó desde allí mismo. Cuando respondió una voz de mujer, él le dijo que telefoneaba de la casa de pompas fúnebres y que deseaba hablar con ella acerca de Howard Macrae.

–Puede venir ahora, si quiere -respondió la mujer.

De vuelta en el taxi, Will cogió la Blackberry y envió rápidamente un correo electrónico a Beth. Aquellos mensajes electrónicos tenían su propia lógica: durante el día, cuando sabía que su mujer tenía cerca una terminal de ordenador, utilizaba la Blackberry; por las noches, cuando no era así, escribía un mensaje de texto.

Necesito un curso acelerado de psicología: voy a entrevistar a una mujer que conocía a la víctima. Le he hecho creer que trabajo para la empresa de pompas fúnebres. Tendré que confesarle la verdad. ¿Cómo lo hago para que no se enfade y me eche a patadas de su casa? Necesito tu respuesta lo antes posible porque estoy a punto de llegar.

Besos, Will.

Esperó, pero no recibió ninguna respuesta.

Oscurecía cuando Will llamó con los nudillos en la puerta de rejilla. Una mujer se asomó a la ventana del piso superior. Will calculó que tendría unos cuarenta años. Era negra y atractiva, y sus cabellos alisados tenían tintes rojizos.

–Ahora bajo -dijo.

Al abrirle la puerta, la mujer se presentó como Letitia, pero no quiso decirle su apellido.

–Me llamo Will Monroe, y le presento mis disculpas. – Will empezó a explicarle que aquel era su primer artículo importante y que si le había mentido había sido porque estaba desesperado por no decepcionar a sus jefes, pero enseguida se dio cuenta de que ella no decía ni hacía nada. No lo estaba poniendo de patitas en la calle, simplemente lo escuchaba con expresión sorprendida. Al final, Will le soltó

una de las muchas frases preparadas que guardaba en la recámara-: Escuche, Letitia, puede que esta sea la única manera de que se conozca la auténtica verdad sobre Howard Macrae.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que no hacía falta. Letitia parecía encantada de tener la oportunidad de explayarse. Le hizo un gesto para que pasara y lo condujo hasta una sala de estar repleta de juguetes de niño.

–¿Era usted pariente de Howard? – le preguntó Will.

–No. – Letitia sonrió-. Solo vi a ese hombre una vez.

«"Ese hombre" -pensó Will-. Bueno, allá vamos. Ahora sí que vas a enterarte de la verdadera basura que era el tal Macrae.»

–Pero una vez fue suficiente -añadió la mujer.

Will notó que su entusiasmo aumentaba.

«Puede que esta mujer conozca algún secreto acerca de Macrae lo bastante oscuro para que pueda explicar su asesinato. Si es así, iré por delante de la policía.»

–Y eso ¿cuándo fue?

–Hace casi diez años. Mi marido, que está a punto de llegar, se hallaba en la cárcel. – La mujer vio la expresión de Will-. No, no había hecho nada. Era inocente. Pero yo no tenía dinero para pagar la fianza. Pasaba una noche tras otra en la celda y yo no podía soportarlo. Empezaba a desesperarme. – Levantó la mirada y observó a Will con la esperanza de que hubiera comprendido el resto y no tuviera que detallárselo con palabras-. Por aquí solo hay dos maneras de conseguir dinero rápidamente, o vender drogas o… Bueno, ya sabe.

Al final, Will lo entendió.

–O ir a ver a Howard, claro.

–Exacto. Me odié a mí misma solo por pensarlo. Verá, señor Monroe, yo crecí cantando en el coro de la iglesia.

–Puede llamarme Will. Lo entiendo perfectamente.

–Me habían educado correctamente, pero tenía que sacar a mi marido de la cárcel, de modo que… fui a ver a Howard.

Sin desviar la mirada, Will anotó: «Ojos brillantes».

–Estaba dispuesta a vender la única cosa que tenía -sus ojos se estaban llenando de lágrimas-, pero ni siquiera pude entrar. Me quedé escondida entre las sombras, dudando, hasta que Howard me descubrió. Creo que estaba barriendo, tenía una escoba en la mano. Me preguntó qué deseaba, ya sabe, en plan «¿En qué puedo ayudarla?». Yo le conté lo que me pasaba y por qué necesitaba el dinero. No quería que pensara que…, bueno, ya sabe. Entonces, aquel hombre al que no conocía de nada hizo la cosa más extraña del mundo.

Will se inclinó hacia delante.

–Dio media vuelta y entró en lo que parecía ser su habitación, y, sin más, empezó a deshacer la cama.

–¿A deshacer la cama?

–Exactamente. Al principio, yo estaba asustada. No sabía qué pensaba hacer conmigo. El hombre hizo un montón con todos los cobertores y las mantas. Luego, fue hacia la mesilla de noche, desenchufó el reproductor de CD, se quitó el reloj y lo echó todo al montón. Entonces empezó a trasladar sus cosas; tuvo que quitarme de en medio. Su cama era de las buenas, con un magnífico colchón grueso y pesado, pero él lo arrastró hasta sacarlo fuera. A continuación fue a su camioneta, un viejo trasto hecho polvo, la abrió y comenzó a cargar el colchón y todo lo demás Se lo juro, yo no tenía idea de qué pensaba hacer aquel hombre. Al final, se puso al volante, bajó la ventanilla y me dijo que me reuniera con él a la vuelta de la manzana, en la esquina de Fulton Street. «Nos vemos ahí dentro de cinco minutos», me dijo.

»Yo estaba estupefacta, pero di la vuelta a la manzana como él me había indicado. Vi su camioneta. Estaba aparcada delante de una tienda de empeños. Y allí estaba Howard Macrae, dando instrucciones mientras unos tipos descargaban todo y el propietario le entregaba dinero en

metálico. Lo siguiente que hizo Macrae fue entregarme los billetes.

–¿A usted?

–Exacto. A mí. Fue la cosa más rara del mundo. Podría haberse contentado con darme una parte, pero no. Insistió en hacer aquel sacrificio, como si hubiera vendido todas sus posesiones de este mundo o algo así. Nunca en la vida olvidaré lo que me dijo al entregármelo: «Aquí tiene el dinero. Ahora vaya, saque a su marido de la cárcel y no se convierta en prostituta». Cogí el dinero y le hice caso: pagué la fianza y nunca vendí mi cuerpo, jamás. Y todo gracias a ese hombre.

Se oyó un ruido en la puerta de entrada. Will se volvió y oyó unas voces que se acercaban: las de tres o cuatro niños y la de un hombre.

–Hola, cariño.

–Will, este es Martin, mi marido, estas son nuestras niñas, Davinia y Brandi, y este es nuestro hijo, Howard. –Letitia dirigió una mirada fulminante a Will para que no hablara-. Martin, este señor es periodista, ahora iba a acompañarlo a la puerta.

Cuando salieron, Will susurró:

–¿Lo sabe su marido?

–No. Y no tengo la menor intención de contárselo. Ningún hombre debería saber algo así acerca de su esposa.

Él pensó en decirle que opinaba lo contrario, que la mayoría de los hombres se sentirían halagados al saber que sus esposas estaban dispuestas a realizar tamaño sacrificio, pero lo pensó mejor.

–Y a pesar de todo, su hijo se llama Howard.

–Yo le dije que el nombre me gustaba, pero la verdadera razón solamente la sé yo, y con eso basta. «Howard» es un nombre que mi hijo puede lucir con orgullo. Se lo repito, señor Monroe, puede que el hombre que asesinaron anoche hubiera pecado todos y cada uno de los días de su vida,

pero para mí era la persona más justa que jamás he conocido.

Capítulo 5

Sábado, 21. 50 h, Brooklyn

Esa noche, en la cocina, que era donde solían charlar, Will hizo lo que tenía por costumbre. Beth estaba preparando un plato de pasta, y él fregaba los cacharros y los utensilios de cocina a medida que ella los iba usando. En su opinión se trataba de una hábil estrategia: de esa forma se ahorraban tener una montaña de cosas que lavar una vez terminada la cena. Entretanto, él le contaba cómo le había ido el día.

–Ese tío era un vulgar proxeneta, pero cuando vio a esa mujer en apuros no dudó en vender todas sus posesiones para ayudarla. ¿No te parece increíble?

Beth siguió removiendo la salsa, sin decir nada.

–No sé qué decidirá Glenn -prosiguió Will-, pero esa mujer, Letitia, cree que Macrae le salvó la vida. Eso es algo importante, ¿no te parece? Me refiero a que es una buena base para un artículo.

Beth parecía distante, pero Will lo interpretó como algo positivo, una señal de que sus comentarios la hacían pensar y la habían sumido en un silencio contemplativo.

–Bueno, ya está bien de mis historias. ¿Qué tal te ha ido a ti el día?

Beth dejó de remover, alzó los ojos y le dirigió una mirada gélida.

–¡Oh, Dios mío! – exclamó Will de repente-. ¡Lo había olvidado!

Se había olvidado de la nota que Beth le había dejado por la mañana: «Hoy es un día importante». La había leído pero la había olvidado al instante.

Ella no dijo nada. Simplemente dejó que Will se explicara.

–Lo siento. Fui directo al trabajo y me metí de cabeza en la historia. Debí de dejar el móvil en silencio mientras

entrevistaba a esa mujer. ¿Me llamaste?

–«Lo había olvidado.» ¿Cómo puedes decir eso? Eso es algo que no se olvida. Las cosas no funcionan así, Will. Estas cosas, no.

Beth hablaba en un tono de acerada tranquilidad que ponía los pelos de punta, porque era el que reservaba para los momentos en que estaba realmente furiosa. Will suponía que lo había desarrollado en su práctica como psiquiatra: no perder nunca el control. En principio, era algo que admiraba de su mujer, pero no soportaba que él fuera el destinatario.

–¡Hace semanas que no pienso en otra cosa, y tú simplemente lo olvidas! ¡Te has olvidado por completo! – Su tono aumentó-. ¡Has tenido todo el día y te has olvidado!

–Estaba trabajando…

–Siempre estás trabajando o pensando en el trabajo, y ni siquiera te acuerdas de lo que es más importante en nuestras vidas. Yo, en cambio, no puedo comer, ducharme o dormir sin pensar en ello. – Sus ojos se estaban llenando de lágrimas.

–Cuéntame qué te han dicho.

–No vas a librarte tan fácilmente, Will. Si de verdad te interesara lo que me han dicho tendrías que haberme acompañado al hospital. Tendrías que haber estado allí conmigo.

Todas aquellas palabras cayeron encima de Will como una losa. Claro que tendría que haber ido. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Beth estaba en lo cierto: desde que se había levantado, no había pensado en otra cosa que no fuera en ese artículo.

Sabía que necesitaba cambiar el rumbo de la conversación, pasar de la pregunta de por qué se había olvidado y entrar en lo más importante: qué habían dicho los médicos. Pero ¿cómo conseguirlo? Solo conocía a una persona capaz de realizar con éxito semejante maniobra, utilizando los oportunos recursos psicológicos, y esa persona era Beth.

–Cariño, he metido la pata. Me cuesta creer que haya olvidado esa cita. No merezco saber cómo te ha ido, pero de verdad quiero saberlo. Te prometo que hablaremos de ese otro asunto, de mi obsesión por el trabajo; pero ahora creo que deberías contarme qué te han dicho.

Beth se había sentado, todavía sostenía la cuchara de madera, y habló en susurros, como si se hubiera quedado sin aire en los pulmones.

–No me han examinado. Ha sido solo una conversación. Me han dicho que debemos seguir intentándolo en serio durante otros tres meses, antes de pensar en un tratamiento. – Suspiró profundamente y cogió un pañuelo de papel-. Me han dicho que los dos estamos perfectamente sanos y que deberíamos darnos un poco más de tiempo antes de «dar el siguiente paso».

–Eso son buenas noticias, ¿no te parece? – dijo Will, que enseguida intuyó que ponerse alegre antes de que ella hubiera acabado quizá no fuera la táctica más apropiada. Su lado racional le decía que lo que Beth más necesitaba era hablarlo, sacarlo de dentro sin tener que argumentar ni defender nada. Eso era lo que pensaba, pero sus labios querían otra cosa: mejorar la situación como fuera.

–Pues no. No creo que sean buenas noticias. Para nada. Solo hace que todo sea más jodidamente misterioso. Si mis óvulos son tan perfectos y tu semen es tan jodidamente bueno, ¿por qué no podemos tener hijos?

Arrojó la cuchara contra la pared, donde el utensilio dibujó una mancha de salsa de tomate a lo Jackson Pollock, se levantó y se fue corriendo al dormitorio. Will la siguió, pero ella cerró de un portazo. La oyó llorar.

¿Cómo podía haber metido la pata de aquella manera? Le había prometido que la acompañaría al hospital y que se tomaría unas horas libres durante la tarde. Pero, en lugar de eso, había ido a trabajar y se había olvidado completamente del asunto durante todo el día. Incluso le había enviado un mensaje con la Blackberry para preguntarle por algo

relacionado con el trabajo justo a la hora de la cita en la clínica. Sabía cuál era la opinión de su mujer como psiquiatra, pensaba que él se sumergía en el trabajo para no tener que enfrentarse al verdadero problema: que tras cuatro años de matrimonio, dos de sexo sin protección de ningún tipo y uno intentándolo en serio, Beth seguía sin quedarse embarazada. Will sabía que eso era lo que parecía, pero Beth se equivocaba. No intentaba huir. Siempre había sido ambicioso, desde que estaba en el instituto; cuando no estaba dirigiendo Cherwell, se dedicaba a vender historias de la universidad en Fleet Street[2]. Así era él.

El teléfono sonó.

–¿Will?

–Ah, hola, papá.

–Te llamaba para saber si te había gustado el concierto.

–Sí, claro. Me encantó -dijo Will tocándose el cabello y mirando al suelo. ¿Cómo era posible que hubiera sido tan estúpido y no hubiera llamado a su padre?-. Lo siento, tendría que haberte telefoneado. Los coros fueron increíbles.

–Pareces deprimido.

–Es solo cansancio. Ha sido un día muy largo. ¿Te acuerdas del asunto por el que me llamaron en pleno concierto, aquel asesinato? Pues se me ocurrió la idea de investigarlo y ver qué había ocurrido realmente, hacer un reportaje del tipo «retrato de un crimen» o algo así.

Le resultaba imposible hacer caso omiso de la presencia de Beth tras la puerta cerrada del dormitorio. No le cabía duda de que debía intentar hablarle para convencerla de que saliera o de que lo dejara entrar.

–Es una buena idea. ¿Qué has averiguado?

–Pues que era un vulgar proxeneta dedicado a la mala vida.

–Bueno, supongo que no habrá sido ninguna sorpresa. Al menos en un barrio como ese. De todas maneras, estoy

impaciente por leer algún artículo tuyo sobre el Banco Mundial. Y supongo que tú también. Disculpa, Linda me está llamando. Esta noche tenemos una cena a favor de Habitat. Están llegando los peces gordos y se supone que tengo que hacer de anfitrión. Te llamaré pronto.

Will pensó que incluso en sus noches de asueto su padre y su «socia» -una palabra que Will era incapaz de pronunciar si no era poniéndola entre comillas- se dedicaban a causas moralmente dignas. Habitat for Humanity era una de las organizaciones benéficas favoritas de su padre. «Me gusta una causa que exige parte de tu tiempo y de tu esfuerzo, y no solo tu dinero -le había dicho su padre en una ocasión-. Lo que te piden es que abras tu corazón, no simplemente la cartera.»

En su despacho de juez, su padre tenía colgado un retrato suyo con el último presidente, ambos subidos en una escalera plegable, vestidos de leñadores y con un martillo en la mano. Era una fotografía tomada en una de las típicas reuniones de Habitat: construir una casa para los sin techo en un solo día. Aquella había tenido lugar en Alabama o en algún lugar parecido.

Will se preguntó por aquel afán benefactor de su progenitor. En realidad, se le antojaba sospechoso. La interpretación cínica decía que se trataba únicamente de una maniobra política para mostrar a William Monroe padre como un hombre con el carácter adecuado para ocupar los más altos cargos de la judicatura. Más concretamente, Will se preguntaba si su padre no estaría intentando mejorar sus relaciones con las circunscripciones evangélico-cristianas, que tanta influencia tenían en la selección de los candidatos al Tribunal Supremo. Algunos de los rivales de su padre eran miembros destacados de estas. Un reconocido liberal como William Monroe padre nunca estaría a su altura, pero le sería de ayuda mostrar algo de piedad. Eso era, al menos, lo que su hijo suponía.

Will fue de puntillas hasta el dormitorio y abrió ligeramente la puerta. Beth estaba profundamente dormida. Cerró nuevamente, recogió lo que quedaba de la pasta tirada en el suelo y se comió el resto directamente de la cazuela. Tenía la impresión de que un muro infranqueable acababa de alzarse en medio del apartamento y de que él y Beth se hallaban en lados opuestos.

Cogió el mando a distancia y sintonizó cualquier canal; era la CNN.

«Y ahora, las noticias internacionales: más problemas para el ministro de Economía británico, Gavin Curtis, que hoy ha sido el blanco de las críticas de la Iglesia. El obispo de Birmingham ha comparecido ante la Cámara de los Lores para aumentar la presión…»

Will se incorporó para ver mejor. Curtis parecía más viejo y agotado de lo que él recordaba. Había pasado por Oxford cuando Will estudiaba allí. En aquella época, Curtis, que estaba en la oposición y se ocupaba de cuestiones de medio ambiente, había liderado un debate de la Oxford Union. Como redactor de noticias de *Cherwell*, a Will le correspondió la envidiable tarea de entrevistarlo.

Hacía años que no había pensado en aquel episodio, pero en ese momento su entrevistado le causó una profunda impresión. Para empezar, Curtis lo trató con mucha deferencia, como si fuera un verdadero periodista, cuando Will apenas tenía diecinueve años. Pero lo más curioso de todo había sido que Curtis había actuado más como un profesor, un maestro, que como un político: salpicó la conversación con constantes referencias a libros y películas, le preguntó si había leído a cierto desconocido teólogo holandés o si había visto no sé qué controvertida película polaca. Cuando la entrevista concluyó, Will se sentía claramente inferior a él, pero al mismo tiempo estaba convencido de que Curtis no tenía futuro en la política porque era demasiado intelectual. Cuando su entrevistado

empezó a ascender en el gobierno, Will se avergonzó de su falta de perspicacia política.

La CNN mostraba las imágenes de un clérigo de blancos cabellos vestido con un traje gris bajo el que asomaba un atisbo de púrpura. El rostro del obispo, rojo de indignación, parecía querer competir con el color de su camisa. La CNN lo identificó como el líder del equivalente británico de la Iglesia de Jesús Renacido, un ala radical de la Iglesia evangélica.

«Ese hombre es un pecador -decía el obispo ante los murmullos de aprobación y reprobación de la Cámara-. Si es cierto que ha malversado fondos públicos, debe ser despedido».

Will apagó el televisor y fue al ordenador. Beth seguiría durmiendo hasta la mañana siguiente. Pensó en despertarla para hablar con ella; tenían por norma no acostarse nunca sin haberse reconciliado. Sin embargo, estaba profundamente dormida y no iba a conseguir nada molestándola: había visto claramente su expresión. Beth podía mostrar una infinidad de expresiones distintas a lo largo de una misma noche. En más de una ocasión Will se había despertado porque su mujer reía en sueños por alguna broma secreta; pero en ese momento, incluso con el oscuro cabello cayéndole por el rostro, creyó distinguir lo que temía que fuera una arruga que cruzaba su frente, como si estuviera concentrada en algo. Will se imaginó borrándola con la simple caricia de sus dedos. Tal vez debería entrar e intentarlo. Pero no, se dijo. ¿Y si se despertaba, y la arruga reaparecía? Lo mejor era que la dejara en paz.

Quizá podía hacer algo que lo mantuviera ocupado; por ejemplo, escribir el reportaje sobre Macrae para entregarlo a primera hora. Al menos así impresionaría a Harden. Y también sería una excusa para no entrar en el dormitorio.

Se sentó ante el teclado, pero su mente seguía sin centrarse en Letitia, en Howard o en las calles de

Brownsville. Sabía lo que Beth deseaba y también que la naturaleza o lo que fuera se interponía en su camino. La actitud de los médicos le había dado ánimos, pero Beth no estaba acostumbrada a ser paciente. Le gustaban las cosas claras: un diagnóstico y una línea de acción.

Además, era consciente de que la cuestión del embarazo era solo una parte de la historia; a Beth le molestaba su actitud con el trabajo, su obsesión por destacar. Cuando se conocieron, a ella le gustó su determinación y le pareció sexy; admiraba su negativa a conformarse y a vivir a la sombra del prestigio de su padre. Por ejemplo, Will podría haber vuelto a Estados Unidos tras cumplir los dieciocho y utilizar la influencia de su apellido para entrar en Yale. Ella lo admiraba por no haberlo hecho; pero en estos momentos preferiría que la ambición de su marido se hubiera atemperado. Existían otras prioridades.

Al final, cayó dormido poco después de las cuatro de la madrugada. Soñó que se hallaba en una barca, en un lago, impulsándose con una percha igual que un gondolero. Ante él, enroscada bajo un parasol, había una mujer. Seguramente era Beth, pero le costó verla con claridad. Entrecerró los ojos, decidido a comprobarlo, pero el sol lo deslumbró.

Capítulo 6

Lunes, 10. 47 h, Manhattan

El buen pecador, historia de una vida y de una muerte en Nueva York.

Will lo leyó, no en la página B6 o B11, ni siquiera en la B3, sino en la Al: en la primera página de *The New York Times*.

Lo había mirado en el metro, mientras se dirigía al trabajo, lo había seguido mirando mientras caminaba hacia la redacción, y en esos momentos, sentado a su mesa, hacía esfuerzos para que nadie notara que seguía mirándolo.

Al llegar, se encontró un alud de felicitaciones en el correo electrónico; provenían tanto de colegas que se sentaban a menos de tres metros de distancia como de viejos amigos que vivían en otros continentes y que habían leído la historia en la versión on-line del periódico. Estaba recibiendo más alabanzas por el teléfono cuando notó que una corriente de energía barría las mesas como una fuerza magnética. Era Townsend McDougal, que había descendido del monte Olimpo para hacer una de sus raras visitas a las tropas. De repente, las espaldas se habían enderezado, y en los rostros había aparecido un rictus en forma de sonrisa. Will se fijó en que Amy Woodstein se apresuraba a retocarse el cabello, mientras que el veterano columnista de Sociedad barría su mesa con el brazo, escondiendo de paso, en el cajón de los lápices, varios paquetes arrugados de Marlboro.

El alto mando de *The New York Times* todavía se estaba acostumbrando a McDougal. Nombrado director ejecutivo hacía pocos meses, su elección había sido atípica. Sus inmediatos predecesores provenían de ese segmento de la sociedad neoyorquina que había producido algunos de sus hombres más conocidos y conferido buena parte de su sentido del humor y lenguaje: los judíos liberales. Los anteriores directores del Times habían tenido siempre el aspecto y las maneras de Woody Allen o Philip Roth.

Townsend McDougal era una apuesta totalmente distinta: aristócrata de Nueva Inglaterra, con orígenes que se remontaban al Mayflower y modales de WASP, utilizaba un sombrero Panamá en verano y mocasines de borlas en invierno. Pero no fue eso lo que inquietó a los veteranos del diario cuando se anunció su designación. Lo que convertía al nuevo director en un elemento que no encajaba era, sencillamente, que Townsend McDougal fuera un cristiano renacido.

Todavía no era obligatorio el estudio de la Biblia ni había pedido a sus periodistas que juntaran las manos y alzaran una plegaria antes de cada edición; pero, para un templo

del laicismo como era *The New York Times*, aquello había supuesto una conmoción. Tanto críticos como columnistas estaban acostumbrados a usar un tono que, si bien no era burlón, sí resultaba distante. La cristiandad evangélica era algo que existía ahí fuera, en los vastos territorios del medio Oeste o el profundo Sur que se extendían entre costa y costa. Nadie lo expresaba abiertamente, y aún menos lo escribía, pero la opinión general era que la fe de los renacidos era patrimonio de las mentes simples. «Confía en Jesús» quedaba para las mujeres con pantalones de poliéster que veían a Pat Robertson en el 700 Club o para los alcohólicos en período de recuperación que necesitaban dar un giro a sus vidas y declarar su salvación colocando pegatinas en sus vehículos. No era para los refinados profesionales salidos de las universidades privadas.

Townsend McDougal había puesto en duda todos esos principios. Con él, los periodistas de *The New York Times* habían tenido que revisar la frase que decía que laicismo era igual a inteligencia. Desde su llegada, la religión había dejado de ser considerada de mal gusto, como el cabello largo o las cenas ante el televisor. Debía ser tratada con respeto. El cambio, desde en los artículos acerca de la moda hasta en la sección de Deportes, había empezado a hacerse visible a las pocas semanas de su llegada. El nuevo director ni siquiera había tenido que redactar una circular. No le había hecho falta.

En esos momentos caminaba entre el personal de la sección de noticias locales con la mirada puesta en una única persona.

–Oye, será mejor que cuelgue -dijo Will por teléfono en lo que confió que fuera un inaudible susurro.

Nada más colgar, McDougal se dirigió a él:

–Bienvenido al sanctasanctórum, William, a la primera página del mayor diario del mundo.

Will notó que se ruborizaba, pero no fue por el cumplido ni por la voz de bocina de McDougal alabándole ante toda la

sección con un acento que casi podía pasar por inglés. No, fue por el uso que había hecho de su nombre, de «William». Will estaba convencido de que su padre había llegado a un acuerdo con McDougal para que no se mencionara públicamente que eran amigos. Will sabía que ya despertaba suspicacias por haber entrado en la plantilla -un nuevo y prometedor periodista- y no necesitaba que sus colegas pensaran que se beneficiaba de lo que era el lubricante de toda trayectoria profesional y que se llamaba «nepotismo».

Pero ya estaba dicho. Los decibelios de McDougal se habían encargado de difundirlo. El correo electrónico interno no tardaría en dar la voz de alarma: «¿A que no sabes a quién tutea el nuevo jefe?». En realidad, Will había presentado su solicitud para el puesto igual que todo el mundo: había enviado una carta y había tenido una entrevista. Sin embargo, a partir de ese momento, nadie iba a creerlo. Notó que el calor subía a su cara.

–Ha sido un buen comienzo, William. Has cogido un material en bruto y lo has convertido en algo digno de aparecer en primera plana. A veces me gustaría que algunos de tus colegas mostraran el mismo empuje y creatividad.

Will se preguntó si McDougal estaría haciéndoselo pasar fatal a propósito. ¿Acaso se trataba de algún tipo de rito iniciático como los que practicaban los Skull y los Bone en Yale, donde McDougal y su padre se habían hecho amigos? El director lo mismo habría podido dibujar una diana en la espalda de Will y repartir arcos y flechas por toda la redacción.

–Gracias.

–A partir de ahora espero más de ti, William. Seguiré tu carrera con sumo interés.

Dicho esto, McDougal desapareció envuelto en su traje gris, cortado a medida. El personal recobró su actitud anterior, y el columnista de Sociedad abrió el cajón de su

mesa, cogió los cigarrillos y se dirigió hacia la salida de incendios.

Will experimentó una urgencia parecida. Sin pensarlo dos veces marcó el número de Beth, pero colgó al oír el segundo timbrazo. Una llamada para contarle su triunfo en el trabajo no haría sino confirmar todo lo que ella le había dicho la noche anterior. No, todavía le quedaba mucha penitencia por purgar.

–¡Caramba, William! – Era Walton, que había hecho girar su silla para situarse frente al espacio que compartían con Woodstein y Schwartz, y mostraba una sonrisa maliciosa. Tenía todo el aspecto de un escolar travieso.

A pesar de tener casi cincuenta años cumplidos, había algo infantil en Terence Walton. Tenía la irritante costumbre de entretenerse con juegos de ordenador de alta tecnología mientras trabajaba, aporreando el teclado mientras liquidaba distintas formas de vida alienígenas para pasar al siguiente nivel. Sus dedos parecían estar permanentemente a la caza de distracción. Tan pronto había concluido una conversación telefónica, iniciaba otra. Siempre estaba concretando actividades fuera del trabajo: una intervención radiofónica aquí, una jugosa conferencia allá. Su trabajo en Delhi había recibido muchas alabanzas y era reclamado a menudo como experto. Su libro, La India según Terence Walton, era famoso por haber introducido al gran público en los problemas de un país que apenas conocía.

Sin embargo, en la redacción Walton no era tan estimado. Will se percató de ello enseguida. La ubicación de su mesa lo confirmaba: un antiguo corresponsal extranjero relegado a compartir mesa con los novatos de la sección de Local. Difícilmente se podía considerar el trato que se daba a una estrella. Lo que Will no sabía aún era qué había hecho Walton para merecerlo.

–Estábamos hablando de tu triunfal primera página -prosiguió Walton-. Buen trabajo. Claro que habrá quien dude, los escépticos de siempre se preguntarán qué hay

detrás de esta historia. De todas maneras, yo no soy uno de ellos. No, William, yo no.

–Will. Me llamo Will.

–Pues el director parece creer que te llamas William. Puede que tengas que aclarárselo. De todas maneras, la pregunta es: ¿por qué, me pregunto yo, esta pequeña historia debe figurar en primera plana? ¿Qué fenómeno social ha desvelado? Me temo que nuestro nuevo director no acaba de comprender el sacrosanto espacio de la esquina inferior izquierda. No está destinado únicamente a las viñetas interesantes, sino que debería ser una ventana a un nuevo mundo.

–Pues creo que eso es precisamente lo que ha sido. Lo que he hecho ha sido corregir uno de los estereotipos clásicos de esta ciudad: ese hombre parecía un simple macarra, pero en realidad era mejor que eso.

–Sí, eso es estupendo. ¡Bien hecho! Un trabajo fantástico. Pero recuerda lo que se dice de la suerte del principiante: lo más difícil es que se repita. Dudo incluso que seas capaz de encontrar más «historias de gente corriente» -Walton puso voz de falsete- que puedan interesar a *The New York Times*; al menos a *The New York Times* para el que yo solía trabajar. Recuerda: una vez es una hazaña; dos, sería un milagro.

Will se volvió hacia su ordenador, a su página de correo. Aparecía el nombre de Amy Woodstein, y en «Asunto», la pregunta: «¿Tomamos un café?».

Cinco minutos más tarde, Will se encontraba en la espaciosa cafetería del periódico, paseando ante el escaparate donde se exhibían los objetos promocionales de *The New York Times*: gorras, sudaderas y miniaturas de los antiguos camiones de reparto. Amy apareció a su espalda llevando en la mano una taza de té.

–Solo quería decirte que siento lo de hace un momento. Es uno de los inconvenientes de trabajar aquí: hay demasiada testosterona. Ya sabes a qué me refiero.

–No importa.

–La gente es muy competitiva, en especial Terry Walton.

–Sí, esa impresión me ha dado.

–¿Conoces su historia?

–Sé que fue corresponsal jefe en la oficina de Delhi y que se vio obligado a volver.

–Lo acusaron de manipular la cuenta de gastos, pero no pudieron demostrarlo. Esa es la razón de que siga todavía aquí. De todas maneras, su credibilidad está en entredicho.

–¿Te refieres con respecto al dinero?

–¡Oh, no! No solo por el dinero. – Amy rió con un deje de amargura.

–Pues entonces, ¿por qué?

–Escucha, yo no te he dicho nada, ¿de acuerdo?, pero mi consejo es que tengas tus libretas de notas a buen recaudo si Walton anda cerca. Y cuando hables por teléfono, hazlo en voz baja.

–No te entiendo.

–Terry Walton roba historias. Es famoso por ello. Cuando estaba en Oriente Próximo lo llamaban «el ladrón de Bagdad».

Will sonrió.

–La verdad es que no tiene gracia -añadió Amy-. En todo el mundo hay periodistas que podrían pasarse la noche hablando de las jugarretas de Terence Walton. Te lo digo en serio, Will. Pon bajo llave tus notas y todas tus cosas. De lo contrario, las leerá.

–¿De modo que por eso escribe así?

–¿Qué?

–Walton tiene una letra minúscula, completamente indescifrable. Lo hace a propósito, ¿no? Así se asegura de que nadie mete la nariz en sus cosas.

–Yo solo te aconsejo que vayas con cuidado.

Cuando Will volvió a su mesa, vio que Glenn Harden estaba dejándole un Post-it en la pantalla del ordenador donde ponía: «Sube a verme en algún momento».

–¡Ah, estás aquí! – exclamó-. Tengo un mensaje para ti de la sección de Nacional. Te vas al oeste, chico.

–¿Cómo dices?

–A Seattle. La mujer de Bates está de parto y Nacional necesita que lo sustituyamos. Según parece no tienen a nadie y te lo encargan a ti. – Harden elevó el tono-. Intenté ofrecerles a Walton, pero se disculparon con una vulgar excusa y te propusieron a ti. – Walton conversaba por teléfono y no prestaba atención-. Habla con Jennifer. Ella te buscará un billete.

–Gracias -balbuceó Will mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Sabía que aquello significaba un paso adelante, un voto de confianza. Sin duda sería algo temporal, pero estaba seguro de que Harden no quería que la sección de Local quedara en mal lugar frente a los de Nacional, a quienes tenía por unos esnobs; esperaba poder mostrar el mejor rostro de Local. Will tragó saliva al pensarlo. Y aquel rostro era el suyo.

–¡Ah! – añadió Harden-, y no te olvides de meter tus chanclas en la maleta.

Capítulo 7

Martes, 10. 21 h, estado de Washington

Como os he mostrado, Jesucristo es la luz y el camino. Hoy hemos asistido a un milagro…» Las emisoras de radio cristianas junto con las de música country eran de las pocas cosas con las que siempre se podía contar. Hasta en los rincones más alejados, donde no había apenas emisoras, uno podía beneficiarse de la palabra del Señor radiada a través de las ondas. Los puertos de montaña del estado de Washington no eran una excepción.

Se dio cuenta de que se estaba acercando al lugar de la inundación. Las carreteras empezaban a llenarse de coches, y no tardó en divisar las destellantes luces de los equipos de emergencia. Enseguida vio algo tranquilizador: diversas

furgonetas blancas de las emisoras de televisión locales, la confirmación de que había llegado al lugar de la noticia.

Se unió a un fotógrafo que parecía saber lo que se hacía, entre otras cosas porque llevaba el equipo adecuado; no solo la clásica cazadora de piloto con los bolsillos necesarios para guardar todas las pertenencias de una pequeña familia, sino también botas de goma por encima de la rodilla, pantalón impermeable, calcetines térmicos y unos guantes que parecían diseñados por la NASA.

Will se metió en el agua tras él y notó el frío que subía por sus perneras. No tardaron en subir a una lancha de la policía e ir de casa sumergida en casa sumergida. Vio a una mujer a la que rescataban y que se aferraba a lo único de valor que tenía en su hogar: su gato. Otro hombre estaba de pie, sollozando ante la entrada de su comercio, viendo cómo el agua se llevaba el trabajo de toda una vida.

Tras unas horas, Will, empapado, volvió a su vehículo y se inclinó sobre el teclado.

«La gente del noroeste está acostumbrada a los cambios de humor de la madre naturaleza, pero el último los ha dejado anonadados», escribió, y acto seguido detalló algunos de los casos más desgraciados. Añadió unas cuantas frases citadas por las autoridades y una última línea, a modo de conclusión, con un comentario, realizado por el propietario de la tienda que había perdido su comercio, sobre lo impredecible del clima.

De vuelta a la habitación de su hotel, llamó a Beth, que le dijo que ya se había acostado. Ella le contó rápidamente cómo le había ido el día, y él le explicó con todo detalle su rápido viaje a la zona de las inundaciones. Ambos estaban demasiado cansados para reanudar la conversación que habían dejado sin terminar.

Luego encendió el televisor y sintonizó las noticias locales. Aparecieron imágenes de las inundaciones en Snohomish, y Will reconoció algunos de los rostros mientras

se apiadaba del reportero que se encargaba de retransmitir en directo: eso significaba que seguía allí.

«Y tras unos mensajes publicitarios, más información sobre el asesinato de Pat Baxter.»

Will volvió a su ordenador; escuchaba solo a medias las palabras que salían del televisor.

«La víctima, de cincuenta y cinco años, fue hallada muerta en su cabaña, sola… La policía sospecha de un intento frustrado de robo… Se encontraron muchos desperfectos, pero no faltaba nada… Baxter llevaba años siendo vigilado… Durante un tiempo fue considerado el sospechoso principal en el caso Unabomber… No se le conocen parientes cercanos ni familia…»

Will se giró. Una palabra había captado su atención. Tecleó «Unabomber» en Google y refrescó su memoria acerca del extraño caso que había tenido en jaque al FBI durante dos décadas. Alguien envió bombas por correo a distintas direcciones de empresas de la costa Este dejando un rastro de oscuras pistas. Al final, el responsable emitió un manifiesto, un texto casi académico que parecía obra de un lunático solitario que sentía una profunda desconfianza hacia la tecnología. También parecía aborrecer al gobierno. En la página web de *The Seattle Times* encontró un artículo recién publicado.

Ese sentimiento puso a Unabomber en sintonía con todo un movimiento que se produjo en 1990, movimiento en el que había participado activamente el difunto Pat Baxter. Fue la época de las milicias armadas, norteamericanos que se armaban en previsión de lo que ellos creían que iba a ser un asalto inminente por parte del gobierno de Estados Unidos. Empezaron en el noroeste del Pacífico y después se extendieron por todo el país.

Will empezó a buscar en los archivos on-line de *The New York Times* y se sorprendió por los primeros artículos que encontró, que describían a los integrantes de aquellas milicias como gente bastante inofensiva, soldados de fin de

semana, tipos gordos y mayores que se dedicaban a sudar y a jadear con sus juegos de guerra. Pero de repente el tono cambiaba.

El caso de Ruby Ridge, en 1992, en el que un defensor de la supremacía blanca perdió a su mujer y a sus hijos en un tiroteo con agentes federales -al igual que sucedería en el asalto de Waco, en Texas, un año más tarde-, puso al descubierto un mundo del que casi nadie, particularmente en los medios de comunicación, había oído hablar. Un mundo que veía Washington como el centro de un oscuro nuevo orden mundial, personificado en las odiadas Naciones Unidas, cuya intención era esclavizar a la gente. ¿Qué otra explicación podía haber para los misteriosos helicópteros negros que se veían por toda la Norteamérica rural? ¿Qué otro significado tenían los números que aparecían en el dorso de las señales de tráfico si no eran coordenadas que algún día ayudarían al ejército de Estados Unidos a meter en campos de concentración a sus conciudadanos?

Cuanto más leía Will, más fascinado estaba. Aquellos guerreros civiles creían en disparatadas historias sobre los francmasones, la Reserva Federal, la existencia de mensajes codificados escritos en billetes de curso legal y en misteriosas conexiones con bancos europeos. Algunos estaban tan convencidos de que los funcionarios del gobierno federal los perseguían que se refugiaron en las montañas; se encerraron en remotos refugios y cabañas de los bosques de Montana o Idaho. Cortaron sus vínculos con el gobierno en todos los sentidos: carecían de permiso de conducir, se negaban a firmar cualquier papel oficial y algunos incluso se apartaban por completo del sistema y buscaban sus propias fuentes de energía eléctrica antes que depender de la red nacional.

Y no se trataba de ningún juego. Con ocasión del segundo aniversario de la matanza de Waco, el edificio federal Alfred P. Murrah, de Oklahoma City, saltó por los aires como resultado de un atentado con coche bomba en el

que 169 personas murieron. Los responsables resultaron ser, no islamistas radicales, sino estadounidenses a los que habían llenado la cabeza con historias de odio hacia su gobierno.

En *The Seattle Times* había una foto de Baxter en una reunión en Montana, en 1994, que, a juzgar por el aspecto de los tenderetes donde se exhibían los productos, parecía una feria local. Baxter aparecía al frente de un puesto en el que se vendían platos militares, comida lista para ser consumida. Según parecía, tenía un buen negocio de venta de tiendas de campaña y artículos de supervivencia, el tipo de objetos que podían cobijar y mantener alimentado al norteamericano sediento de libertad durante el conflicto que se avecinaba. Dentro del oscuro universo del movimiento antigubernamental, quizá Baxter no fuera una celebridad, pero sí un asiduo.

«Era un gran patriota, y su muerte ha sido un golpe para todos aquellos que amamos la libertad", dijo Bob Hill, uno de los comandantes de la milicia de Montana.»

* * *

Miércoles, 9. 00 h, Seattle

Extrañamente, el teléfono no había sonado. Cuando al fin se despertó -a las doce del mediodía, según la hora de Nueva York-, vio que en su móvil no había ninguna llamada perdida. Miró en la Blackberry, pero solo vio mensajes sin importancia. Aquello no iba bien.

Cogió el ordenador de la mesa y lo llevó hasta la cama, estirando el cable todo lo posible. Comprobó la web de *The New York Times*: ni rastro de su historia. Fue a la sección de Nacional y encontró enlaces de noticias de Atlanta, Chicago y Washington. Siguió buscando. Vio algo señalado como «Seattle», pero no era más que una noticia de agencia escrita aquella misma mañana. Ni rastro de su artículo.

Marcó el número de Beth. En el hospital le pasaron la comunicación.

–Hola, cariño, ¿has leído el periódico esta mañana?

–Sí, estoy bien, gracias por preguntar.

–Lo siento, es solo que… ¿Lo tienes a mano?

–Un momento. – Se hizo una larga pausa-. De acuerdo, ¿qué debo buscar?

–Cualquier cosa que lleve mi firma.

–Lo miré esta mañana y no encontré nada. Pensé que quizá le darías hoy un último retoque.

Will negó para sus adentros. Por supuesto que no iba a retocar su artículo. Había sido una noticia escrita sobre la marcha acerca del tiempo. ¡Por el amor de Dios, en periodismo no había material más perecedero que las noticias del tiempo!

–¿Has mirado en la sección de Nacional, en todas las páginas?

–Sí, Will. Lo siento. ¿Eso quiere decir que no lo han publicado?

Eso significaba exactamente: que lo habían rechazado.

Se preparó para llamar a la redacción. Si contestaba cualquiera que no fuera Jennifer, la nueva recepcionista, colgaría.

–Nacional. Habla Jennifer.

–Hola, Jennifer. Soy Will Monroe, estoy en Seattle.

–Ah, hola. ¿Quieres hablar con Susan?

–¡No! ¡No hace falta! ¿Sabes el artículo que os envié ayer, sobre las inundaciones…? ¿Tienes idea de qué ha ocurrido?

De repente, el tono de Jennifer se hizo más grave.

–Más o menos. Les oí hablar de él. Decían que estaba muy bien, pero que tú no les habías consultado, que si lo hubieras hecho te habrían dicho que ayer no necesitaban ninguna historia.

–Pero si hablé con…

Claro, solo había hablado con Jennifer para comunicarle dónde estaba y los planes que tenía. Había dado por hecho

que en el periódico querían que les enviara algo. ¿Acaso Harden no le había dicho que cogiera las chanclas?

Entonces lo comprendió: había ido a Seattle solo por si las moscas. Lo único que estaba haciendo era mantener caliente el asiento de Bates. Todos los esfuerzos de la víspera habían sido en vano. Sintió que había hecho el ridículo, igual que un adolescente impaciente que se precipita. Un error estúpido.

–No cuelgues. Susan quiere decirte algo.

A tres husos horarios de distancia, Will se preparó para una reprimenda.

–Hola, Will. Escucha: creo que la norma debería ser que no envíes nada que no hayamos acordado previamente, ¿vale? Mira por ahí a ver si encuentras algo interesante. En cuanto a las noticias calientes, no desconectes el móvil; te llamaremos si necesitamos alguna cosa.

Will se tomó un deprimente desayuno. La había pifiado, y la había pifiado bien. En esos momentos, Jennifer ya habría hecho correr la noticia en el reducido círculo del personal más joven del periódico, y todos estarían riéndose a su costa. El muchacho de oro, el del papá influyente, se había topado por fin con la cruda realidad.

Únicamente le quedaba una solución: entregarles una historia de verdad. De algún modo, desde aquel lejano territorio de nieve, bosques y patatas, iba a tener que escribir un relato que demostrara a sus gerifaltes en Nueva York que no habían cometido un error. Sabía perfectamente por dónde empezaría.

Capítulo 8

Miércoles, 15. 13 h, estado de Washington

El vuelo a través del estado de Washington fue breve aunque movido; y el trayecto desde Spokane, precioso. Las montañas ofrecían un paisaje increíblemente bello con sus nevadas cumbres que parecían espolvoreadas de fino azúcar glas. Los árboles eran rectos como lápices, y estaban

tan densamente agrupados que la luz parecía estroboscópica.

Will condujo en dirección este y no tardó en cruzar la demarcación del estado que lo separaba de Idaho, en la estrecha franja de territorio donde Estados Unidos parece mostrar el dedo a su vecino del norte, Canadá. Cruzó Coeur d'Alene, cuyo nombre sonaba a pueblecito de esquí suizo, pero que era mucho más famoso por ser la sede del movimiento racista conocido como Nación Aria. Will había visto las fotos durante las maquetaciones: los hombres vestidos con sus uniformes casi nazis, los carteles de SOLO BLANCOS de la entrada. Sin duda podía resultar un lugar apasionante para detenerse, pero Will no se desvió de la carretera. Había otro sitio al que debía ir.

Su destino se hallaba al otro lado del «dedo» de Idaho, en la zona occidental de Montana. Las carreteras eran estrechas, pero no le importó. Le encantaba conducir por Estados Unidos, el país de las rutas interminables; le encantaban los carteles publicitarios que anunciaban tiendas de muebles a cincuenta kilómetros de distancia; le encantaban las paradas en los Dairy Queen, y también las pegatinas de los parachoques que le indicaban las preferencias políticas, religiosas y sexuales de sus colegas conductores. Además, así tendría tiempo de trazar su plan de ataque.

Ya había hablado con Bob Hill, y este lo esperaba. Hill respondía a la caricatura que los medios hacían de él, donde lo dibujaban como un tipo rústico pirado por las armas; preguntó el nombre completo de Will y su número de la seguridad social. «Así podré comprobarlo y asegurarme de que es quien dice ser.» Will se preguntó si las indagaciones de Hill lo señalarían como británico. No estaría mal; por lo general, a los norteamericanos les gustaban los ingleses. A pesar de que consideraran a la mayoría de los europeos unos débiles mariquitas, los británicos tenían su aprobación: eran una especie de aspirantes cualificados. En cuanto a lo

de tener un padre que era juez federal…, podía ocasionarle problemas. Esa gente despreciaba a los funcionarios gubernamentales; sin embargo, los jueces no siempre aparecían junto a los odiados burócratas que representaban al gobierno. A veces incluso eran vistos como guardianes de la libertad que se mantenían alejados de las garras de los políticos. No obstante, si Hill escarbaba lo suficiente, encontraría abundante material ofensivo en los archivos del juez Monroe. Will esperaba que su anfitrión no ahondara mucho.

¿Qué más? Unos padres divorciados. Eso podía irritar a los tipos de la milicia, pero aquello no era Alabama, y los miembros de los grupos de supervivencia no estaban en el mismo bando que los ultraconservadores religiosos. Puede que hubiera ciertas coincidencias, pero no eran lo mismo.

Las reflexiones de Will se interrumpieron cuando vio el cartel, BIENVENIDO A NOXON. POBLACIÓN: 230. Echó una ojeada a la nota escrita que tenía en el regazo, las indicaciones de Hill.

Tuvo que girar a la izquierda, en la gasolinera, y meterse por una carretera que se convertía en camino. El cuatro por cuatro empezó a bambolearse al pasar por los baches, las raíces y los charcos de barro, justificando el alto precio que Will -y por lo tanto *The New York Times*- había pagado por él.

Poco después llegó a una verja. No había carteles indicadores ni señales. Tal como habían acordado, empezó a marcar el número de teléfono de Hill; pero de repente vio a un hombre a través del parabrisas. Debía de tener unos sesenta años, vestía vaqueros, botas y una vieja chaqueta. No sonreía. Will se apeó.

–¿Bob Hill? – preguntó-. Soy Will Monroe.

–Así que no le ha costado encontrarnos, ¿eh?

Will, en un intento de romper el hielo, se deshizo en alabanzas sobre las instrucciones que Hill le había dado. El otro masculló algo en señal de aprobación mientras daba

media vuelta y echaba a andar por una pendiente de barro seco en dirección a lo que a Will le pareció un denso bosque. A medida que se acercaban, Will distinguió el brillo de unas luces: una cabaña hábilmente camuflada.

Hill echó mano al cinturón, del que colgaba un aro con llaves, y abrió la puerta.

–Pase. Póngase cómodo. Hay algo que deseo enseñarle.

Will utilizó los pocos segundos de margen que tuvo para echar un vistazo a su alrededor y vio un escudo con unas difusas insignias militares colgado de la pared. Intentó leerlas: «MoM», la Milicia de Montana. Había algunas fotografías enmarcadas, incluida una de su anfitrión sosteniendo la cabeza de un ciervo recién abatido. En los estantes de hierro había una caja llena de folletos. Les echó un vistazo: «El Nuevo Orden Mundial: Operación Takeover».

–Sírvase como le plazca. Puede coger un ejemplar.

Will se volvió y se encontró a Bob Hill justo detrás de él. Siendo ex marine y veterano de Vietnam, sin duda sabía cómo pillar por sorpresa a un civil como Will.

–Lo escribí personalmente -añadió-, con la ayuda del difunto señor Baxter.

–Entonces, él… ¿estaba directamente implicado?

–Tal como le dije por teléfono, era un gran patriota, dispuesto a hacer lo que fuera para garantizar la libertad en esta nación; por mucho que a la nación la hayan engañado y la propaganda de Hollywood le haya sorbido el seso hasta el punto de impedirle comprender que su libertad está amenazada.

–¿A hacer «lo que fuera»?

–«Lo que fuera» significa «lo necesario», señor Monroe. Ya sabrá quién dijo eso, ¿no? ¿O es que fue antes de que usted naciera?

–Sí, fue antes de que yo naciera, pero sé quién lo dijo. Era el eslogan de los Panteras Negras.

–Muy bien. Pues si era lo bastante bueno para ellos en su lucha contra el poder blanco, también es lo bastante bueno

para nosotros en nuestra lucha por preservar la libertad en Norteamérica.

–¿Se refiere a la violencia? ¿Al uso de la fuerza?

–Señor Monroe, no nos precipitemos. Puede hacerme las preguntas que quiera. Dispongo de mucho tiempo; pero antes tengo que mostrarle algo. A ver si esto interesa a los intelectuales de *The New York Times* de la costa Este.

Hill se hallaba sentado tras un viejo escritorio de metal, un mueble que no hubiera desentonado en la oficina de un taller de automóviles, y entregó a Will, que seguía de pie, dos hojas de papel grapadas.

Este tardó unos segundos en comprender lo que estaba viendo. Eran las notas de la autopsia practicada al difunto Pat Baxter.

–Me lo han enviado por fax desde Missoula esta mañana -le aclaró Hill.

Missoula era la ciudad más próxima.

–¿Y qué dice?

–Vamos, no deje que le estropee el placer. Creo que debería leerlo usted mismo.

Will sintió una punzada de miedo. Aquel era el primer informe que veía de una autopsia, y le resultó casi imposible descifrarlo. Todos los encabezamientos estaban escritos en la jerga de los médicos, y los detalles resultaban igualmente incomprensibles. Frunció el entrecejo. Al fin, halló una frase que entendió:

Graves hemorragias internas que corresponden a una herida de bala, contusiones en la piel y en las vísceras. Observaciones generales: marcas de pinchazos de agujas hipodérmicas en la pierna que indican una anestesia reciente.

–Le pegaron un tiro -empezó a decir Will, no muy seguro-, y parece que fue anestesiado antes de que le dispararan; lo cual se me antoja muy raro, se lo aseguro.

–¡Ah! Pero hay una explicación. Siga leyendo, señor Monroe.

Los ojos de Will escrutaron el documento en busca de alguna pista. La caligrafía en que estaba escrito y que se tratara de una copia enviada por fax no le facilitaron la tarea.

–En la segunda página -le indicó Hill-, en «Observaciones generales».

Will leyó:

–«Daños graves en los órganos internos: en el hígado, el corazón y el riñón (el único); otras vísceras, fragmentadas».

–¿Qué le indica eso, señor Monroe? Lo que quiero decir es ¿cuál de esas palabras le salta a la cara y lo agarra por la garganta?

Will quiso decir «vísceras», por lo potente del término, pero sabía que no era la respuesta que Hill esperaba.

–La palabra «único».

–¡Caramba, ustedes, los chicos de Oxford, son realmente tan listos como dicen! Exacto. «Único.» -Era evidente que Hill no había realizado su investigación a la ligera-. ¿De qué cree usted que va todo esto, señor Monroe? ¿Qué extraños sucesos tenemos delante que los especialistas de Montana han decidido pasar por alto? Bien, se lo diré.

Will se sintió muy aliviado. Se habían acabado las especulaciones.

–Mi amigo, Pat Baxter, fue anestesiado antes de que lo mataran. Querían que pareciera un robo, un robo que había tenido un final trágico, como dicen en la televisión; pero no fue más que una cortina de humo para despistar. Lo que deseaban en realidad era robar uno de los riñones de Pat Baxter.

–¿Y por qué demonios podían querer hacer algo así?

–Vamos, señor Monroe, no me obligue a hacer todo el trabajo. ¡Abra los ojos! ¡Tenemos un gobierno federal que ha estado haciendo experimentos con biochips! – exclamó Hill, que enseguida se dio cuenta de que Will no lo seguía-. ¡Códigos de barras implantados bajo la piel! Así pueden controlar nuestros movimientos. Hay pruebas de que en

estos momentos lo están haciendo con recién nacidos, directamente en las maternidades. Es un sistema de etiquetado electrónico que permite al gobierno seguirnos el rastro desde la cuna hasta la tumba. ¡Literalmente!

–Pero ¿para qué podían querer el riñón de su amigo Baxter?

–El gobierno federal tiene misteriosos objetivos, señor Monroe. Puede que desearan implantar algo en el cuerpo de Pat y les saliera mal. Puede que el efecto de la anestesia menguara y él empezara a resistirse. O quizá ya le habían metido algo en el cuerpo años atrás y deseaban recuperarlo. ¿Quién sabe? Es posible que los federales solo quisieran examinar el ADN de un disidente para ver si podían localizar el gen que caracteriza a los norteamericanos amantes de la libertad para erradicarlo.

–Eso me parece un poco exagerado.

–Se lo concedo, pero tenga en cuenta que estamos hablando de una ciencia industrial y militar que ha gastado millones de dólares en técnicas de control mental. ¿Sabe que en el Pentágono tenían en marcha un programa de investigación para averiguar si un hombre puede matar una cabra simplemente mirándola a los ojos? Y esto no me lo estoy inventando. Sí, reconozco que puede parecer exagerado, pero he llegado a la conclusión de que lo exagerado y lo falso son dos cosas totalmente distintas.

Al final, Will consiguió llevar a su interlocutor a terrenos menos descabellados y buscar detalles de la vida de Baxter que sabía que necesitaría. Y algo consiguió, incluidos algunos datos sobre el padre del asesinado, que resultó que había sido un veterano de la Segunda Guerra Mundial que perdió ambas manos; incapaz de trabajar, se había ido amargando por la imposibilidad de sostener a su familia con su miserable pensión. Hill le confirmó que Baxter había crecido despreciando a un gobierno que era capaz de enviar a sus hijos a matar y a morir por su país y que después, en el momento de regresar a casa, los abandonaba; cuando su

generación vio que se repetía la historia con la experiencia de Vietnam, el resentimiento de Baxter ya no tuvo límites.

Will pensó que aquello le iría fabulosamente y que le serviría de clara clave psicológica, necesaria en todas las buenas historias, no solo las de la prensa sino también las del cine. Su reportaje estaba cobrando forma.

Luego, pidió a su interlocutor que lo acompañara hasta la cabaña de Baxter; utilizaron su coche para subir por el irregular camino que remontaba la empinada cuesta. Will no tardó en distinguir un color: el amarillo de las cintas del cordón policial.

–Esto es todo lo cerca que podemos llegar.

Will se metió la mano en el bolsillo, y, como si leyera su pensamiento, Hill añadió:

–Ni siquiera su carnet de prensa de Nueva York le abrirá esa puerta. La sellaron.

Will se apeó de todos modos, aunque solo fuera para tener una impresión de primera mano. El lugar le pareció una simple cabaña de troncos, de las que una familia adinerada podría utilizar para almacenar la leña. Por sus dimensiones, resultaba difícil creer que un hombre hubiera podido hacer de ella su hogar, de modo que le pidió a Hill que le describiera lo mejor que pudiera cómo era por dentro.

–Eso es fácil -le contestó su guía-. Casi no hay nada: una estrecha cama de hierro, una silla, una estufa y una radio de onda corta.

–Suena a celda.

–Piense en un alojamiento militar y será más acertado. Pat Baxter vivía como un soldado.

–¿Lo dice por lo espartano?

–Exactamente.

Will le preguntó con quién más podía hablar, amigos, parientes…

–La milicia de Montana era su única familia -repuso Hill; en opinión de Will, con demasiada premura-. Y ni siquiera

nosotros lo conocíamos bien. La primera vez que vi esta cabaña fue cuando la policía me llamó para que identificara qué ropas eran las de Baxter y cuáles podían haber sido abandonadas por los asesinos.

–Habla de los asesinos en plural.

–No creerá que una persona sola es capaz de realizar un trabajo de cirugía como ese, ¿verdad? Tuvo que hacerlo un grupo. Todo cirujano necesita una enfermera.

Will llevó a su guía de vuelta a su propia cabaña. Sospechaba que, por muy sencilla que fuera la oficina de Hill, su casa debía de estar en otra parte y no era ni de lejos tan austera como la de Baxter. Estaba claro que el asesinado era un exagerado caso de extremismo.

Se despidieron, intercambiaron sus direcciones de correo electrónico, y Will emprendió el largo trayecto de regreso. Resultaba evidente que Bob Hill era una especie de chalado, pero aquella, historia del riñón resultaba muy rara. ¿A santo de qué querrían aquellos asesinos anestesiar a Baxter?

Salió por la ruta 200 para repostar y llenar su estómago, encontró un restaurante y pidió un sándwich y un refresco. Había un televisor, sintonizado en las noticias de la Fox.

«Más noticias de Londres y del escándalo que amenaza con derribar al gobierno británico.»

Aparecieron imágenes de un Gavin Curtis con el semblante preocupado apeándose de un coche entre destellos de flash y focos de televisión.

«Según un diario británico de hoy, en las cuentas del Tesoro hay ciertas discrepancias que solo pudieron ser autorizadas desde las más altas esferas. Mientras que la oposición exige que se presenten todos los documentos, el portavoz del señor Curtis se ha limitado a declarar que no ha habido malversación.»

Sin pensarlo, Will empezó a tomar notas. No era que fuera a necesitarlas. En esos momentos las posibilidades de que Curtis llegara a presidir el FMI podían considerarse nulas. Mientras observaba las imágenes de cómo conducían

a Curtis a través de la multitud de periodistas, su mente se deslizó hacia lo trivial. ¿Cómo era posible que su vehículo fuera tan vulgar? Gavin Curtis era el segundo hombre más poderoso de Inglaterra; sin embargo, iba de un lado a otro en lo que parecía el coche de un humilde vendedor. ¿Acaso todos los ministros británicos vivían con igual modestia o era cosa de Gavin Curtis?

Llamó a la oficina del sheriff del condado de Sanders y le dijeron que a pesar de las investigaciones federales y de las pesquisas en torno a Unabomber, Baxter carecía de antecedentes criminales. Era cierto que había sido sometido a vigilancia, pero sin resultados; solo había hecho un par de viajes sin motivo aparente a Seattle, y no existían pruebas de ninguna ilegalidad. Will repasó su libreta de notas. Había transcrito todo lo que había podido del informe de la autopsia, incluyendo el nombre del firmante del documento: el doctor Allan Russell, médico forense de la Unidad Forense del Laboratorio Criminalístico del Estado. Quizá el tal Russell pudiera contarle algo que los camaradas de Baxter de la milicia no habían podido: ¿de qué modo había muerto Baxter y por qué?

Capítulo 9

Miércoles, 18. 51 h, Missoula, Montana

Había llegado tarde; el laboratorio forense estaba cerrado, y no había método alguno de persuasión que pudiera alterar aquel hecho. El personal se había ido a casa y no regresaría hasta el día siguiente. Eso significaba que tendría que pasar la noche en Missoula.

Aunque solo fuera por la gracia del nombre, se había sentido tentado brevemente por el C'mon Inn[3]; pero pensó que no tenía por qué quedarse y que podía avisar a la gente del periódico en Nueva York. Así pues, apostó sobre seguro y optó por pasar una tercera noche en el Holliday Inn, con servicio de habitaciones, mando a distancia y llamada a Beth incluida.

–Te estás complicando la vida -le dijo ella mientras él la oía claramente saliendo del baño.

–Pero es complicado. A ese tipo le faltaba un riñón.

–Deberías comprobar su historial médico. Puede que… ¿cómo has dicho que se llamaba?

–Baxter.

–Puede que el tal Baxter hubiera tenido problemas de riñón. Cualquier mención de eso o de un tratamiento de diálisis y tendrás tu explicación.

Durante unos segundos Will no dijo nada.

–Te lo estoy estropeando, ¿verdad? – preguntó ella.

–Bueno, si hablamos del valor de la noticia, la elección entre la muerte de un viejo con antecedentes de enfermedades renales y el intento de robo de un riñón está bastante clara. Pero sí, puede que tengas razón: el robo de un riñón lleva una mínima ventaja. – Will se alegró de que hubieran vuelto a los comentarios jocosos. Ya habían transcurrido varios días desde su discusión, y la herida parecía que estaba cerrándose.

* * *

Jueves, 10. 02 h, Missoula, Montana

A la mañana siguiente acompañaron a Will al despacho del doctor Russell. Lo primero que vio fue un certificado cuyo emblema, un libro abierto escrito en latín y rematado por dos coronas, reconoció al instante.

–Vaya, así que estuvo usted en Oxford. Igual que yo. ¿En qué año?

–Yo diría que algunos siglos antes.

–Lo dudo mucho, doctor Russell.

–Llámeme Allan.

Por fin un poco de suerte.

–Verá, Allan, ni siquiera estoy seguro de que vaya a escribir ese reportaje para el periódico; pero debo confesar que el caso de Pat Baxter me tiene intrigado -comentó Will

como si se dispusiera a iniciar una amigable conversación. Notó que su acento inglés se había hecho más pronunciado.

–Deje que eche una ojeada -repuso el forense volviéndose hacia el ordenador-. Ah, sí: «Graves hemorragias internas que corresponden a una herida de bala, contusiones en la piel y en las vísceras. Observaciones generales: marcas de pinchazos de agujas hipodérmicas en la pierna que indican una anestesia reciente».

–Y dígame, Allan, en este caso, ¿cómo definiría usted «reciente»? – Will confió en que su tono denotara un simple interés académico.

–Creo que estamos hablando de hechos simultáneos.

–Pues verá, doctor, eso es precisamente lo que me intriga. ¿Por qué iba alguien a anestesiar a su víctima antes de matarla?

–Quizá intentaban reducir su sufrimiento.

–¿Es eso lo que suelen hacer los asesinos? No tiene sentido, a menos que…

–A menos que el asesino fuera alguien del mundo de la medicina, alguien acostumbrado a poner una inyección antes de pasar a lo importante. Quizá la fuerza de la costumbre.

–También pretendía hacer algo antes del asesinato, realizar alguna otra operación.

–¿Cómo cuál?

–Bueno, tengo entendido que a Baxter le faltaba un riñón.

Russell se echó a reír, aunque Will no conseguía encontrarle la gracia.

–Ya veo adónde quiere ir a parar. – El forense sonreía maliciosamente-. Dígame, Will, ¿ha visto alguna vez a un muerto?

Al instante, Will se acordó del cuerpo de Howard Macrae, cubierto por una manta en aquella calle de Brownsville. Su primer cadáver.

–Sí. En mi trabajo es inevitable.

–Bien, entonces supongo que no le importará que le enseñe otro, ¿verdad?

No hacía tanto frío como Will esperaba. Había imaginado el depósito como un enorme frigorífico parecido a las cámaras de almacenamiento de los grandes hoteles; sin embargo, se asemejaba más a una sección de hospital.

Unos ayudantes estaban trasladando un cuerpo en una camilla a una zona situada tras unas cortinas. Will supuso que se trataría del lugar destinado a las autopsias. Sin previo aviso, Russell retiró la sábana.

Will notó que se le encogía el estómago. El cuerpo estaba tieso, tenía la textura de la cera y un color amarillo verdoso. El hedor que desprendía era rancio y le llegó en oleadas: durante unos segundos pensó que había pasado o, al menos, que se había acostumbrado, pero entonces volvió a asaltarlo, provocándole ganas de vomitar allí mismo.

–Cuesta acostumbrarse. Le pido disculpas. Ahora eche un vistazo a esto.

Will se acercó. Russell señalaba algo en la zona del estómago, pero Will estaba hipnotizado por el rostro de Pat Baxter. Los diarios habían publicado fotografías, pero todas eran de baja calidad y extraídas de imágenes de televisión. En esos momentos podía ver las curtidas mejillas, la barbilla, los ojos y la boca de un hombre al que habría definido como blanco, de mediana edad y pobre. Llevaba una barba blanca que en otro contexto habría podido parecer elegante e incluso señorial; en la mente de Will surgió la imagen de Charles Darwin. No obstante, daba al rostro de Pat Baxter aspecto de mendigo, como esos infelices que dormían en la calle arropados por cajas de cartón.

Russell subió la sábana hasta cubrir el torso del cadáver, y Will adivinó que estaba intentando ocultar algo, seguramente las heridas de bala, y mostrarle algo más.

–Mire de cerca. ¿Lo ve?

Will se inclinó hacia delante y vio la línea que el dedo del forense indicaba en la blanca carne.

–Esto es una cicatriz -añadió Russell.

–En la zona del riñón, ¿no?

–Yo diría que sí.

–Pero no puede ser de la noche del crimen, ¿verdad? Me refiero a que una cicatriz tarda tiempo en formarse.

Russell cubrió el cadáver por completo, se quitó los guantes de látex y se dirigió al lavamanos que había en el rincón.

–Bueno, desde luego es difícil estar seguro con tantos traumatismos en la piel y en las vísceras.

–Pero ¿cuál es su opinión profesional?

–¿Mi opinión? Esa cicatriz tiene como poco un año, puede que dos.

Will notó que se le caía el alma a los pies.

–Por lo tanto, no pudo producirse la noche del asesinato. Los asesinos no se llevaron el riñón de Baxter.

–No. Me temo que no. Parece usted decepcionado, Will. Espero no haberle estropeado la historia.

«Pues sí que me la ha estropeado, idiota», pensó Will. Toda aquella cacería había sido en vano. Entonces se acordó de lo que Beth le había dicho por teléfono la noche anterior.

–Hay una última cosa que podría serme de ayuda. ¿Cree usted que podríamos comprobar los antecedentes médicos de Baxter?

Russell le soltó un sermón sobre la confidencialidad entre médico y paciente, pero no tardó en ceder y cuando volvieron a su despacho sacó el expediente.

–¿Qué estamos buscando?

–La fecha en que extirparon el riñón a Baxter.

El forense empezó a revisar las páginas.

–Es extraño -dijo al final-, no hay registrada ninguna operación de riñón.

Will se acercó y recordó las palabras de Beth.

–¿No hay nada acerca de problemas renales, ninguna enfermedad ni menciones de fallo de los riñones, de diálisis? ¿Nada?

Russell guardó silencio unos segundos. Luego, en tono de sorpresa, contestó:

–Pues no.

Will percibió que en esos momentos el forense y él tenían algo en común: ambos estaban igualmente perplejos.

–Y ese historial médico, ¿habla de alguna enfermedad en particular?

–Parece que tenía problemas en un tobillo como consecuencia de la guerra, la de Vietnam. Aparte de eso, nada. Yo había dado por sentado que era un paciente con problemas renales al que le habían extirpado un riñón. Este expediente está completo, y sin embargo no dice nada de ello. Me veo obligado a reconocer que estoy muy sorprendido.

Alguien llamó a la puerta, y entró una mujer a quien Russell presentó como la portavoz del laboratorio criminalista.

–Lamento interrumpir, doctor Russell, pero estamos recibiendo un montón de llamadas sobre el caso Baxter. Según parece, un compañero del difunto ha llamado hoy a una emisora de radio y ha dicho que creía que el señor Baxter había sido víctima de un complot de robo de órganos.

«Bob Hill», se dijo Will. Al cuerno su exclusiva.

–Claro, enseguida estaré con usted -repuso el forense frunciendo el entrecejo.

Will esperó a que la puerta se cerrara para preguntar al médico qué pensaba decir a la prensa.

–Bueno, no podemos dar la explicación más sencilla, que sería que Baxter tenía un historial de problemas de riñón. Ya no. – Will tenía la culpa: sabía demasiado-. Le acompañaré a la puerta.

Will se disponía a salir del aparcamiento cuando oyó que alguien golpeaba la ventanilla del coche. Era Russell, que seguía en mangas de camisa y estaba sin aliento.

–Acabo de recibir una llamada. Alguien quiere hablar con usted -dijo entregando a Will un móvil a través de la ventanilla.

–Señor Monroe, me llamo Genevieve Huntley y soy cirujana en el *Swedish Medical Center* de Seattle. He visto las noticias sobre el caso del señor Baxter, y Allan acaba de contarme lo que usted sabe. Creo que tenemos que hablar.

–Desde luego -repuso Will buscando su libreta de notas.

–Voy a necesitar que me dé algunas garantías, señor Monroe. Me fio de *The New York Times* y espero que esa confianza sea recompensada. Lo que voy a decirle es algo que juré no decir a nadie, pero si estoy dispuesta a contárselo es porque temo que no hacerlo sería todavía peor. No podemos permitir que la gente caiga presa del pánico por culpa de un rumor sobre robo de órganos.

–Lo comprendo.

–No estoy segura de que lo entienda. De hecho, no estoy segura de que nadie lo entienda. Lo que le pido es que trate con respeto, honor y dignidad lo que voy a contarle, porque eso es lo que se merece. ¿He hablado con claridad?

–Desde luego. – Will no tenía la menor idea de qué iba a oír.

–De acuerdo. La principal petición del señor Baxter fue la del anonimato. Eso fue lo único que me pidió a cambio de lo que hizo.

Will dejó que la mujer prosiguiera.

–Pat Baxter acudió al *Swedish* hará unos dos años. Tal como averiguamos más tarde, había tardado en encontrarnos. Cuando apareció, las enfermeras supusieron que se trataba de un caso para Urgencias: parecía uno de esos mendigos de la calle. Sin embargo, nos dijo que gozaba de perfecta salud y que solo necesitaba hablar con

uno de nuestros médicos de la Unidad de Trasplantes porque quería donar uno de sus riñones.

»Nosotros le preguntamos de inmediato a quién deseaba donarlo, si sabía de algún niño enfermo en concreto o si algún miembro de su familia necesitaba un trasplante. "No. Solo quiero donarlo para que ustedes se lo trasplanten a quien lo necesite", dijo. Francamente, mis colegas y yo dimos por hecho de inmediato que estábamos ante un caso de trastorno mental. Un caso así es de lo más infrecuente, y desde luego era el primero que llegaba a nuestras manos.

»Así pues, me quité a Baxter de encima y le dije que lo que pedía estaba fuera de nuestra consideración; sin embargo, volvió a aparecer, y yo me desembaracé de él nuevamente. La tercera vez que vino tuvimos una larga charla. Me comentó que desearía haber nacido rico porque de ese modo, y recuerdo exactamente sus palabras, podría darse el placer de donar grandes sumas de dinero. Me dijo que había tanta gente necesitada de ayuda… Recuerdo que me preguntó: "¿Sabe qué sentido tiene la palabra 'filantropía'? Pues quiere decir amor al prójimo. Bien, dígame entonces por qué solo la gente con dinero puede permitirse amar al prójimo. Yo también quiero ser un filántropo". Baxter estaba decidido a encontrar alguna forma de dar, incluso aunque eso significara desprenderse de sus propios órganos.

»Al final me convencí de su sinceridad. Le hice diversos análisis y no encontré ningún impedimento desde el punto de vista médico. Incluso le hicimos algunas pruebas psicológicas que nos confirmaron que estaba en sus cabales y que era totalmente capaz de tomar aquella decisión.

»Solo hubo una condición, que él mismo impuso. Nos hizo jurar total secreto y completa confidencialidad. El paciente receptor no debía saber de dónde provenía el riñón que recibía. Aquello era muy importante para Baxter: no deseaba que nadie se sintiera en deuda con él. También

hizo hincapié en que no dijéramos una sola palabra a la prensa. Insistió mucho. No buscaba la gloria.

Will preguntó en voz baja, casi tímidamente:

–Así que siguieron adelante, ¿verdad?

–Sí. Yo misma hice la extirpación. Y puedo asegurarle que nunca en toda mi carrera he hecho un trabajo del que me sintiera más orgullosa. Y no solo yo, todos tuvieron la misma sensación: el anestesista, las enfermeras… Ese día en el quirófano había un ambiente extraordinario, como si algo formidable estuviera ocurriendo.

–¿Y todo transcurrió sin problemas?

–Sí, todo fue como la seda; y el receptor del órgano no tuvo problemas de rechazo.

–¿Puedo preguntarle de qué tipo de receptor estamos hablando? ¿Joven, viejo, hombre, mujer…?

–Era una mujer joven. No puedo decirle más.

–Y a pesar de que ella era joven y él ya era mayor, ¿todo salió bien?

–Bueno, eso fue lo más extraño. Analizamos aquel riñón y monitorizamos sus funciones muy escrupulosamente. ¿Y sabe qué? Baxter tenía más de cincuenta años, pero aquel órgano funcionaba como si el donante tuviera diez años menos. Era muy fuerte y estaba completamente sano. Era perfecto.

–¿Y para la mujer supuso una gran diferencia?

–Le salvó la vida. El personal del hospital y yo quisimos organizar una pequeña ceremonia para Baxter y darle las gracias por lo que había hecho, pero no le sorprenderá saber que no pudimos. Baxter se largó antes de que tuviéramos oportunidad de despedirnos siquiera. Simplemente desapareció.

–¿Y esa fue la última vez que supo algo de él?

–No. Tuve noticias suyas una vez más, hace justo unos pocos meses. Baxter quería hacer algunas disposiciones para después de su muerte.

–¿En serio?

–No se entusiasme, señor Monroe. No creo que supiera que iba a morir. De todas maneras, deseaba asegurarse de que todo su cuerpo sería utilizado. – La doctora soltó una carcajada-. Incluso me preguntó cuál era la mejor forma de morir.

–¿La mejor?

–Sí, pero desde nuestro punto de vista: cómo iría mejor en caso de que, por ejemplo, quisiéramos trasplantar su corazón. Creo que estaba preocupado porque, viviendo tan lejos, si sufría un accidente, su corazón podía ser inservible cuando llegase al hospital. Naturalmente, la única hipótesis que no consideraba era la de ser víctima de un brutal asesinato.

–¿Tiene usted alguna idea de…?

–No tengo la menor idea de quién podía desear la muerte de ese hombre. Le he dicho lo mismo hace un momento al doctor Russell. Simplemente me parece un crimen horrible y totalmente al azar, porque nadie que conociera a Baxter podría desear que lo asesinaran.

La doctora calló, y Will dejó que el silencio se prolongara. Sabía que, en una entrevista, cuando el entrevistador no decía nada, el entrevistado tenía tendencia a llenar el silencio con lo que solía ser la mejor frase de toda la conversación.

Al final, la doctora Huntley volvió a hablar, y a Will le pareció detectar una nota de tristeza en su voz.

–En el hospital hablamos de esto cuando ocurrió y hemos vuelto a hablar de ello hoy. Lo que ese hombre hizo, lo que Pat Baxter hizo por una persona a la que no conocía, ni llegaría a conocer, fue de verdad el acto más justo que he visto nunca.

Capítulo 10

Viernes, 6. 00 h, Seattle

Will se despertó a las seis de la mañana, de vuelta en su habitación del hotel de Seattle. Había enviado su reportaje

de Missoula, y después había hecho el largo trayecto de regreso en coche. Mientras escribía la historia se había sentido invadido por un único y agradable pensamiento: «Trágate esto, Walton». ¿Qué le había dicho aquel gilipollas? «Una vez es una hazaña; dos sería un milagro.»

Había rezado para que le saliera bien. Su principal temor era que en la redacción encontraran su reportaje demasiado parecido al de Macrae, otro hombre bueno entre canallas; de modo que exageró la vertiente de la milicia, añadió todo el color local posible y confió en que sucediera lo mejor. Incluso sopesó la posibilidad de eliminar la cita de la doctora acerca de lo justo del acto de Baxter, la misma palabra que aquella otra mujer había utilizado para referirse a Macrae, porque podía parecer poco natural. Sin embargo, pasarla por alto aún habría sido menos natural.

Se incorporó y cogió la Blackberry; la luz roja parpadeaba esperanzadoramente: nuevos mensajes.

Uno de Glenn Harden: *«Buen trabajo el de hoy, Monroe».*

Aquello era lo que había esperado escuchar. Significaba que había evitado los escollos. Ojalá pudiera ver la expresión de Walton. El siguiente mensaje tenía la apariencia de un spam: el nombre del remitente no aparecía con claridad, solo había una serie de caracteres sin sentido. Will se disponía a borrarlo cuando una palabra en la casilla de «Asunto» llamó su atención: «Beth».

Todavía no había acabado de leer todas las palabras cuando notó que se le helaba la sangre en las venas.

NO LLAME A LA POLICÍA. TENEMOS A SU MUJER. AVISE A LA POLICÍA Y LA PERDERÁ. NO LLAME A LA POLICÍA O LO LAMENTARÁ PARA SIEMPRE.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Viernes, 21. 43 h, Chennai, India

Las noches eran cada vez más frescas, aun así, Sanjay Ramesh prefería permanecer en la oficina, con el aire acondicionado, a arriesgarse a salir al sofocante calor de la ciudad. Decidió que antes de regresar a casa esperaría a que el sol se hubiera ocultado por completo.

De ese modo evitaría no solo el pegajoso calor, sino también el calvario de entrar en su casa. Era algo que ocurría todas las noches: la sesión de cuchicheos y quejas que su madre compartía con las vecinas mientras se quedaban sentadas fuera, charlando hasta tarde. En aquella compañía se sentía cohibido, y también en cualquier otra. Además, aunque este mes de septiembre resultaba fresco, para lo que era normal en Chennai, seguía siendo agobiantemente caluroso y húmedo. En cambio, dentro de aquella estancia, una oficina situada en un hangar, llena de hileras de cubículos insonorizados, las condiciones eran las adecuadas. Constituía el entorno perfecto para lo que necesitaba hacer.

Era un centro de llamadas, uno de los miles que habían surgido por toda India; cuatro plantas llenas de indios que recibían llamadas de América o Gran Bretaña, de gente de Filadelfia deseosa de pagar sus recibos telefónicos o de viajeros en Macclesfield que esperaban comprobar los horarios de los trenes hacia Manchester. Pocos, por no decir ninguno, sabían que su llamada pasaba antes por la otra punta del mundo.

A Sanjay aquel trabajo le gustaba bastante. Para un adolescente de dieciocho años que seguía viviendo en casa de sus padres, la paga era buena. Además, el horario era flexible y podía compaginarlo con sus estudios. No obstante, la gran ventaja la tenía allí mismo, en aquel diminuto cubículo disponía de todo lo que necesitaba: una silla, una

mesa y, lo más importante, un ordenador con una conexión de alta velocidad con el resto del mundo.

Sanjay era joven, pero también un veterano de internet. Lo había descubierto cuando ambos estaban en su infancia. En aquella época había solo unos pocos centenares de páginas web, puede que apenas un millar. Sanjay y la red habían crecido a la vez. Internet se había expandido exponencialmente -2, 4, 8, 16, 32, 64, 128-, doblando su tamaño cada día, hasta que en esos momentos daba varias vueltas al planeta. Naturalmente, el físico de Sanjay no había seguido aquel ritmo -era un muchacho flaco y larguirucho-, pero sabía que su mente se había mantenido a la altura. A medida que internet se desarrollaba, él crecía con ella, abriendo constantemente nuevos territorios al conocimiento y la curiosidad. Desde su dormitorio del piso de arriba, en India, había viajado a Brasil, había dominado las disputas territoriales de Nagorno-Karabaj, se había reído con las caricaturas indonesias, se había asomado al mundo de los aficionados a las caravanas en Escocia, había examinado las tablas de esgrima júnior de Flanders y había visto lo que realmente motivaba a los plantadores de árboles de Taipéi. Para él, no existía actividad humana que no tuviera interés. E internet se lo había mostrado todo.

Incluidas las imágenes que habría deseado no ver, las que habían dado pie al proyecto que acababa de completar hacía apenas veinticuatro horas. Como hacker había tardado en dar sus primeros pasos, a los quince años, cuando la mayoría de ellos empezaba antes de la adolescencia. Había realizado las hazañas habituales: se había metido en la lista de objetivos de la OTAN y había estado a un clic de desconectar los sistemas del Pentágono, pero siempre se había abstenido de pulsar el último botón. Causar daño no tenía ningún atractivo para él, solo servía para ocasionar problemas a un montón de gente, y navegar por la red le había enseñado que el mundo ya tenía suficientes.

Sintió ganas de reír, en parte por su genialidad y en parte por la broma que acababa de gastar a los que había señalado como sus enemigos. Había tardado meses en perfeccionarlo, pero funcionaba.

Había diseñado un virus benigno, capaz de extenderse por los ordenadores de todo el mundo igual de rápidamente que las variedades venenosas creadas por sus colegas hackers, cuyas malvadas intenciones los convertían, en el argot de la web, más en crackers que en hackers.

En esos momentos, lo que más entusiasmaba a Sanjay era el método escogido, no su objetivo. Como la mayoría de los virus, el suyo estaba pensado para extenderse a través de los ordenadores personales corrientes, los que estaban todo el tiempo conectados a internet. Mientras los usuarios de Taipéi o de Hannover estuvieran trabajando, enviando correos a sus amigos o manejando sus cuentas, incluso aunque estuvieran profundamente dormidos, su creación se hallaría en el interior de sus máquinas, trabajando sin parar.

Le había asignado un objetivo para que lo localizara y, como todo el mundo, utilizaba Google para dar con él. Invisible a los ojos del usuario, tras la pantalla, su creación recogía los resultados y los utilizaba para compilar lo que Sanjay consideraba que era su lista de enemigos: los sitios web que sufrirían la ira de su virus. Todos ellos, como cualquier otro sitio web, sin duda tenían algún tipo de defecto en su software. El reto consistía en encontrarlo. Para ello, los hackers y los crackers solían diseñar diversas pruebas pensadas para poner de relieve el fallo; podía ser el envío de un pequeño paquete de datos que el software no esperaba, o un solo símbolo al azar, la mitad de un doble punto podía lograrlo. Nadie podía saberlo si no lo intentaba. Sanjay lo había imaginado como un enfrentamiento medieval: se lanzaban miles de flechas contra las murallas de un castillo sabiendo que solo unas pocas hallarían las rendijas de las troneras y conseguirían pasar. Cada castillo tenía sus aberturas características y distintos puntos

débiles. De todas maneras, si la lista de pruebas era lo bastante larga, al final se descubrían las grietas. Y, una vez descubiertas, ya se podía acabar con el sitio y con su servidor. Desaparecería así, sin más.

Y, sin duda, esos sitios web merecían desaparecer. De todas maneras, Sanjay había llevado su guerra contra ellos un paso más allá. La mayoría de los hackers conservaban sus listas de pruebas en un único servidor, normalmente oculto en algún territorio pirata de internet, un lugar fuera del alcance de las regulaciones; Rumania y Rusia eran los favoritos. Sin embargo, ese sistema conllevaba una fatal debilidad: una vez que los sitios web atacados reconocían la fuente del fuego enemigo no tenían más que bloquear el acceso al servidor que contenía las pruebas. Así, el ataque cesaba.

Pero Sanjay había encontrado una solución: su virus obtenía su arsenal de pruebas de distintas fuentes e incluso podía llevar consigo parte de ellas. Aún mejor: lo había programado para que desarrollara nuevas pruebas de vez en cuando, para que se mejorara a sí mismo. Lo que había conseguido era crear un mago capaz de renovar su abanico de trucos. Y «creación» era la palabra adecuada, porque Sanjay sabía que había creado una criatura viviente. Técnicamente hablando se trataba de un «algoritmo genético», un fragmento de codificación que era capaz de cambiar, de evolucionar.

Su virus variaría la lista de pruebas, incluso el método de distribución -a veces, a través del correo electrónico; a veces, a través de resquicios en los buscadores de la red-, mientras se extendía por el infinito universo que era internet. De ese modo, el virus se reproduciría a sí mismo, pero sus hijos no serían idénticos ni al virus original ni a ellos mismos; sino que mutarían, escogerían nuevas pruebas y hallarían nuevos métodos de propagación en múltiples fuentes del mundo virtual. Algunas de dichas fuentes serían servidores situados en los páramos desiertos

de Europa del Este, algunas se encontrarían tras examinar los boletines de seguridad de las empresas donde la gente discutía las maneras de eliminar los mismos virus que Sanjay había desarrollado. Sí, se sentía orgulloso de su creación, que viajaba por todo el mundo, cambiando y mejorándose a sí misma de un millar de formas diferentes y consiguiendo de ese modo que fuera imposible de localizar y eliminar. Incluso suponiendo que no volviera a tocar nunca más un ordenador, era consciente de que había ajustado los parámetros de búsqueda lo suficiente para que el virus afectara solamente a los sitios escogidos. En cuestión de horas, todas las páginas web del mundo dedicadas a la pornografía infantil desaparecerían.

Reía porque sabía que la instrucción final que había programado en el virus también estaba surtiendo efecto. Todas las páginas que habían mostrado imágenes violentas o pornográficas de niños estaban siendo sustituidas por una única imagen: un dibujo de los años cincuenta, al estilo de Norman Rockwell, que mostraba a un niño sentado en las rodillas de su madre y bajo el cual había un simple mensaje de cuatro palabras: LEE A TUS HIJOS.

Sanjay se dirigió a casa sonriendo por su broma y por su hazaña. No era necesario que nadie supiera lo que había hecho. Él lo sabía, y con eso tenía suficiente. El mundo sería un lugar mejor.

Incluso de noche, Chennai era una ciudad ruidosa, tan estridente como cuando se llamaba Madrás. Quizá por eso, y porque su mente estaba borracha de éxito, no oyó los pasos que lo seguían. Quizá por eso no vio ni sospechó nada hasta que entró en el callejón que conducía a su casa, cuando notó que apretaban un pañuelo contra su cara y oyó sus propios gritos ahogados. Entonces notó una aguda punzada en el brazo y se deslizó hacia un sueño inconsciente.

Cuando la señora Ramesh halló a su único hijo muerto en el suelo, gritó lo bastante fuerte para que la oyeran a varias

calles de distancia. No le sirvió de consuelo que su criatura -que alguna vez había soñado con «hacer algo por los niños» y que había sido asesinado antes de poder haber hecho nada- hubiera sido asesinada mediante una inyección al parecer indolora. La policía reconoció que estaba totalmente despistada en este caso y que nunca había visto nada parecido. No había señales de violencia ni, gracias a Dios, de abusos de ningún tipo. Además, estaba la extraña disposición del cuerpo, como si lo hubieran manejado con cuidado. «Dispuesto para descansar», había sido la frase del policía. «Debe de significar algo, señora Ramesh -le había dicho-. El cuerpo de su hijo estaba envuelto en una sábana púrpura. Y, como todo el mundo sabe, el púrpura es el color de los príncipes.»

Capítulo 12

Viernes, 6. 10 h, Seattle

Will sintió que palidecía y que la sangre desaparecía de su rostro. Tuvo la sensación de que la cabeza le daba vueltas y la sintió liviana. Releyó el mensaje de nuevo, buscando alguna pista, alguna indicación de que pudiera tratarse de una broma cruel. Comprobó que no fuera un spam, y que el «Asunto: Beth» no pudiera ser una coincidencia. Sin embargo, no halló nada que se lo confirmara. Buscó alguna firma al pie de la página, pero no vio ninguna. Sus manos sudaban cuando cogió el móvil. Fue a la letra «B» y pulsó «Beth», el primer nombre que aparecía.

«Por favor, contesta. Dios mío, déjame oír su voz.» El teléfono sonó y sonó. De repente, uno de los tonos fue más breve que los demás: la comunicación pasaba al contestador automático. «Hola, has llamado a Beth, si…» Will se derrumbó al oír aquella voz, al tiempo que un recuerdo afloraba en su mente. La primera vez que le pidió para salir fue a través de un mensaje que le dejó en el contestador: «A menos que te parezca totalmente

inapropiado, me pregunto si te gustaría que fuéramos a cenar el martes por la noche». Lo de «totalmente inapropiado» fue su manera de asegurarse de que ella no estuviera comprometida.

La respuesta le llegó igualmente a través del contestador: «Hola, soy Beth McCarthy, y la respuesta es no. No me parece totalmente inapropiado que cenemos el martes por la noche. La verdad es que me encantaría». Will escuchó el mensaje una docena de veces cuando lo recibió. En esos momentos volvió a oírlo en su mente.

Interrumpió la llamada y marcó otro número. Sus dedos temblaban mientras conectaba con el hospital.

–Hola, póngame con Beth Monroe, por favor. Soy su marido.

Lo dejaron esperando con una melodía de Vivaldi y rezó para que cesara, para que la interrumpiera la voz de alguien que respondía y que ese alguien fuera Beth.

–Lo siento, señor -dijo finalmente una voz-, parece que no contesta. ¿Hay otro doctor que pueda ayudarle?

De repente, Will lo comprendió: tal vez hacía horas que Beth había desaparecido. Quizá había sido secuestrada en plena noche en su dormitorio. La última vez que habló con ella fue antes de las doce de la noche. Cabía la posibilidad de que los secuestradores hubieran irrumpido a las cinco o a las seis de la madrugada; incluso en ese mismo momento. El se hallaba al otro lado del continente y profundamente dormido cuando debería haber estado en casa, protegiendo a su mujer.

Volvió a leer el e-mail, y el corazón se le encogió al ver aquellas palabras. Intentó fijarse, concentrarse en el principio del mensaje, en aquellos extraños caracteres. Había algunos números, la fecha y la hora, que indicaba las 13. 37 h, de eso hacía ya muchas horas. Aquello no le aportó ninguna pista.

Desde luego, debía llamar a la policía; pero esa gente, esos cabrones ¡se mostraban tan decididos, que parecía que

no dudarían en matar a Beth! Solo pensar en aquella palabra hizo que retrocediera. Lamentó al instante que se le hubiera ocurrido semejante idea, como si por ello fuera a hacerse realidad, y deseó no haberlo hecho.

En un instante de infantil necesidad se dio cuenta de que echaba de menos a su madre. Podía llamarla. En Inglaterra era inedia tarde. Escuchar su voz sería un consuelo, pero sabía que no lo haría. Ella se dejaría llevar por el pánico y era posible que sufriera un ataque de ansiedad. Además, no podía confiar en que no llamara a la policía o hablara con alguien que terminaría haciéndolo. La verdad era que se encontraba demasiado lejos para poder controlar a su madre, y su madre era una mujer que necesitaba que la controlaran. (Recordó entonces que esa palabra era de Beth. Era lógico que ella fuera una de las pocas personas que sabía cómo manejarla.)

Poco a poco, Will se dio cuenta de que solo había una persona a la que podía dirigirse, una sola persona que sabría lo que había que hacer. Su mano tembló mientras buscaba el número de teléfono. Algo le dijo que no era el tipo de llamada que se podía hacer desde un móvil.

–Ha telefoneado usted al despacho del juez William Monroe, dígame.

–Janine, soy Will. Tengo que hablar con mi padre sin falta. – Algo en su voz le indicó a la secretaria de su padre que se trataba de una verdadera emergencia. Janine le ahorró cualquier charla de cortesía y se hizo discretamente a un lado, como el automóvil que cede el paso a una ambulancia.

–Ahora mismo te paso la llamada a su coche -contestó.

«Un móvil», pensó Will. No le quedaba más remedio que aceptarlo. Era más importante que hablara con su padre.

Fue un alivio cuando por fin este descolgó. El niño que había en Will se alegró, igual que el muchacho que logra convencer a su padre para que acuda a matar una araña. Bien, un adulto iba a hacerse cargo del asunto. Esforzándose por mantener firme la voz, explicó a su padre

lo ocurrido y le leyó el correo electrónico lentamente, dos veces.

Al instante, el juez Monroe bajó la voz; no quería que el chófer oyera la conversación. Pero, incluso convertida en un susurro, su voz transmitía la autoridad que lo había hecho famoso en el estrado. En ese instante, al igual que habría hecho en el tribunal, planteó las preguntas pertinentes y obligó a su hijo a que le contara todo lo que había podido averiguar acerca del remitente. Por último, le comunicó sus conclusiones.

–Obviamente se trata de un caso de extorsión. Deben de saber quiénes son los padres de Beth. Es evidente que pedirán un rescate.

Los padres de Beth. Will pensó que tendría que contárselo, pero ¿cómo iba siquiera a pronunciar las palabras?

–Quiero llamar a la policía -dijo Will-. Ellos saben qué hacer en estos casos.

–No, no debemos hacer nada demasiado precipitado. En mi opinión, normalmente los secuestradores dan por hecho que la familia de la víctima acudirá a la policía y lo tienen en cuenta en sus planes. Tiene que haber una razón para que esa gente tenga tanto interés en evitar que intervenga la policía.

–¡Claro que no quieren que intervenga la policía! –exclamó Will-. ¡No son más que unos malditos secuestradores!

–Tranquilízate, Will.

–¿Cómo quieres que me tranquilice? – Notó que se le quebraba la voz y que le escocían los ojos; no se atrevió a seguir hablando.

–Escucha, Will. Resolveremos este asunto, te lo prometo. Lo primero que tienes que hacer es regresar inmediatamente. Ve al aeropuerto ahora mismo. Te esperaré al pie del avión.

Las cinco horas que pasó en el aire fueron las más duras de la vida de Will. Se quedó mirando por la ventanilla, balanceando la pierna nerviosamente con el mismo tic nervioso que solía tener cuando debía examinarse. Rechazó la comida y la bebida, pero notó que los auxiliares de vuelo lo miraban con expresión suspicaz. Puesto que no deseaba que pensaran que se disponía a volar el avión en pedazos pidió un vaso de agua y pasó todo el tiempo pensando en su amada Beth. ¿Qué le estarían haciendo? No tardó en imaginarla atada a una silla, y a un sádico blandiendo un cuchillo…

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para poner fin a aquellas ideas antes de que se descontrolaran. Tenía un nudo en el estómago.

«¿Cómo es posible que yo no estuviera allí? Si la hubiera llamado antes… Puede que ella me llamara al móvil mientras yo dormía.»

A pesar de que llevaba la Blackberry a todas partes, odiaba todo lo relacionado con aquella maldita máquina. Le bastaba mirarla para que las terribles palabras surgieran ante él. Podía verlas en esos momentos, flotando en el aire, ante sus ojos.

AVISE A LA POLICÍA Y LA PERDERÁ.

Observó aquel artefacto, tan pequeño y sin embargo tan lleno de veneno. Estaba en espera: no había señal a aquella altitud. Miró el símbolo que le indicaría el instante en que volvería a estar dentro del radio de alcance. Mientras el aeroplano iniciaba el descenso le lanzó furtivas miradas. No quería que las azafatas tuvieran que recordarle que habían avisado de la necesidad de apagar todos los aparatos electrónicos hasta que el avión se hubiera detenido.

Por fin pudo divisar el resplandor de la ciudad de Nueva York al atardecer. «Ella está allí, en alguna parte.» Los puentes, las autopistas, los parpadeantes haces de luz

entrecruzándose a lo largo y ancho de la vasta metrópoli. «Está allí, en alguna parte.»

Miró la Blackberry, estaba húmeda a causa del sudor de su mano. El símbolo había cambiado: la luz roja parpadeaba. Su corazón empezó a latir con fuerza. Echó un vistazo a los mensajes que acudían, alineándose en orden, igual que los pasajeros en la cola del autobús: un mensaje del trabajo acerca de una libreta de notas extraviada y un aviso de alerta de la web de la BBC.

Los homenajes hacia el ministro de Economía no han dejado de llegar después de que fuera encontrado muerto esta tarde, según parece a causa de una sobredosis de drogas. La policía dice que fue hallado por la mujer de la limpieza en su apartamento de Westminster y que había un exceso de sedantes en la sangre. Se cree que la policía no está buscando a sospechosos relacionados con la muerte del señor Curtis…

Will miró por la ventanilla, imaginando el frenesí que reinaría en los medios de comunicación londinenses. Había crecido allí y sabía cómo era la prensa británica cuando olfateaba la sangre. Llevaban semanas acosando a Curtis y ya habían conseguido su pedazo de carne. Will no recordaba cuándo había sido la última vez que un político se había quitado de en medio. Por lo general, cuando se trataba de asumir responsabilidades, a lo máximo que llegaban era a la dimisión; e incluso eso empezaba a ser poco frecuente. El tal Curtis debía de ser más culpable que el mismísimo demonio.

Y entonces otro mensaje apareció en la Blackberry: la misma tira indescifrable. «Asunto: Beth»

Hizo clic para abrirlo.

NO QUEREMOS DINERO.

Capítulo 13

Viernes, 14. 14 h, Brooklyn

Sin duda tiene que ser un farol.

–Papá, ya es la tercera vez que lo repites. Dime, ¿qué crees que deberíamos hacer? ¿Les ofrecemos dinero a pesar de todo? ¿Qué coño hacemos?

–Will, no te culpo, pero debes calmarte. Si queremos conseguir que nos devuelvan a Beth, debemos pensar con claridad.

Aquel «si» hizo que Will callara de golpe.

Se hallaban en el apartamento de él y de Beth; la entrada no presentaba señales de haber sido forzada. Todo estaba como la última vez que él lo había visto, todo salvo una gélida sensación que parecía desprenderse del techo y las paredes: la ausencia de su esposa.

–Repasemos lo que sabemos. Sabemos que su principal prioridad es que la policía no intervenga. Lo dijeron en su primer mensaje. También sabemos que no se trata de dinero. Pero, si no hay un rescate de por medio, ¿por qué tienen tanto interés en que la policía se mantenga al margen? Tienen que estar marcándose un farol. Pensemos en tu dirección de correo electrónico, ¿quién la tiene?

–¡Todo el mundo la tiene! Ocurre como con el resto de la plantilla de *The New York Times*, ¡cualquiera podría conseguirla!

Sonó un teléfono. Will cogió el móvil y pulsó frenéticamente los botones, pero la llamada siguió sonando. Con absoluta calma, su padre conectó el suyo.

–No tiene nada que ver con esto -le susurró a su hijo antes de desaparecer en la habitación contigua para mantener una discreta conversación.

Will pensó que su padre no estaba siendo de ninguna ayuda. La colaboración que le ofrecía era demasiado masculina -más práctica que emocional- y tampoco les estaba llevando a ninguna parte. De repente se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos a su madre. Era un sentimiento que había ido desapareciendo a medida que se había afianzado su relación con Beth. En esos momentos su

mujer era su principal confidente, pero durante mucho tiempo ese papel lo había desempeñado su madre.

En Inglaterra eran uña y carne; estaban unidos por lo que de repente él comprendió que era la soledad de ambos. Al menos según la versión de su madre, ella y él habían sido abandonados por su padre, que los había dejado sin importarle que tuvieran que arreglárselas por su cuenta. De todos modos, Will sabía que había otras interpretaciones, a pesar de que su padre no estuviera particularmente dispuesto a compartir la suya. Para Will Monroe, la historia del matrimonio de sus padres era un misterio que venía de lejos y que nunca había logrado desentrañar.

Una versión decía que Monroe padre había antepuesto su carrera profesional a su familia y que un exceso de trabajo había acabado con el joven matrimonio. Otra teoría se basaba en la geografía: la esposa deseaba regresar a Inglaterra, mientras que el marido estaba decidido a abrirse paso en el sistema judicial norteamericano y se había negado a abandonar Estados Unidos. La abuela materna de Will, una mujer de plateados cabellos que vivía en Hampshire y cuya severa expresión impresionó al muchacho la primera vez que la vio y durante bastante tiempo después, le habló un día siniestramente de «la otra gran pasión» en la vida de su padre. Sin embargo, cuando Will fue lo bastante mayor para preguntarle a qué se refería, ella se limitó a encogerse de hombros. En aquellos momentos, Will seguía sin saber si la «gran pasión» de su padre era la ley u otra mujer.

Sus propios recuerdos le eran de poca ayuda. Apenas tenía siete años cuando sus padres empezaron a distanciarse. Recordaba el ambiente, los tensos silencios que seguían tras el portazo que daba su padre cuando salía tormentosamente; o la sorpresa de hallar a su madre con el rostro enrojecido y la voz ronca tras una de sus terribles discusiones a gritos. En una ocasión se despertó en plena noche y oyó que su padre suplicaba: «Solo quiero hacer lo

que es correcto». Will bajó de la cama de puntillas y se escondió en un lugar desde donde podía ver a sus padres sin ser descubierto. No pudo entender el significado de las palabras, pero sí apreció su fuerza. Fue entonces, escuchando los gritos de su madre inglesa y su padre norteamericano a todo volumen, cuando aquel niño de siete años elaboró su propia teoría: su madre y su padre no podían vivir juntos porque tenían voces distintas.

Cuando regresaron a Inglaterra, su madre le dio escasas pistas de lo que los había llevado de vuelta allí. A Will le bastaba con plantear la cuestión para que ella se convirtiera en una mujer quejosa y amargada a la que apenas reconocía y que no le gustaba en absoluto, una mujer que no dejaba de murmurar acerca de cómo su marido se había convertido en un hombre completamente diferente. Will recordada una Navidad, cuando apenas tenía trece años, en que la forma de hablar de ella lo asustó. Los detalles se le habían olvidado, pero una palabra seguía viva en su mente. Todo había sido culpa «de él», «él» lo había cambiado todo. Por el tono resultaba evidente que «él» era una tercera persona, que no se trataba de su padre; de todos modos, Will nunca consiguió averiguar quién era. Su madre se comportó como una paranoica, gritando en medio de la calle.

Se sintió aliviado cuando la tormenta hubo pasado, y no tuvo el valor de volver a mencionarlo.

Sus amigos, y también su abuela, no tardaron en interpretar que el regreso de Will a Estados Unidos tras su paso por Oxford era una respuesta a todo aquello. Algunos dijeron que demostraba que prefería a su padre en vez de a su madre; otros, que estaba intentando reconciliar a ambos haciendo de puente entre ellos. Si Will hubiera tenido que suscribir alguna teoría, cosa que no hizo, se habría decidido por la periodística: que Will Monroe volvía a Estados Unidos para averiguar la verdad sobre la historia que había marcado su infancia.

Pero, si ese había sido el objetivo de su viaje a Norteamérica, había fracasado. En estos momentos sabía poco más que cuando llegó, a los veintidós años. Era cierto que conocía mejor a su padre y que lo respetaba. Era un jurista de prestigio, un juez importante, y parecía fundamentalmente un hombre decente; pero, en lo relativo al gran misterio, Will no había hecho grandes progresos. En un par de ocasiones, en el porche de la casa de verano que su padre tenía en Sag Harbor, hablaron del divorcio, desde luego; pero no consiguió ninguna revelación.

–Puede que esa sea la revelación -le dijo Beth una noche, después de que él volviera a casa tras una de aquellas charlas entre padre e hijo. Habían ido a pasar el fin de semana de la fiesta del Día del Trabajo con el padre de Will y su «socio», Linda. Beth estaba tumbada en la cama, leyendo y esperando que Will regresara.

–¿Cuál?

–Pues que no hay ningún misterio. Esa es la revelación. Son dos personas cuyo matrimonio no funcionó. Es algo que ocurre, que ocurre muy a menudo. No hay que darle más vueltas.

–Pero ¿qué hay de todas esas cosas que dice mi madre? ¿Y los comentarios de mi abuela?

–Puede que ella necesitara alguna explicación grandilocuente. Puede que la ayudara de algún modo pensar que otra mujer se lo robó.

–No se trataba necesariamente de otra mujer -murmuró Will-. La frase fue «su otra gran pasión». Podría ser cualquier cosa.

–Vale. Lo que quiero decir es que comprendo que una esposa rechazada y su madre que la quiere se inventaran una historia para explicar que tu padre la hubiera abandonado. De otro modo, habría sido como una especie de repudio, ¿no te parece?

En aquella época, Beth no era su esposa todavía; solo una novia a la que había conocido en Columbia durante las

últimas semanas del curso. El estaba en la escuela de periodismo; ella estaba haciendo las prácticas en el *Presbyterian Hospital* de Nueva York. Se conocieron en el parque, durante el partido de béisbol de la semana del *Memorial Day*, y él le dejó un mensaje en el contestador aquella misma tarde. En la mente de Will, las primeras semanas de su relación estaban envueltas por un permanente halo dorado. Sabía que la memoria podía jugar malas pasadas, pero aun así estaba convencido de que el halo era un fenómeno genuino y perfectamente verificable. Se conocieron en mayo, cuando Nueva York se hallaba de pleno en una gloriosa primavera. Los días parecían bañados en ámbar, y cada paseo que daban relucía bajo el sol. No era el fruto de su enamorada imaginación: tenía fotos que lo demostraban.

Will se dio cuenta de que estaba sonriendo. Aquella ensoñación había sido la primera que había tenido relacionada con Beth en lugar de con su desaparición. Esto fue lo que, con un sobresalto, pensó a continuación: igual que el hombre que se despierta de golpe y descubre que en realidad le han amputado una pierna y que no se trataba de una horrible pesadilla.

Su padre había vuelto y le estaba diciendo algo acerca de ponerse en contacto con la empresa de internet, pero Will no escuchaba. Ya había tenido suficiente. Su padre no discurría debidamente: en cuanto hicieran un movimiento como ese, se arriesgaban a alertar a la policía. Era probable que el proveedor de internet se sintiera obligado a echar un vistazo a los correos electrónicos de los secuestradores, y entonces no tendría más remedio que avisar a las autoridades.

–Escucha, papá, necesito un poco de tiempo para descansar -le dijo acompañándolo suavemente hasta la puerta-. Necesito estar solo un rato.

–Will, me parece muy bien, pero creo que descansar es un lujo que no puedes permitirte. Necesitas aprovechar

cada minuto…

William Monroe se interrumpió. Se daba cuenta de que su hijo no estaba de humor para discutir. Había un destello acerado en su mirada que le ordenaba que se marchara, a pesar de lo educadas que pudieran ser las palabras que salieran de su boca.

Cuando hubo cerrado la puerta, Will exhaló un profundo suspiro, se dejó caer en una silla y se quedó con la mirada perdida en el vacío. Se permitió estar así treinta segundos; luego, respiró hondo, se enderezó y se preparó para hacer su siguiente movimiento. A pesar de lo que le había dicho a su padre, no tenía intención de descansar ni de estar solo. Sabía exactamente qué tenía que hacer.

Capítulo 14

Viernes, 15. 16 h, Brooklyn

El primer amigo de Will en estados unidos había sido Tom Fontaine. Mejor dicho, había sido la primera amistad que había hecho tras volver al país siendo ya adulto; se habían conocido en el Departamento de Inscripciones de Columbia, donde Tom hacía cola justo delante de él.

Su sentimiento inicial hacia Tom había sido de desagrado. La cola avanzaba con suma lentitud, pero cuando vio a aquel desgarbado joven vestido con un viejo impermeable supo que iba a tardar más que nadie. Todo el mundo llevaba los formularios preparados, la mayoría pulcramente impresos; pero el de la gabardina los rellenaba mientras hacía cola, y, por si fuera poco, con una estilográfica que goteaba. Will se volvió hacia la chica que tenía detrás y alzó las cejas como queriendo decir: «¿Has visto a este tío?». Al final acabaron hablando en voz alta de lo molesto que resultaba ir detrás de semejante inútil. Se sentían envalentonados porque el inútil en cuestión llevaba unos auriculares en los oídos.

Tom rebuscó varias veces en el fondo de su mochila hasta encontrar un arrugado permiso de conducir, que

incluso había perdido el plastificado, y una carta de la universidad. Aquellos documentos consiguieron convencer al bedel de que Tom Fontaine tenía derecho a ser estudiante de la Universidad de Columbia. Estudiante de filosofía.

Cuando se volvió para marcharse, Tom sonrió a Will y le dijo:

–Lo siento. Sé lo molesto que puede resultar verse bloqueado por el inútil del curso.

Will se ruborizó. Era evidente que el otro lo había oído todo. (Más adelante, Will descubrió que los auriculares de Tom no estaban conectados a un walkman ni a ningún otro aparato, sino que los llevaba porque había descubierto que así los desconocidos no lo molestaban.)

Se volvieron a encontrar tres días después, en la cafetería. Tom estaba encorvado ante un ordenador portátil, con los auriculares puestos. Will le dio un golpecito en el hombro para disculparse; luego empezaron a charlar y desde ese día se hicieron amigos.

Tom no se parecía a nadie que Will hubiera conocido. Oficialmente era apolítico, pero Will lo consideraba un verdadero revolucionario. Sí, era un obseso de los ordenadores, pero también era un joven con un propósito. Formaba parte de una comunidad de genios repartidos por todo el mundo que pensaban como él y estaban decididos a emprenderla contra los gigantes del software que dominaban el mundo de la informática. Su principal reproche a Microsoft y a otras empresas similares era que habían infringido el principio básico de internet: que debía ser una herramienta para el intercambio abierto de ideas e información. La palabra clave era «abierto». En los primeros días de la red -según le gustaba explicar, pacientemente y con palabras sencillas, a Will, que al igual que muchos periodistas dependía de los ordenadores pero no tenía ni idea de cómo funcionaban-, todo estaba abierto y disponible gratuitamente para todo el mundo, y eso se hacía extensivo al software, llamado de «código abierto», cuyo

funcionamiento estaba a la vista de quien deseara examinarlo. Todos podían utilizarlo y, lo que era aún más importante, adaptarlo a sus necesidades según creyeran conveniente. Entonces aparecieron los de Microsoft y sus amigos, que, impulsados por el afán de ganar beneficios, echaron el cierre. Sus productos se volvieron «software de código no compartido», y las largas series de códigos que los hacían funcionar pasaron a ser secretas. Del mismo modo que Coca-Cola había erigido un imperio basándose en su fórmula secreta, Microsoft había convertido sus productos en un misterio.

Eso apenas molestaba a Will, pero para los idealistas como Tom se trataba de una forma de profanación. Ellos creían en internet con un celo que para Will rayaba en lo religioso -lo cual no dejaba de ser una ironía teniendo en cuenta el ateísmo de Tom-, y estaban decididos a crear un software alternativo -motores de búsqueda o programas de procesamiento de textos- que estaría disponible gratuitamente para cualquiera que lo deseara. Si alguien descubría un fallo en él, podría entrar directamente y corregirlo. Al fin y al cabo, pertenecería a la gente que lo usara.

Esto significaba que Tom ganaba una ínfima parte del dinero que podría haber conseguido, pero le bastaba vender sus conocimientos lo justo para poder pagar el alquiler. No le importaba: los principios eran lo primero.

–Tom, soy Will. ¿Estás en casa?

Había respondido desde el móvil, de modo que podía hallarse en cualquier parte.

–No.

–¿Qué es esa música? – Will oía lo que parecía la voz de una mujer.

–Eso, amigo mío, es el oratorio Himmelfahrts de Johann Sebastian Bach, el Oratorio de la Ascensión, y ella es la soprano Barbara Schlick.

–¿Dónde estás? ¿En un concierto?

–En una tienda de discos.

–¿La que está cerca de tu apartamento?

–La misma.

–¿Podemos vernos en tu casa dentro de veinte minutos? Me ha sucedido algo muy importante. – Al instante se arrepintió de haberlo dicho. Estaba hablando por un móvil.

–¿Estás bien? Pareces…, ya sabes, asustado.

–¿Puedes quedar? ¿En veinte minutos?

–Vale.

La casa de Tom reflejaba a la perfección su persona. En la nevera no había prácticamente nada, salvo botellas de agua mineral, un homenaje a su particular opinión sobre las bebidas de cualquier tipo, frías o calientes. Nada de café, zumos o cerveza. Solamente agua. La cama se hallaba en mitad del salón: una concesión a su insomnio; cuando se despertaba a las tres de la mañana quería poder conectarse a internet y ponerse a trabajar antes de volver a dormirse cuando estuviera cansado. Normalmente, semejantes manías provocaban que Will le soltara de vez en cuando un sermón sobre la necesidad de que viviera igual que el resto de los humanos o, al menos, como los humanos de Brooklyn. Sin embargo, aquel no era día de sermones.

Will entró directamente y le hizo un gesto a Tom para que cerrara la puerta.

–¿Tienes alguno de esos artefactos tuyos conectado al ordenador, algún micrófono, teléfono móvil o cualquier cosa que pueda hacer que lo que hablemos llegue a internet?

–Perdona, pero ¿de qué estás hablando?

–Ya sabes a qué me refiero, a uno de esos cacharros de los que no conozco ni el nombre. ¿Tienes algo que pueda estar grabando esta conversación y la guarde como un archivo de audio sin que ni siquiera tú te des cuenta?

–Pues… no. – El tono de Tom y su expresión decían a las claras: «Pues claro que no, chalado».

–Bien, porque lo que voy a decirte es algo terrible y absolutamente secreto y no puede, subrayo, no puede

hablarse de ello con nadie, y menos con la policía.

Tom comprendió enseguida que su amigo estaba siendo sincero y que se hallaba desesperado. Su tez, normalmente cenicienta, palideció todavía más.

–¿Todo eso está en marcha? – preguntó Will señalando diversos ordenadores que estaban en un banco de trabajo, y concretamente uno que se parecía mucho al suyo. Había sido una pregunta tonta; Tom no los desconectaba nunca-. ¿Se trata de un buscador? – Los conocimientos de Will llegaban hasta ahí.

Tom asintió. Parecía asustado. Will no le preguntó si sus ordenadores eran seguros. Sabía que no había otros más seguros. La encriptación era una de las especialidades de Fontaine.

Will tecleó la dirección para acceder a su correo electrónico; luego, cuando la página apareció, escribió su nombre y contraseña. Marcó la bandeja de entrada, repasó los mensajes y abrió el primero.

NO LLAME A LA POLICÍA. TENEMOS A SU MUJER. AVISE A LA POLICÍA Y LA PERDERÁ. NO LLAME A LA POLICÍA O LO LAMENTARÁ PARA SIEMPRE.

Tom, que estaba de pie, leyendo por encima del hombro de su amigo, dio un paso atrás y dejó escapar un gemido, como si lo hubieran golpeado. Fue entonces cuando Will recordó: Tom estaba colado por Beth. No desde un punto de vista romántico -no era rival para él- sino en un sentido infantil. Tom solía recorrer las pocas manzanas que lo separaban del apartamento de sus amigos para ir a comer algo que no fuera el habitual Sushi para llevar que consumía ante la pantalla de su ordenador y que formaba lo esencial de su dieta. En cierto modo, parecía alimentarse de las atenciones de Beth. Ella lo mimaba como lo haría una hermana mayor, y él lo aceptaba; incluso le permitió que le comprara la elegante chaqueta que llevaba en lugar de la raída gabardina que parecía tener pegada a la espalda.

Will no había previsto que Tom tuviera sus propios sentimientos sobre la desaparición de Beth.

–¡Oh, Dios mío! – exclamó Tom en su susurro.

Will no dijo nada y le dio un momento para que se recobrara de la sorpresa. Luego, decidió que era mejor abreviar el siguiente paso y hacerle partícipe de las conclusiones a las que había llegado junto con su padre. Le enseñó el segundo correo electrónico para demostrarle que los secuestradores estaban más interesados en el secreto y en que no intervinieran las autoridades que en un rescate. El motivo seguía siendo un completo misterio, pero estaba claro que llamar a la policía quedaba descartado.

–Tom, necesito que hagas lo imposible por averiguar de dónde proceden estos mensajes. Eso es lo que haría la policía; así que es lo que debemos hacer nosotros.

Tom asintió, pero sus manos no se movieron. Seguía perplejo.

–Tom, sé lo mucho que Beth representa para ti, y también lo mucho que le importas, pero lo que ella necesita en estos momentos es que saques el genio de la informática que llevas dentro, ¿vale? – Will intentaba sonreír igual que un padre que anima a su hijo pequeño-. Debes olvidarte del asunto y pensar que se trata de otro reto informático…, y debes resolverlo lo antes posible.

Sin decirse palabra, los dos amigos intercambiaron sus puestos. Will empezó a andar nerviosamente de un lado a otro mientras Tom se ponía manos a la obra.

No tardó en averiguar algo: los símbolos que habían aparecido en el encabezamiento del mensaje de la Blackberry ahora eran completamente distintos.

–¿Eso no es…? – comentó Will.

–Sí. Hebreo -contestó Tom-. No todas las máquinas tienen acceso a ese alfabeto. Esa es la razón de que en la tuya tuvieran ese aspecto. La utilización de oscuros alfabetos es uno de los trucos más viejos de los spammers.

Will se fijó en algo más. Tras la larga serie de caracteres hebreos, vio algunos que estaban entrecomillados en inglés. Era como si hubieran aparecido en la pantalla de su propio ordenador, pero eran visibles y mencionaban una dirección de correo normal: info@golem-net. net.

–¿«golem-net»? ¿Es ese su nombre?

–Eso parece.

–¿No es uno de esos nombres de El Señor de los Anillos?

–No lo dirás en serio, ¿verdad? El personaje del libro es Gollum, y se escribe con «u» y dos «eles».

De repente, la pantalla se quedó en negro, con unos pocos caracteres que parpadeaban en el margen izquierdo. ¿Acaso se habría estropeado el sistema?

Tom vio el semblante de su amigo.

–No te preocupes, no es más que una manera más fácil de dar instrucciones al ordenador que mediante una interfaz gráfica de usuario.

Will parecía totalmente confundido.

«¿Interfaz gráfica de usuario?» Tom se dio cuenta de que estaba hablando en un lenguaje desconocido para él; no obstante, intuía que Will esperaba que dijera algo. Pensó que su amigo era como el pasajero de un taxi que tiene mucha prisa: aunque nada cambiara se sentía mejor si se movía que estando parado en un atasco, incluso si eso significaba dar un largo rodeo. Sabía que, psicológicamente, Will se hallaba en un estado parecido y que necesitaba saber que hacían progresos. Un comentario sobre el procedimiento podía ser de ayuda.

–Voy a preguntarle al ordenador quién te envió el mensaje.

–¿Puedes hacer eso?

–Sí. Mira.

Tom tecleó: «Quienes golem-net. net».

A Will siempre le sorprendía cuando, entre todos los códigos y dígitos que había, un ordenador -o un genio de los ordenadores, que para el caso venía a ser lo mismo-

utilizaba un lenguaje normal, aunque fuera con su particular estilo. A pesar de todo, y tal como se comprobó, aquella era una instrucción informática comprensible.

«Quienes golem-net. net.»

Tom esperaba a que la pantalla se llenara. No había nada que uno pudiera hacer en esos momentos, mientras las luces parpadeaban y el reloj marcaba los segundos. No había forma de meter prisa a un ordenador. La gente siempre lo intentaba. Podía verse en los cajeros automáticos, con las manos en posición, igual que la boca de un cocodrilo, ante el expendedor de billetes, esperando a cogerlos a medida que salieran, asegurándose de que no perdían ni medio segundo; podía verse en las oficinas, donde la gente se daba golpecitos con el lápiz en el muslo como si de un bongo se tratara. «¡Vamos, vamos, vamos!», se apremiaba al ordenador o a la impresora para que no fuera tan lento, pero se olvidaba que apenas diez o quince años atrás la misma tarea habría ocupado toda una jornada de trabajo.

–¡Ah, vaya! Esto es interesante.

En la pantalla había aparecido la respuesta. Clara y concisa:

No se ha encontrado ninguna correspondencia con golem-net. net.

–Se la han inventado.

–¿Y ahora qué?

Tom volvió al correo electrónico y seleccionó una opción que Will ignoraba que existiera: «Ver el encabezamiento completo». De repente, un montón de líneas que él normalmente habría descartado llenaron la pantalla.

–De acuerdo -dijo Tom-. Lo que tenemos aquí es una especie de película de viajes. Esto te muestra el trayecto del mensaje por internet. La línea de arriba es su destino final; y la de abajo, su punto de origen. Cada servidor conectado tiene su propia línea.

Will observó la pantalla. Todas las frases empezaban con: «Recibido…».

–Vaya, estos tíos tenían prisa -comentó Tom.

–¿Cómo lo sabes?

–Bueno, podrías inventarte las líneas de «Recibido», pero eso lleva tiempo, y quien sea que ha enviado esto no lo tenía. O no sabe cómo hacerlo. Todas esas líneas de «Recibido» son auténticas. Vale, es todo lo que necesitamos. Aquí. – Señaló la última línea, la del punto de origen: «Recibido de info. net-spot. biz».

–¿Qué es eso?

–Todos los ordenadores del mundo, mientras están conectados a internet, tienen un nombre. Este de aquí es el ordenador que te envió el mensaje. De acuerdo. Eso significa que hay otro movimiento que debo hacer.

Will notó que su amigo estaba incómodo. Aquel no era el modo en que le gustaba hacer las cosas. Se acordó de una de sus primeras conversaciones, cuando Tom le explicó la diferencia entre hackers y crackers, white hats y black hats. A Will le gustaron los nombres y pensó que podían dar pie a un buen reportaje para una revista.

Su memoria era muy esquemática. Recordaba su sorpresa al descubrir que el término «hacker» se utilizaba a menudo de manera incorrecta. Normalmente se aplicaba a los gamberros adolescentes que se infiltraban en los ordenadores de los demás -y que podían ser los de la OTAN o Cabo Cañaveral- para sembrar la confusión; pero entre los del oficio, «hacker» tenía un significado menos agresivo y se aplicaba a los que se metían por diversión y no por malicia en espacios virtuales ajenos. Los que se dedicaban a esparcir virus y a colapsar los sistemas de emergencia del 911 eran conocidos como «crackers»; eran hackers destructivos.

La misma distinción se aplicaba a los white hats y a los black hats. Los primeros solían meter las narices donde no eran bienvenidos -por ejemplo, dentro del sistema de uno

de los mayores bancos de Estados Unidos-, pero sus motivos eran inofensivos. Podían asomarse a las cuentas de los clientes e incluso enterarse de sus claves de identificación, pero no se llevaban el dinero -aunque podrían-, sino que enviaban un correo electrónico al departamento de seguridad de la entidad explicándole los fallos de su sistema. El mensaje típico de un white hat que podía aparecer en la bandeja de entrada de cualquier desafortunado supervisor de seguridad podía ser: «Puedo ver sus datos. Y si yo puedo, los malos también. Arréglenlo». Si el destinatario tenía realmente mala suerte, el mensaje era reenviado al director general.

Los black hats hacían lo mismo pero con propósitos más siniestros, y cuando se introducían en un sistema de seguridad no era por el «principio Everest», es decir, porque estaba allí, sino para causar daños. A veces se trataba de un robo, pero lo más frecuente era el cibervandalismo, la emoción de cargarse un sistema importante. Los virus que en el pasado se habían convertido en noticia, «I love you» o «Michelangelo», se consideraban obras maestras dentro de la hermandad de los black hats.

Naturalmente, Tom era más white hat que nadie. Adoraba internet y deseaba que funcionara. Pocas veces había hecho de hacker, y jamás de cracker. Creía que era esencial que la gente llegara a confiar en la red, que se sintiera cómoda en ella, y eso significaba que personas como él, capaces de hallar los fallos del sistema, debían abstenerse de gamberradas. De todas maneras, en esos momentos se encontraban ante una situación excepcional: estaba en juego la vida de Beth.

Will empezó a andar impacientemente. Notaba las piernas débiles y un agujero en el estómago. No había comido nada desde que había recibido el mensaje, y de eso hacía ya siete horas. Se dirigió a la nevera de Tom, pero solo encontró algunos Volvic y una caja con sushi del día anterior. Lo cogió, lo olisqueó y decidió que todavía era

comestible. Lo devoró con avidez, pero se sintió culpable por tener apetito mientras su mujer seguía secuestrada. Al tragar, la imagen de Beth volvió a él. La idea misma de la comida parecía establecer una asociación con ella: las veladas en las que preparaban la cena juntos, su insaciable apetito… Pensara en lo que pensara, en calidez, en hambre o en saciedad, todo lo llevaba hasta ella.

Se paseó por el apartamento de Tom y ojeó las revistas de informática y las incomprensibles publicaciones que su amigo tenía apiladas al lado de la cama.

–Will, ven un momento.

Tom observaba la pantalla. Había marcado un «quienes» para netspot-biz.com y había conseguido una respuesta.

–No pareces satisfecho -dijo Will.

–Hay buenas y malas noticias. La buena es que sé exactamente desde dónde fue enviado el mensaje. La mala es que pudo haberlo enviado cualquiera.

–No te entiendo.

–Nuestro camino acaba en un cibercafé. En esos locales la gente entra y sale constantemente. ¡Hay que ver qué estúpido llegas a ser! – exclamó Tom, furioso, dando un puñetazo en la mesa-. ¡Pensaste que conseguirías una dirección particular limpia y clara! ¡Idiota!

Will sabía que su amigo hablaba consigo mismo.

–¿Y dónde está ese cibercafé?

–¿Acaso importa? Nueva York es una ciudad jodidamente inmensa, Will. Por ese lugar pueden haber pasado un millón de personas.

–Tom, escucha -dijo Will con fría calma-, ¿puedes averiguar dónde está?

Tom se volvió hacia la pantalla mientras Will observaba. Por fin habló.

–Ahí está la dirección. El problema es que no sé si creerla.

–¿Dónde está? – preguntó Will.

Su amigo lo miró directamente a los ojos por primera vez desde que Will le había mostrado el mensaje de los secuestradores.

–En Brooklyn, en Crown Heights.

–Eso está bastante cerca de aquí, ¿por qué no te lo crees?

–Mira el plano. – Tom había hecho una búsqueda instantánea en MapQuest y había marcado con un asterisco rojo la situación exacta del establecimiento. Se hallaba en Eastern Parkway.

–¿Te das cuenta de dónde está eso?

–No. Vamos, Tom, déjate de adivinanzas y dímelo tú.

–Este mensaje se envió desde Crown Heights, y ahí está la mayor comunidad hasídica[4]* de Estados Unidos.

El asterisco los miraba sin parpadear, como si fuera la cruz del mapa de un tesoro como los que había visto Will en sus sueños de la infancia. ¿Qué escondería?

–A pesar de la ubicación, es posible que no lo hayan enviado ellos.

–Tom, por el amor de Dios, ¡el mensaje estaba en hebreo!

–Sí, pero eso puede que fuera una tapadera. El nombre real era golem. net.

–Búscalo.

–Tom introdujo «golem» en Google y abrió el primer resultado, que resultó ser la página de una web judía con leyendas para niños. En ella explicaba la historia del gran rabino Loew de Praga, que utilizó un antiguo encantamiento de la cábala para modelar un hombre de barro, un gigante al que llamaba «el golem». Los ojos de Will se movieron hasta el final del texto. La historia terminaba en un clímax de violencia y destrucción después de que el golem enloqueciera. Aquella criatura tenía todo el aspecto de ser un precursor del monstruo de Frankenstein.

–De acuerdo -dijo Tom finalmente-, lo admito, parece que encaja con ellos, pero no tiene sentido. ¿A santo de qué querría esa gente secuestrar a Beth?

–No sabemos que haya sido «esa gente». Puede tratarse simplemente de un psicópata que casualmente pertenece a esa comunidad -replicó Will cogiendo su abrigo.

–¿Adónde vas?

–Allí.

–¿Estás loco?

–Simularé que estoy realizando un reportaje. Empezaré a hacer preguntas, a ver quién está al mando.

–¿Has perdido la cabeza? ¿Por qué no le cuentas a la policía que has rastreado el mensaje? Deja que ellos se ocupen.

–¿Y asegurarme de que esos chiflados maten a Beth? Voy para allá.

–No puedes entrar allí sin más, con tu libreta de notas y tu acento inglés. Sería como si te colgases un cartel del cuello.

–Ya pensaré en algo. – Will no le dijo que creía que era bastante bueno haciendo de detective aficionado. Sus triunfos en Bronwsville y en Montana lo habían animado: si en ambos casos había descubierto una verdad oculta, con más motivo lo lograría ahora, que se disponía a encontrar a su esposa.

Capítulo 15

Viernes, 16. 10 h, Crown Heights, Brooklyn

Su primera reacción fue de confusión. Había salido de la estación de metro de Sterling Street y se dirigía hacia lo que parecía una comunidad negra: en los quioscos se vendía *Ebony, Vibe* y *Black Hair*; había pintadas en todas las paredes y se veían grupos de jóvenes negros vestidos con holgadas ropas militares.

Sin embargo, una vez cruzada New York Avenue, notó que su pulso se aceleraba; su olfato de reportero le dijo que estaba acercándose a su historia. Los carteles y los rótulos estaban escritos en hebreo. Aunque algunas palabras estaban en caracteres romanos, su significado no resultaba

menos misterioso. «*Chazak V'Ematzh,* prometía un enigmático rótulo. Había una palabra que aparecía en los adhesivos de los parachoques, en folletos e incluso en los anuncios de particulares colgados de las farolas, como esos papeles que denuncian la pérdida de una mascota. Aunque no tenía ni idea de cómo se pronunciaba, Will no tardó en aprender la palabra: «*Moshiach».*

Pasó al lado de un hombre negro, grande como un armario, que llevaba a una niña pequeña de la mano y un cigarrillo en la otra. La confusión volvió a invadirlo. Se hallaba en Empire Boulevard, rodeado de restaurantes indios y de furgonetas decoradas con las banderas de Trinidad y Tobago. ¿Aquel era un barrio hasídico o no?

Se desvió hacia las calles residenciales. Allí las casas eran grandes, construidas con piedra o ladrillo rojo, como si en determinada época de un remoto Brooklyn hubieran sido lujosas viviendas. Todas tenían unos cuantos escalones que conducían hasta una puerta de entrada situada bajo un porche. Will pensó que en otros hogares de Norteamérica en aquellos porches habría habido alguna mecedora y puede que también farolillos; desde luego, una calabaza en Halloween y, a menudo, la bandera de barras y estrellas. Los porches de Crown Heights se veían prácticamente vacíos, pero también allí se tropezó de nuevo con la misma palabra -«*Moshiach*»- en una ventana, y en uno de ellos vio una bandera amarilla con el dibujo de una corona, que supuso se trataría de algún símbolo local.

Justo encima de cada porche había una veranda con su balaustrada de madera. Will pensó en Beth, secuestrada tras alguna de aquellas puertas, y sus piernas se tensaron con la súbita necesidad de correr hasta ellas y derribarlas una tras otra hasta encontrar a su mujer.

Caminando en su dirección se acercaba un grupo de adolescentes vestidas con largas faldas que empujaban cochecitos de niño. Tras ellas había una docena de crios, puede que más. Will no habría podido decir si aquellas

muchachas eran las hermanas de los niños o madres muy jóvenes. No se parecían a ningún tipo de mujer que hubiera visto antes y, desde luego, no en Nueva York. Era como si pertenecieran a otra era, a los años cincuenta o a la época de la reina Victoria. No mostraban ni un milímetro de sus cuerpos. Las mangas de sus blusas blancas les cubrían los brazos y las faldas les llegaban a los tobillos. En cuanto al cabello, las mayores lo llevaban peinado en un moño extrañamente cuidado, que no se agitaba con el viento.

Will no las miró demasiado fijamente; no quería que nadie pensara que era indiscreto. Además, ya no necesitaba que se lo confirmaran. Aquello era el Crown Heights hasídico, no había duda. Mientras caminaba había ido perfeccionando la historia que pensaba utilizar de tapadera: diría que escribía para la revista *New York* y que estaba preparando un reportaje para la serie «Pedazos de la Gran Manzana», donde algunos escritores hablaban de las diversas comunidades de la ciudad. Se haría pasar por el explorador vestido de safari enviado a tomar nota de las curiosas costumbres de los nativos.

En todo caso, aquel era un entorno totalmente extraño para él. Buscó desesperadamente algo que pudiera ayudarle; una oficina, por ejemplo, donde pudiera preguntar. Quizá podría explicar lo ocurrido y ellos lo ayudarían. Lo único que necesitaba era un asidero, algo en aquel extraño lugar que al menos pudiera entender.

Pero no había nada. Todos los adhesivos de los parachoques parecían llevar un mismo mensaje, que tal vez merecía la pena descifrar, pero que resultaba incomprensible: «Enciende las velas del *Sabbat* e iluminarás el mundo». Vio un cartel de un espectáculo: «Listo para la redención». Hasta los comercios parecían compartir ese fervor religioso. El eslogan del supermercado *KolTov* decía: «Todo es bueno».

Siguió caminando y se detuvo en una tienda cuyo escaparate estaba lleno de avisos en lugar de mercancías.

Uno de ellos le llamó la atención al instante.

Crown Heights es el barrio del *Rebbe*. Por respeto al *Rebbe* y a su comunidad pedimos que todas las mujeres y las jóvenes, ya vivan aquí o vengan de visita, hagan suyas en todo momento las leyes de la modestia:

–Escotes cerrados por delante, por detrás y por los lados (los hombros deben permanecer cubiertos).

–Los codos no deben ser visibles en ninguna posición.

–Las rodillas han de quedar cubiertas por la falda en cualquier postura.

–La totalidad de las piernas y los pies deben quedar debidamente tapados.

–Nada de aberturas.

Las mujeres y las jóvenes que llevan ropa inadecuada y que, por lo tanto, llaman la atención por su aspecto físico se avergüenzan a sí mismas al proclamar que no poseen cualidades intrínsecas por las que deberían merecer respeto…

Así pues, aquello explicaba la forma de vestir; pero la palabra que había llamado la atención de Will no tenía nada que ver con escotes ni aberturas. Era *«Rebbe».* Sonaba como el hombre al que Will debía ir a ver.

Alzó la vista para situarse y se fijó por primera vez en el nombre de la calle: Eastern Parkway. Apenas había recorrido diez metros cuando vio otro rótulo: INTERNET HOT SPOT. Había llegado.

El estómago se le encogió nada más entrar. Sin duda, aquella era la escena del crimen. Alguien se había sentado ante uno de aquellos baratos cubículos de aglomerado, rodeado por paneles de falsa madera y suelo gris de baldosas, y había tecleado el mensaje con el que le habían anunciado el secuestro de su esposa.

Observó el lugar con la esperanza de que su mirada se convirtiera en la de un superhéroe y le permitiera absorber mágicamente, con su visión de rayos X, cada detalle y todas

las pistas que debía de haber allí. Sin embargo, solo contaba con sus simples ojos.

La estancia era un caos, no tenía nada que ver con los limpios cibercafés que conocía en Manhattan y en Brooklyn. Allí no se veía por ninguna parte ni café ni cafeteras, solo montones de cables al aire y gastados rótulos en las paredes, incluido el retrato de un anciano rabino de barba blanca, un rostro que Will había visto ya una docena de veces. Las mesas estaban diseminadas de cualquier manera, y unas endebles separaciones las dividían en espacios de trabajo individuales. En la parte de atrás había una pila de cajas vacías, de donde asomaban embalajes de espuma de poliuretano, como si los dueños del negocio se hubieran limitado a comprar los equipos, a desembalarlos y hubieran abierto el establecimiento, sin más.

En cuanto entró, Will fue recibido con algunas miradas inquisidoras, pero no fue tan malo como había pensado; había recordado sus ocasionales excursiones de estudiante a los pubs menos populares de las grandes ciudades inglesas, lugares cuyos parroquianos eran tan hostiles que se sumían en un hosco silencio cada vez que entraba un desconocido. La mayoría de los clientes del Internet Hot Spot parecían demasiado concentrados en lo que estaban haciendo para mostrar algún interés por Will.

Este intentó examinar a cada uno de ellos. Primero se fijó en dos mujeres, tocadas ambas con boinas. Una de ellas estaba sentada de lado en el taburete para poder mecer el carrito donde llevaba a su hijo mientras tecleaba con la otra mano. Will la descartó de inmediato: era imposible que una mujer embarazada hubiera secuestrado a su esposa. A la otra mujer también la descartó enseguida: llevaba un recién nacido en brazos y mostraba la mayor expresión de agotamiento que Will había visto nunca.

El resto de las terminales estaban vacías u ocupadas por hombres. Le parecieron todos iguales; iban vestidos con arrugados trajes oscuros, con las mismas camisas blancas

de cuello abierto e idénticos sombreros de ala ancha. Will los miró fijamente uno tras otro. «¿Habéis secuestrado a mi mujer?», preguntaba con la mirada, como si alguna conciencia culpable pudiera hacer que uno de ellos se ruborizara o saliera corriendo hacia la puerta. Pero no sucedió nada; seguían mirando la pantalla de su ordenador y, salvo uno, todos se rascaban la barba.

Will pagó un dólar y ocupó uno de los cubículos. Se sintió tentado de entrar en su correo electrónico, de manera que, si alguno de los presentes lo vigilaba, no tuviera más que mirar por encima del hombro para saber inmediatamente quién era él. Casi deseaba que supieran que estaba allí, que les iba detrás.

Sin embargo, no hizo nada de eso; se limitó a examinar lo que tenía delante. Todas las terminales habían sido programadas para que mostrasen la misma página de inicio, la página web del movimiento hasídico. A la izquierda de la pantalla había un buscador que repasaba anuncios de nacimientos: «Zvi Chaim, nacido de los Friedman». «Tova Leah, nacida de los Susskind.» «Chaya Ruchi, nacida de los Slonim.» Encima de la pantalla había una imagen del mismo rostro que colgaba de la pared, aunque allí aparecía sobre un fondo de la ciudad de Jerusalén. Debajo se leía: «Larga vida a *Rebbe Melech HaMoshiach*, ahora y siempre».

Will leyó la frase tres veces, como si intentara descifrar algún mensaje críptico. No sabía nada de «*Melech*», pero «*Moshiach*» ya le resultaba conocido, aunque no lo hubiera visto antes en esa forma. La palabra que importaba era «*Rebbe*». El hombre cuyo retrato aparecía por todas partes -un viejo rabino con la bíblica barba blanca y el tradicional sombrero negro de ala ancha firmemente encasquetado- era su líder, su «*Rebbe*».

Para Will fue como una revelación. Todo lo que tenía que hacer era encontrar a ese hombre y conseguiría las respuestas que necesitaba. Estaba seguro de que una comunidad como aquella sería jerárquica y disciplinada.

Nada ocurriría sin la aprobación de la máxima autoridad, que era como un jefe tribal. Si Beth había sido raptada por la gente de Crown Heights, el *Rebbe* tenía que haber dado la orden. Y también sabría dónde se hallaba ella en esos momentos.

Salió a toda prisa, impaciente por encontrar al *Rebbe* lo antes posible, pero cuando puso el pie en la calle vio que la gente se movía a su misma velocidad. Todos parecían presurosos. Tal vez había sucedido algo. ¿Y si la noticia del secuestro había corrido?

Al cabo de un par de manzanas encontró lo que andaba buscando: un lugar donde la gente se reunía para beber o comer algo. Para los periodistas, los bares y cafés eran esenciales. Cuando había que hablar con desconocidos, ¿qué lugar mejor al que dirigirse? No era cuestión de ir llamando a la puerta de las casas, y abordar a la gente por la calle quedaba como último recurso. Sin embargo, en un bar se podía entablar conversación casi con cualquiera y averiguar muchas cosas.

En aquel barrio no parecía haber ni bares ni cafés, pero Marmerstein's Glatt Kosher le serviría igual. Parecía más una casa de comidas que un restaurante, una cantina donde la comida caliente se servía a lo largo de un mostrador atendido por robustas mujeres con aspecto de matronas. Los clientes eran hombres enjutos de tez pálida que devoraban sus platos de pollo guisado con patatas y bebían té helado como si no hubieran comido desde hacía días. A Will le recordó el refectorio de su internado: mujeres gordas alimentando a chiquillos flacos.

Salvo que aquella escena resultaba mucho más extraña. Era como si aquellos hombres hubieran salido de un álbum de fotos de la Europa Central del siglo pasado. Algunos parloteaban a través de sus móviles, pero había uno que tecleaba en su Blackberry al tiempo que leía *The New York Post*. El contraste entre lo antiguo y lo moderno chirriaba.

Will se puso en la cola para conseguir un plato. No es que tuviera hambre; lo que quería era una excusa para estar allí. Dudó a la hora de elegir la verdura -zanahorias demasiado hervidas o col también demasiado hervida- y no tardó en ser reprendido por una de las babushkas de detrás del mostrador.

–Dese prisa, quiero llegar a casa a tiempo para el *shabbos* -le dijo sin sonreír.

De modo que eso explicaba las prisas: era viernes por la tarde, y se acercaba el *Sabbat*. Tom le había mencionado algo parecido antes de que se marchara de su casa, pero él no había prestado atención: literalmente, no sabía qué día era. En cualquier caso, era una mala noticia. Seguramente todo Crown Heights cerraría en un par de horas, de manera que no habría nadie por la calle, y él no podría averiguar nada. No le quedaba otra opción que apresurarse y empezar allí mismo.

No tardó en hallar lo que estaba buscando: un hombre sentado solo. No había tiempo para circunloquios a la inglesa, tendría que utilizar la aproximación directa, a la norteamericana: «Hola, ¿qué tal? ¿De dónde eres?».

Su nombre era Sandy y provenía de la costa Oeste. Ambos datos pillaron a Will por sorpresa. Había dado por hecho que aquellos hombres, con sus barbas y sombreros, debían de tener extraños nombres y hablar con acento ruso o polaco. Probablemente era consecuencia del choque cultural que había sufrido durante la última hora: descubrir que un rincón de la Europa del siglo pasado vivía y palpitaba en mitad de Nueva York en pleno siglo XXI. Se sentía igual que un nadador inexperto que, de repente, se da cuenta de que ya no hace pie.

–¿Eres judío?

–No. No lo soy. Soy periodista. – ¡Vaya tontería de respuesta!-. Quiero decir que la razón de mi presencia aquí es que soy reportero de la revista *New York*.

–¡Estupendo! ¿Has venido para escribir acerca del *Rebbe*? – preguntó pronunciando la palabra como «rib-ah».

–Sí. Bueno, entre otras cosas. Ya sabes, estoy escribiendo acerca de tu comunidad en general.

Al final, resultó que Sandy era un recién llegado a Crown Heights. Le contó que había sido un fanático del surf en Venice Beach y que se había pasado la vida saliendo de juerga y poniéndose ciego de drogas. Su vida había sido un completo desastre hasta que hacía seis años se encontró con un emisario del *Rebbe*, que montó un centro justo delante de la playa. Todo empezó cuando, un viernes por la noche, aquel rabino, un tal Gershon, le dio de cenar caliente. Sandy volvió a presentarse el vienes siguiente y el otro, para el *Sabbat*. Incluso pasó la noche en casa de la familia Gershon.

–¿Sabes qué fue lo mejor, mejor incluso que la comida y el cobijo? – preguntó Sandy con una vehemencia que a Will le pareció impropia en alguien a quien acababa de conocer-. Pues que no opinaron sobre mí, que no me juzgaron. Me dijeron sencillamente que *HaShem* quiere a todas las almas judías y que *HaShem* comprende por qué a veces tomamos el camino equivocado, por qué nos extraviamos.

–¿*HaShem*?

–Perdón, quiere decir «Dios». *HaShem* significa literalmente «El Nombre». En el judaísmo sabemos el nombre de Dios, podemos leerlo, pero no pronunciarlo en voz alta.

Will le hizo un gesto para que prosiguiera, y Sandy le contó que había puesto su vida en manos del *Rebbe* y sus seguidores, que había empezado a vestir como ellos, a tomar comida *kosher*, a rezar por la mañana y por la noche, a cumplir el *Sabbat* absteniéndose de todo comercio y trabajo -nada de ir de compras, utilizar la electricidad o ir en metro- desde la puesta de sol del viernes hasta el anochecer del sábado.

–¿Y habías hecho algo parecido anteriormente?

–¿Yo? ¡Debes de estar bromeando! ¡Pero si no tenía ni idea de qué era el *shabbos*! Yo era de los que comen cualquier cosa que se mueva: langostas, cangrejos, hamburguesas con queso. Mi madre no sabía diferenciar entre lo que era *kosher* y lo que no.

–¿Y qué piensa ella de… todo esto? – preguntó Will indicando la barba y el atuendo de Sandy.

–Verás, es una especie de proceso -insistió-. El lado *kosher*, el hecho de que yo no pudiera compartir la mesa con ella cuando iba a visitarla a su casa, se le hizo difícil. Y ahora que tengo hijos se ha convertido en un asunto delicado. Pero lo más difícil para ella fue sin duda cuando dejé de ser Sandy y me convertí en Shimon Shmuel. No consiguió entenderlo.

–¿Así que te cambiaste el nombre?

–Yo no lo llamaría «cambiarse el nombre». Todos los judíos tenemos un nombre alternativo en hebreo, aunque no sepamos cuál es. Se trata del nombre de nuestra alma. Por lo tanto, me gusta decir que he descubierto mi nombre de verdad, a pesar de que pueda utilizar ambos. Cuando voy a ver a mi madre o cuando me reúno con alguien como tú, soy Sandy; pero en Crown Heights soy Shimon Shmuel.

–¿Y qué puedes decirme del *Rebbe*?

–Pues que es nuestro líder, que es un gran maestro y que nos ama.

–¿Y la gente de por aquí hace todo lo que él dice?

–No es exactamente así, Tom. – Will había tenido que improvisar sobre la marcha y había olvidado inventar un nombre falso, de modo que había recurrido al nombre de pila de su amigo y al apellido de soltera de su madre, por lo que Sandy creía que hablaba con un reportero llamado Tom Mitchell-. El *Rebbe* sabe lo que nos conviene. Es nuestro pastor, y nosotros somos sus ovejas. Sabe qué necesitamos, dónde deberíamos vivir o con quién nos deberíamos casar, de modo que sí, escuchamos su consejo.

Will vio confirmada su intuición: aquel tipo lo controlaba todo.

–¿Y dónde vive?

–Está aquí, en nuestra comunidad, todos los días.

–¿Y podría entrevistarlo?

–Deberías venir esta noche a la *shul.*

–¿A la *shul*?

–A la sinagoga. De todas maneras, no es solo eso. También es nuestro cuartel general, nuestra sala de reuniones, nuestra biblioteca. Allí encontrarás todo lo que necesitas saber acerca de nuestro *Rebbe*.

Will decidió quedarse con Sandy. Le hacía falta un guía, y Sandy parecía ideal. No era mucho mayor que él, no era rabino ni erudito, y tampoco una figura de autoridad con la que tuviera que congraciarse; sino un hippy que solo pedía a gritos que lo rescataran. Si los mormones hubieran llegado antes hasta él, Sandy se habría hecho de su Iglesia. Era el tipo de persona que necesita que lo ayuden a levantarse cada vez que tropieza.

Siguieron charlando mientras andaban unas pocas manzanas hasta la primera parada de Sandy.

–Dime una cosa, Sandy, ¿qué pasa con la ropa? ¿Por qué visten todos igual?

–Lo reconozco, al principio no acababa de gustarme, pero ¿sabes lo que dice nuestro *Rebbe*?, que precisamente somos más individuales por llevar esta ropa.

–¿Y cómo es eso?

–Pues porque lo que nos diferencia no es la marca de ropa que llevamos, ni el tipo de traje. No se trata de las cosas externas. Lo que nos hace diferentes unos de otros es lo que somos por dentro, nuestro verdadero yo, nuestro *neshama*, nuestra alma. Eso es lo que brilla y se ve. Si lo de fuera es irrelevante, si todos tenemos el mismo aspecto, los demás podrán empezar a ver de verdad cómo somos por dentro.

En ese momento llegaron a un edificio que Sandy dijo que era el del *mikve*, nombre que tradujo para Will como el del «baño ritual». Se sumaron a una fila de gente que hacía cola para pagar un dólar al tipo de la puerta; Will le entregó otros cincuenta centavos para que le diera una toalla. Luego, siguieron escalera abajo hasta lo que parecía una gran sala para cambiarse de ropa.

Tan pronto como Sandy abrió la puerta, les golpeó una vaharada de vapor. El aire parecía gotear, y Will tuvo que parpadear para ver con claridad. Cuando por fin lo consiguió, retrocedió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

La estancia estaba abarrotada de hombres y niños que, si no estaban desnudos, iban camino de estarlo. Había huesudos adolescentes, arrugados ancianos y tripudos hombres mayores cuyas barbas se ensortijaban por culpa de la humedad; todos ellos se quitaban hasta la última prenda de ropa. Will había ido al gimnasio muchas veces, pero allí el abanico de edad era menos amplio, había menos gente, y el nivel de ruido no se parecía ni remotamente. Aquí todos hablaban, y si eran niños, gritaban.

–Cuando entramos en el *mikve*, no debemos llevar encima ningún adorno si deseamos ser puros para nuestro *shabbos* -dijo Sandy-. Nuestra piel debe entrar completamente en contacto con el agua de lluvia que se recoge en el *mikve.* Si llevamos nuestro querido anillo de casados, debemos quitárnoslo. Aquí debemos presentarnos tal como llegamos al mundo.

Will se miró el dedo, el anillo que Beth le había regalado. El día de la boda, ella se lo deslizó en el anular mientras le decía al oído refiriéndose a su amor: «Más que ayer, menos que mañana».

En ese momento se hallaba rodeado de hombres desnudos, algunos de los cuales se quitaban una camiseta de borlas -Sandy le explicó que eran prendas que se utilizaban por imperativo religioso, para llevar un recuerdo

de Dios incluso bajo la camisa-, y otros se la ponían, para mancharla de inmediato con la humedad de la piel. Todos murmuraban oraciones en una lengua que Will no entendía.

«¡Qué extraño es el mundo! – se dijo observando la escena-. ¡Y pensar que mi amor por Beth me ha traído hasta este lugar y este momento!»

–¿Vienes? – le preguntó Sandy señalando la piscina.

Algo le dijo a Will que si quería ganarse la confianza de aquel individuo tendría que mostrar respeto y seguirlo en todo lo que el ritual exigiera.

–Claro -respondió quitándose la ropa y también el anillo de casado.

Siguió rápidamente a Sandy mientras se acordaba del paseo hasta las duchas comunitarias del colegio, tras los entrenamientos de rugby en invierno. Entonces, igual que ahora, sintió vergüenza y tuvo cuidado de taparse las partes con las manos. Aquel lugar se parecía mucho a los viejos baños del colegio; desde los charcos de agua sucia hasta los restos de vello púbico esparcidos por el suelo de baldosas blancas. Vio un cartel: «Ama a tu prójimo. Toma una ducha antes del *mikve*». Will siguió a Sandy, que permaneció bajo el helado chorro de agua apenas unos segundos.

A continuación, pasaron al *mikve* propiamente dicho. Era una pequeña piscina en la que había que sumergirse: se bajaban un par de peldaños, se vadeaba un par de pasos y abajo, una zambullida completa de modo que no quedara ni un cabello seco; luego, un par de remojones más y fuera. La temperatura resultaba agradable, pero nadie se entretenía. No estaban allí para disfrutar de un jacuzzi, sino para purificarse.

Cuando Will se sumergió y contuvo el aliento sintió una repentina irritación; no hacia los hombres que lo rodeaban, ni siquiera hacia los secuestradores de Beth, sino hacia sí mismo. Su esposa había sido raptada y podía hallarse en Dios sabía qué peligro, y entretanto allí estaba él: con el culo al aire. No estaba donde era su obligación: en la central

de la policía de Nueva York, rodeado de parpadeantes terminales de ordenador manejadas por especialistas en secuestros que irían de un lado a otro, rastreando sin cesar llamadas telefónicas y correos electrónicos mediante aparatos de última tecnología hasta que uno de ellos se levantaría y anunciaría: «¡Lo tenemos!». A continuación, todos se meterían corriendo en helicópteros y en coches patrulla hasta que un grupo del SWAT rodeara la guarida de los malhechores y salieran con una temblorosa Beth y su malvado secuestrador, maniatado o, aún mejor, metido en una bolsa de plástico. Todo eso cruzó a toda velocidad por su mente mientras contenía el aliento bajo la piscina de agua de lluvia que se suponía que purificaría su cuerpo.

«Has visto demasiadas películas», se dijo mientras respiraba hondo y se sacudía el agua del cabello. No obstante, el sentimiento persistió; debería estar buscando a Beth y no dándose un chapuzón con el enemigo.

Mientras se secaba y se vestía no pudo evitar ver con otros ojos a los hombres que lo rodeaban. ¿Qué oscuros secretos ocultaban? ¿Eran todos ellos ajenos a aquella siniestra trama o habían conspirado para secuestrar a su mujer? ¿Se trataba de algún tipo de conspiración encabezada por el *Rebbe*, pero en la que estaban todos implicados? Observó a Sandy, que estaba ocupado con los clips para el cabello mientras volvía a ponerse la negra kipá en la cabeza. Sin duda parecía inocente, pero cabía la posibilidad de que fuera una actitud hábilmente fingida.

Will reflexionó sobre la conversación que había tenido con él en la casa de comidas. Pensó que había sido él quien había buscado a Sandy, pero que quizá había sido al revés. ¿Y si Sandy había estado siguiéndolo desde que había llegado a Crown Heights, y se había sentado solo en Marmerstein's justo en el momento oportuno? No era algo tan complicado. ¿Acaso aquella gente no era famosa por su astucia?

Se detuvo. Veía claramente qué le estaba ocurriendo: se dejaba llevar por el pánico y permitía que su mente se nublase cuando lo que más necesitaba era pensar con claridad. Los viejos estereotipos no iban a salvar a Beth, se dijo con severidad. Necesitaba utilizar la cabeza.

«Ten paciencia, muéstrate educado y llegarás a la verdad.»

Luego, pasaron brevemente por casa de Sandy, que, tal como Will había imaginado, le había sido simplemente adjudicada. Estaba decorada en un estilo propio de la generación de sus abuelos: aparadores de formica blanca que en 1970 debían de ser modernos y un suelo de linóleo que parecía de la época de Kennedy. La cocina tenía dos fregaderos; en un rincón había un calentador de agua de aspecto industrial, con su propio grifo de suministro. En todas las paredes, y con distintas expresiones, se veían fotos del hombre que Will ya conocía como el *Rebbe.*

En el salón vio el único indicio de que la vivienda estaba ocupada por gente joven: había un parque infantil lleno de juguetes de brillantes colores. Entre ellos, un bebé hacía rodar un camión de plástico. Cerca, sentada en la esquina de un sofá barato, una joven daba el biberón a su hijo.

Will tuvo un sentimiento inesperado: envidia. Al principio creyó que envidiaba a Sandy porque su hogar estaba intacto; y su mujer, a salvo. Pero no era eso. Lo que envidiaba era que aquella mujer hubiera tenido hijos. Se trataba de un nuevo sentimiento; sin embargo, aunque solo fuera en nombre de Beth, empezaba a desear aquellas criaturas, porque las veía a través de los ojos de Beth como los hijos que ella tanto anhelaba tener. Por primera vez entendía la necesidad que representaba para su esposa. No. Era más que eso: la vivía en carne propia.

La mujer llevaba el cabello cubierto por un poco agraciado sombrero blanco, bajo el que se apreciaba el mismo ceñido moño que, hasta donde Will había podido ver, llevaban todas las mujeres de Crown Heights.

–Ella es Sara Leah -anunció Sandy distraídamente mientras se dirigía hacia la escalera.

–Hola, soy Tom -se presentó Will acercándose para ofrecerle la mano.

Sara Leah se ruborizó y meneó la cabeza rechazando corresponder el gesto.

–Lo siento -dijo Will.

Evidentemente, las normas sobre las mujeres y el recato iban más allá de cómo vestir.

–¡Bueno, nos vamos a la *shul*! – gritó Sandy mientras bajaba corriendo la escalera. Observó a Will y, señalando la bolsa que este llevaba colgada del hombro, añadió-: No necesitarás esto.

–Prefiero llevarla conmigo.

Dentro guardaba su cartera, la Blackberry y, lo más importante, su libreta de notas.

–Tom, no quiero que estés incómodo en la shul, pero es *shabbos* y no llevamos nada en *shabbos*.

–Pero si son solo las llaves, el dinero, ya sabes.

–Lo sé, pero no llevamos esas cosas con nosotros a la *shul* los viernes por la noche.

–¿No lleváis ni las llaves de casa?

Sandy se levantó la camiseta para mostrar la cintura de su pantalón. Alrededor, metido por las trabillas, había un cordel del que colgaba una única llave plateada. Will tuvo que pensar deprisa.

–Puedes dejar aquí tu bolsa -le dijo Sandy-. Confío en que vuelvas para compartir nuestra cena de *shabbos*. Entonces cogerás tus cosas.

Will podía aceptarlo; dejaría la bolsa y confiaría en que Sara Leah no le echara una mirada. Le bastaría con un vistazo a sus tarjetas de crédito para saber que no era Tom Mitchell; descubriría que se llamaba Will Monroe, y no le harían falta grandes dotes detectivescas para comprender que se trataba del marido de la mujer secuestrada, de cuyo destino estaban todos al corriente. Entonces avisaría al

Rebbe o a sus secuaces y lo encerrarían en algún zulo, igual que a Beth.

«Tranquilízate, eso no va a ocurrir. Todo saldrá bien.»

–De acuerdo, la dejaré aquí.

Will se desprendió de la bolsa, la dejó al lado del montón de zapatos y los carritos de niño que había junto a la puerta, deslizó su cuaderno de notas en el bolsillo del pecho y siguió a Sandy.

Solo tuvieron que andar un par de manzanas para llegar a la sinagoga. Grupos de hombres, amigos y padres e hijos caminaban en la misma dirección.

Había una especie de plaza ante la entrada del edificio, pero se accedía al interior tras bajar unos peldaños. Ante la puerta, un hombre daba profundas caladas a un cigarrillo.

–El último antes del *shabbos* -explicó Sandy, sonriendo.

Así, hasta fumar estaba prohibido durante las siguientes veinticuatro horas.

El interior era lo que Will habría definido como lo opuesto a una iglesia. Más parecía el gimnasio de un instituto. Al fondo había unas pocas filas de bancos y mesas que daban a unas estanterías. En esa zona, como si fuera una enorme aula, todos los asientos estaban ocupados y el ruido iba en aumento. Will no tardó en darse cuenta de que no hablaban al unísono, sino diferentes conversaciones. Parejas de hombres discutían entre sí alrededor de las mesas, cada uno inclinado sobre su respectivo libro en hebreo. Estuvieran escuchando o hablando, parecían balancearse adelante y atrás, mientras a su lado otra pareja se entregaba al mismo e intenso debate. Will se esforzó por escuchar.

Se trataba de una mezcla de inglés y de lo que creyó que era hebreo, todo ello en un tono salmódico que se correspondía con el movimiento de balanceo: «¿Y qué intentan explicar los *Rabonim*? Aprendemos que, aunque lo que podemos desear es estudiar siempre porque ese es el *mitzvah* más grande y el mayor placer que podemos alcanzar, en realidad *HaShem* también quiere que hagamos

otras cosas, incluido trabajar y ganarnos la vida». Aquella última palabra había sido entonada con una nota baja. Acto seguido, la salmodia empezó a remontar: «¿Y por qué *HaShem* desearía algo así? ¿Por qué *HaShem*, que sin duda quiere que nos llenemos de sabiduría y de *Yiddishkeit*, no iba a desear que estudiemos todo el tiempo?». La voz se tornaba aguda. «La respuesta -y un dedo alzado hacia el techo añadió énfasis- es que solo si experimentamos la oscuridad somos capaces de apreciar la luz.»

Entonces llegó el turno de que su amigo, su compañero de estudio, tomara el relevo y el canto: «En otras palabras, para que podamos apreciar la belleza de la Torá -Toy-ra- y aprender, debemos conocer la vida fuera del aprendizaje. De este modo, la historia de *Noach* dice a todos los *Hassid* **-** *Chossid***-** que no pueden pasar toda su vida en la *yeshiva*, sino que deben cumplir sus otros deberes como esposos, padres o lo que sea. Esa es la razón de que el *tzaddik* no sea siempre el hombre más sabio del pueblo; a veces, el hombre verdaderamente bueno es un simple zapatero remendón o un sastre que conoce y comprende la verdadera alegría de la Torá, porque conoce y entiende el contraste con el resto de su vida. Un judío así, porque conoce realmente la oscuridad, aprecia de verdad la luz».

Will a duras penas podía seguir lo que estaba escuchando; el estilo era completamente distinto a todo lo que había oído anteriormente. Se le ocurrió que así debían de ser las cosas en los monasterios de la Edad Media: unos monjes entregados al estudio de los textos en un perpetuo intento de penetrar la palabra de Dios. Se volvió hacia Sandy.

–¿Qué están estudiando? Quiero decir, ¿cuál es el libro que tienen entre manos?

–Bueno, normalmente en la *yeshiva*, ya sabes, la academia religiosa, la gente estudia el Talmud. – Will parecía desconcertado-. Hacen comentarios. Los rabinos debaten el significado exacto de cada palabra de la Torá. Un

rabino que esté en la parte izquierda de una página del Talmud puede iniciar una discusión con otro que esté en la parte inferior derecha acerca de las docenas de posibles significados de una simple letra o de una única palabra.

–¿Y eso es lo que están leyendo ahora? – Will señaló a los dos hombres cuya salmodia había estado siguiendo.

Sandy estiró el cuello para ver qué libro estaban utilizando.

–No. Esos son comentarios escritos por el *Rebbe*.

«El *Rebbe* -pensó Will-. Incluso sus palabras se estudian con el mismo fervor que si fueran un texto sagrado.»

La sala se había ido llenando mientras charlaban y la gente llegaba en gran número. Will había estado en una sinagoga una vez anteriormente, con ocasión del *mitzvah* de un compañero del colegio, pero no había tenido nada que ver con aquello. Entonces solo había habido un único servicio y bastante quietud, aunque no el silencio absoluto al que estaba acostumbrado en las iglesias. Allí, reinaba una total falta de orden.

Y lo más extraño de todo era que solo veía a hombres. Parecía haber miles de camisas blancas y trajes oscuros que no interrumpía ni una sola mancha de color femenino.

–¿Dónde están las mujeres?

Sandy señaló hacia arriba, hacia lo que parecía el piso superior de un teatro, solo que no se veía a nadie sentado porque la vista quedaba interrumpida por una ventana de plástico opaco. Apenas se adivinaba la silueta de las personas que había detrás, pero parecían distinguirse sombras entre los resquicios de las placas de Perspex. Will miró un buen rato, intentando divisar algún rostro, pero enseguida desistió porque se dio cuenta de que en realidad estaba buscando a Beth.

La situación le ponía los pelos de punta. Tenía la impresión de que lo observaban, como si aquellas invisibles mujeres fueran espectadoras espectrales que escrutaran las costumbres de los hombres de abajo. Will pensó en lo

ventajoso de su punto de observación: él debía de destacar mucho Era el único hombre que no llevaba traje oscuro y camisa blanca, sino pantalones caqui y camisa azul.

En alguna parte sonaron unas palmadas, y los hombres empezaron a alinearse en dos filas, como para una procesión. La melodía se hizo más rápida a medida que cantaban: «*Yechi HaMelech, Yechi HaMelech*».

Sandy se lo tradujo:

–Significa «larga vida al rey».

Algunos daban patadas en el suelo, otros se balanceaban y unos pocos saltaban y brincaban en el aire. A Will le recordó las viejas imágenes de archivo de las adolescentes que esperaban la aparición de los Beatles; sin embargo, los que estaban allí eran hombres hechos y derechos que se entregaban a una especie de expectante frenesí. Uno de ellos brincaba de un lado a otro y se metía dos dedos en la boca para silbar con fuerza.

Will escrutó los rostros que se apretujaban ante él. Después de todo, no eran idénticos. Supuso que algunos podían ser rusos; otros, cuyas ropas parecían menos formales, eran de tez morena y por su aspecto diría que eran israelíes. Se fijó en otro de barba rala que le pareció vietnamita. Sandy siguió su mirada.

–Un converso -le explicó sucintamente, alzando la voz por encima del griterío-. No es que el judaísmo promueva la conversión, pero cuando se produce, el *Rebbe* se alegra especialmente, más que la mayoría de los judíos. Según él, un recién llegado es tan bueno como alguien que haya nacido judío; puede que incluso mejor, puesto que ha escogido serlo.

Will no pudo oír el resto porque se vio atrapado entre dos hombres que se abrían paso hacia delante; formaban parte de un numeroso grupo de gente que, sin orden ni indicación previa, estaba dando la vuelta. Los niños parecían indicar la dirección. Algunos de ellos, que en su mayoría no debían de tener más de siete u ocho años, iban sobre los hombros de

sus padres, agitando el puño en aquella dirección una y otra vez. Parecían pequeños hooligans de fútbol señalando al odiado arbitro. Sin embargo, no miraban a una persona, sino que dirigían sus energías hacia un trono.

Esa fue la palabra que acudió de modo natural a la mente de Will. Se trataba de un amplio butacón cubierto con un suntuoso terciopelo rojo. En un ambiente espartano como aquel, destacaba como un objeto de auténtico lujo. No había duda, aquel asiento estaba siendo objeto de veneración.

«*Yechi Adoneinu Moreinu v'Rabbeinu Melech HaMoshiach l'olam va'ed*.»

El gentío entonaba aquella frase y la cantaba una y otra vez con un fervor que a Will le pareció extático y aterrador a la vez. Se inclinó hacia Sandy y gritó para hacerse oír:

–¿Qué significa?

–«Larga vida a nuestro señor, nuestro maestro, el *Rebbe*, el rey Mesías por los tiempos de los tiempos.»

«Mesías.» Naturalmente. Eso era lo que significaba aquella palabra que había visto por todas partes: «*Moshiack*» significaba «Mesías». ¿Cómo había tardado tanto en descubrirlo? Aquella gente consideraba a su *Rebbe* un Mesías.

En ese momento, Will intentó desesperadamente alzarse todo lo posible para ver por encima de la gente, que seguía mirando fijamente el trono y cuyas voces enronquecían de expectación. Sin duda, el *Rebbe* haría su entrada en cualquier momento; aunque a Will le costaba imaginar que sus seguidores pudieran demostrar más entusiasmo cuando hiciera su aparición.

El ruido se estaba volviendo atronador. Intentó localizar a Sandy, pero la oleada de gente lo había empujado hacia delante. Tenía la cara incómodamente cerca de un desconocido que le sonrió al ver con humor su repentina intimidad.

«Qué demonios», se dijo Will.

–Perdone -le preguntó-, ¿podría decirme cuándo aparece el *Rebbe*? ¿En qué momento empieza todo esto?

–¿Cómo dice?

–¡Que cuándo empieza todo!

En ese momento, antes de que el hombre tuviera tiempo de responder, Will notó que una mano lo sujetaba con fuerza por el hombro, y en sus oídos oyó una profunda voz de barítono.

–Para usted, amigo mío, todo acaba aquí.

Capítulo 16

Viernes, 20. 20 h, Crown Heights, Brooklyn

Will notó que aquella mano se apartaba de su hombro y era sustituida al instante por otras dos en cada brazo. De repente se vio flanqueado por dos sujetos que no debían de tener más de veinte años, pero que eran más altos y fuertes que él. Uno lucía una barba pelirroja; el otro, apenas una perilla. Ninguno de los dos desvió la mirada del frente mientras lo escoltaban alejándolo de la multitud. Will estaba demasiado sorprendido para gritar; de todos modos, nadie habría podido oírlo. Sabía que en medio de aquel jaleo nadie se fijaría en un grupo de tres hombres, y menos cuando dos de ellos cantaban a pleno pulmón.

Lo estaban llevando lejos del trono, hacia la zona de la biblioteca, donde había menos gente. Will no era particularmente hábil a la hora de calcular a ojo -no tenía experiencia en manifestaciones- pero llegó a la conclusión de que en aquella sala debían de estar apelotonadas dos o tres mil personas, y todas cantaban con tanta energía que sus captores podrían haberlo matado allí mismo y nadie se habría percatado.

Bruscamente rodearon la estantería y enfilaron por un estrecho y viejo pasillo. El de la barba pelirroja abrió una puerta y después otra hasta que, finalmente, llegaron a lo que parecía un aula pequeña. Había otros bancos y mesas de madera oscura y más estantes llenos de libros, en cuyos

lomos, encuadernados con piel, destacaban dorados caracteres hebreos. Los *hasidim* lo agarraron cada uno por un hombro y lo dejaron bruscamente en una rígida silla de plástico en medio de la sala.

–No entiendo qué está ocurriendo -protestó Will con tono quejoso-. ¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes?

–Espere.

–¿Por qué me han traído aquí?

–He dicho que espere. Nuestro maestro no tardará en llegar. Entonces podrá hablar con él.

El *Rebbe*, por fin.

El ruido del exterior seguía oyéndose. Podía ser que el *Rebbe* hubiera hecho por fin su aparición, quizá estuviera trabajándose a la sala antes de ir a trabajarse a Will. El griterío era atronador, y el suelo vibraba como las paredes de una discoteca sacudidas por los sonidos graves, pero Will no tenía forma de saber si había aumentado de repente por la llegada del *Rebbe*.

–De acuerdo. Empecemos -dijo alguien.

Era la misma voz de barítono de antes, de nuevo a espaldas de Will. Este intentó darse la vuelta, pero dos fuertes manos lo sujetaron por los brazos y se lo impidieron.

–¿Cómo se llama?

–Tom Mitchell -respondió Will.

–Bienvenido, Tom. Que tenga un buen *shabbos*. Dígame, ¿a qué debemos el placer de su presencia en Crown Heights?

–He venido para escribir un reportaje sobre la comunidad hasídica para la revista New York. En concreto para una nueva serie llamada «Pedazos de la Gran Manzana».

–Bonito título. ¿Y por qué ha venido usted precisamente este fin de semana entre todos los fines de semana?

–Me encargaron el trabajo esta semana, de modo que he venido lo antes posible.

–No nos llamó ni avisó con antelación. ¿No habría preferido concertar una cita?

–Solo quería dar una vuelta y echar un vistazo.

–¿Ver cómo viven los nativos en su hábitat natural?

–Yo no lo diría así -gruñó Will. Debido a la fuerza con la que lo sujetaban, los hombros estaban empezando a dolerle-. No querría parecer grosero, pero ¿por qué me sujetan así?

–Sabe, señor Mitchell, me alegro de que me lo pregunte porque no me gustaría que se llevara una impresión equivocada de Crown Heights ni de sus gentes. Aquí damos la bienvenida a los de fuera, se lo digo de verdad. Invitamos a los visitantes a nuestros hogares, y ni siquiera nos mostramos hostiles con la prensa. Por aquí han venido muchos reporteros; *The New York Times* incluso nos visita regularmente. No. La razón de esta… anormal recepción es que no creo que esté diciendo la verdad.

–Pues soy reportero. Esa es la verdad.

–No, señor Mitchell. La verdad es que alguien ha estado metiendo las narices en nuestros asuntos, y me pregunto si ese alguien no habrá sido usted. – La voz, que había ido subiendo de tono, recobró su equilibrio-. Relajémonos un poco, ¿quiere? Es *shabbos*, y todos hemos tenido una semana muy ajetreada. Hemos trabajado duramente, de modo que ahora descansamos. Será mejor que nos lo tomemos con calma. Ahora volvamos a mi asunto. Ha estado usted hablando bastante rato con Shimon Shmuel, de modo que doy por hecho que se habrá enterado de algunas de nuestras costumbres.

«Me han estado siguiendo», se dijo Will.

–Usted es una persona inteligente -prosiguió la voz-, y habrá comprendido que la observancia del Sabbat es una de nuestras normas más estrictas.

Will no dijo nada.

–Señor Mitchell…

–Sí, lo he comprendido.

–Y sabe que está prohibido llevar nada encima, ¿verdad?

–Sí. Sandy, bueno Shimon Shmuel me lo dijo. – Enseguida se arrepintió de haber añadido el nombre de Sandy al nombre judío. Parecía un intento deliberado de ofender.

–Puede que él olvidara mencionar que durante el *Sabbat* no solo no podemos llevar nada, sino que no podemos utilizar electricidad. Las luces que ahora funcionan fueron encendidas antes de que empezara el *shabbos* y así seguirán hasta que el *shabbos* acabe, mañana por la noche. Así son las reglas: ningún judío puede apagarlas. Además, se habrá fijado en que no hay cámaras ahí fuera durante el *shabbos*. Lo que ha visto hoy no ha sido fotografiado ni filmado, nunca, y no será porque no hayamos recibido peticiones. ¿Ve adónde quiero ir a parar, señor Mitchell?

Después de un rato escuchando aquella voz, Will empezó a formarse una imagen de la persona. Era norteamericano, pero su acento no se parecía al de Sandy, sino que tenía algo… ¿quizá europeo? No supo identificarlo, pero le pareció de Nueva York, ligeramente musical. Denotaba cierta indiferencia, cierto reconocimiento de lo absurdo, a veces cómico, de la vida; aunque la mayor parte del tiempo, trágico. Durante una fracción de segundo vio la imagen del rostro de Mel Brooks y oyó a Leonard Cohen. Aun así, seguía sin tener ni idea del aspecto del hombre que le hablaba.

–Señor Mitchell -insistió su interlocutor-, necesito saber si entiende lo que le estoy diciendo.

–Oiga, no llevo ninguna cámara, si es eso lo que me está preguntando.

–La verdad es que no había pensado en eso; más bien en una grabadora.

Will estaba libre de sospechas. A pesar de su edad, hacía las cosas a la antigua usanza: con lápiz y papel. Y no se debía a ninguna tecnofobia por su parte, sino a simple pereza. Transcribir grabaciones suponía demasiado trabajo. Se tardaba media hora para hacer una entrevista y después había que pasar una hora para ponerla por escrito. La grabadora de mini-disc quedaba reservada únicamente para

aquellas ocasiones en las que cada palabra contaba: entrevistas con alcaldes, jefes de la policía y ese tipo de personas. Para todo lo demás, prefería el papel y lápiz.

–No. No he grabado nada ni a nadie; pero ¿por qué iba a ser eso un problema…?

De repente, lo empujaron hacia delante y lo alzaron. El joven de su derecha tomó las riendas de la situación; entre los dos le metieron las manos bajo las axilas y lo levantaron al tiempo que le impedían volverse. A continuación, el joven moreno se situó ante él y, sin mirarlo a los ojos, le extendió los brazos y lo registró de arriba abajo, metiéndole las manos en los bolsillos y palpándole la ropa. Actuaba igual que los vigorosos guardias de seguridad de un aeropuerto.

Claro. «Una grabadora.» No estaban buscando el clásico dictáfono de un reportero, sino un cable y un micrófono. Lo que les preocupaba era que pudiera ser de la policía o del FBI. Y se preocupaban con razón porque eran secuestradores y temían que él fuera un poli de incógnito. De ahí las preguntas que había estado haciendo y haber husmeado sin aviso previo.

–Ningún cable -dijo el hombre moreno con un acento que lo delataba como originario de Israel o de algún otro país de Oriente Próximo.

–Pero aquí hay esto -dijo el pelirrojo, cuya tarea durante el registro había consistido en rebuscar en sus bolsillos, incluido el interior de su chaqueta.

Los secretos de Will no ofrecieron ninguna resistencia. Su libreta de tapas de ante siempre abultaba considerablemente en el bolsillo izquierdo. El pelirrojo se la entregó al hombre que seguía a espaldas de Will. Este oyó que alguien hojeaba las páginas mientras lo obligaban a sentarse de un empujón.

Sintió que palidecía. Su mente retrocedió hasta la casa de Sandy, cuando su anfitrión le pidió que dejara allí su bolsa. Él había sido muy listo, lo había hecho pero no sin antes coger la libreta y meter la cartera en lo que creía un

compartimiento oculto; no había querido que Sara Leah fisgoneara. Sin embargo, la libreta estaba en esos momentos en manos del *Rebbe*. ¡Qué idiota había sido!

Will se preparó para lo peor. A medida que el silencio se prolongaba, acompañado únicamente por el sonido de las páginas que pasaban, sus palmas se fueron humedeciendo.

Su mente funcionaba a toda velocidad, intentaba recordar qué había en aquella libreta que pudiera delatarlo. Por suerte no era lo bastante organizado para haber escrito su nombre en la primera página ni en ninguna otra. Walton sí que lo hacía: una pulcra anotación en la tapa de todas sus libretas. Algunos reporteros incluso utilizaban aquellas estúpidas etiquetas. En ese aspecto, al menos, la negligencia de Will podía ser su salvación.

Pero ¿y los cientos de palabras que contenía, incluidas las abundantes notas que había tomado aquel día en Crown Heights? Tal vez no le perjudicaran, al menos podían confirmar su tapadera de Tom Mitchell. De todas maneras, ¿no había apuntado su sesión ante el ordenador de Tom? Seguramente en algún lugar estaría escrita la dirección de correo electrónico de los secuestradores.

Los segundos pasaban como un disco reproducido a velocidad demasiado lenta. Poco a poco, empezó a abrigar alguna esperanza. ¿Y si resultaba que su pésima taquigrafía, aquellos veloces garabatos, se convertía en su salvación? Había desarrollado -primero en Columbia y después en el Record- un sistema híbrido de tomar notas que a él le funcionaba, aunque siempre temía el día en que tuviera que presentarlas al editor o ante un juez. Se imaginaba en un juicio por difamación cuya sentencia dependiera de la exactitud del testimonio escrito de una conversación; tendrían que llamar a un ejército de grafólogos para verificar que su testimonio corroboraba lo escrito. La ventaja, al menos en esos momentos, era que sabía que sus notas resultaban totalmente indescifrables.

–Ha quebrantado nuestras normas, señor Mitchell. Y no me refiero a las reglas de la comunidad de Crown Heights. ¿Qué importancia tenemos nosotros en este amplio mundo? No. Me refiero a que ha infringido las normas de *Ha Shem*.

Una frase acudió entonces a la mente de Will: «No levantarás falso testimonio». Y, como si fuera el simple destinatario de la idea y no su fuente, supo que era uno de los diez mandamientos. Sabía que judíos y cristianos los aceptaban por igual, y eso debía de ser lo que el *Rebbe* tenía en mente. Aquello era el preámbulo de la acusación de mentir. ¡Estaba perdido!

–Creo que sabe que nos tomamos muy en serio estas normas. No hay que llevar nada en el *Sabbat*. Nada, ni carteras, ni llaves, ni libretas de notas.

–Sí.

–Nos tomamos esas normas muy en serio, Tom, y las aplicamos a nuestros invitados tanto como a nosotros mismos. Estoy seguro de que lo entiende y, sin embargo, aquí está usted, con su libreta de notas.

–Sí. Pero eso fue lo único que cogí. Dejé el resto de mis cosas, dejé mi bolsa. Will hablaba con una estantería. Su interrogador se hallaba detrás de él; y sus captores, a los lados-. Además, no soy judío. Ya sabe, no creía que esas reglas también se aplicaran a mí.

Dicho en voz alta, aquello sonaba mucho más quejoso de lo que Will pretendía. Parecía un colegial buscando una excusa por no haber hecho los deberes. «El perro se los comió.» No obstante, era la verdad. Estaba claro que debía mostrarse respetuoso con los demás mientras estuviera en su comunidad, pero aquello no tenía sentido. Esa gente no podía estar tan furiosa por una simple infracción del *Sabbat*, ¿no? Se sintió aliviado. Si esa era la acusación, significaba que el *Rebbe* no había encontrado en la libreta nada que lo comprometiera.

–¿No es usted judío?

–No. Ya se lo dije a Sandy, a Shimon. No soy judío. Solo soy reportero.

–Vaya, eso me sorprende. Debo reconocer que no lo esperaba.

Will estaba estupefacto, pero también intrigado. El pelirrojo había desaparecido, y su único guardián era el israelí. Parecía joven. Hacía apenas unas semanas, la revista *Times* había publicado un reportaje sobre el ejército de Israel. Recurriendo a sus vagos recuerdos, Will sabía que un israelí solo necesitaba haber cumplido veinte años para pasar tres en las Fuerzas de Defensa de Israel. Dios sabía qué había podido aprender allí. Aquel sujeto podía parecer un muchacho, pero era probable que tuviera acero en las venas. ¿Por qué otra razón lo habría escogido el *Rebbe* para que le apretara las tuercas? También recordó haber leído en el mismo reportaje que muchos jóvenes ultraortodoxos de dieciocho años eran eximidos del servicio militar de modo que pudieran dedicar todo su tiempo al estudio de la Torá, pero no todos ellos: algo le decía que aquel individuo era uno de los jóvenes que había cambiado las oraciones por el fusil.

–¿Sabe, señor Mitchell? ¿O debería llamarle Tom? No estoy seguro de que estemos haciendo ningún progreso. Algo falla en este encuentro.

Allí estaba de nuevo la inflexión sarcástica, como si hubiera cierto humor en todas las situaciones, incluso en aquella. Will no alcanzaba a hacerse una idea de su interrogador; su voz resultaba cálida, casi amistosa, sin embargo la estancia estaba impregnada de amenaza, y toda provenía de él, a espaldas de Will.

–Propongo que vayamos a otra parte.

Evidentemente había hecho alguna indicación, porque el israelí le colocó una capucha; no una de niño, de las que dejan pasar un poco de luz, sino una tupida que parecía aplastarle los párpados e impedirle respirar. Sintió que

nuevamente lo levantaban de la silla y lo ponían de pie, solo que no era para registrarlo, sino para llevárselo.

Will decidió que no se dejaría llevar por el pánico; que no cedería a la impresión de estar asomándose a un oscuro y vacío abismo, precipitándose al abismo desde un acantilado. Se concentraría en el terreno bajo sus pies. Cada vez que levantara un pie intentaría recordar lo cerca que estaba el suelo. Quizá pudiera arrastrar los zapatos para mantener un contacto lo más permanente posible. Tal vez fuera ese el motivo por el que los prisioneros esposados arrastraban siempre los pies; no porque estuvieran deprimidos, sino porque necesitaban la tranquilidad de saber que seguían teniendo algo sólido, el suelo, bajo sus pies. Se dio cuenta de que pasaban por otro pasillo y de que se alejaban del griterío procedente de la sinagoga que, desde hacía un rato, se había reducido a un fuerte murmullo. Se reprochó no haberse fijado en el momento exacto en que eso ocurría, porque ese detalle podía ser importante para seguir los movimientos del *Rebbe*.

No obstante, lo que le resultaba realmente extraño era depender tanto del israelí que en ese momento lo sujetaba dolorosamente por el brazo. Will tenía que fiarse de él como guía; debía de tener el mismo aspecto que la mayoría de los ciegos, de Stevie Wonder o Ray Charles, con la cabeza bamboleándose al azar, haciendo movimiento poco lógicos. Will pensó que aquel hombre era su captor, pero también su cuidador.

Entonces sintió frío. Habían salido al exterior, pero solo unos pasos. Oyó el crujido de una puerta batiente, como la de un jardín, y, a continuación, sintió el cambio de temperatura. Era como si se hallaran en un espacio cerrado, pero no completamente. Se oía cierto eco.

–Me temo que a nadie le gusta esto, señor Mitchell, pero voy a tener que echarle un vistazo.

En los segundos que siguieron Will llegó a la conclusión de que aquello no era un siniestro incidente que no tardaría

en resolverse, sino algo realmente aterrador. Hasta ese momento se había aferrado a la idea de que todo fuera una equivocación o incluso una cruel parodia de los interrogatorios que se veían en las películas. Había albergado la esperanza de que al fin todo se demostraría un terrible error, que no tardaría en conocer la identidad de su inquisidor, que haría algún progreso o que la situación llegaría a su fin. Sin embargo, se convenció de que aquellos extraños desconocidos que habían secuestrado a su esposa se disponían a torturarlo, y que probablemente lo harían de un modo tan sádico que le helaría la sangre en las venas. Peor que eso -la idea le revolvió las tripas-, lo que iban a hacerle a él, o algo peor, sin duda ya se lo habían hecho a Beth.

–¡No! – gritó, pero fue demasiado tarde.

Notó que le sujetaban las manos a la espalda mientras alguien le desabrochaba el pantalón. Alguien le tapó la boca. Aquello no podía ser obra únicamente del israelí, pero ¿de dónde habían salido aquellas otras manos? ¿A quién pertenecían? Entonces, sin previo aviso, le bajaron los calzoncillos.

–Alto. Ha dicho la verdad. No es judío.

Will oyó la voz y se asombró de que no fuera la suya. El *Rebbe* había hablado. Tuvo que limitarse a hacer conjeturas, aquel hombre debía de estar frente a él, mirándole el pene y llegando a la conclusión de que, efectivamente, no estaba circuncidado.

–No es usted judío -repitió el *Rebbe*. Y dirigiéndose a sus ayudantes, añadió-: Vestidlo. Bueno, señor Mitchell -prosiguió tras una breve pausa-, es una buena noticia. Ahora sí creo que no es usted un agente federal ni un policía de paisano. Con sus fisgoneos aquí y allá y sus preguntas, pensé que lo era. Sin embargo, conozco a esa gente y sé que, primero, lo habrían enviado a usted con un micrófono y, segundo, habrían mandado a un judío. Y no solo eso: además se habrían creído muy listos haciéndolo. ¡Oh, sí!, se

habrían considerado unos genios por llamar al agente Goldberg y decirle: «Esta es una misión que lleva tu nombre». Así es como ellos piensan.

Envían a un árabe para que se infiltre en los grupos terroristas árabes, y a nosotros nos envían a un judío. Pero usted no es judío, así que no trabaja para ellos. Ahora le creo. Will notó que le subían el pantalón y que le abrochaban el cinturón. Había salido de un apuro, aunque no del apuro: no era un agente federal encubierto. Todo aquello logró que se redujera el terror de unos segundos antes. Los latidos de su corazón, la humedad de sus manos, todo su cuerpo había pasado de Código Rojo a Código Naranja.

–Parece usted aliviado, señor Mitchell. Me alegro. El problema radica en que, aunque no sea usted un agente federal, debe de trabajar para alguien. Y eso, me temo, es infinitamente más grave.

Capítulo 17

Viernes, 21, 22 h, Crown Heights, Brooklyn

Apenas tuvo tiempo para estar confundido. Después de que el *Rebbe* hubiera hablado, no pasó más de un segundo antes de que notara que lo obligaban a doblarse por la cintura. Le sujetaron por los brazos a modo de palancas y lo forzaron a inclinar los hombros y la cabeza.

Su nariz fue lo primero que notó el agua; luego, el cuero cabelludo se encogió por el frío. Su garganta se contrajo y gorgoteó. Se asfixió y jadeó a la vez.

Le habían sumergido la cabeza y el cuello en agua helada sin quitarle antes la capucha. Notó que el pecho se le encogía por el choque y que su corazón empezaba a latir con fuerza. Lo habían empujado con fuerza y sin avisar en el gélido líquido. Lo mantuvieron allí durante cinco segundos, sujetándolo fuertemente por los hombros para que no pudiera moverse. Fue tiempo suficiente para que el agua se

le metiera por las fosas nasales y subiera hasta su cerebro. Al menos, esa fue la sensación que tuvo, la de asfixiarse.

Cuando lo sacaron, respiró a grandes bocanadas, entre toses. Un doble reflejo, como el de vomitar. Pero entonces volvieron a sujetarle los brazos y lo sumergieron otra vez.

En esa ocasión lo peor fue la temperatura. Tuvo la sensación de que sus ojos daban vueltas en las órbitas por el frío. Estaba seguro de que podía oír cómo todo su sistema, sus venas, arterias y conductos vasculares aullaban por el trauma que suponía aquel radical cambio de temperatura.

¿Qué era aquello? Una charca, una nevera, la orilla del río, un lavabo? La capucha estaba empapada, pero no se soltaba. Parecía que se le había pegado a la cara y que le había sellado los ojos con hielo.

–Bueno, Tom -dijo la voz en un tono que sonó distorsionado en los oídos de Will, llenos de agua helada-. ¿Va a decidirse a hablarnos con sinceridad?

Por toda respuesta, Will escupió una bocanada de agua, vaciándose para la siguiente e inevitable inmersión.

–Me parece que este es su segundo paso por el *mikve* en el día de hoy. Se está convirtiendo en un *frummie*, ¿verdad, Tom? Y estoy seguro de que Shimon Shmuel le explicó el propósito y el significado del *mikve*. Es un lugar de purificación y santificación. Entramos llevando encima los pecados de nuestra vida cotidiana y salimos *tahoor*, puros, y en ese estado estamos fuera del alcance de cualquier pecado, de los engaños y las mentiras. ¿Me sigue, Tom?

Will temblaba. Tenía la camisa empapada y notaba cómo las gotas de líquido helado bajaban por su espalda y su cuello. Sus dientes estaban a punto de castañetear.

–Lo que quiero decir es que ahora insisto en que me diga la verdad. Y si dos o tres inmersiones en este *mikve* exterior lleno de la más pura agua de lluvia no pueden sacarle la verdad, quizá lo hagan cinco, seis o siete. Somos gente paciente. Seguiremos metiéndole la cabeza en el agua

hasta que se decida a hablar sin dobleces. ¿Lo ha entendido?

El *Rebbe* debió de hacer un gesto, porque Will fue sumergido de nuevo. El frío empezó a hacer efecto en él, se le metió bajo la piel y hasta los huesos, que también parecieron contraerse, como si pretendieran escapar del frío haciéndose pequeños.

–¿Para quién trabaja, Tom? ¿Quién le ha enviado?

–Soy periodista -fue todo lo que Will consiguió articular con una voz que a duras penas reconoció por lo quejumbrosa a causa del frío.

–Eso ya lo ha dicho, pero ¿quién quería que viniera? ¿Por qué está usted aquí?

–Ya se lo he dicho.

Nuevamente lo sumergieron, pero esa vez hasta la cintura. Will notó que el agua se le metía por debajo del cinturón y le empapaba la entrepierna.

No sabía qué decir. Deseaba desesperadamente poner punto final a todo aquello, pero ¿qué podía hacer? Si decía la verdad, se pondría en peligro y también a Beth. Los secuestradores habían sido tajantes: nada de policía, lo cual incluía sin duda las misiones de rescate como la suya. Se trataba de gente violenta, que iba en serio, y él estaría reconociendo que había desafiado sus instrucciones. Y de paso también estaría confesando que había mentido. En cuanto a Beth, la habían secuestrado con algún propósito, aunque él no llegaba a imaginar cuál. Su presencia allí no formaba parte de los planes de los delincuentes. Suponiendo que no le hubieran hecho ningún daño todavía, su aparición sin duda lo provocaría.

No obstante, lo que no tenía sentido era seguir insistiendo en que era Tom Mitchell. No podía darles más información sobre Tom Mitchell porque no era más que una ficción. En ese sentido, el olfato del *Rebbe* acertaba. Aunque Will tuviera la capacidad de resistir la tortura, al final cedería porque la historia no se sostendría. Aquellos eran

sus pensamientos cuando volvió a notar que lo empujaban y que lo sumergían en el frío.

–Ya basta -dijo. No podía más.

–Quizá deba ilustrarle un poco acerca del judaísmo -dijo la voz cuando por fin lo dejaron respirar.

A causa de la explosión que se desató en sus pulmones lijando aspiró aire, Will apenas pudo entender lo que el *Rebbe* le decía.

–El judaísmo juzga el asesinato como el peor pecado. «No matarás» es el sexto mandamiento, y significa que el asesinato no está nunca permitido. – Se produjo una larga pausa, como si el *Rebbe* esperara alguna reacción de Will, pero este no dijo nada porque seguía absorbiendo aire con grandes y ruidosas bocanadas-. Desconozco si está usted familiarizado con una de nuestras más famosas enseñanzas que dice: «Salvar una única vida es salvar el mundo». En serio, el mundo entero. Tal es el valor de la vida para *HaShem*. En cada persona se halla el mundo entero porque todos hemos sido creados a imagen de Dios. Ese es el significado que hay tras la frase «santidad de la vida», señor Mitchell. En la actualidad se ha convertido en un tópico, y la gente la utiliza sin pensar, pero ¿qué significan de verdad esas palabras? – La voz tenía un toque musical que Will ya había oído en la sinagoga, aquel tono rítmico y cantarín que habían usado en las preguntas y respuestas-. Pues significa que la vida es sagrada porque forma parte de lo divino. Matar a un ser humano equivale a matar un aspecto del Todopoderoso. Por eso tenemos prohibido matar, salvo en excepcionales circunstancias.

Will notó que el frío se introducía en lo más profundo de su cuerpo.

–La defensa propia es un ejemplo obvio, pero no es el único. En el judaísmo tenemos un concepto precioso que se llama *pikuach nefesh*. Hace referencia a la salvación del alma. Y no hay deber más sagrado que la salvación del alma. Se permite casi cualquier cosa si de lo que se trata es

de salvar un alma. A los rabinos se les pregunta a menudo si un judío puede comer cerdo. La respuesta es: ¡pues claro que sí! Si se halla en pleno desierto y su único modo de sobrevivir es matando un cerdo y comiéndoselo, entonces no solo lo tiene permitido, sino que ¡debe hacerlo! Es un deber, un mandato religioso Debe salvar su vida. Es el pikuach nefesh.

»Pensemos en un caso un poco más complicado. – El hombre hablaba como si estuviera dando una lección magistral en el *Balliol College* y Will fuera su único pupilo. El hecho de que este se hallara de rodillas, maniatado y con el cuerpo empapado y casi congelado no alteraba su tono en absoluto-. ¿Se nos permite matar si eso puede salvar una vida? Las reglas del pikuach nefesh prohíben el asesinato, la idolatría y la inmoralidad sexual aunque sea para salvar una vida. Si alguien le dice que cometa un asesinato para que salve su propio pellejo, usted no puede hacerlo; pero pongamos por caso que un conocido asesino anda suelto y tiene la intención de asesinar a una familia de inocentes. Sabemos que si lo matamos, sus vidas se salvarán. ¿Es lícito matar en dicha situación? Sí, porque un hombre así es lo que llamamos un *rodef*. Si no hay otro modo de detenerlo, se le puede dar muerte con impunidad.

»Pero compliquemos un poco el dilema. Supongamos que el hombre del que hablamos no es necesariamente un asesino aunque, si sigue con vida, de un modo u otro morirá gente inocente. ¿Qué debemos hacer entonces? ¿Podemos herir a un hombre así? ¿Podemos matarlo?

»Es la clase de pregunta que nuestros sabios discuten interminablemente. A veces, nuestros debates talmúdicos pueden parecer obsesionados con un detalle, incluso con trivialidades; sin embargo, lo más profundo de nuestros estudios se reserva para lo que usted definiría como "dilemas éticos". Yo he meditado sobre ellos en profundidad y he llegado a una conclusión que, para ser justos, creo que debo compartir con usted. Yo creo que está permitido infligir

dolor e incluso matar a un hombre cuyos sufrimientos o muerte, aun no siendo un asesino, pueden ayudar a salvar vidas. Creo que no hay otro camino de interpretar nuestras fuentes. Eso es lo que nos dicen.

»Para ir al grano, señor Mitchell: si llego a la conclusión de que usted es, en efecto, un *rodef* y que poner fin a su vida puede salvar la de otros, no dudaré en acabar con usted. Puede que necesite un momento para meditar lo que acabo de decirle.

La presión llegó medio segundo después, como si nuevamente el *Rebbe* hubiera hecho una silenciosa señal. El frío volvió a golpearlo, y Will contó los segundos para pasar el trago. Hasta ese momento lo habían dejado salir tras diez o quince segundos. Contó dieciséis, diecisiete, dieciocho…

Flexionó los hombros para indicar a sus captores que ya era hora de que lo dejaran respirar, pero ellos lo retuvieron con más fuerza aún. Will empezó a forcejear. Veinte, veintiuno, veintidós…

¿Era ese el significado del pequeño discurso del *Rebbe*, algo nada abstracto ni complicado a pesar de lo florido de la exposición, algo tan simple como que lo iban a matar?

Treinta, treinta y uno, treinta y dos… Las piernas de Will empezaron a cocear, como si pertenecieran a otra persona. Todo su cuerpo era presa del pánico y del instinto de supervivencia. ¿Acaso las películas no mostraban que cuando se mataba a la víctima con una almohada o enrollándole una media alrededor del cuello sus piernas se agitaban en una danza involuntaria?

Cuarenta, cuarenta y uno… ¿O era cincuenta? Había perdido la cuenta. Su cabeza pareció llenarse de un color grisáceo, como lo que se aprecia bajo los párpados justo antes de dormir. Quería llorar por la esposa que iba a dejar atrás, y se preguntó si era posible llorar bajo el agua. Empezó a perder el sentido…

Al final lo dejaron salir, pero Will no se incorporó en un despliegue de jadeante energía como antes. Los hombres

que lo sujetaban tuvieron que sacarlo a rastras del agua y dejar que se derrumbara en el suelo. Se quedó allí, con el pecho jadeando como si no formara parte del resto de su cuerpo; oyó una respiración distante, pero no estuvo seguro de que fuera la suya.

Poco a poco, notó que sus oídos se destapaban, y sus extremidades recobraron su anterior fuerza, pero permaneció tendido en tierra, incapaz de obligar a su cuerpo a ponerse en pie. Si sus captores querían que se sentara tendrían que ponerlo en una silla.

Mientras yacía allí, notó un cambio, la presencia de otra, persona en el grupo. Había más actividad, un intercambio de comentarios y susurros. El nuevo miembro del grupo parecía respirar pesadamente, como si hubiera estado corriendo. Oyó la voz del *Rebbe*, que sonaba distraída, como si estuviera mirando algo.

–Señor Mitchell, Moshe Menachem, que estaba con nosotros hace unos momentos, acaba de llegar de cumplir un encargo.

«El pelirrojo», se dijo Will.

–Viene de casa de Shimon Shmuel con una cartera. Su cartera, señor Mitchell.

Si habían metido mano a sus cosas, todo habría terminado. Su cartera podía delatarlo. ¿Qué contenía? No tenía tarjetas del trabajo, estaba demasiado abajo en la escala jerárquica de *The New York Times* para que se las hubiera hecho. Tampoco tarjetas de crédito. Las guardaba en un compartimiento de su bolsa, separado y cerrado con cremallera. Las dejaba allí porque pensaba que incluso si Sara no podía resistir hurgar en sus cosas, vacilaría antes de hacer un registro a fondo. ¿Qué más había? Toneladas de recibos de taxi, sin duda, pero ¿algo con su nombre? Había guardado las facturas de los hoteles y los recibos de las tarjetas de crédito del noroeste en un sobre aparte, para presentarlos más adelante al diario como gastos de viaje. Así pues, cabía la posibilidad de que saliera de aquel apuro.

–Quitadle la capucha y desatadle las manos -ordenó el *Rebbe*-. Llevadlo de vuelta al *Bet HaMidrash*.

Will se dio cuenta de que la confusión afectaba incluso a sus glándulas suprarrenales. ¿Era un truco para que produjeran más adrenalina y se preparara para el calvario que le esperaba o una señal de que el peligro había pasado? Notó unas manos detrás de la cabeza y un repentino aumento de la claridad cuando le retiraron la capucha empapada. Instintivamente sacudió la cabeza para quitarse las gotas de los ojos antes de abrirlos. Se hallaba en el exterior, en una pequeña zona rodeada por una valla de madera, la clase de espacio que se utiliza en los grandes edificios para almacenar la basura. Se veían varias tuberías y, en el suelo, el brillo del agua; pero apenas tuvo tiempo de mirar porque sus captores le dieron la vuelta. De todos modos, dedujo que en aquel lugar debía de estar el gran depósito que se utilizaba para recoger el agua de lluvia.

Luego lo llevaron por una puerta de nuevo al interior, aunque algo le dijo a Will que aquel no era el sitio por donde habían salido porque parecía más silencioso, más apartado de la multitud. Supuso que sería otro edificio, quizá el contiguo a la sinagoga.

Por dentro no era distinto: el mismo suelo funcional y las mismas aulas y despachos. Guiándolo por los brazos, el pelirrojo Moshe Menachem y el israelí lo metieron en uno de ellos y cerraron la puerta.

–Dejad que se siente y dadle una toalla. Buscadle también una camisa.

La voz del *Rebbe* seguía sonando a espaldas de Will. Le habían quitado la capucha, pero estaba claro que no se le permitiría ver ciertas cosas.

–Bueno, deberíamos empezar de nuevo.

Will se preparó para lo peor.

–Tenemos que hablar, señor Monroe.

Capítulo 18

Viernes, 19. 40 h, Río de Janeiro, Brasil

Era el final de una semana de agotador trabajo, y Luis Tavares notaba que la fatiga se extendía por todas sus articulaciones. Aun así, decidió que seguiría un poco más: aún había gente a la que tenía que ver.

Por lo visto, hacía poco habían gastado algo de dinero. Podía verlo a su alrededor. De repente, las calles estaban asfaltadas, y el alquitrán era tan reciente que aún olía. Los niños se apelotonaban alrededor de un televisor que podía verse a través del espacio abierto y sin puertas de la chabola. Luis sonrió, su insistencia ante las autoridades había funcionado. O eso o alguien había sobornado a la compañía eléctrica para que conectase aquellos chamizos a la red municipal. También cabía la posibilidad de que algunos hubieran pagado a escote a un electricista para que hiciera el trabajo a cambio de unos pocos reales.

Luis sintió la familiar punzada de la ambivalencia. Era consciente de que se suponía que debía defender el respeto a la ley y condenar cualquier forma de fraude; sin embargo, no podía evitar admirar a aquellos marginales, a los espabilados de las favelas, que hacían lo que fuera para proveer a sus comunidades. Aplaudía su determinación de conseguir un tramo de calle asfaltada o pupitres para las aulas. ¿De verdad podía condenarlos por infringir la ley? ¿Qué clase de pastor negaría lo mínimo a una gente que apenas tenía nada?

Le apetecía descansar, pero sabía que no lo haría. La menor pausa hacía que se sintiera culpable. Se sentía culpable cuando se despertaba: ¿cuánto trabajo habría podido hacer si no hubiera dormido? Se sentía culpable cuando comía: ¿a cuánta gente podría haber ayudado en la media hora empleada en alimentarse? Además, en la favela Santa Marta siempre había gente necesitada de ayuda. La pobreza resultaba irrefrenable, insaciable, como las olas en la playa, y Luis Tavares era el Canuto local, de pie en la orilla, gritándole al mar[5].

Siguió subiendo, dirigiéndose hacia la vista que sabía que lo impresionaría incluso después de tantos años. Desde aquel lugar privilegiado podría verse tanto la ciudad como el mar perdiéndose en la distancia. En noches como aquella, disfrutaba observando la centelleante alfombra de luz y los destellos de las demás favelas que se extendían a lo lejos. Y lo mejor de todo era que se hallaba cerca del lugar que había hecho famosa a Río de Janeiro: la estatua gigante de Cristo dominando la ciudad, el país y, por lo que a Luis Tavares hacía referencia, el mundo entero.

Mientras ascendía, el religioso reparó por enésima vez en cómo la calidad de las viviendas se deterioraba con la altitud. Al pie de la colina se hallaban las que todavía podían definirse como «casas». Sus estructuras eran sólidas, tenían paredes, techo y cristales en las ventanas. Algunas disponían de agua corriente, teléfono y televisión por satélite; pero a medida que uno subía montaña arriba, se hacían cada vez más escasas. Las construcciones ante las que pasaba en ese momento apenas podían calificarse de «refugios». Estaban pegadas unas a otras, sus paredes eran de oxidada plancha ondulada, y sus techos de plástico; las puertas consistían en un marco vacío, y las ventanas, en un agujero. Se apoyaban unas en otras como castillos de naipes. Aquel era uno de los principales barrios de chabolas; estaba próximo al lujoso distrito de la playa y resultaba abyecto.

Llevaba veintisiete años yendo por allí, desde que había salido del seminario. Todos sus compañeros baptistas habían tenido contacto con aquella desgarradora pobreza en algún momento de sus carreras, pero a ninguno lo había impresionado como a él. No había querido aprender sus lecciones y seguir adelante; había preferido quedarse y luchar a pesar de lo desigual de la lucha. Sabía que la pobreza es como la mala hierba: puedes arrancarla un día, pero reaparece al siguiente.

A pesar de todo, se resistía a considerar que su tarea había sido inútil. Casi diez mil personas se amontonaban en aquella ladera, y el alma de cada una de ellas había sido creada a imagen de Dios. Si uno de ellos conseguía comer, si cualquiera de ellos lograba dormir bajo un techo en lugar de en los fétidos callejones -porque no había espacio ni para una calle-, la vida entera de Luis Tavares tenía justificación. Al menos así era como él lo veía.

Le desagradaba no estar comprometido con ninguna actividad en concreto aquella noche, con nada relacionado con cuidar, dar de comer a alguna mujer hambrienta o abrigar a alguna criatura aterida, situaciones en las que podía verse un cambio al instante. No, su tarea de aquella noche era reunir datos para un informe que le habían pedido que presentara a un departamento del gobierno.

Solo que estuvieran interesados en recibir el informe ya era todo un acontecimiento, el resultado de nueve meses de cabildeo. El gobierno -ya fuera el federal, el estatal o el municipal- había desertado hacía años de lugares como Santa Marta. No iba por allí, no enviaba policía. Eran zonas adonde no llegaba el brazo de la administración, de modo que si sus habitantes deseaban algo -por ejemplo, un hospital o un lugar donde los chavales pudieran jugar a fútbol- se lo procuraban ellos mismos o daban la lata al gobierno hasta que lograban que les prestara atención.

Y ahí era donde intervenía Luis. Se había convertido en el defensor de Santa Marta: una semana la dedicaba a mover los hilos en la administración; la siguiente, en las organizaciones de beneficencia extranjeras solicitando que hicieran algo en beneficio de los pobres de las favelas, de los niños que crecían entre las cloacas a cielo abierto o escarbando los montones de basura en busca de algo que comer. Su arma preferida era la vergüenza; solía pedir a la gente que mirara Nagoa -el barrio de la colina que presumía de ser uno de los más lujosos de toda Sudamérica- y mostraba a continuación una foto de alguno de los niños de

Santa Marta, que en una semana comía menos que cualquiera de los mimados perros de Nagoa en un solo día.

Esa noche estaba reuniendo testimonios, hablando con los habitantes de las zonas más castigadas de la favela. Ellos le contarían que necesitaban un hospital, qué servicios debería prestar y dónde debería emplazarse. Luego, él trasladaría aquella información a las autoridades en su informe. Luis incluso utilizaba una cámara de vídeo para que los habitantes de la favela pudieran hablar libremente.

En ese momento había llegado a su primera dirección, aunque no podía decirse que alguna de aquellas chabolas estuviera numerada. Entró y le sorprendió encontrarse con unos rostros que no le eran familiares. Eran todos jóvenes. Quizá *dona* Zezinha no había llegado.

–¿Es mejor que espere? – preguntó a uno de los del grupo, pero no hubo respuesta-. ¿Esta es vuestra casa? – añadió dirigiéndose a un muchacho de expresión lobuna que parecía nervioso y evitaba su mirada-. ¿Qué ocurre? – preguntó al fin.

Como si fuera una respuesta, el muchacho de expresión lobuna sacó una pistola. La primera reacción de Luis Tavares fue pensar que el arma tenía un aspecto vagamente cómico porque era demasiado grande para la mano del chico. Pero entonces lo encañonaron. Antes de que tuviera siquiera la oportunidad de darse cuenta de que iba a morir, una bala le atravesó el corazón.

Luis Tavares murió con una expresión de sorpresa, más que de terror. Si alguien parecía asustado era su asesino. Sus verdugos cubrieron rápidamente el cadáver con una manta, tal como les habían ordenado, y después salieron corriendo para reunirse con el hombre que les había encargado el trabajo. Cogieron el dinero de su mano con ojos enfebrecidos y no lo oyeron cuando él les dio las gracias. Tampoco oyeron sus alabanzas por haber ejecutado la obra del Señor.

Capítulo 19

Viernes, 22. 05 h, Crown Heights, Brooklyn

Veo que los dos hemos cometido un error. El suyo ha sido mentirme, mentirme repetidas veces y bajo considerable presión. Teniendo en cuenta las circunstancias que ahora conozco, lo entiendo e incluso me parece admirable.

Will apenas pudo oír aquellas palabras por encima del martilleo de su propio corazón. Estaba aterrorizado, mucho más de lo que lo había estado fuera. El *Rebbe* había descubierto la verdad. Algo en el contenido de su cartera lo había traicionado, sin duda el recibo extraviado de alguna olvidada tarjeta de Blockbuster. Solo Dios sabía qué tormentos lo esperaban.

–Ha venido usted aquí buscando a su mujer.

–Sí. – Will fue consciente del agotamiento que su voz reflejaba, y también de la angustia.

–Lo entiendo y creo que yo haría lo mismo si estuviera en su situación. Estoy seguro de que Moshe Menachem y Tzvi Yehuda están de acuerdo. – De repente, los dos matones tenían nombres-. Es un deber de todos los maridos atender y proteger a sus esposas. Esa es la naturaleza del compromiso matrimonial.

–¿De modo que reconoce que la tienen aquí?

–No reconozco nada y no niego nada tampoco. Ese no el propósito de lo que le estoy diciendo, señor Monroe, Will. Lo que intento explicarle es que las reglas habituales no aplican en este caso.

–¿Qué reglas habituales? ¿Qué caso?

–Desearía poder decirle más, Will; realmente me gustaría, pero no puedo.

Will no sabía si se debía al efecto del calvario por el que acababa de pasar durante los últimos… ¿qué?, ¿horas, minutos?, o si simplemente era el alivio de que hubiera finalizado, pero estaba convencido de que había algo distinto en la voz del *Rebbe*. El tono de amenaza había

desaparecido; en su lugar percibía una tristeza, una pena que interpretaba como comprensión, incluso compasión hacia él. Pero resultaba ridículo. Aquel hombre era un torturador. Will se preguntó si no estaría sucumbiendo al síndrome de Estocolmo, al extraño vínculo que podía crearse entre el cautivo y su carcelero: primero, había dependido del israelí como si fuera un lazarillo para ciegos en lugar de una bestia violenta, y después percibía rasgos de humanidad en el jefe de los torturadores. Sin duda debía de tratarse de una reacción irracional que tenía lugar al final de la tortura: en lugar de furia por lo sucedido, lo que sentía era agradecimiento hacia el *Rebbe* por haberle puesto fin. El síndrome de Estocolmo, un caso típico.

A pesar de todo, Will se consideraba un buen juez del carácter de las personas. Siempre había sido perceptivo, y estaba seguro de que podía oír algo distinto en aquella voz.

–Dígame una cosa que creo que tengo derecho a saber -exigió-. Mi mujer… ¿está a salvo? No le han hecho daño, ¿verdad? – No se atrevía a pronunciar la palabra definitiva: «viva». No porque temiera la reacción de los *hasidim* tanto como la suya propia. Lo que temía era que se le quebrara la voz, mostrar una debilidad que hasta ese instante había conseguido ocultar.

–Esa es una pregunta justa, Will. Y sí, estará a salvo mientras nadie haga ninguna locura o cometa una estupidez. Por «nadie» me estoy refiriendo principalmente a usted, Will. Y por «locura o estupidez» quiero decir implicar a las autoridades, eso lo estropearía todo y entonces ya no podría garantizar la seguridad de nadie.

–No entiendo qué quieren ustedes de mi esposa. ¿Qué puede haberles hecho? ¿Por qué no dejan que se vaya? – No lo había pretendido, pero sus labios habían tomado la decisión por su cuenta: estaba suplicando.

–En efecto. No ha hecho nada a nadie, pero no podemos dejar que se marche. Lamento no poder decir más. Puedo imaginar lo duro que esto debe de ser para usted.

Aquel fue el error del *Rebbe*, aquella última frase. Will notó que la sangre le hervía y que se le hinchaban las venas del cuello.

–¡No! ¡No tiene ni jodida idea de lo duro que resulta! ¡A usted no le han secuestrado a su mujer! ¡Usted no ha sido zarandeado, encapuchado, sumergido en agua helada y amenazado de muerte por gente de la que no conoce ni la cara! ¡Así que no me diga que puede imaginarlo, porque no puede imaginar nada de nada!

Tzvi Yehuda y Moshe Menachem, tan sorprendidos como el propio Will por aquella demostración de ira, estuvieron a punto de levantarse de un brinco. Will había estado refrenando su furia desde que había puesto los pies en Crown Heights; en realidad, desde antes, desde que aquel mensaje había aparecido en su Blackberry: «Tenemos a su mujer».

–Bueno -prosiguió-, usted ha dicho que era hora de hablar claro. ¿Qué tal si empezamos? ¿De qué demonios va toda esta historia?

–Eso no se lo puedo decir. – La voz sonaba más calmada que en ningún otro momento, casi desengañada-. Pero se trata de algo mucho más importante de lo que pueda pensar.

–¡Eso es ridículo! Beth es psiquiatra. Se ocupa de niños que no quieren hablar y de chicas que dejan de comer deliberadamente hasta que se mueren de hambre. ¿Qué asunto «más importante» puede afectarla? ¡Está usted mintiendo!

–Le estoy diciendo la verdad, Will. El destino de su esposa depende de algo mucho más grande que ella o yo. En cierto sentido, se remonta a la historia antigua; nadie habría podido imaginar que iba a resultar así. Nadie predijo esto. No había un plan de contingencia. En nuestros textos sagrados no se nos preparaba, al menos no en ninguno que hayamos encontrado; y créame, lo hemos buscado.

Will no tenía la más remota idea de a qué se estaba refiriendo aquel hombre. Por primera vez se preguntó si aquellos hasidim no serían simplemente víctimas de alguna alucinación. ¿Acaso no los había visto aquella misma noche, poseídos por un extático frenesí de adoración a su líder, reverenciándolo como si fuera el Mesías? ¿Acaso no era posible que hubieran caído en un estado de locura colectiva junto con aquel hombre, su líder, el más loco de todos?

–Ojalá pudiera decirle más, pero lo que está en juego es demasiado. Debemos resolver esto, señor Monroe, y no tenemos mucho tiempo. ¿Qué día es hoy? ¿*Shabbos Shuva*? Solo disponemos de cuatro días. Esa es la razón de que no pueda correr ningún riesgo.

–¿A qué se refiere cuando dice que hay «demasiado» en juego?

–Will, no creo que le sirviera de ninguna ayuda que me extendiera sobre ese punto, y por una razón muy simple: no creo que usted creyera ni una palabra.

–Si se refiere a que es probable que no me fíe de un hombre que ha intentado matarme y ha estado a punto de conseguirlo, está en lo cierto.

–Lo sé. Y algún día, que sospecho será muy pronto, entenderá por qué hemos tenido que hacer lo que hemos hecho. Todo quedará claro. Así es como funcionan estas cosas. Le repito lo que le he dicho antes: temía que fuera usted un agente federal, y, cuando me confirmaron que no lo era, temí que fuera algo mucho peor.

–¿Y qué puede temer usted de un agente federal? ¿A qué teme más incluso que a eso? ¿En qué está metido?

–Ahora entiendo por qué es periodista, Will. Siempre está haciendo preguntas. Lo haría usted bien en nuestro oficio. Eso es lo que significa el estudio de la Torá: hacer las preguntas pertinentes. Pero me temo que se ha acabado el turno de preguntas y respuestas de esta noche. Es hora de que nos digamos adiós.

–¿Y ya está? ¿Se va a marchar y a dejarme así? ¿No va a contarme qué ocurre?

–No. No puedo arriesgarme a eso, de modo que solo le diré unas cuantas cosas para que las recuerde. Más tarde puede anotarlas si lo desea. La primera es que este asunto es mucho más grande que ninguno de nosotros. Todo aquello en lo que creemos, todo en lo que usted cree, pende de un hilo. La vida misma. La apuesta no podría ser más alta.

»La segunda es que su mujer estará a salvo a menos que usted ponga en peligro su vida por culpa de su imprudencia. Le ruego que no lo haga, no solo por su propio bien, sino por el bien de todos nosotros, de todo el mundo. Por lo tanto, a pesar de lo mucho que la quiera y desee protegerla, le ruego que me crea cuando le digo que lo mejor que puede hacer como amante esposo es mantenerse lejos. Retírese y no se inmiscuya. Si interfiere no puedo garantizarle nada con respecto a ella, con respecto a usted o a ninguno de nosotros.

»Y la tercera es que no espero que lo entienda. Usted se ha metido en esto por accidente, aunque también es posible que no sea un accidente, sino unos pasos que únicamente nuestro Creador entiende, y esto es lo más difícil de todo: le estoy pidiendo que crea en cosas que no puede comprender, que confíe en mí solo porque yo se lo pido. Ignoro si es un hombre de fe o no, Will, pero así es como la fe funciona. Debemos creer en Dios a pesar de no tener ni idea de lo que Él tiene en mente para el universo. Debemos obedecer normas que parecen carecer de sentido, simplemente porque creemos. No todo el mundo es capaz, Will. Tener fe requiere ser fuerte, y eso es lo que necesito de usted: la fe para confiar en que yo y la gente que ve aquí estamos actuando en nombre de Dios.

–¿Incluso si eso supone prácticamente ahogar a un hombre inocente como yo?

–Sí, aunque el precio sea muy elevado. En este caso estamos decididos a salvar vidas, Will; y esa es una causa que permite cualquier iniciativa. Pikuach nefesh. Ahora debo despedirme. Moshe Menachem le devolverá sus cosas. Buena suerte, Will. Manténgase a salvo; si Dios quiere, todo saldrá bien. Buen *shabbos*.

En ese momento, mientras imaginaba cómo el *Rebbe* se levantaba de su silla y se dirigía lentamente hacia la puerta, hubo una interrupción: alguien más acababa de entrar en la estancia. Y a juzgar por el ruido, sin pedir permiso. Parecía estar mostrando algo al *Rebbe*. Se oyó una conversación en voz baja. La nueva voz sonaba muy preocupada y no era más que un nervioso susurro. No tenían de qué inquietarse: lo único que Will podía oír era que no hablaban en inglés; sonaba parecido al alemán, con muchas «eh» y «sch». *Yiddish*.

La conversación concluyó. Parecía que el *Rebbe* se había marchado. El pelirrojo Moshe Menachem abandonó su posición de guardia al lado de Will y se colocó frente a él. En su mirada pudo leer arrepentimiento cuando le entregó la bolsa que Will había dejado en casa de Shimon Shmuel.

–Lo siento -murmuró-, ya sabe, por lo de antes.

Will cogió la bolsa y vio que habían metido la libreta de notas dentro. Su Blackberry seguía allí, intacta. Sacó la cartera por la curiosidad de ver qué documento o recibo lo había delatado. Tal como sabía, estaba llena de anónimos vales de taxi.

Abrió las ranuras destinadas a las tarjetas de crédito, un espacio que nunca utilizaba. En una encontró algunos sellos de correos, en otra la tarjeta de presentación de alguien a quien había entrevistado hacía mucho, y en la tercera, una foto de pasaporte… de Beth.

Una amarga sonrisa cruzó por su rostro. Había sido su mujer quien lo había delatado. Y ellos, naturalmente, la habían reconocido. Ella le había regalado la foto a las seis semanas de conocerse. Era verano, y habían pasado la

tarde navegando en barco por Sag Harbor. Vieron un fotomatón y Beth no pudo resistirse.

Will dio la vuelta a la imagen, y allí estaba el mensaje que no dejaba lugar a dudas: «¡Te quiero, Will Monroe!».

Alzó la vista con los ojos húmedos. Ante él vio un nuevo rostro; supuso que se trataría del hombre que un momento antes había conversado brevemente con el *Rebbe*. Su cara era blanda y redonda, y tenía amplios mofletes delimitados por una barba negra como la tinta. Era rechoncho, con una cabeza redonda por encima de una redonda tripa. Will calculó que tendría unos veinte años.

–Venga, le enseñaré la salida.

Al levantarse, Will vio por fin la silla donde había estado sentado el *Rebbe* durante el interrogatorio. No era ningún trono, solo una silla. Al lado había una mesa auxiliar, como la que un conferenciante utilizaría para dejar sus notas o un vaso de agua. Lo que había en ella hizo que Will se sobresaltara.

Era un ejemplar de aquel día de *The New York Times*, doblado a propósito para resaltar su reportaje sobre la vida y muerte de Pat Baxter. De modo que eso era lo que aquel joven con el rostro redondo le había mostrado al *Rebbe*; de eso habían discutido. Will imaginó lo que le habría dicho: «Este tío es de *The New York Times*. Hablará de este asunto. Deberíamos mantenerlo aquí, donde no pueda abrir la bocaza».

Salieron fuera. Will sostenía la camisa blanca que el hasidim le había dado, pero todavía no se la había puesto: no había querido desnudarse delante de sus interrogadores. Ya se había sentido bastante humillado con la inspección de sus partes y el remojón en el *mikve*.

Llegaron a la calle, frente a la sinagoga. Los hombres seguían entrando y saliendo. Will miró la hora: las diez de la noche. Tenía la sensación de que eran las tres de la madrugada.

–Solo puedo reiterar mis disculpas por lo sucedido ahí dentro -dijo el joven.

«Sí, claro -se dijo Will-. Resérvatelas para el juez cuando os denuncie por asalto, detención ilegal y todo el jodido código penal.»

–La verdad es que una explicación sería mejor que cualquier disculpa.

–Una explicación no puedo dársela, pero sí un consejo. –Miró a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que no lo observaban ni escuchaban-. Me llamo Yosef Yitzhok. Trabajo para difundir la palabra del *Rebbe* en el mundo. Escuche, sé a qué se dedica usted y este es mi consejo -bajó la voz en tono de conspiración-: si quiere saber qué ocurre, piense en su trabajo.

–No lo entiendo.

–Lo entenderá, pero debe fijarse en su trabajo. Ahora váyase. – Yosef Yitzhok parecía nervioso-. Recuerde lo que le he dicho: fíjese en su trabajo.

Capítulo 20

Viernes, 23. 35 h, Brooklyn

Cuando el teléfono sonó, Tom se hallaba en casa y contestó a la primera llamada. Era Will, que estaba dando vueltas por las calles de Crown Heights en busca de una estación de metro. Tom le propuso que cogiera un taxi y fuera directamente a su apartamento.

En esos momentos se hallaba en el diván de Tom, a punto de desmayarse de agotamiento, pero todavía despierto gracias al estado febril en que se encontraba. Solo llevaba encima tres gruesas toallas. Tom había metido a su amigo bajo una ducha caliente en cuanto entró, para que no pillara una pulmonía. Sabía que no podían perder el tiempo por culpa de una enfermedad.

Will intentó contarle lo sucedido, pero su relato resultaba demasiado increíble para creerlo sin más ni más. Además, hablaba igual que alguien que acabara de despertar de un

sueño e intentara recordarlo: nuevos fragmentos de información y nuevos datos iban apareciendo sin cesar. Los elementos de normalidad eran tan escasos que al final Tom desistió de encontrarles sentido. Tipos barbudos, un ahogamiento, un cartel que avisaba a las mujeres para que se cubrieran los brazos, un inquisidor invisible, un líder aclamado como el Mesías, una norma que prohibía durante veinticuatro horas que la gente llevara encima incluso las llaves… Tom se preguntó si Will había estado en Crown Heights o si habría pasado por el East Village para darse un chute de ácido y pillar uno de los viajes más surrealistas de la historia de los alucinógenos.

Pero aún le costó más resistir la tentación de decir «Ya te lo avisé», porque aquella era exactamente la situación que había temido: que Will se metiera de lleno en Crown Heights sin la preparación necesaria y, empujado por la angustia, se lanzara a los brazos de sus enemigos.

De todos modos, Will no solo esperaba que su amigo siguiera el relato, sino que lo ayudara a descifrarlo. ¿Qué significaba aquella referencia a su trabajo? ¿Qué había querido decir el *Rebbe* al mencionar la historia antigua, hablar de salvar vidas y de que solo quedaban cuatro días?

–Will -dijo Tom intentando que su amigo callara un momento después de llevar hablando sin interrupción durante más de un cuarto de hora-. Will, escúchame… -No había manera, y, contrariamente a su costumbre, Tom alzó la voz-: ¡Will!

Este calló por fin.

–Will, esto es demasiado serio para que sigamos dando palos de ciego. Necesitamos ayuda de un experto, y la necesitamos ya.

–¿De quién? ¿De la policía?

–Creo que deberíamos considerarlo.

–¡Pues claro que lo he considerado! ¡Lo consideré mientras me metían la cabeza en aquella jodida nevera! Pero no creo que pueda correr ese riesgo. He visto a esa

gente, Tom. Esta noche estaban dispuestos a matarme solo porque pensaban no sé qué; solo me he librado porque no llevaba un micrófono y porque no estoy circuncidado. Estaban dispuestos a liquidarme solo por eso o por cualquier otra locura. Ese tipo me soltó su sermón de justificación moral e ideológica, toda esa mierda sobre el «picuach no sé qué», según la cual puedes cargarte a alguien si es para salvar vidas. ¡Solo que la vida que estaban pensando en cargarse era la mía y puede que también la de Beth! De manera que sí, lo he considerado, pero me parece que el riesgo es demasiado grande. Desde el primer momento lo dijeron: si acudo a la policía, Beth ya no estará a salvo. Y después de haberlos visto… Mejor dicho, después de no haberlos visto, creo que lo decían en serio. Esos tipos no se andan con bromas.

–De acuerdo, entonces necesitamos otro tipo de ayuda.

–¿Cómo qué?

–Como judíos.

–¿Qué?

–Tenemos que hablar con alguien que sea judío y que pueda encontrar algún sentido a lo que has visto y oído esta noche. Nosotros no tenemos ni idea, lo único que sabemos es lo que has oído y lo que hemos averiguado en internet. Y no es suficiente.

Will reconoció la lógica de aquel razonamiento. Era cierto: había estado actuando según el modelo inglés, tal como enseñaban en los mejores colegios privados, donde uno aprendía a espabilarse echando mano del encanto personal y el ingenio. Ni siquiera se había planteado recurrir a un aburrido experto cualificado, mejor ser un aficionado con talento. Y eso es lo que había sido al meterse de cabeza en Crown Heights con sus malditos pantalones de pinzas y su maldita libreta de notas, como si todo fuera a salir a pedir de boca porque era inglés. Sí. Necesitaban ayuda.

–¿Quién?

–¿Qué te parece Joel?

–¿Joel Kaufman? – Había sido compañero de Will en periodismo, en Columbia, y en esos momentos escribía para la sección de deportes del *Newsday*-. Sí, es judío, pero solo por ascendencia. No creo que sepa más de ellos que yo.

–¿Y Ethan Greenberg?

–Está en Hong Kong, trabajando para el *Journal*.

–¡Es increíble! Estamos en Nueva York. ¡Debemos conocer a algún judío!

–Yo conozco a un montón de judíos -dijo Will, pensando repentinamente en Schwarz y en Woodstein, del trabajo, lo cual a su vez le recordó que no se había puesto en contacto con el periódico en todo el día y que había hecho caso omiso del mensaje de Harden.

Tendría que hacer algo para remediarlo, no podía seguir AWOL[6], pero ya tenía demasiado en que pensar y se dijo que se ocuparía tan pronto como se marchara de casa de Tom-. El problema es que no puedo ir contando esta historia a cualquiera. Es demasiado arriesgado. Tiene que ser alguien que además de judío sea lo bastante entendido para conocer sus costumbres, alguien que sepa de ese mundo -dijo señalando la pantalla del ordenador, que seguía mostrando el mapa de Eastern Parkway-, y ha de ser alguien en quien podamos confiar. La verdad es que no conozco a nadie que cumpla todos esos requisitos.

–Yo sí -dijo Tom sin que su rostro manifestara el menor placer ante ello.

–¿A quién?

–A TC.

–No hablas en serio. ¿TC? ¿TC para ayudar a salvar a Beth?

–¿Quién más puede, Will? Dime, ¿quién más puede?

Will se recostó en el diván apretando las mandíbulas, y los músculos de su mejilla se tensaron como tocados por una corriente eléctrica. Tom tenía razón. TC cumplía todas las condiciones. Era judía, inteligente y nunca contaría un

secreto. Pero ¿cómo iba a atreverse a llamarla? Hacía más de cuatro años que no se dirigían la palabra.

Durante nueve meses, desde el comienzo del curso en Columbia hasta aquel fin de semana del Memorial Day, habían sido inseparables. Ella era estudiante de arte, y Will había quedado prendado de su encanto incluso antes de que llegaran a cruzarse una palabra. De todas maneras, no se engañaba: había sido simple deseo. Ella era la mujer del campus en la que todos se fijaban, desde el piercing de diamante de su nariz hasta el de su ombligo; desde su plano vientre que siempre exhibía hasta las mechas azules de su cabello. Pocas jóvenes de más de dieciséis años podían llevar con tanta gracia aquel aspecto; pero TC tenía la suficiente belleza natural para lograrlo.

Empezaron a salir enseguida y prácticamente se encerraron en el pequeño apartamento que Will tenía en la esquina de la Ciento trece con Amsterdam. Disfrutaban del sexo por la mañana, encargaban comida china, veían una película y seguían con el sexo hasta la mañana siguiente.

Pero las apariencias engañan. La gente veía el cabello azul y el aro del ombligo y asumía que TC era un espíritu libre, una de esas alocadas de las películas que suben a las azoteas para bailar a la luz de la luna. Sin embargo, a pesar de los piercings y de los vaqueros desgarrados, TC no era nada de eso. Bajo aquella apariencia neohippy, Will descubrió una mente precisa y analítica que podía resultar aterradora en su exigencia de exactitud. Conversar con TC era como acudir a un gimnasio mental: ella no pasaba una.

Parecía que lo había leído todo -podía citar de memoria un pasaje de Turgueniev y a continuación los principios del luteranismo- y que lo había absorbido todo. Su único punto débil, y de nuevo en contra de lo previsible, era la cultura popular. Se las arreglaba con cuestiones recientes, pero cuando se trataba de ahondar en los recuerdos de una infancia que se suponía que había compartido con Will, no tenía ni idea de nada. Si él mencionaba Grease, ella

pensaba que hablaba de Juan Gris, y si se refería a «Valley Girls[7]», ella preguntaba «¿De qué valle?». A Will le parecía encantador; además, era reconfortante saber que había un área de aquel supercerebro con el que salía que tenía un fallo. Al final llegó a la conclusión de que ambos aspectos estaban relacionados: mientras los niños como él habían perdido el tiempo viendo los tontos programas de la televisión y escuchando banal música pop, TC había estado leyendo, leyendo y leyendo.

De todas maneras, aquello no habían sido más que especulaciones. TC no solo hablaba de su infancia en términos absolutamente imprecisos -incluso su nombre seguía siendo un misterio; según ella se trataba de un mote que le habían puesto de pequeña y cuyo origen desconocía-, sino que nunca le presentó a sus padres ni a otros parientes: eso habría sido imposible. A pesar de su forma de pensar manifiestamente antirreligiosa -insistía en pedir gambas gigantes y cerdo agridulce-, le contó que su familia seguía siendo muy tradicional y que nunca aceptaría que tuviera un novio que no fuera judío. «Pero si no vamos a casarnos», decía Will, a lo que ella replicaba: «No importa. Incluso la lejana posibilidad de que pudiéramos hacerlo algún día, incluso que estemos juntos ahora, ya bastante malo».

Discutieron del asunto una y mil veces. Will acusó a sus desconocidos padres -de los cuales no llegó ni siquiera a ver una fotografía- de mantener la misma actitud racista que los antisemitas que se oponían a que sus hijos salieran con judíos. Ella hizo un recorrido por la larga y sangrienta historia de los judíos. Con sus amplios conocimientos, le explicó de qué modo a lo largo de los siglos y a lo ancho de los continentes los judíos habían sido atormentados y perseguidos mientras se aferraban desesperadamente a sus vidas y a la civilización que habían creado. La gente como sus padres creía que la cultura judía no podría sobrevivir si gradualmente se disolvía a través de los matrimonios

interraciales o mediante la asimilación en la población en general, como si fuera una gota de tinta en un océano de agua limpia. «De acuerdo -le decía Will-. Eso es lo que tus padres creen, pero ¿y tú? ¿Qué crees tú?»

Pero las respuestas de TC no eran claras, al menos para Will. Las discusiones se volvieron demasiado constantes. Aunque en un comienzo lo prohibido de su romance había sido el aliciente que los había convertido en conspiradores en el Manhattan invernal, al llegar la primavera empezó a decaer. A Will no le gustaba la idea de que su destino estuviera determinado por una fuerza exterior -quinientos años de historia- de la que casi nada sabía y sobre la que no podía influir. Cuando conoció a Beth, tanto él como TC ya sabían que habían llegado al final del camino.

Todo acabó de mala manera. Will fue cobarde y empezó a salir con Beth antes de haber roto del todo con TC. Un día, ella encontró una foto digital de Beth en el ordenador de Will, lo cual ya resultó bastante malo, pero lo que la enfureció todavía más fue enterarse de que lo decisivo había sido lo que ellos dos llamaban «la cuestión judía». TC se indignó porque Will permitiera que aquello se convirtiera en un obstáculo, por rechazarla a causa de algo que ella no podía cambiar; sin embargo, él siempre tuvo la impresión de que aquella ira no iba dirigida únicamente a él, sino que también apuntaba a una herencia y a una cultura que ella había abandonado pero que, aun así, la había apartado del hombre al que amaba. Su última conversación fue un concurso para ver quién gritaba más alto. La última imagen que Will tenía de ella era la de un rostro lleno de lágrimas, y a veces todavía se preguntaba quién había salido victorioso: si los rígidos padres de TC o el mundo de arte y aventura que tan encantadora hacía a la chica de la que se había enamorado.

Y en estos momentos Tom le pedía ni más ni menos que la telefoneara. Esa misma noche, cuando casi eran las doce. Pero ¿qué iba a decirle? ¿Cómo iba a explicarle que la única

razón de que llamara era porque necesitaba que lo ayudara a recuperar a la mujer que lo había apartado de su lado? ¿Cómo iba a hacer semejante llamada? ¿Y qué le impediría a ella colgarle el teléfono y jurar que nunca más volvería a dirigirle la palabra?

No obstante, estaba desesperado, Tom estaba en lo cierto. TC era lo más parecido al experto que tanto necesitaba. No le quedaba otro remedio. Tendría que dejar a un lado sus emociones, incluida su cobardía, y marcar el número. Y hacerlo ya.

Deambuló arriba y abajo por la habitación durante un rato, repasando mentalmente cuáles serían sus primeras palabras. Era como escribir para el periódico: una vez consiguió la primera línea, reunió el valor para lanzarse confiando en que su instinto se ocuparía de lo demás. Para aumentar sus posibilidades de éxito, o al menos para evitar un fracaso inmediato, recurrió a un truco: supuso que si él seguía teniendo memorizado el número de TC en su móvil, también había la posibilidad de que ella siguiera teniendo el suyo grabado. Imaginó que su nombre aparecería en la pantalla del móvil de TC, de manera que llamó desde el teléfono de Tom, de forma que aquel número le resultara totalmente desconocido. Era una llamada emboscada.

–Hola, TC, soy Will.

Al fondo se oía mucho ruido. ¿Estaría dando una fiesta?

–Hola.

–Will Monroe.

–Ya. No conozco a ningún otro Will. Ni de antes ni de después. ¿Qué pasa?

Tenía que reconocérselo: como respuesta inmediata, sin haber tenido apenas un segundo para meditarla, no estaba mal. Además era muy propia de ella: un leve indicio de menosprecio, la referencia a su pasado, su rápida formulación… Lo único que desentonaba era el «¿Qué pasa?». No era una frase de su estilo. Su levedad resultaba demasiado forzada. En esas palabras podía oírse el dolor de

hablar con un hombre al que ella había amado y que la había rechazado.

–Necesito verte lo antes posible. Sabes que no te importunaría a menos que fuera muy importante. Y esto es muy importante. Creo que se trata de un asunto de vida o muerte. – Se había tragado las últimas palabras, pero sabía que TC las había oído.

–¿Le pasa algo a tu madre? ¿Se encuentra bien?

–Se trata de Beth. Ya sé que… -No pudo completar la frase; no estaba seguro de qué debía decir a continuación-. Escucha, tengo que verte ahora mismo.

Ella no le hizo más preguntas y se limitó a darle su dirección; no la de su casa, sino la del trabajo, un complejo de estudios de artistas en Chelsea. Le dijo que estaba más cerca, pero Will sospechó que era por otra razón. Quizá estuviera con alguien, quizá se avergonzara de no tener pareja o puede que no deseara enfrentarse a la intimidad de recibirlo en su apartamento.

«Estudios de artistas.» Incluso aquella breve información decía mucho. Significaba que ella había cumplido su promesa: soñaba con convertirse en artista, habían hablado mucho de ello en aquellas interminables tardes en la cama. Sin embargo, ambos se habían preguntado si tendría el temple necesario para conseguirlo. En ese instante, Will se alegró de que lo hubiera logrado. Más que alegrarse, se sintió orgulloso.

Menos de una hora más tarde, salió de un ascensor de servicio, uno de esos antiguos, con una puerta metálica de acordeón. Supuso que no se trataba de una necesidad, sino que era el resultado de cierta afectación bohemia: un grupo de artistas trabajando en su fábrica reconvertida. Salió en la tercera planta, oscura y silenciosa. Distinguió un rincón en el que una escultora parecía haberse especializado en vientres femeninos.

Pasó ante lo que parecía el taller de un herrero, pero era en realidad el espacio de trabajo de un hombre que creaba

instalaciones utilizando neón. Al fin vio un rótulo fotocopiado: TC. Ni nombre ni apellido: únicamente aquellas dos letras. «Bonita marca», pensó Will mientras llamaba discretamente a la puerta para anunciar su llegada. Instintivamente había decidido que la masculina e inglesa educación podría ser su mejor defensa ante la furia típicamente norteamericana de ella.

Solo tuvo un par de segundos para asimilar lo que lo rodeaba: paredes cubiertas de lienzos, tres cuadros en sus respectivos caballetes y otros más, envueltos en plástico de burbujas, que descansaban apoyados contra las paredes; una vieja mesa llena de cachivaches; otra que corría a lo largo de la pared y que estaba abarrotada de materiales diversos: botellas de aguarrás, tubos de pintura medio estrujados y pigmento, pegamento, cuchillos, rasquetas oxidadas, cordel y, extrañamente, un libro de cocina que parecía haber perdido todas sus páginas.

Al final de la estancia, en un gastado sofá de terciopelo rojo, estaba TC. Era más menuda de lo que Will la recordaba, pero ningún otro aspecto de ella había cambiado. Seguía siendo una mujer que llamaba la atención. Llevaba el cabello a la altura de los hombros, cuando en su momento había sido corto y punk. En su mayor parte era de color castaño natural, pero su marca azul característica seguía presente. Al observar su delgada figura, la vieja camiseta y los vaqueros desgarrados en las rodillas, vio la silueta por la que en otro tiempo había suspirado, y distinguió un destello metálico: el aro del ombligo seguía en su sitio.

Aquel fue el instante en que tuvo más dudas: ¿debía abrazarla, besarla en la mejilla, estrecharle la mano o no hacer ninguna de esas tres cosas? Sin embargo, al final fue ella la que tomó la decisión por él y se levantó abriendo los brazos como quien da la bienvenida a un hijo pródigo. Will correspondió al abrazo y procuró que, por la posición de sus brazos y manos, el gesto resultara lo más fraternal posible.

–¿Cuál es el problema, Will?

Él le contó la historia tan breve y metódicamente como le fue posible: el correo electrónico, Tom rastreándolo hasta Crown Heights, su visita al barrio, el interrogatorio, la prueba del *mikve*…

–Tienes que estar bromeando -contestó ella cuando él hubo terminado con los detalles. Su rostro mostraba una leve sonrisa donde se combinaban la incredulidad, la tensión nerviosa y cierto placer por la desgracia ajena. Pero la medio sonrisa se desvaneció al ver la reacción de Will y darse cuenta de que le hablaba totalmente en serio-. Will, lo siento. De verdad. Y lo lamento por la familia de Beth. –«Beth», nunca hasta ese momento la había oído pronunciar su nombre-. Lo que no sé es qué necesitas de mí.

–Necesito saber lo que tú sabes. Necesito que me expliques lo que oí. Necesito… No sé, necesito que me lo traduzcas.

Ella respondió con una leve sonrisa que en cierto sentido la hizo parecer mayor. En ese momento, Will pensó que envejecer no tenía solo que ver con las arrugas ni las líneas de la piel, aunque ellas tuvieran su papel; en realidad, los años se manifestaban en la expresión que acababa de ver. De repente, el rostro de TC se había convertido en el rostro de los años, de la sabiduría.

–De acuerdo. Debes contarme todo lo ocurrido muy despacio y con tantos detalles como seas capaz de recordar, las calles por donde pasaste, las personas con las que te encontraste, las palabras que utilizaron. Iré a preparar un poco de café.

Will se dejó caer en la silla de mimbre que TC le había ofrecido. Por primera vez en dieciséis horas permitió qué sus músculos se relajaran. Se dejó invadir por una sensación de alivio -TC estaba de su lado- y experimentó un sentimiento que nunca había sentido estando con ella: que iba a cuidar de él.

No tardó en descubrir que también ella era una hábil interrogadora, paciente pero metódica, que le exigía precisión en todos los detalles y le hacía volver sobre los distintos episodios para asegurarse de que no había olvidado nada. También le señaló las contradicciones con su estilo forense de siempre.

–Espera un momento. Has dicho que en la habitación solo estabais dos hombres y tú. ¿Quién era esa nueva persona? ¿Qué dijo exactamente? ¿Dijo «haré» o «puede que haga»?

Su precisión lo dejó exhausto, y para distraerse dejó que sus ojos vagaran por los trabajos de TC, repartidos por los rincones. En su mayoría eran grandes lienzos que retrataban escenas de la vida norteamericana: pinturas naturalistas de un taxi amarillo o un viejo restaurante; a pesar de lo mucho que admiraba su técnica, de repente se preguntó si TC no habría escogido una línea de trabajo equivocada: ella tenía una mente demasiado lúcida, demasiado lógica y lineal para ser artista. Sin duda, con un cerebro así, debería ser científica o abogada, incluso agente de policía en las circunstancias presentes. Pero, prudentemente, Will no dijo nada de lo que pensaba.

Cuando concluyó su relato, Will se dio cuenta de que hasta ese momento TC no le había dado ninguna explicación. Cada vez que ella había abierto la boca había sido para pedirle alguna aclaración o para formularle alguna pregunta complementaria. Se dio cuenta de que no sabía más que cuando salió de Crown Heights y comenzó a impacientarse, pero no se atrevió a mostrar su decepción: tenía que conservar a TC como aliada; además, estaba a punto de desmayarse de cansancio y empezaba a arrastrar las palabras.

Se despertó de golpe cuando su codo resbaló del apoyabrazos. Por el sabor que notaba en su boca supo que había caído en un sueño breve pero profundo. Había soñado con cánticos y danzas, con Beth en el centro, rodeada por

hombres vestidos con trajes negros y camisas blancas, como si fuera la reina de alguna tribu.

Miró el reloj. Las dos y media de la madrugada. De modo que no había sido una terrible pesadilla, sino un largo y terrorífico día que parecía que no iba a acabar nunca. Todo había empezado hacía dieciocho horas, cuando conectó su Blackberry; y en esos momentos, increíblemente, se hallaba sentado ni una de las sillas de TC y todo seguía igual.

–Me alegro de que hayas vuelto -dijo ella, levantando la vista de repente de un cuaderno de bocetos que tenía sobre las rodillas; fruncía el entrecejo de un modo que, según Will recordaba, indicaba que había estado muy concentrada-. Esto es lo que tenemos. Lo primero es que Beth estará a salvo mientras tú te mantengas al margen. Segundo, parece que ellos reconocen que ella no ha hecho nada malo y hasta puede que nada en absoluto, pero no pueden dejar que se vaya. También admiten que todo esto puede resultar sorprendente ahora, pero prometen que se aclarará. Por sus mensajes a través del correo electrónico sabemos que no quieren dinero. Solo quieren que nos mantengamos alejados. Eso es todo.

»Si lo sumamos todo nos da un secuestro bastante raro. Es como si ellos hubieran tomado prestada a Beth por un plazo indeterminado de tiempo y por alguna razón no especificada, pero esperaran que nosotros lo aceptásemos. Lo que necesitamos es averiguar por qué.

A Will le pareció reconfortante que ella utilizara la fórmula «nosotros», aunque el resto del rompecabezas y el hecho de que TC no lo hubiera resuelto al instante lo fuera mucho menos.

–¿Y qué tenemos en cuanto a los motivos? – prosiguió TC-. Una pista es que temieran que fueras un agente federal. La explicación más caritativa es que temían que los federales fueran tras ellos por el secuestro; la menos caritativa dice que su temor no tiene nada que ver con el secuestro y que están metidos en alguna actividad criminal

que hace que estén preocupados porque las autoridades los persigan, como pasa con esos grupos de pirados que temen que los federales aparezcan cualquier día para quitarles sus armas.

La memoria de Will viajó de vuelta a Montana, a Pat Baxter y a sus colegas. De aquello solo hacía unos días, pero por Dios que le parecían años.

–Sin embargo, eso lo han descartado por razones bastante evidentes. No tengo ni idea de lo del micrófono, pero supongo que tienen razón en lo del agente israelí encubierto porque, desde luego, eso sería lo que habrían hecho los federales Sin embargo, que tú no lo fueras no ha parecido tranquilizarlos. Más bien al contrario. Justo cuando descartan que seas un federal se ponen duros de verdad y casi te ahogan. Y eso tiene cierto sentido: no se habrían atrevido a maltratarte hasta ese punto si pensaran que eres un miembro de las autoridades. Una vez que han sabido que no lo eres, se han sentido con las manos libres. No obstante, la pregunta es por qué. ¿Qué puede ser, según sus propias palabras, «infinitamente más grave»? ¿Una secta hasídica rival? ¿Un grupo dedicado al secuestro que les hace la competencia?

Will detectó un destello travieso en los ojos de TC, como si a ella le hiciera gracia el sentido del humor de los *hasidim*, y eso lo irritó; además, hasta el momento no había dicho nada que él no supiera ya.

–¿Y qué me dices de todo ese rollo judío que me han soltado? ¿Qué significado tiene? – preguntó Will, deseoso de que TC volviera al asunto.

–Bueno, la frase que has oído, «picuach no sé qué» es en realidad «*pikuach nefesh*». Se refiere a la protección de un alma. Normalmente se trata de un principio que se utiliza benévolamente para perdonar las infracciones de las normas religiosas que se cometen en aras de un bien mayor. Por ejemplo, oirás que los israelíes invocan el *pikuach nefesh* para justificar que las ambulancias

funcionen durante el *Sabbat*. Pero al mencionarlo con relación a esa historia del *rodef* lo estaban utilizando claramente para amenazarte, para darte a entender que la ley judía les permite matarte o matar incluso a Beth.

Will dio un respingo. – En cuanto a lo de «*shabbos* no sé qué», es real. Lo que has oído es «*shabbos shuva*», el *Sabbat* de arrepentimiento, el más importante del año, que, dicho sea de paso, es hoy. Es el que está entre *Rosh Hashana*, el Año Nuevo, y *Yom Kippur*, el Día de la Expiación. Estamos en mitad de los Diez Días de Penitencia, los Días del Temor. Se trata de una época muy importante para los judíos, especialmente para los ultraortodoxos. Pero ¿qué ha querido decir tu interrogador cuando ha comentado que solo quedan cuatro días? Es verdad que solo faltan cuatro días para *Yom Kippur*; pero, a juzgar por lo que tú has dicho, parece que se estaba refiriendo a una especie de fecha límite. No puede ser que se refiriera solo a que quedan cuatro días de arrepentimiento, aunque sin duda lo creen. Esto tiene que estar relacionado con ese asunto «más grande» que ha mencionado. Ya sabes, lo de «todo pende de un hilo», «la apuesta no podría ser más alta» o lo de «historia antigua».

–Y de todo eso no tenemos ni idea, ¿verdad?

TC mantenía la cabeza gacha mientras consultaba sus notas; Will vio que se desesperaba por encontrar algo que resolviera el misterio. Había relacionado los hechos lo mejor que había podido y formulado coherentemente algunas preguntas; pero eso era lo único que tenía: preguntas.

–No -repuso en voz baja-. No la tenemos.

–¿Y qué hay del *Rebbe*?

–Ah, sí. Necesito que pienses en él. ¿Te dijo su nombre? ¿Llegó a presentarse?

–Ya te lo he dicho. Ni siquiera dejó que le viera la cara.

–¿Y por qué estás tan seguro de que se trataba del *Rebbe*?

–Porque todos cantaban y lo esperaban en la sinagoga. Entonces se me llevaron y los dos gorilas me dijeron que no podían hablar conmigo hasta que su maestro llegara. Y cuando lo hizo, esos dos tíos obedecieron todas sus órdenes. Está claro que era su jefe.

–Cuando estuviste en la sinagoga y notaste aquella mano en tu hombro y la voz dijo «Para usted, amigo mío, todo ha terminado», o lo que fuera que dijese, ¿esa voz era la misma que te interrogó después?

–Sí, la misma.

–Entonces, si él era el *Rebbe*, ¿cómo es que la multitud no estaba vuelta hacia él? De haber sido él, todos los rostros de la sala habrían estado mirando tu espalda, enfebrecidos por el tipo que te estaba susurrando algo al oído. Pero no fue así, ¿no?

–Puede que estuviera oculto a la vista, entre la multitud.

–Vamos, Will, tú mismo lo has dicho: esa gente adora a ese tío como si fuera el Mesías. No dejarían que se pasease por ahí para que las masas lo pisotearan. Piensa, ¿en algún momento se presentó como el *Rebbe*?

Will se dio cuenta, no sin embarazo, de que su atormentador nunca había dicho tal cosa. Ahora que pensaba en ello…

–¿Y tú te dirigiste a él como si fuera el *Rebbe*?

TC le había leído el pensamiento. Durante todo su calvario, Will había dado por hecho que estaba hablando con el *Rebbe*. Dentro de su cabeza se había dirigido a él como «*el Rebbe*», pero ¿había utilizado alguna vez el término en voz alta?

–Así -repuso Will-, ¿estás segura de que el tipo que esta noche ha estado a punto de matarme no era el *Rebbe*?

–Lo estoy.

–¿Por qué? ¿Cómo puedes estar tan segura?

–Estoy segura, Will, porque el *Rebbe* de Crown Heights está muerto y enterrado desde hace dos años.

Capítulo 21

Sábado, 6. 36 h, Manhattan

Se hallaban en un país muy caluroso, en una gran cama con un dosel de donde colgaba una enorme mosquitera. Era la suite de un viejo hotel colonial. Llegaban sonidos de la calle: bocinazos y las voces de los mercaderes. Un mosquito zumbaba perezosamente. Era por la tarde, y él y Beth estaban haciendo el amor apasionadamente, con los cuerpos bañados en sudor.

El corazón de Will dio un brinco al despertar bruscamente del sueño. Miró a su alrededor y lo único que vio fue una cama estrecha y vacía; solo que no era una cama propiamente dicha. Se había quedado dormido en el estudio de TC, en su sofá de terciopelo rojo. Había otra cama plegable en un rincón, tras una separación, que según le había dicho era para cuando se quedaba trabajando hasta tarde.

Instintivamente, Will buscó la Blackberry. No tenía más noticias de los secuestradores. Había dos mensajes de Harden rogándole que se pusiera en contacto con él y diciéndole lo preocupado que estaba. Su teléfono no funcionaba. Seguramente se había quedado sin batería mientras estaba en casa de Tom.

Fue sigilosamente hasta la mesa de trabajo de TC y comprobó con alivio que ella tenía el mismo modelo de móvil que él.

En alguna parte tenía que haber un cargador. Mientras lo buscaba, vio el cuaderno de la noche anterior; le dio la vuelta y vio que TC no había anotado nada en él, sino que había hecho un complicado garabato que formaba una figura geométrica: diversos círculos unidos por líneas rectas, como uno de esos diagramas moleculares. ¿Acaso TC también era experta en química? A Will no le habría sorprendido.

La visión de aquellas figuras lo devolvió de golpe a la principal y más sorprendente revelación de la noche anterior: ¡el *Rebbe* estaba muerto! A pesar de las fotos que aparecían por todas las paredes de Crown Heights, de las páginas web con su imagen, de las constantes referencias a su persona hechas en presente y del fervor manifestado ante su trono, TC había sido tajante al asegurar que el gran rabino de la secta hasídica, el *Rebbe*, se hallaba a dos metros bajo tierra.

Había fallecido hacía dos años, mientras dormía, y sumió a toda su comunidad y a los miles de seguidores que tenía repartidos por todo el mundo en la más completa desdicha. En los últimos años de su vida, se había extendido la creencia de que el *Rebbe* no solo era un líder extraordinario, sino algo más.

–El judaísmo sostiene que en cada generación habita una persona que puede ser candidata a convertirse en el Mesías -le había explicado TC-. Eso no significa que lo sea, pero si Dios hubiera decidido que había llegado el momento, entonces, esa persona, ese candidato, sería el elegido y revelado como el *Moshiach*.

–¿Y así fue como empezaron a creer que el *Rebbe* era el candidato?

–Exactamente. Así empezó. Al principio era candidato por su edad, pero luego las cosas se complicaron. La gente empezó a decir que no se trataba de una posibilidad remota o abstracta, sino que los días del mesianismo eran inminentes, que el momento se acercaba. Si quieres que te diga la verdad, creo que el *Rebbe* alentó todo eso y que atizó el fervor de sus seguidores.

–¿Qué pasó? ¿Le dio por ponerse egocéntrico?

–No sé si fue eso. Era un hombre esencialmente humilde, vivía con discreción en unas espartanas habitaciones de Crown Heights. Después de la muerte de su esposa se confinó y se dedicó al estudio. Dormía allí, pero poco, solo un par de horas; el resto del tiempo lo pasaba con la luz

encendida, trabajando. Principalmente dictaba cartas y ofrecía consejo a sus seguidores, que tenía repartidos por todo el mundo. Debes comprender que hablamos de una organización que mueve millones de dólares. Tiene centros en todas las ciudades del mundo, incluso en los lugares más remotos, donde no hay casi judíos, solo por si algún viajero judío siente la necesidad de tomar una comida de *Sabbat*. Aquel hombre decía a sus emisarios: «Se os necesita en Groenlandia», y ellos se iban a Groenlandia. El *Rebbe* era como una especie de cruce entre el presidente ejecutivo de una multinacional y el comandante de un ejército revolucionario. – TC sonrió-. Era Bill Gates y el Che Guevara en uno solo, y eso que tenía noventa y tantos años.

Will imaginó a un arrugado anciano de barba blanca. Un improbable revolucionario.

–El caso es que entonces murió, y la mayoría de la gente asumió que su desaparición era el final de todo aquello. Al fin y al cabo, si había muerto no podía ser el Mesías, ¿no?

–Supongo que no.

–Pues te equivocas. Sus más devotos seguidores empezaron a acampar frente a su tumba, y cuando la gente les preguntaba qué hacían, ellos contestaban que esperaban. Querían estar listos para dar la bienvenida al *Rebbe* en el momento en que se levantara de entre los muertos.

–¿Estás segura de que esos tipos no eran cristianos?

–Lo sé. Suena raro, ¿verdad? Lo cierto es que hay un gran debate en torno a todo esto. Hay muchos judíos que dicen que Crown Heights se está apartando del judaísmo y se está convirtiendo en otro tipo de fe. Argumentan que el cristianismo fue en sus inicios una forma de judaísmo que creía que el Mesías había llegado. En estos momentos, la comunidad de Crown Heights está recorriendo exactamente el mismo camino.

–La diferencia es que ellos siguen esperando. De todas maneras, los cristianos también siguen esperando la

segunda venida. Todos esperan.

–En el caso del grupo que nos ocupa, desde luego. Esperan que su líder se revele a sí mismo, que se levante de entre los muertos y les diga que todo va a ir bien.

–Te lo tomas un poco a broma, ¿no?

–Más o menos. Verás, hablando desde un punto de vista teológico, puede que tengan razón. Es cierto que el judaísmo dice que en la era mesiánica los muertos volverán a la vida, y en ninguna parte está escrito que el Mesías no pueda ser uno de ellos, ya sabes, uno de los muertos. Por lo tanto, puede que estén en lo cierto. Yo no lo sé, lo que sí sé es que me produce cierta tristeza. Es como si esa gente fuera un grupo de chiquillos que se han quedado sin padre o algo parecido. Como diría un terapeuta: «Duelen».

Will intentó resumir el relato de TC: un culto de gentes traumatizadas por la pérdida de su líder, que se agitaban en un furioso frenesí todos los viernes por la noche -junto con la panda de sicarios que había estado a punto de matarlo hacía unas horas- para invocarlo y que regresara de entre los difuntos. Le costó sentir simpatía por ellos.

–¿Cómo es que sabes tanto de esa gente?

–Leo los periódicos -repuso ella rápidamente en tono de reprimenda-. Todo esto ha salido en *The Times*.

Will se maldijo. Con tantas prisas por marcharse de casa de Tom había olvidado buscar en Google el asunto que le habría revelado todo lo que necesitaba saber, entre otras cosas, que el *Rebbe* había muerto. Peor aún era pensar que, tal como le había dicho TC, la historia había aparecido en la prensa, y él la había pasado por alto porque las noticias sobre chiflados religiosos le parecían irrelevantes.

Todo eso había ocurrido la noche anterior. Lo positivo de aquella mañana se produjo cuando por fin encontró el cargador del móvil cerca de la cafetera. Lo conectó y su teléfono cobró vida silenciosamente. (Siempre lo tenía en modo silencioso porque no sabía en qué momento podía importunarlo un desagradable aviso electrónico.) Los

mensajes de voz aparecieron primero: cuatro de su padre; tres, cada vez más sarcásticos, de Harden. En el último le decía: «Será mejor que andes detrás de una historia tan buena que me haga ganar el Pulitzer por publicarla». Y añadía que Will regresaría a Oxford en el primer barco si no se ponía en contacto de inmediato con la redacción del periódico. Will se saltó los dos siguientes por irrelevantes.

A continuación, aparecieron los mensajes de texto: uno de Tom, que le deseaba buena suerte.

Y entonces:

OceanofPDF.com

FOOT RUNS. B GATES.

Pulsó el botón de «Detalles», pero no consiguió nada. En lugar del número de la persona que había llamado, aparecía: «Número privado». En cuanto al momento, el aparato solo indicaba la hora, el minuto y el segundo en que había sido conectado. Will no tenía idea de quién había enviado aquel mensaje ni cuándo lo había hecho. Teniendo en cuenta que el significado era totalmente impenetrable, seguía con las manos vacías.

En ese instante, TC salió de su improvisado dormitorio estirándose y bostezando. Incluso vestida con unos calzoncillos cortos de hombre y una camiseta tenía un aspecto sugerente. El aro de su ombligo era claramente visible. Will notó un cosquilleo en la entrepierna y una punzada de culpabilidad en la conciencia. Desear a una ex novia resultaba deplorable en cualquier circunstancia, pero hacerlo cuando tu esposa había sido secuestrada y su vida corría peligro era despreciable. Saludó a TC con un leve gesto de cabeza, volvió a observar el móvil y se lo metió en el bolsillo, como si así lograra interrumpir, antes de que fuera demasiado tarde, el flujo de sangre que amenazaba con convertirse en una erección.

Para su alivio, TC guardaba algo de ropa tras la mampara y desapareció para ponérsela. Cuando volvió a salir, Will le enseñó el móvil.

–Y ahora esto -le dijo.

Ella buscó sus gafas; era demasiado temprano para las lentillas.

–Hummm… -masculló mientras leía el mensaje.

Will le contó lo que había intentado averiguar.

–Supongo que debe de ser de ellos, de los hasidim. Seguramente consiguieron mi número cuando registraron mi bolsa.

–No. No habrían hecho algo así, porque supondría infringir las normas del *Sabbat*. Por la misma razón tampoco

te habrían enviado un mensaje. Ambas cosas son una violación del *Sabbat*.

–¿Ah, sí? Pero supongo que intentar ahogar a un inocente está permitido, ¿no?

–Técnicamente, sí. No utilizaron electricidad, ni hicieron fuego. No escribieron nada ni utilizaron maquinaria alguna.

–O sea, que lo que me hicieron estaba perfectamente de acuerdo con la ley judía.

–Vamos, Will, no me lo pongas difícil. Yo no he inventado esas normas. Lo único que te estoy diciendo es que esa gente solo quebrantaría el *Sabbat* si no tuviera otra alternativa, y por el momento es algo que han evitado hacer.

–¿Y qué me dices del *pikuach nefesh*, ya sabes, de salvar un alma?

–Tienes razón: si creyeran que está justificado, lo harían. De acuerdo, pueden haber sido ellos. ¿Qué quiere decir?

–Como si lo supiera… Pero me estaba preguntando si «*Foot*», «pie», quiere decir «final» o «conclusión». Ya sabes, tal como me dijiste, «*Rosh Hashana*» significa literalmente «cabeza del año», quizá «pie» sea el final. – Will sonrió, esperanzado, igual que el pupilo que espera una alabanza, pero TC no sonrió.

–¿Y «*runs*», «corre»?

–No sé. Puede que signifique que sigue adelante, que funciona o que el final se acerca. Puede que «*foot runs*» sea una forma de decir en código que la operación está tocando a su fin, y lo de «*B Gates*» sea solo una manera de firmar, no sé, como podría ser Mickey Mouse.

TC no se inmutó. Se limitó a coger el teléfono y llevárselo al diván, donde se sentó y lo estudió.

–¿Puedes pasarme el cuaderno y un bolígrafo?

Will se instaló al lado de ella para poder ver qué hacía; de inmediato se sintió incómodo con la pierna de TC tan cerca de la suya. Ella escribía un nuevo mensaje:

GPPU SVOT

–Bueno, este no funciona. Probemos de la otra manera.

ENNS QTMR

–Y este tampoco -comentó, más intrigada que contrariada.

–¿Qué estás haciendo? – preguntó Will.

–Es un sistema de descodificación para aficionados, donde cada letra es en realidad la que le sigue o la que le precede. De este modo, «*foot*» es «GPPU» O «ENNS», lo cual significa que ninguno de esos dos códigos funciona. Probemos con otro.

TC empezó a escribir muy deprisa todo el alfabeto. Luego, debajo, lo repitió a la inversa, de modo que bajo A, B, C aparecía Z, Y, X.

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z

Z Y X W V U T S R Q P O N M L K J I H G F E D C A B

–Ahora podemos ver a qué letra correspondería y qué nos da. – Siguió la línea con el dedo y anotó: «ULLG IFMH».

–¡Mierda! – exclamó Will-. Me estoy cansando de estos malditos jueguecitos. ¿Qué coño significa esto?

–No estamos pensando con lógica. No hay mucha gente que envíe mensajes como este por teléfono.

–Los ingleses lo hacen.

–Sí, pero la mayoría de los estadounidenses no. Además, habría sido igual de fácil que se comunicaran a través del correo electrónico, y sin embargo no lo han hecho. ¿Por qué?

–Porque saben que podemos rastrear sus correos. Supongo que habrán deducido que averigüé quiénes eran a través del último que enviaron.

–Seguro, pero desde su punto de vista no creo que sea negativo. Puede que quisieran que supieras que el mensaje procedía de ellos. No. Creo que por alguna razón han escogido un método distinto. ¿Puedes pasarme tu móvil?

Lo cogió rápidamente; enseguida encontró el programa de mensajes y empezó a teclear con los pulgares. Will tuvo que acercarse todavía más para ver qué hacía. Olió el perfume de su cabello y tuvo que hacer un esfuerzo para no inhalar profundamente: en un abrir y cerrar de ojos, aquel aroma lo devolvió a las largas tardes que habían pasado juntos.

Y eso a su vez despertó otro recuerdo, el del perfume de Beth. Cuando más le gustaba era cuando era fuerte, como cuando se vestía para salir por la noche. En ese momento poco le importaba que ella estuviera impecable, siempre le entraban ganas de desnudarla y disfrutar de ella allí mismo. Luego, en la fiesta, solía mirarla e indicarle el reloj porque quería volver a casa lo antes posible. De repente, lo invadieron recuerdos de Beth y TC, recuerdos que lo excitaban, y se sintió confuso.

TC estaba tecleando la palabra «pie». Sus dedos buscaron la tecla «*». La pulsó dos veces, y una sonrisa empezó a dibujarse en su cara. La pantalla del móvil cambió y mostró la palabra «*foot*»; luego, «*font*»; luego, «*don't*»; luego, «*enou*»; luego, «*donu*», y, finalmente, «*ennu*» antes de volver a «*foot*». TC anotó la palabra «*don't*»: «no».

A continuación tecleó «corre», y aparecieron las palabras «*sums*», «*suns*», «*puns*», «*stop*», «*rump*», «*sump*»; las fue anotando.

–Ya está -dijo con la satisfacción de una colegiala aplicada que hubiera resuelto un problema de álgebra en un tiempo récord. Las dos palabras sin sentido «*foot runs*» se habían convertido en un mensaje de ánimo: «*don't stop*», «no te detengas».

Will se dio cuenta de que no se trataba de ningún código, sino simplemente de la utilización del lenguaje predictivo que ofrecían muchos móviles. Cada vez que se tecleaba una palabra, el aparato ofrecía distintas alternativas utilizando la misma combinación de botones. Se presionaban las teclas 3, 6, 6, 8 para decir «*foot*», pero quizá se había pretendido

decir «*don't*», de manera que la función presentaba oportunamente esa opción. Quien hubiera enviado aquel mensaje había descubierto una nueva e ingeniosa manera de utilizar esa función.

La satisfacción por el astuto trabajo de TC no duró mucho. Cierto, habían descifrado el mensaje, pero su significado solo estaba parcialmente claro y seguían sin saber quién lo había enviado.

–¿Y quién demonios es B Gates?

–Echemos un vistazo -dijo TC cogiendo el teléfono de nuevo-. Bueno, «B» podría ser «C» o «A». – Tecleó la palabra «*gates*»-. Y esto podría ser «*hates*», «odia», o «*haves*», «tiene», o «*hater*», «que odia».

–¿Y qué puede significar eso? – preguntó Will-. ¿Y si fuera «*B haves*» como «*behave*», «comportarse»?

–O también podría ser lo contrario de «que odia» -comentó TC, súbitamente animada.

–¿Lo contrario?

–Sí, lo opuesto a alguien que odia es un amigo.

–Pero no dice nada de eso. Es solo «*gates*», «*haves*» o «*hates*».

–O también «*haver*», que en hebreo significa «amigo». Creo que «*B Gates*» es un «*haver*», un amigo, y que el mensaje dice: «No te detengas. Un amigo».

–TC se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación-. ¿Quién podría desear animarte para que prosiguieras? ¿Quién podría pensar que existe la posibilidad de que puedas abandonar?

–Las únicas personas que saben algo de todo esto sois tú, mi padre, Tom y los hasidim.

–¿Estás seguro de que no hay nadie más? ¿Nadie que esté al tanto de lo que está pasando?

Will pensó en Harden y en el periódico. Tarde o temprano tendría que hacer algo respecto a eso.

–No. Nadie lo sabe. Y puesto que ni tú ni Tom ni mi padre necesitáis poneros en contacto conmigo de forma anónima,

solo nos quedan los *hasidim*. Creo que es posible que estemos ante una grieta.

–¿Qué quieres decir?

Will disfrutó de la novedad de que TC fuera un paso por detrás de él. La política nunca había sido su fuerte.

–Una grieta, una grieta en las filas del enemigo. La única persona que podría haber enviado este mensaje es alguien que oyó cómo el *Rebbe*, me refiero al rabino con el que hablé anoche, me dijo que me mantuviera al margen. Debe de haber alguien que no quiere que siga ese consejo, alguien que no está de acuerdo con lo que ese rabino está haciendo. Es ese «alguien» quien no quiere que lo deje. Y creo que sé quién es.

Capítulo 22

Sábado, 8. 10 h, Puerto Príncipe, Haití

En aquella época solo bajaba a comprobarlo una vez a la semana. En esos momentos, la Cámara Secreta parecía funcionar por sí sola y necesitaba una mínima supervisión. Aquellas visitas eran más sentimentales que prácticas: sencillamente le producía satisfacción comprobar lo bien que funcionaba su invento.

Naturalmente, ya había diseñado otras cosas antes. En los muelles, sin ir más lejos, había inventado un sistema para cargar y descargar los botes que llegaban de América Latina y salían con destino a Estados Unidos. No lo había planeado de aquel modo, pero se decía que su nuevo sistema había revolucionado el comercio de la droga en su país. Él solo había intentado mejorar la eficacia de las exportaciones e importaciones; sin embargo, gracias a su intervención, la cocaína podía llegar de Colombia y salir hacia Miami dando el menor rodeo posible. Desde allí, y en cuestión de horas, los paquetes de polvo blanco se repartían por todas las ciudades importantes: Chicago, Detroit, Nueva York… Los jefes de la droga de Haití presumían de que, de cada diez rayas que esnifaban los

ciudadanos norteamericanos, al menos una había pasado por Puerto Príncipe.

En su círculo social, eso daba prestigio a Jean-Claude Paul. Entre los millonarios de Petionville, refugiados tras sus amuralladas y blindadas villas, nadie hacía aspavientos sobre la ética del origen de sus respectivas fortunas. Era suficiente con que uno pudiera sentarse al volante de un Mercedes y enviar a la esposa a París todos los años para que renovara el vestuario y se retocara el tinte de las mechas. Cuando los estadounidenses invadieron la isla en 1994 bautizaron a los habitantes de las mansiones de Petionville como «MRE» -élites moralmente repugnantes-, y Jean-Claude fue incluido entre ellos.

Puede que fuera por eso por lo que había inventado la Cámara Secreta: era su forma de enmendarse. No podía imaginar de dónde había sacado la idea. Parecía haber surgido en su cabeza plenamente definida, como si no hubiera tenido nada que ver con él.

En realidad, la cámara era un edificio de una sola planta pintado de blanco. Parecía una cabaña a la que le hubieran lavado la cara, y no destacaba más que una parada de autobús. Lo crucial era que tenía una entrada en cada pared y que una de ellas siempre estaba abierta.

El sistema era sencillo: en cualquier momento del día o de la noche, cualquiera de aquellos millonarios podía entrar y depositar una cantidad de dinero en el interior de la cámara. Y también en cualquier momento cualquier pobre podía entrar y llevarse lo que necesitara.

La gracia del asunto residía en el anonimato. Las puertas se abrían según un sistema de apertura automática que permitía que solo hubiera una persona en el interior. De ese modo, el donante y el donatario no se encontraban nunca. Los ricos no sabrían quién se había beneficiado de su generosidad, y los pobres no sabrían quién los había ayudado. Los potentados de Puerto Príncipe tampoco tendrían la oportunidad de juzgar a sus beneficiarios ni a

opinar si estaban lo bastante necesitados. Por otra parte, los indigentes no tendrían el sentimiento de deber nada, algo que podía hacer de la caridad algo muy humillante.

Las cuatro puertas habían sido el toque definitivo: significaba que en ningún momento podía darse, ni siquiera informalmente, una entrada de donantes y otra de donatarios. El sistema funcionaba demasiado aleatoriamente para eso. De ese modo, si alguien veía a una persona entrando o saliendo no había forma de saber qué había ido a hacer.

Solo había una cosa que Jean-Claude había tenido que hacer para conseguir que funcionara: aprovecharse de uno de los rasgos esenciales de todo haitiano, tanto de los que iban al volante de sus Mercedes como de los pobres de solemnidad de Cité Soleil: la superstición.

Así, se puso en contacto con los sacerdotes de vudú que tenían más influencia entre los MRE, y repartió unos cuantos billetes entre los más hábiles para difundir el mensaje. No pasó mucho tiempo antes de que los más acaudalados de Puerto Príncipe hicieran suya la creencia de que caería una maldición sobre ellos si no hacían lo correcto.

Jean-Claude sonrió cuando entró en la cámara y vio el cuenco lleno de dólares estadounidenses, de moneda local, e incluso todavía más curioso, de joyas. La gente que estaba en la calle había dado por hecho que él era solo un visitante más. Solo sabía que él era el autor del invento el puñado de sacerdotes a los que había escogido por sus dotes de persuasión.

Se estaba agachando para recoger del suelo un envoltorio de comida que alguien había tirado cuando las luces parpadearon y se apagaron. Con las cuatro puertas cerradas, la estancia quedó en completa oscuridad. Jean-Claude maldijo en silencio a la compañía eléctrica.

Pero la oscuridad no duró mucho. Alguien encendió una cerilla tras él. El apagón debía de haber desconectado el

sistema de cierre automático y había permitido que aquel hombre pudiera entrar.

–Lo siento, señor -dijo Jean-Claude-. Solo se permite la presencia de una persona al mismo tiempo. Esa es la norma.

–Conozco la norma, Monsieur Paul.

La voz le resultó desconocida. Hablaba francés y no criollo.

–Bueno, entonces me marcharé para que pueda hacer lo que necesite.

–Sí, pero lo que necesito es que usted se quede aquí.

–No. No. Se trata de algo privado y confidencial, amigo mío. Por eso lo llamamos la Cámara Secreta. Es un secreto.

La cerilla se apagó, y la cámara quedó sumida nuevamente en la oscuridad.

–¿Hola? ¿Está usted ahí?

No hubo respuesta. No se oyó nada hasta que Jean-Claude dio un respingo cuando notó que dos fuertes manos rodeaban su cuello. Quiso protestar, preguntar qué había hecho mal, explicar a aquel hombre que podía coger y llevarse todo el dinero que quisiera, que no había un límite. Pero el aire no entraba en sus pulmones. Dejó escapar un ahogado sonido que apenas sonó humano. Le temblaron las piernas y se aferró a los antebrazos de aquel hombre que lo estrangulaba.

Pero no sirvió de nada. La oscuridad lo envolvió, y se derrumbó en el suelo. El desconocido encendió otra cerilla, agachó y cerró los ojos del muerto. Murmuró una breve oración, se incorporó y se sacudió el polvo de la ropa. Se encaminó hacia la puerta por donde había entrado y tuvo la precaución de volver a conectar el circuito que había inhabilitado unos minutos antes. Luego, salió a la noche, anónimo y sin que nadie lo viera, tal como Jean-Claude Paul había pretendido.

Capítulo 23

Sábado, 8.49 h, Manhattan

Cuando repasaron los acontecimientos de la noche anterior, TC no mostró ningún interés hacia Yosef Yitzhok, y se centró en el rabino, en lo ocurrido dentro del aula y, más tarde, en el *mikve*. Sin embargo, una vez descifrado el misterioso mensaje, concentró su poderoso intelecto en el encuentro que puso punto final a la breve e infortunada visita de Will a Crown Heigths.

–Te equivocas en una cosa -le dijo a Will rápidamente-. No tiene sentido que Yosef Yitzhok llevara un ejemplar de *The New York Times* solo para demostrar a sus amigos que tú trabajabas para ese diario y decirles que debían tener cuidado. Ellos ya sabían que trabajabas para el periódico: el primer mensaje lo enviaron a tu dirección de correo electrónico de *The Times.* Es decir, que ya lo sabían. Tan pronto como se dieron cuenta de que tú no eras Tom Mitchell, sino Will Monroe, supieron que estaban tratando con el marido de Beth, el reportero de *The Times*.

–Entonces, ¿por qué dejaron a la vista el ejemplar del diario con mi reportaje? ¿Por qué lo llevó allí Yosef?

–No sabes si lo llevó él. Puede que hubiera estado allí antes.

–No. Seguro que… -Will se interrumpió. Después de su error con el Rebbe, ya no estaba seguro de nada. Creía haber oído que otra persona entraba en la sala, el ruido del papel al pasar las hojas; pero no había visto nada de todo aquello. Podía estar equivocado.

–¿Y qué hizo Yosef Yitzhok? Si te parece, para abreviar lo llamaremos YY. ¿Qué te dijo YY cuando saliste?

–Se disculpó por lo que había pasado dentro. En ese momento me pareció que mentía y no hice caso. No obstante, puede que esa fuera su manera de decirme que no estaba conforme con lo que ocurría. ¡Igual es un disidente! Quizá pueda ayudarnos, ya sabes, desde dentro.

–Will, comprendo que estés nervioso, pero debes hacer un esfuerzo por mantener la cabeza fría. Esto no es como

en las películas. Limítate a contarme lo que te dijo.

–Bueno, vale. Se disculpó, y luego me dijo aquello sobre mi trabajo: «Si quiere saber qué ocurre, piense en su trabajo».

–A ver… -TC empezó a caminar arriba y abajo por la habitación y se detuvo ante un cuadro del edificio Chrysler, que había pintado como si se derritiera bajo la lluvia del anochecer-. Ese tío ha visto tu reportaje en el periódico y sabe a qué te dedicas. Puede que no lo supiera hasta entonces.

–Creía que habías dicho que lo sabían desde el momento en que me enviaron el primer mensaje.

–Es verdad. Lo sabían. Lo sabía el rabino y también el especialista en ordenadores que te lo envió. Pero puede que YY no forme parte de su círculo de íntimos. Quizá para él fue una novedad.

–Así que es posible que estuviera allí, impaciente por avisarles de que yo era un reportero y que eso podía suponer problemas.

–Sí. Es posible, pero hay algo que no encaja. Si estaba en la habitación es porque le tienen la confianza suficiente para dejarle saber qué ocurre. Tiene que ser otra cosa. De todas maneras, pensemos por un momento que tienes razón, que no le gusta lo que está pasando e infringe el sabbat para decirte que no debes rendirte. ¿Por qué iba a decírtelo en forma codificada con este mensaje?

–No sé; por si tenía a alguien mirando por encima del hombro o por si se daba la circunstancia de que alguien metiera las narices en los mensajes que enviaba.

–De acuerdo -convino TC-. Aceptémoslo. Supón, además, que lo que te dijo anoche, lo de «píense en su trabajo», tenga algo que ver. Puede que lo que pretenda sea indicarte que debes seguir haciendo lo que haces en tu trabajo: seguir buscando, seguir haciendo preguntas.

–Supongo que debe de ser eso: que no lo deje, que siga investigando.

–De acuerdo, pues. Supongo que eso es lo que debe de significar.

Will se daba cuenta de que TC solo estaba convencida en parte.

–¿Qué vas a hacer ahora? – prosiguió ella-. ¿Vas a contestar?

Él ni siquiera lo había pensado, pero TC tenía razón: debía pulsar «Responder», enviar su mensaje y ver qué pasaba. «¿Quién eres?» podía asustar a YY. «¿Qué quieres que haga?» era otra posibilidad. Debía acertar con el mensaje correcto.

–¿Tú qué opinas, TC?

–Creo que necesito un café.

Por evidente falta de costumbre, ella encendió la cafetera y la radio a la vez. Esta última era un viejo receptor manchado de pintura que no estaba sintonizado en ninguna cadena musical, sino en la WNYC, la emisora de radio de la ciudad de Nueva York.

Will se recostó en el sofá y se forzó a pensar. Tenía que ocurrírsele algo que pusiera fin a aquel calvario. Beth había pasado la noche cautiva. Solo Dios sabía dónde y en qué situación se hallaba. Él había tenido la oportunidad de comprobar qué duros podían ser los *hasidim* cuando estuvieron a punto de ahogarlo y congelarlo. ¿Qué tormentos habrían infligido a la pobre Beth? ¿Qué extrañas normas les permitían torturar a una mujer que, según sus propias palabras, no había hecho nada malo? No le costaba imaginar lo asustada que estaría. «¡Piensa! – se dijo-. ¡Piensa!»; pero se quedó mirando el móvil y su codificado mensaje de ánimo -«No te detengas»- y la Blackberry, que hasta ese momento solo le había dado malas noticias. Tenía un aparato en cada mano, pero ninguno le sugirió nada.

En la radio sonó la melodía que anunciaba las noticias. Will miró la hora: las 9.00 h.

«Buenos días. Esta es la edición del fin de semana. El presidente promete una nueva iniciativa en Oriente

Próximo. La conferencia baptista del sur manifiesta que va a iniciar una guerra contra lo que llama la "sordidez de Hollywood".Y en Londres tenemos más noticias del escándalo del año…»

Will hizo caso omiso de la mayor parte, pero prestó atención a la última noticia, relacionada con Gavin Curtis. Resultaba que aquel rubicundo clérigo al que vio en la televisión la otra noche tenía razón: Curtis había estado sustrayendo enormes cantidades de dinero del erario público. No millones, cosa que lo habría convertido en alguien inmensamente rico, sino cientos de millones. Según parecía, el dinero había sido desviado a una cuenta numerada de Zurich. El humilde ministro Curtis, el que se paseaba por la capital británica en un modesto utilitario, se había convertido en uno de los hombres más ricos del planeta.

En el estado de ánimo en que se encontraba, aquellas noticias le parecieron deprimentes. No eran más que la confirmación, a una escala mucho mayor, de todo lo que había vivido durante las últimas veinticuatro horas: uno no podía fiarse de nadie; nadie valía nada. Entonces, como un reproche a sí mismo, pensó en Pat Baxter y en Howard Macrae. En efecto, los dos habían hecho algo bueno, pero eran la excepción.

–Escucha esto, Will.

TC había subido el volumen, y Will reconoció la voz: era la del locutor principal de la emisora, que estaba dando las noticias locales.

«La INTERPOL ha realizado una extraña excursión hasta Brooklyn esta mañana que ha tenido como escenario principal la comunidad hasídica de Crown Heights. Los agentes del departamento de policía de Nueva York han explicado que están trabajando con la policía tailandesa en la investigación de un asesinato. La portavoz del departamento, Lisa Rodríguez, ha comentado que el caso está relacionado con el descubrimiento del cadáver de un

importante hombre de negocios tailandés en la sede que la comunidad hasídica tiene en Bangkok. El hombre llevaba varios días desaparecido y se pensaba que había sido secuestrado. El rabino responsable del centro de Bangkok ha sido detenido, y las autoridades tailandesas han solicitado, a través de la INTERPOL, que la policía de Nueva York investigue el cuartel general del movimiento hasídico ubicado en nuestra ciudad, para ampliar las pesquisas.

«Ahora, el tiempo: en Manhattan…»

TC parecía muy pálida.

–Necesito salir de aquí -dijo de repente.

Parecía sufrir un ataque de claustrofobia. Recorrió la habitación en busca de sus cosas (el móvil, el bolso).Will sabía que no había otra alternativa: se marchaban.

Al verla así, se asustó. No había dudas sobre la reacción de TC: estaba claro que pensaba que Beth había sido asesinada o estaba a punto de serlo. Hasta ese momento, la anterior tranquilidad de su amiga, casi rayana en la despreocupación, le había consolado tanto como irritado; pero en ese instante, con ella cerrando de golpe la puerta metálica del montacargas y pulsando furiosamente los botones como si de ese modo pudiera lograr que aquel maldito cacharro fuera más deprisa, perdió esa sensación. Notó que sus manos sudaban. Mientras él perdía el tiempo jugando a detective aficionado, su querida Beth, su compañera, podía haber sido estrangulada o ahogada. Sus ojos se cerraron de espanto. «Más que ayer, menos que mañana.»

Salieron a la calle y TC lo agarró por la muñeca, guiándolo más que caminando con él, como si fuera una madre que arrastra a la guardería a su hijo recalcitrante.

–¿Adonde vamos? – preguntó Will.

Habían recorrido un par de manzanas cuando ella entró en NetZone, un cibercafé donde de verdad servían café. Había ejemplares de *The New York Times*, incluido el suplemento dominical dedicado a las artes y al

entretenimiento -que normalmente se distribuía un día antes-, repartidos al lado de las viejas y cómodas butacas. Comparado con aquel establecimiento, el Internet Hot Spot de Eastern Parkway parecía de otro mundo.

Pero TC no había entrado para tomarse un *cappuccino*. Tenía un propósito, de manera que pagó en el mostrador y se sentó con Will frente a un terminal libre.

–De acuerdo -le dijo-, conéctate.

Will recordó de repente cómo había sido salir con TC: siempre se había sentido como si él fuera el inexperto y ella la persona al mando. Durante un tiempo pensó que se debía a que ella era de Nueva York, y él un recién llegado, por lo que la dejaba hacer, ya que dominaba un entorno que a él le resultaba desconocido. No obstante, a pesar de que llevaba seis años viviendo en Estados Unidos, ella seguía comportándose igual. Will se dio cuenta de que sencillamente tenía tendencia a ser mandona.

–Espera un momento -le dijo-. Hablemos un segundo, ¿qué propones que haga?

–Conéctate a tu correo electrónico y te lo enseñaré.

–¿Y por qué tenemos que hacerlo aquí? ¿Por qué no usar la Blackberry?

–Porque no puedo pensar mientras uso los dedos. Vamos, conéctate.

Will cedió y tecleó el código que permitía a los redactores de *The NewYork Times* acceder a su correo. Nombre, contraseña y ya estaba en su bandeja de entrada. No había sorpresas, solo la misma serie de mensajes que había visto en la Blackberry.

–¿Dónde está el último mensaje de los secuestradores?

Will examinó la lista hasta dar con él: la serie de símbolos en el campo del nombre y «Beth» en la casilla de «Asunto». Lo abrió y leyó de nuevo aquellas palabras:

NO QUEREMOS DINERO.

Las noticias que acababa de escuchar sobre Tailandia hicieron que aquella frase se le antojara especialmente cruel. Si no era dinero lo que buscaban, ¿qué los motivaba, el simple y enfermizo placer de matar? Will notó que le hervía la sangre de rabia y desesperación.

–De acuerdo -dijo TC-.Ahora marca «Responder».

Will obedeció y ella se sentó a su lado en el mismo asiento. Sus cuerpos se tocaban desde los hombros hasta las rodillas. La joven se apoderó del teclado y empezó a teclear rápidamente con dos dedos:

Voy detrás de vosotros. Sé que sois culpables de lo ocurrido en Bangkok porque sé que estáis haciendo lo mismo en Nueva York. Tengo intención de acudir a la policía y contarle todo lo que he averiguado. Eso os implicará como mínimo en dos delitos graves, por no hablar de mi asalto, detención y tortura. Tenéis hasta las nueve de esta noche para devolverme a mi mujer. De lo contrario, hablaré.

Will leyó y releyó el mensaje; luego, observó el rostro de TC, que seguía con la mirada fija en el monitor. Tenía su perfil a escasos centímetros, y el pequeño diamante brillaba en su nariz. Había mirado aquel rostro desde ese mismo ángulo tantísimas veces que se le hacía extraño no besarlo.

–¡Jesús! – exclamó al fin-. Esto parece un poco fuerte.

Se preguntó si no resultaba demasiado explícito mencionar el trato recibido la noche anterior, y recordó diversos juicios recientes que habían tenido lugar en Estados Unidos y en Gran Bretaña, donde se habían presentado correos electrónicos de algunos periodistas. ¿Qué iban a pensar de alguien que formulaba amenazas directas y decía que obstruiría la acción de la justicia, y todo ello desde una dirección de *The New York Times*? «¡Que se jodan!», fue lo único que se le ocurrió. Su esposa se hallaba en grave peligro. Todo estaba permitido. El mensaje de TC era claro y daba directamente en el blanco. Se disponía a enviarlo cuando algo llamó su atención.

–¿Por qué hasta las nueve de la noche? ¿Por qué esa hora límite?

–Porque puede que no lo lean antes de que haya finalizado el sabbat. Debemos darles tiempo para que respondan.

Lo irracional de aquella situación no disminuía con el tiempo. La idea de unos asesinos piadosos, dispuestos a matar pero reacios a poner en marcha un ordenador antes de la hora permitida, resultaba demasiado absurda para que Will la aceptara. TC le había explicado que el sabbat no terminaba hasta que se cumplía un minuto concreto de la tarde del sábado. No era algo tan impreciso como «a la puesta de sol» o «cuando haya oscurecido». No. Tenía que ser a las 19.42 horas de la tarde. Quien no tuviera reloj, no tenía más que asomarse a la ventana. Si divisaba tres estrellas ya sabía que el sabbat había concluido y que podía reanudar su semana normal de trabajo.

Will no tenía ni idea de qué contestarían los *hasidim*. TC había ido tan deprisa, su deseo de actuar había encajado hasta tal punto con la furia que despertaban en él unos secuestradores capaces, según sabía en ese momento, de matar, que apenas había pensado en las consecuencias de lo que acababan de hacer. Sin duda se trataba de gente rara e impredecible. ¿Quién sabía cómo podían reaccionar? El tono de desafío de Will podía llevarlos a cometer una barbaridad, a decidir que se trataba de una provocación suficiente para asesinar a Beth. Eran capaces de matarla, y él se sentiría culpable por haber hecho caso a una antigua novia. Imaginó el dolor que supondría en el futuro tener que aprender a vivir con semejante culpa.

Sin embargo, ¿qué podía perder? Portarse bien no le había dado resultado. Necesitaba captar la atención de sus adversarios, obligarlos a que comprendieran que tendrían que pagar un precio si mataban a Beth. Aquel mensaje les decía que necesitaban su silencio y que para comprarlo debían respetar la vida de su esposa.

Además, contraatacar hacía que se sintiera bien. Recordó cómo se sintió la noche anterior, cuando se sumergió en la tibia agua del *mikve* antes del sabbat mientras Sandy estaba cerca: se sintió avergonzado de su desnudez, de su disposición a desnudarse con tal de congraciarse con aquellos a quienes habría debido combatir como enemigos. Pues bien, en ese momento estaba vestido y se disponía a enfrentarse a ellos. Con aquel mensaje no solo luchaba por su esposa, sino que también se comportaba como lo hacen los hombres.

Envió el mensaje.

–Bien -dijo TC, dándole un apretón en el brazo-. Buen trabajo.

La satisfacción de TC fue contagiosa y para Will se tradujo en una sensación de alivio. Por fin había hecho algo, por fin había movido ficha.

La tentación de dejarse caer en una de las cómodas butacas del cibercafé era irresistible. Se sentía exhausto, pero TC ya estaba empujándolo para que se pusiera en pie y se marcharan. No se trataba de impaciencia por parte de ella. Will sabía que estaba calculado, naturalmente. TC temía que el propio Will pudiera ser objetivo de los *hasidim*. Si alguna vez había albergado dudas, ya no: estaba convencida de que no convenía andarse con tonterías con la gente de Crown Heights. Las noticias de Bangkok se lo habían aclarado. Si al principio había sido escéptica, en ese momento estaba convencida.

Al salir, el móvil de Will vibró, pero él esperó a que estuvieran en la calle antes de atreverse a mirarlo siquiera. En la pantalla leyó: «Padre casa». El pobre hombre llevaba horas llamándolo, y él no le había enviado ni un mensaje de texto.

–¿Hola? – contestó.

–¡Gracias a Dios que estás ahí, Will! Estaba muy preocupado.

–Estoy bien. Un poco cansado, pero bien.

–¿Qué demonios ha estado pasando? Me moría de ganas de llamar a la policía, pero no me atrevía hasta que al menos pudiera hablar contigo. De verdad, Will, he estado realmente a punto de hacerlo, pero me he contenido. ¡No sabes qué alivio es oír tu voz!

–No se lo habrás contado a nadie, ¿verdad, papá?

–Claro que no, pero no habrá sido por falta de ganas. Solo dime si has tenido noticias de Beth.

–No, pero sé dónde se encuentra y quién la retiene.

TC gesticuló señalando el móvil y llevándose un dedo a los labios como una severa maestra de escuela. Will captó el mensaje.

–Escucha, papá, creo que será mejor que sigamos hablando desde un teléfono normal. ¿Qué tal si te llamo dentro de un momento?

–¡No! Tienes que decirme algo ahora mismo o me volveré loco. ¿Dónde tienen a Beth?

–Está en Nueva York, en Brooklyn.

Will lamentó al instante que se le hubiera escapado aquella información. Los teléfonos móviles eran terriblemente indiscretos, lo sabía por propia experiencia: los escáneres del periódico captaban las transmisiones de la policía con más facilidad que la NPR. Para aquellos que sabían cómo hacerlo, pinchar un móvil era un juego de niños.

–Pero, papá, ¡escúchame bien! ¡Nada de intentos privados de rescate! ¡Nada de que llames al que ahora es comisario jefe de la policía y que conociste en Yale! Lo digo en serio; podría estropearlo todo y a Beth podría costarle la vida. – Su voz temblaba, y no sabía si acabaría gritando a su padre o poniéndose a llorar-. ¡Prométemelo, papá! ¡Prométeme que no harás nada de nada!

Su padre respondió algo, pero Will no llegó a oírlo porque las últimas palabras quedaron ahogadas por otra llamada en la línea.

–De acuerdo, papá. Ahora voy a colgar. Hablaremos después. – No tenía tiempo para cortesías. Necesitaba que su padre colgara para poder atender la llamada que estaba entrando.

Pulsó los botones tan rápidamente como pudo, con los dedos insensibles por el cansancio, pero no se trataba de ninguna llamada. Lo que había oído era la señal de aviso de que acababa de recibir un mensaje de texto.

Notó que TC se apoyaba en su brazo y estiraba el cuello para poder ver la pantalla del móvil mientras permanecían de pie en medio de la calle.

«¿Leer mensaje?», preguntó estúpidamente el aparato.

–¡Pues claro que quiero leerlo! – exclamó Will, furioso, pulsando el botón de «OK».

Pero el teclado estaba bloqueado. ¡Maldición! Tuvo que apretar más botones y se vio obligado a seguir el camino más largo, escoger los mensajes de texto, abrir la bandeja de entrada y esperar un rato mientras la pantalla lo informaba de que estaba abriendo una carpeta. Por fin, apareció el mensaje: cinco palabras, cortas, simples y totalmente misteriosas.

Capítulo 24

Sábado, 11. 37 h, Manhattan

2 VERTICAL: MOISÉS HACIA BOND.

Después de que TC hubiera descifrado ya un código, aquel mensaje no le provocó perplejidad -Will sabía que resolvería su significado en breves momentos-, pero resultaba inquietante. Aquella serie de incoherencias quizá estuviera a punto de decirle algo. ¿Y si alguna de aquellas palabras se traducía como «Beth»?

TC cogió el móvil y empezó a teclear números, pero de repente se detuvo.

–Dos puede ser «A», «B» o «C». Sin embargo, la alternativa para «vertical» solo es «vertical». Debe de tratarse de un sistema diferente.

–Es una clave de crucigrama.

–¿Qué?

–Sí. Mira, «2 vertical» es como «4 horizontal» o «3 vertical». Es una clave de crucigrama.

–De acuerdo, ¿qué significa lo de «Moisés hacia Bond»? ¿Supone algún tipo de movimiento, como si tuviéramos que llevar a Moisés hasta Bond? Además, ¿qué demonios es Bond?

–¿James Bond? ¿Podría tratarse de un número, ya sabes, cero-cero-siete? – TC parecía perpleja-. Quizá es siete menos dos, lo cual nos daría cinco.

–Y eso nos daría los cinco libros de Moisés, pero no sé si vale como pista. Escucha, tengo frío. – Seguían en plena calle-.Allí -dijo TC señalando un McDonalds.

Con una hamburguesa de beicon en una mano y un bolígrafo en la otra, TC estaba escribiendo combinaciones de números y letras.

–¿Qué me dices de Bond Street? – propuso Will caminando alrededor de ella-. «Lleva a Moisés a Bond Street.»

TC lo fulminó con la mirada.

–Vale, vale, no he dicho nada.

–Mira, examinemos esto a fondo -dijo ella subrayando con una línea todo lo que había escrito-. ¿Qué le contestaste a YY tras su primer mensaje?

Will, que tenía la boca llena, se quedó petrificado justo cuando se disponía a coger unas cuantas patatas fritas.

–No le contesté.

–¿Cómo dices?

–Pensaba hacerlo. Me disponía a hacerlo, pero entonces oímos aquellas noticias de Bangkok y todo quedó olvidado.

Will casi esperaba que TC lo pillara en aquel desliz propio de aquellos a quienes ella solía definir como «cobardes pasivos». «Todo quedó olvidado» era la manera cobarde que Will tenía de decir que él se había olvidado. (TC acuñó ese término en honor de una antigua compañera de piso que,

desesperada por el estado de la cocina que compartían pero demasiado tímida para acusarla directamente, anunció: «Los platos no se han lavado».)

Aquel pensamiento despertó un recuerdo en el que Will no había pensado en años: la gramática alternativa que TC y él habían inventado para reflejar cómo se utilizaba realmente el lenguaje y de qué modo funcionaban las emociones. Naturalmente, estaba el «pasivo-agresivo» y uno de los favoritos de Will, el «pretérito demasiado perfecto» que desplegaban los consumidos por la nostalgia. La presión que causaba el hecho de regalar, especialmente pronunciada en Navidad, era inevitablemente «presente-insistente». «¡Qué perversos éramos!», se dijo Will mientras revisaba en su mente las agudas chanzas que él y TC compartieron mientras vivían juntos.

–Bueno, pues entonces es aún más intrigante -repuso TC haciendo caso omiso del desliz de Will-. Esto no es ninguna contestación, sino un segundo mensaje enviado voluntariamente; e indica que Yosef Yitzhok tiene cierta urgencia: dos mensajes en una misma mañana.

–El primero podría ser de ayer por la noche, pero, vale, ¿por qué iba a ser este urgente?

–No lo sé. – La voz de TC sonaba apagada. Estaba distraída: había cogido el móvil de Will y lo examinaba mientras daba ocasionales sorbos a su batido de chocolate sin apartar la mirada. Cuando por fin salió de su ensimismamiento murmuró-: Él tenía prisa.

Empezó a teclear, después escribió y volvió a teclear. Una leve sonrisa de satisfacción apareció en su rostro seguida de un fruncimiento del entrecejo. Ya estaba. Le pasó la hoja a Will.

DOS MENOS. MÁS POR LLEGAR.

Ambos se miraron en silencio mientras el placer de haber descodificado el mensaje cedía ante el desengaño de su perplejidad.

–Está jugando con nosotros -dijo Will-. Es como si dijera: «Has resuelto dos mensajes, te voy a enviar más» mientras lo sigamos haciendo… ¿Y qué?

–Necesitamos hacerle saber que lo entendemos, pero nos hace falta más información. No nos interesa ofenderlo. Si está intentando ayudarnos será mejor que esté contento. Envíale una respuesta.

Will cogió el móvil y miró a TC con ojos en los que se leía: «Espero que estés en lo cierto».Tecleó:

Gracias, no voy a dejarlo. Quiero saber más. ¿Puedes decirme algo?

Todo lo que podían hacer era aguardar. TC parecía convencida de que un McDonalds era un lugar lo bastante anónimo para servir de escondite, pero Will sospechaba que tenía otro motivo: no lo quería en su casa.

Pero en algún sitio debían esperar. Si los *hasidim* no iban a contestar hasta después de la puesta de sol, hasta que tres estrellas aparecieran en el cielo o hasta que ocurriera quién sabe qué, a ellos solo les quedaba confiar en que Yosef Yitzhok les enviara otro de sus fascinantes mensajes.

Llegó casi una hora después, y a primera vista tenía tan poco sentido como los precedentes.

WET NOSE DEBUGS ROOM.

Esa vez, fue Will quien tecleó y escribió enseguida el resultado en su cuaderno de notas. Cuando hubo anotado la tercera palabra, notó que se le hacía un nudo en el estómago. TC estiró el cuello para leer y dio un respingo.

PRONTO HABRÁ MÁS MUERTES.

Capítulo 25

Sábado, 13.53 h, Manhattan

Los presentes los miraban abiertamente o fingían no hacerlo mientras TC intentaba apaciguar a Will, que acababa de dar un puñetazo en la mesa y de estrellar una taza de café contra la pared. Una camarera apareció con una fregona.

–Hemos de mantener la cabeza fría -dijo TC.

–¿Cómo quieres que mantenga la cabeza fría? ¡Esto es una jodida amenaza de muerte!

–Puede que esté intentando prevenirnos.

–¿Prevenirnos? ¡Lo que nos está diciendo es que se disponen a matar a Beth! – Will levantó la vista; tenía los ojos enrojecidos.

El móvil volvió a vibrar. TC lo cogió primero, antes de que Will tuviera la oportunidad de hacerlo. Por primera vez recibían una frase con sentido:

AQUEL QUE VACILA ESTA PERDIDO.

TC lo examinó durante un segundo, antes de intentar encontrarle un significado alternativo. No tenía sentido. No, esta vez llegó a la conclusión de que se trataba de un tipo distinto de pista. Cabía incluso que no fuera una pista. Quizá se trataba simplemente de una advertencia en el sentido de que no podían perder tiempo. Mostró la pantalla a Will para que la examinara, y él pareció tranquilizarse un poco. Allí no había ninguna amenaza directa. Más bien sonaba como una llamada a la acción.

TC observó el mensaje un momento y después lo anotó en la primera página de su cuaderno, bajo los tres primeros. Will vio que había escrito pulcramente la primera y codificada versión a la izquierda y su equivalente descifrado a la derecha. Por un instante, Will se la imaginó en el colegio: la clase de chica que siempre tenía el plumier ordenado.

Mientras TC mordisqueaba el bolígrafo y se esforzaba por encontrar sentido al último acertijo, Will hizo lo posible por matar el rato: picoteó la comida, se mordió las uñas, tamborileó con los dedos en la mesa e intentó leer el periódico, pero no pudo concentrarse. Oyó que una pareja discutía: «No te creo», le decía la mujer al hombre. En el instante en que Will oyó aquellas palabras, se enderezó de golpe recordando la noche en el Carnegie Deli. Allí, Beth le

había dicho algo precioso y sin ninguna ironía, a pesar de que él había intentado restarle importancia haciendo una broma. «Creo en ti y en mí», había declarado Beth; de repente deseó haberle contestado que él también creía en ella, porque era verdad: Beth constituía su verdadera fe.

El móvil vibró:

QUIEN NADA SABE DE NADA DUDA.

Esta vez, Will lo leyó en voz alta. Sabía cuál iba a ser la respuesta a su siguiente pregunta, pero la formuló de todos modos.

–¿Has averiguado algo de la primera, de «Aquel que vacila está perdido»?

–Todavía no. «Quien nada sabe de nada duda.» ¿Qué puede querer decir? – TC estaba escribiendo las palabras con lápiz en un rincón de la página donde ya había garabatos.

–No lo entiendo -comentó Will por decir algo-. Parece una contradicción. En el primer mensaje nos dice que no vacilemos, que sigamos adelante, y ahora nos suelta que dudar es bueno. Ya sabes que solo los idiotas no tienen dudas.

–Dudar no es lo mismo que vacilar.

–¿Y cuál es la diferencia?

–¡Ahora mismo no lo sé! Estoy intentando pensar. Este tío quiere decirnos algo, ya sabes, algo como «adelante» o «pensad las cosas a fondo». No lo sé. En cualquier caso suena como si quisiera ayudar.

–No. Si realmente quisiera ayudar no se comunicaría con jodidos acertijos.

Otro mensaje:

LAS OPORTUNIDADES RARA VEZ SE PRESENTAN DOS VECES.

Tan pronto como Will lo hubo leído, TC murmuró:

–Lo de «dos veces» es interesante. Puede que nos esté diciendo que multipliquemos algo. Quizá lo estamos interpretando equivocadamente desde el principio. Quizá quiere que interpretemos las letras como si fueran números.

–¿Qué?

–Sí, ya sabes, igual que funcionan los mensajes de texto, solo que al revés. Cogemos las letras y pensamos en ellas como números.

–¿De qué estás hablando?

–Verás, una manera sería contar el número de letras en cada pista. Ese número podría resultar significativo. O puede que cada letra tenga asignado un equivalente numérico. Ya sabes: A es uno, B es dos…

Will estaba perplejo, pero TC no le hizo caso y se puso a escribir febrilmente en su cuaderno, resolviendo operaciones.

No había pasado un minuto desde el anterior mensaje, cuando el teléfono volvió a sonar:

UN AMIGO EN APUROS ES UN AMIGO DE VERDAD.

Will se irritaba cada vez más a medida que llegaban los mensajes. Si quien los enviaba trataba de ayudar, ¿por qué era tan críptico? Le entraron ganas de poder agarrar a Yosef Yitzhok por las solapas y zarandearlo: «¡Si lo que quieres es ayudar, hazlo!».

–Pero ¿qué pasa? – exclamó-. ¿Estamos en el Día Internacional del Acertijo? «Un amigo en apuros es un amigo de verdad.» ¿Qué demonios significa eso? ¿Cómo espera que lo resolvamos tan deprisa?

–Cálmate, Will. En estos momentos es lo único que tenemos. El es lo único que tenemos. Puede que ahora esté en algún lugar desde donde puede enviar mensajes de texto sin que nadie lo vea. Quizá esté intentando enviarnos todos los mensajes que pueda mientras le sea posible.

Tenía lógica. Will se mordió el labio. No quería iniciar una nueva discusión con TC justo en ese momento, cuando ella estaba tan concentrada en su papel de criptógrafa.

Will empezó a dar vueltas por el establecimiento dejando que sus poros se llenaran con la grasa de la hamburguesería, porque eso era en realidad aquel lugar, a pesar de que en esa época vendieran ensaladas. Fue hasta una zona donde había un televisor en marcha. Estaba sintonizado en el NY-1, el canal de noticias por cable de la ciudad, y mostraba las imágenes de la detención en Bangkok del rabino acusado de asesinato. El sospechoso aparecía con la típica imagen -barba, camisa blanca, traje negro y sombrero de ala ancha- mientras iba esposado y escoltado por dos jóvenes y ceñudos policías tailandeses; el hombre mantenía el rostro inclinado hacia el suelo, ya fuera por vergüenza o para evitar que lo reconocieran. En conjunto, la escena no podría haber sido más incongruente. La secuencia fue seguida de imágenes de la policía de Nueva York llegando a pie, en un gesto de sensibilidad, a Crown Heights, tras haber descartado hacerlo en sus habituales coches patrulla a pesar de haberlo ordenado así la oficina del alcalde.

Aquellas imágenes reavivaron la discusión que Will y TC habían mantenido varias veces a lo largo de aquella larga tarde.

–Debería presentarme allí ahora mismo.

–¿Para qué? ¿Para que vuelvan a meter tu cabeza en agua helada?

–No. Les diría lo que tú y yo hemos escrito en ese correo electrónico. Que sé cuáles son sus intenciones y que deberían hacer un trato.

–Es demasiado arriesgado; podrías decir la palabra equivocada y empeorar la situación. La ventaja del correo electrónico era que podíamos controlar exactamente lo que se decía. – «Lo que se decía», de nuevo la cobarde forma pasiva. Evidentemente, TC se mostraba reacia a reconocer que había puesto aquellas palabras en boca de Will.

–No puedo dejar a Beth allí. ¡Quién sabe de lo que es capaz esa gente si se ven rodeados! ¡Se pueden dejar llevar

por el pánico! ¡Uno de esos matones podría pasarse de la raya o mantenerle la cabeza bajo el agua un segundo de más!

–Tú sí que estás dejándote llevar por el pánico. Ya te lo he dicho. Esto es como escalar una montaña: no hay que mirar abajo; de modo que no debes pensar en eso. Además, ese lugar está lleno de policías. Hoy no se atreverán a nada mientras la policía ronde por allí. Lo que el tono de los mensajes de Yitzhok nos dice es que el juego todavía no ha empezado. Nada ha cambiado. No ha ocurrido nada irreversible.

–Salvo que tú no crees que sean de Yosef Yitzhok.

–No estoy segura. Eso es todo.

La discusión se repitió varias veces hasta que terminó de modo poco concluyente cuando los dos se sumieron en un hosco silencio. Más tarde, Will recordó que él y Beth nunca se peleaban. Discutían, pero no se peleaban. En cambio, él y TC lo habían convertido en un deporte olímpico.

Las interrupciones se sucedían cada vez que llegaba un mensaje. Aquellos textos, que al principio Will esperaba con nerviosa expectación, se estaban convirtiendo en algo rutinario, incluso aburrido. Leyó el último:

AL VENCEDOR, LOS DESPOJOS.

Aquello sonaba a amenaza, como si los *hasidim* estuvieran apuntándose un tanto con Beth, como si dijeran: «Si ganamos, nos la quedamos». Will notó que el odio se apoderaba de él.

–Ahora nos amenazan.

–Al vencedor, los despojos -repitió TC lentamente, como si lo estuviera tomando al dictado.

Will echó un vistazo a lo que parecía una retícula dibujada en el cuaderno de TC y que había sido pulcramente rellenada con cada nuevo mensaje de Yitzhok.

–¿Qué tienes ahí?

–Lo de los números no ha funcionado, así que he asignado anagramas a cada uno. Algo he conseguido, pero nada que tenga coherencia. No hay una constante. He intentado convertirlo en acróstico…

–¿En qué?

–En acróstico. Es cuando la primera letra de cada frase te proporciona las letras de la palabra oculta. Ya sabes: «Rosas rojas» te da la «R»; «Violetas azules», la «V». Hay algunos salmos que están escritos de esa manera: juntas las primeras letras de cada línea y obtienes otra línea de rezo. Era un truco: un poema de doce líneas con una decimotercera línea invisible.

–Lo entiendo. ¿Y qué tenemos si haces eso?

–¿Hasta ahora? Lo que tenemos es «A, Q, L, U, A», y ni siquiera prescindiendo de los artículos conseguimos nada.

–¿A qué coño está jugando? Espera… Llegaba otro mensaje:

LA BONDAD ES MEJOR QUE LA BELLEZA.

Will empezaba a sentirse sobrepasado. TC tenía que pensar como un gran maestro de ajedrez en una partida múltiple, yendo de un lado a otro y jugando a la vez un centenar de partidas distintas en un centenar de tableros diferentes. Le había costado un buen rato descifrar un mensaje, y en ese momento tenía seis.

–Will, no hay forma de resolver esto hasta que termine. Cada vez que se me ocurre una teoría, llega el siguiente mensaje y se la carga. Lo mejor será que primero tengamos todos los mensajes, y después ya intentaremos averiguar qué quiere decirnos ese tío.

–¿Te refieres a YY?

–Sí, suponiendo que sea él.

–¿Quién coño podría ser, si no?

–Déjame en paz, Will.

Él no podía culparla por sentirse exasperada. Sabía que se estaba comportando de un modo insufrible, descargaba en ella su rabia, su desdicha y su cansancio. TC no tenía por qué cargar con todo eso. Podía marcharse cuando le diera la gana, y él se quedaría colgado.

Quería pedir perdón, pero era demasiado tarde: sabiamente, TC le había dado la espalda para evitar que la situación empeorara. Lástima que ninguno de los dos hubiera mostrado tanta tenacidad cuando eran amantes.

Apenas habían pasado dos minutos cuando llegó otro mensaje:

A UN HOMBRE SE LE CONOCE POR SUS COMPAÑÍAS.

¿Era una forma de apremiarlo para que pensara en los individuos que lo habían interrogado la noche anterior y que acompañaban al rabino? «Olvídate de él y piensa en sus verdugos.» ¿Era eso lo que intentaba decirle?

Apenas medio minuto después:

LOS GRANDES ROBLES SURGEN DE PEQUEÑAS BELLOTAS.

¡Por Dios, qué irritante era aquel tipo! ¿Era alguna referencia indirecta a padres e hijos? Fuera quien fuese, estaba malgastando un gran esfuerzo al teclear aquellos largos textos cuando lo único que tenía que hacer era enviar unas pocas y sencillas palabras: la dirección donde retenían a Beth. La ira empezó a hervir en su interior y a subir por las venas del cuello.

Todavía no había enseñado a TC el último mensaje cuando empezó a escribir la respuesta:

Ya basta de juegos estúpidos. Ya sabes qué necesito.

Se arrepintió nada más mandarlo. ¿Y si asustaba a Yosef Yitzhok? Ella estaba en lo cierto: era lo único que tenían. Peor aún, ¿y si su mensaje era interceptado por alguno de los tipos duros de Crown Heights y este descubría lo que

Yosef estaba haciendo y se lo cargaba? Will se imaginó a Yitzhok en un callejón, justo en las afueras de Crown Heights, encorvado sobre su móvil, puede que utilizando su chal de rezar para ocultarse, y a dos hombres surgiendo tras él, agarrándolo, arrebatándole el aparato y llevándoselo a rastras para un inesperado encuentro con el rabino.

A pesar de todo, Will notó que una descarga de catártica energía recorría sus venas. No podía seguir soportando la pasividad de aquella situación, allí sentado, con las manos entrelazadas, esperando que las distintas pistas encajaran como migajas salidas de la mesa de los *hasidim*. Replicar sentaba bien.

Poco a poco, el cielo se fue oscureciendo. Will empezó a caminar arriba y abajo con la Blackberry en las manos y dejándola pegajosa. Exactamente a las 19.42, TC le hizo un gesto de asentimiento para indicarle que el sabbat había llegado a su fin. Will miró el aparato, esperando ver parpadear una luz roja en cualquier momento; pero TC le indicó que no, que debía dejar que transcurrieran treinta minutos como mínimo antes de esperar recibir una respuesta. Había cosas que hacer tras el sabbat, incluida la ceremonia del *Havdalah*, en la que con vino, especias y una vela se decía un último adiós a ese día. Luego estaba el paseo desde la sinagoga para hacer el *Havdalah* en casa; y después de eso la mayoría de los hombres querrían probablemente refrescarse.

De modo que, aunque los *hasidim* leyeran el mensaje de Will en algún ordenador de su casa o despacho, no responderían desde allí, porque se podía rastrear con demasiada facilidad. No Will, desde luego, sino la policía en ulteriores investigaciones. Por lo tanto tendrían que acudir al Internet Hot Spot, y podían tardar una hora. Aun así, TC le advirtió que eso sería en el mejor de los casos. Will sabía que les había enviado un correo, pero ellos no. Y si no esperaban ninguno, ¿qué prisa iban a tener en ir a comprobarlo?

Por otra parte, ese día las cosas podían ser distintas. Crown Heights estaba lleno de detectives que investigaban un asesinato por orden de la INTERPOL. El rabino que había maltratado a Will no podría atenerse a su rutina habitual, sino que se vería obligado a responder a un montón de preguntas que no tendrían nada que ver con asuntos del Talmud. Se vería sometido a algún interrogatorio y estaría bajo presión; la idea de aquella inversión de papeles satisfizo enormemente a Will. Si ese era el ambiente, estaba seguro de que tendrían mil razones para comprobar el correo electrónico lo antes posible. Aun suponiendo que no esperaran noticias de Will, tendrían que comunicarse con su gente de Bangkok, de modo que estaba seguro de que encenderían sus portátiles tan pronto como fuera teológicamente adecuado.

Su corazonada se vio confirmada a las ocho en punto. Veinte minutos después de la puesta de sol, la luz roja de su Blackberry parpadeó. Will hizo girar la ruedecilla y vio la misma escritura, cuyos caracteres sabía ya que eran hebreos. «Re: Beth.»

SE HA METIDO USTED EN AGUAS PROFUNDAS. NO SE AHOGUE.

Capítulo 26

Sábado, 20.10 h, Manhattan

Apenas tenía tiempo para discutirlo con TC. Will tecleó furiosamente y contestó aquel mensaje al instante:

Podría llamar a la policía ahora mismo. ¿Qué puedo perder?

Esperó. Entretanto, TC se quedó sentada frente a él, hecha un ovillo y meciéndose adelante y atrás. Will se preguntó si alguna vez la había visto en aquella postura que, sin duda debido a los nervios, parecía casi fetal. La clientela del McDonalds había cambiado, y los pobres y los mendigos habían sido reemplazados por jóvenes que se

disponían a comer algo antes de empezar el recorrido por los bares.

La luz roja de la Blackberry se encendió:

TIENE MUCHO QUE PERDER. PODRÍA PERDERLA A ELLA.

De nuevo, Will no se entretuvo. Supo que aquello era lo que había deseado desde el primer mensaje: un enfrentamiento directo con los secuestradores. La noche anterior, cuando se encontró con ellos, él fingió ser otra persona, se esforzó por comportarse educadamente; pero en esos momentos ya no estaba en su terreno y podía enfrentarse a ellos.

Si le ponen la mano encima serán culpables de dos crímenes. Mi declaración los hundirá. Suéltenla o empezaré a crucificarlos.

Will tardó más que la vez anterior en recibir respuesta, y el tiempo transcurrió terriblemente despacio. La luz roja volvió a brillar, y Will manipuló la pequeña máquina azul:

Medicamentos sin receta. Nosotros cumplimos.

Un *spam*.

Pasaron unos minutos más y:

LLAME AHORA AL 718-943-7770. NO UTILICE GRABADORA

PORQUE, SI LO INTENTA, LO SABREMOS.

Will imaginó lo que estaría ocurriendo al otro extremo de la línea. Sin duda, uno de los matones, Moshe Menachem o Tzvi Yehuda, estaría en el Internet Hot Spot, leyendo y escribiendo los correos electrónicos, obedeciendo las órdenes de su jefe, que estaría al otro lado del teléfono. En ese momento, el jefe quería decir algo que no deseaba enviar por e-mail, incluso mediante uno tan disimulado como aquel.

«Bien», se dijo Will notando que su oponente aflojaba un poco. Miró a TC, que había dejado de morderse las uñas y la

había emprendido con la cutícula. Sacó el móvil y marcó el número lentamente, como si estuviera llevando a cabo una operación quirúrgica. Le temblaban las manos. Se dio cuenta de que aquel hombre lo asustaba.

El teléfono solo sonó una vez. Will notó que alguien había descolgado, pero nadie habló. Tendría que dar el primer paso.

–Soy Will Monroe -dijo-. Me ha dicho que lo llamara.

–Sí, Will, eso he hecho. Primero, permita que me disculpe por lo ocurrido ayer. Se trató de un lamentable error de identidad por nuestra parte, pero al que usted aportó su granito de arena al cometer la equivocación de hacerse pasar por otra persona. – Will se preguntó si se suponía que debía reír por aquel juego de palabras, pero se abstuvo-. Creo que es oportuno que hablemos de la situación en que nos encontramos.

–¡Acierta usted jodidamente de lleno al decir que tenemos que hablar, porque tiene que devolverme a mi mujer si no quiere que lo implique en un doble asesinato!

–Tranquilícese, señor Monroe.

–No estoy nada tranquilo, señor rabino. Ayer estuvo usted a punto de matarme y ha secuestrado a mi mujer sin razón aparente. El único motivo por el que todavía no he acudido a la policía es por su amenaza de matarla, pero ahora puedo ir a ver a las autoridades y confirmarles que es usted culpable de lo de Bangkok y decirles que ya ha secuestrado a una mujer aquí mismo, en Nueva York. Si usted mata a mi esposa, lo único que conseguirá es añadir otro delito a su lista. – Will estaba contento de cómo le había salido: le parecía más coherente de lo esperado.

–De acuerdo. Voy a hacer un trato con usted. Si no dice nada y no habla con nadie, haremos todo lo que podamos para mantener a Beth con vida.

«Beth.» La palabra le sonó extraña proviniendo de una voz de barítono como aquella; su timbre solo se había alterado mínimamente por el auricular.

–¿A qué se refiere cuando dice que harán todo lo que puedan? ¿Quién más hay ahí? Ya que lo ha hecho usted, suya es la responsabilidad. ¿Me garantiza o no la seguridad de mi mujer? – Aquella frase, que no había planificado, hizo que se le ocurriera una idea que expresó en voz alta incluso antes de que estuviera plenamente formada-: Quiero hablar con mi esposa.

–Lo siento.

–¡Quiero hablar con ella ahora! ¡Quiero escuchar su voz como demostración de que sigue a salvo y con vida!

–No creo que sea buena idea.

–No importa lo que usted crea. Quiero hablar con ella, de lo contrario estaré encantado de ir a la policía.

–Puede tardar un rato.

–Pues volveré a llamarlo dentro de cinco minutos.

Will colgó y dejó escapar un suspiro como si hubiera estado conteniendo el aliento. Notaba cómo la sangre latía en sus sienes. Su firmeza no solo lo había sorprendido, sino que parecía haber dado resultado. El rabino no se había negado.

Contó los minutos mientras miraba cómo el segundero de su reloj recorría la esfera. TC no decía nada.

Pasó un minuto. Dos. Will notó una punzada de dolor en la frente. Sus músculos llevaban tanto tiempo contraídos que le dolían. La capucha de plástico del bolígrafo que había estado mordisqueando se desmenuzó en su boca.

Habían transcurrido cuatro minutos. Se puso en pie y se estiró mientras movía la cabeza a un lado y a otro, haciendo crujir el cuello sonoramente. Miró el móvil. Cuando se cumplieron cuatro minutos y cincuenta segundos desde que había colgado, volvió a marcar.

–Soy Will Monroe. Déjenme hablar con ella.

No se oyó ninguna respuesta, solo unos ruidos, como si la llamada estuviera siendo transferida. Se escuchó una respiración y…

–¿Will? ¿Will? ¡Soy Beth!

–¡Beth! ¡Gracias a Dios que eres tú! ¿Estás bien, amor mío? ¿Estás herida?

Se hizo el silencio y sonaron más ruidos.

–Me temo que he tenido que cortar la comunicación, señor Monroe; pero, ahora que ha escuchado-su voz, ya sabe que está…

–¡Por amor de Dios! ¡Apenas nos ha dejado un segundo!

Will descargó un puñetazo en la mesa; TC retrocedió, asustada. Él mismo se sentía llevado por la emoción. ¡Durante menos de un segundo había experimentado tal sensación de alivio, tanta alegría! Había oído la voz de Beth. No cabía duda. Solo por escucharla le temblaban las piernas. Y entonces había desaparecido, interrumpida antes de que hubiera tenido tiempo siquiera de decirle que la amaba.

–No podía arriesgarme más tiempo. Lo siento de verdad, pero he hecho lo que me ha pedido: ha tenido la oportunidad de escuchar la voz de su mujer.

–Pues ahora tiene que prometerme que no va a ocurrirle nada.

–Will, ya intenté explicárselo anoche. Este asunto no está enteramente en nuestras manos. Ni en las mías ni en las suyas. Hay en juego fuerzas muy superiores. Esto es algo que la humanidad ha temido durante milenios.

–¿De qué demonios está hablando?

–No lo culpo por no entenderlo. Pocos podrían, y esa es la razón de que no podamos explicarlo a la policía a pesar de que lo deseemos. Sin duda no lo entenderían. Por alguna razón, HaShem lo ha dejado en nuestras manos para que lo resolvamos.

–¿Cómo sé que no me está engañando con la finalidad de que no hable? ¿Cómo sé que no planea asesinar a mi esposa igual que han matado a ese tipo de Bangkok?

Se hizo una pausa.

–¡Ah! – exclamó la voz al cabo de un momento-, nada me causa más tristeza que lo sucedido allí. Cualquier corazón

judío llorará amargamente por esa desgracia. – Volvió a hacerse el silencio, y Will esperó a que su interlocutor lo llenara-.Voy a correr un riesgo, señor Monroe. Espero que lo interprete como lo que es en realidad, un gesto de buena voluntad por mi parte: voy a hacerle partícipe de un secreto que podría utilizar fácilmente en mi contra. Al revelárselo le estaré demostrando mi confianza. Como resultado, espero que se muestre más dispuesto a confiar en mí. ¿Lo ha entendido?

–Lo he entendido.

–Lo ocurrido en Bangkok ha sido un accidente. Es cierto que queríamos mantener custodiado al señor Samak, del misino modo que retenemos a su esposa, pero en ningún caso era nuestra intención matarlo. ¡Dios no lo quisiera!

TC se había situado al lado de Will y apretó la oreja contra el móvil.

–Lo que no sabíamos -prosiguió la voz-, lo que no había forma de saber, era que el señor Samak sufría del corazón. ¡Un hombre tan fuerte y con un corazón tan delicado! Los pasos que tuvimos que dar para someterlo a nuestra custodia fueron… Me temo que fueron más de lo que pudo aguantar.

Durante un breve instante, Will pensó como lo haría un periodista: acababa de conseguir una confesión de ese hombre. No de asesinato, pero puede que sí de homicidio. En un arranque de orgullo profesional, Will supuso que ni los mejores de *The New York Times* habrían conseguido nada igual tras horas de interrogatorio.

–Eso fue lo que ocurrió, señor Monroe, aunque le sorprenda escucharlo. Sepa que, hasta el momento, en todos nuestros encuentros no he hecho más que contarle la verdad. Repito que he asumido un gran riesgo al hablarle con tanta franqueza, pero algo me dice que interpretará mi gesto correctamente y no me rechazará. Yo he confiado en usted, y espero que usted confíe en mí. Hágalo por sus propias razones, Will. Hágalo porque le he dicho que haré lo

posible por mantener con vida a su esposa, pero hágalo también por lo que le dije ayer y lo que acabo de repetirle: lo que está aconteciendo es una historia muy antigua cuyo desenlace la humanidad ha temido durante siglos. Su esposa es importante para usted, señor Monroe, desde luego que lo es, pero el mundo, la creación del Todopoderoso es importante para mí.

Le llegó entonces el turno al rabino de dejar que fuera Will quien llenara el silencio. Este se dio cuenta, pero no pudo contenerse.

–¿Qué me está pidiendo que haga?

–Que no haga nada, señor Monroe. Nada en absoluto. Que se mantenga fuera de este asunto y que tenga paciencia. Faltan pocos días; entonces sabremos qué destino nos aguarda. Por lo tanto, a pesar de lo desesperado que pueda estar por ver a Beth, le ruego que espere. Confío en que hará lo correcto, Will. Buenas noches. Que la gracia de Dios nos ilumine.

La comunicación se cortó y Will miró a TC, que parecía temblar con él.

–Después de lo que hemos hablado -comentó ella-, se me hace tan extraño escuchar la voz de ese hombre…

Will había anotado la conversación con el rabino mientras hablaba para que entre él y TC pudieran desentrañar sus posibles significados. No obstante, lo más sorprendente había sido el tono. Si Will hubiera tenido que resumir la conversación ante Harden, ese habría sido su titular: el rabino le había parecido conciliador, pero también algo más; casi arrepentido.

El silencio no duró mucho. El móvil de Will tenía más mensajes que entregar:

UNA CADENA ES TAN FUERTE COMO SU ESLABÓN MÁS DÉBIL.

Y un instante después:

SEGURIDAD EN LOS NÚMEROS. NO

MÁS.

Will los leyó, deteniéndose cuando TC le pidió alguna aclaración sobre la puntuación de la frase. Will le contestó que había dos puntos, uno seguido y otro final. ¿Estaba seguro? Sí, lo estaba. Le costaba concentrarse. Seguía oyendo la voz de Beth: «¡Will! ¡Will! ¡Soy Beth!».

–De acuerdo -dijo TC-, supongamos que lo que dice va en serio, que no habrá más mensajes. Este es el lote completo.

Ante ella, extendidos sobre la mesa, había diez rectángulos de papel. Escritos en cada uno de ellos figuraban los últimos mensajes.

Aquel que vacila está perdido.

Quien nada sabe de nada duda.

Las oportunidades rara vez se presentan dos veces.

Un amigo en apuros es un amigo de verdad.

Al vencedor, los despojos.

La bondad es mejor que la belleza.

A un hombre se le conoce por sus compañías.

Los grandes robles crecen de pequeñas bellotas.

Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil.

Seguridad en los números. No más.

TC los miraba fijamente, con el cuaderno en el regazo, examinando el orden en que estaban. Los mensajes formaban tres grupos: de ánimo, de aviso y enigmáticos. Dejó el cuaderno sobre la mesa. Estaba casi todo lleno de tinta, de lo mucho que había llenado la hoja. Por todas partes había palabras o medias frases que se entrecruzaban, escritas en diagonal o al revés. Había anotado los mensajes en todos los órdenes posibles y, en su intento de conseguir un acróstico, cada vez había subrayado la primera letra. Will podía ver los resultados: «AQLUALALUS» seguida de una lista de variaciones con las mismas letras. Todas ellas sin sentido.

Como si le leyera el pensamiento, TC pasó la página del cuaderno para mostrarle la siguiente. Su superficie estaba

igualmente cubierta de cálculos y diagramas. Luego, le mostró la siguiente y la otra. Llevaba horas rompiéndose la cabeza intentando resolver aquel galimatías.

Will sintió una enorme gratitud. Era consciente de lo solo que habría estado sin ella; sin embargo, no había que darle más vueltas. A pesar de los esfuerzos de TC, a pesar de la combinación de sus dos intelectos, seguían sin descifrar aquel acertijo en diez partes. El misterio los había derrotado.

–¡Me cuesta creer que sea tan tonta! – exclamó TC de repente.

–¿Qué? – Will alzó la mirada y la vio echándose hacia atrás en su asiento con las manos en la frente y los ojos fijos en el techo.

–No puedo creer que sea tan estúpida. – Sonreía mientras meneaba la cabeza con incredulidad.

–Por favor, explícame con detalle de qué demonios estás hablando -dijo Will en un tono que incluso él reconocía como demasiado educado e inglés, el que utilizaba cuando intentaba mantener la calma.

–Estaba absolutamente claro y yo no he hecho más que complicarlo. ¿Cuántas horas habré pasado con esta historia?

–¿Me estás diciendo que lo has resuelto?

–Sí. Lo he resuelto. ¿Qué nos ha enviado? Que si un amigo en apuros, que si pequeñas bellotas… ¡Nos ha enviado proverbios, diez proverbios!

–Bueno, vale, pero… vas a tener que explicármelo. Ya veo que nos ha enviado diez proverbios. El problema es que no sabemos qué significan.

–No significan nada. No tienen que significar nada. Nos ha enviado diez proverbios porque es ahí donde se supone que debemos mirar en Proverbios, diez.

Capítulo 27

Sábado, 20.27 h, Manhattan

Llevaba allí tanto tiempo como ellos y se había pasado el rato murmurando en voz alta. Estaba solo; era un hombre de mediana edad -sin duda un indigente- con el rostro atezado por la exposición a los elementos. A lo largo de la tarde, Will había visto cómo devoraba media ración de tarta de manzana que le había entregado un joven que escuchaba música en su iPod -y que no se había quitado los auriculares- y puede que bolsa y media de patatas fritas, mientras leía en voz alta una Biblia con tapas de plástico que sostenía en sus mugrientos dedos.

A Will, al igual que a los demás clientes que habían procurado sentarse lo más lejos posible, aquellos sermones le habían resultado irritantes. Pero en ese momento le estaba enormemente agradecido, de modo que se le acercó llevando en la mano una taza de café caliente.

–Señor -le dijo-, me preguntaba si le apetecería una taza de café. Está recién hecho.

El indigente lo miró con ojos vidriosos. El blanco de sus ojos se veía amarillento.

–De no haber estado el Señor a nuestro lado, de no haber estado el Señor a nuestro lado cuando nuestros enemigos nos atacaron, nos habrían tragado vivos cuando su furia se desató contra nosotros.

–Sí, señor. Estoy seguro de que tiene usted razón -intentó responder Will durante el breve instante que el mendigo se tomó para respirar, pero de poco le sirvió porque el otro siguió con su perorata.

–La inundación nos hubiera arrastrado, el torrente nos hubiera sumergido, y entonces nos habríamos hundido en las furiosas aguas.

–Señor, escuche, lamento molestarle, pero me preguntaba si sería usted tan amable de prestarnos su Biblia.

–Bendito sea el Señor que no ha permitido que nos convirtamos en presas de sus dientes. Hemos escapado

como pájaros de las trampas de los cazadores. La trampa se ha roto, y hemos escapado.

–Sí, señor. Yo rezo también por lo mismo, pero si me permitiera echar un vistazo a su Biblia… -Will se inclinó e intentó quitársela de las manos; sin embargo, la presa del mendigo resultó sorprendentemente vigorosa y no soltó el libro.

–Nuestra ayuda se halla en el nombre del Señor, creador del cielo y la tierra.

–Sí, sí. Eso pienso yo también, de modo que si me deja ver el libro…

El hombre lo sujetó con más fuerza todavía. Will volvió a tirar, y el mendigo forcejeó en sentido contrario y sin dejar de mascullar.

Will levantó la mirada. TC se había acercado. En esos momentos, él se hallaba prácticamente sentado al lado del indigente y tiraba de la Biblia. Sabía que estaba haciendo el ridículo intentando quitarle el Libro Sagrado de las manos a un simple mendigo.

–Señor -dijo TC dirigiéndose al hombre-, ¿le importaría que rezáramos juntos? – De repente, el indigente calló, y TC prosiguió en tono gentil y razonable-: Le propongo que tomemos como texto el libro de los Proverbios, capítulo diez.

Sin una sola queja, el hombre abrió el libro y pasó las finas páginas con el pulgar. A los pocos segundos empezaba a recitar.

–Los proverbios de Salomón. «Un hijo sabio es la alegría de su padre, pero un hijo necio es la aflicción de su madre.»

Will intentó mirar por encima del hombro para leer el resto del texto lo más rápidamente posible. Se le antojaba la habitual combinación bíblica de profundidad y oscuridad. Las Escrituras siempre habían ejercido ese efecto en él: las palabras producían una música conmovedora, pero su exacto significado solo podía alcanzarse mediante un gran esfuerzo. La mayor parte del tiempo -ya fuera en la iglesia o

en los rezos matutinos del colegio- aquellos sonidos no le decían nada, lo mismo que en ese instante, en aquella extraña y espontánea reunión para rezar.

El mendigo había empezado con el segundo proverbio.

–«Los tesoros mal adquiridos no sirven de nada, pero la justicia libra de la muerte.»

Will siguió leyendo. Versículo tras versículo, sus ojos descubrieron algo inmediatamente inteligible o, mejor aún, algo que le sonaba familiar. Una palabra se repetía una y otra vez. Ya había aparecido en el segundo proverbio, y se repetía en el tercero: «El señor no deja que el justo sufra hambre, pero rechaza la avidez de los malvados».

Y de nuevo en el proverbio undécimo: «La boca del justo es fuente de vida, pero la violencia cubrirá la de los malvados».

Y en el decimosexto: «El salario del justo lleva a la vida; la renta del impío, al pecado».

Y también en el vigésimo primero: «Los labios de los justos sustentan a muchos, pero los necios mueren por falta de sensatez».

Allí donde Will miraba, la palabra parecía saltar de las páginas. En su estado de falta de sueño, casi le parecía percibir que furiosas voces masculinas se la gritaban. Volvía a aparecer en el proverbio vigésimo cuarto: «Al malvado le sucederá lo que teme, pero al justo se le dará lo que desea».

Escuchando cómo aquel indigente murmuraba, se imaginó al rabino de Crown Heights balanceándose mientras leía el proverbio vigésimo quinto y sus barbudos discípulos lo coreaban: «Pasa la tormenta, y ya no existe el malvado; pero eternos son los cimientos de los justos».

La palabra se resistía a desaparecer.

El proverbio vigésimo octavo la repetía: «Alegre es la esperanza de los justos; pero las expectativas de los malvados se desvanecerán».

Y también el trigésimo: «El justo no vacilará jamás, pero los malvados no habitarán la tierra».

Se repetía incluso en el último de los proverbios: «Los labios del justo destilan benevolencia; la boca de los malvados, perversidad».

El mendigo tenía en esos momentos los ojos cerrados y recitaba de memoria, pero Will ya tenía suficiente. Se levantó y se inclinó sobre el oído de TC.

–Oye, debo marcharme.

Sabía que entre los dos podrían haber pasado horas discutiendo aquello, revisando cada proverbio en busca de significados ocultos como si fueran dos estudiosos del Talmud, pero a veces era necesario seguir el instinto. Así funcionaba el periodismo. Uno iba a una conferencia de prensa, le entregaban un voluminoso dossier y de algún modo tenía que leerlo en cinco minutos, decidir qué era importante, hacer las preguntas pertinentes y marcharse. La verdad era que un dossier así no se leía en menos de cuatro o cinco horas, pero a los periodistas les gustaba pensar que semejantes exigencias quedaban reservadas a los simples mortales.

Así, Will hizo caso de su instinto. Además, estaba cansado de tanto hablar, descifrar e interpretar. Deseaba ponerse en marcha, ir a alguna parte. Llevaba horas allí dentro, respirando el aire caliente y dulzón de la comida basura.

Había oído lo que deseaba oír. Sabía exactamente adonde debía dirigirse, y sabía que debía ir solo.

Capítulo 28

Sábado, 21.50 h, Manhattan

Había una larga hilera de ascensores, puede que diez, y ni una sola alma que quisiera subir. Seguramente todas las grandes oficinas se parecían a aquella durante los fines de semana; seguían funcionando, seguían teniendo sus

guardias de seguridad en la entrada, pero no eran más que versiones reducidas de sí mismas en días laborables.

El vestíbulo de *The New York Times* estaba particularmente desierto. Cualquier lunes a las diez de la mañana habría estado abarrotado, mientras los directores de distribución se mezclaban con los diseñadores gráficos en los ascensores, la mitad de ellos llevando su taza de café. Pero en esos momentos el lugar estaba desierto y en silencio, y solo un esporádico «ping» avisaba de que un ascensor había subido algunos pisos y vuelto a bajar hasta la planta baja.

Will saludó con un gesto de cabeza al vigilante que estaba de guardia, que se limitó a devolverle la mirada. El hombre miraba un partido en un monitor que Will supuso que debería estar sintonizado con el circuito cerrado de cámaras de seguridad. Will se guardó su tarjeta y se dirigió hacia la sala de redacción.

Se alegraba de estar allí. Hacía poco que trabajaba para el periódico, pero ya se sentía a gusto en su mesa de trabajo. Además, no podía ni pensar en regresar a casa. El solo hecho de imaginarse cerrando la puerta y topándose con el silencio hacía que se estremeciera. Las fotos de las paredes, la ropa de Beth en los armarios, su perfume en el cuarto de baño… Le daba miedo solo pensar en ello.

Por otra parte, ¿no era eso lo que Yosef Yitzhok le había dicho que hiciera antes de que empezara a comunicarse mediante mensajes de texto? «Fíjese en su trabajo.» Y mediante Proverbios 10 había sido aún más concreto.

Will aceleró el paso cuando entró en la sala de redacción evitando deliberadamente cruzar la mirada con cualquiera que lo estuviera observando. A esas horas de la noche, principalmente era personal del departamento de producción, ninguno de los cuales era amigo suyo. Will desconectó su visión periférica y se concentró en alcanzar su mesa.

Al acercarse y distinguir algo por encima de la mampara divisoria, su corazón se desbocó: le habían dejado una caja en su asiento. ¿Podía ser eso lo que Yosef le había dicho? ¿Había pretendido ser literal?: «Vaya a su oficina. Le espera allí». ¿Sería esa la caja que contenía todas las respuestas?

Will sabía que aquello no eran más que fantasías, pero no pudo evitarlo. Corrió los últimos dos metros, cogió la caja y la sopesó mientras la abría sin contemplaciones. Era mucho más ligera de lo que su tamaño hacía prever y también más difícil de abrir. Al final, las dos tapas superiores se abrieron. Will metió la mano y notó algo blando y carnoso, como una fruta. ¿Qué demonios era aquello? Hundió la mano aún más. Estaba húmedo. Deslizó los dedos por una especie de abertura y tiró hacia fuera el objeto entero.

Era una calabaza de Halloween vacía. Acaba de meterle los dedos por los ojos.

Llevaba una tarjeta pegada.

La compañía Good Relations lo invita a una velada especial…

¡Aquello era cosa de algún imbécil de relaciones públicas! Las invitaciones promocionales para los espectáculos que tenían lugar en Nueva York se estaban volviendo cada vez más frecuentes y absurdas. Llegaba un paquete con gran gasto a través de FedEx y resultaba que contenía una pequeña llave cromada que al final no era más que la entrada para el acto de lanzamiento del último modelo de móvil de Ericsson. El puritano inglés que había en Will reprobaba ese tipo de derroches. Cogió la calabaza y la lanzó al otro lado de la sala. El fruto se estrelló y se abrió contra la mesa de Schwarz. «Ni se dará cuenta», pensó Will.

Echó una ojeada al resto del correo: circulares y comunicados de prensa. Algunos parecían recientes: una invitación para una fiesta en el consulado británico de Nueva York; el folleto de la convención de cierta

congregación evangélica, la Iglesia de Jesús Renacido; una hoja informativa sobre el seguro sanitario del periódico. Sus papeles estaban tal como los había dejado el lunes, el último día que había estado en la oficina.

De eso hacía apenas una semana, pero le parecía toda una vida, como si perteneciera a un feliz tiempo pasado, un tiempo anterior al secuestro. ¡Qué afortunado había sido al salir de Nueva York para dejarse caer en las tierras de Montana sin otra preocupación en su mente que los caprichos de la sección de Nacional! Desde luego no le había hecho ninguna gracia, e incluso había sido lo bastante idiota para preocuparse por su papel en la noticia de las inundaciones. ¡Como si algo de todo aquello tuviera importancia! Una de las canciones favoritas de Beth acudió a su memoria: «*You don't know what you've got till it's gone...*».Al cabo de unos segundos ya no oía la voz de Joni Mitchell, sino la de Beth. A ella le encantaba cantar, y a él escucharla. Una vieja guitarra acumulaba el polvo en un rincón del salón, un recuerdo de sus días de estudiantes, cuando ella solía cantar para sí viejas canciones de amor y desamor. Últimamente lo hacía cada vez menos, y él tenía que animarla; pero cuando lo hacía, su corazón se elevaba.

Will notó que los ojos le escocían. Tenía ganas de llorar, de rendirse a los recuerdos de su mujer, que lo habían cogido desprevenido. Tenía ganas de dejarse caer en su silla, apoyar la cabeza en los brazos para prolongar la memoria, para aferrarse a ella igual que lo haría un niño que deseara atrapar una burbuja de jabón y evitar que estallara.

Pero, en lugar de eso, buscó la libreta de notas que había dejado allí cinco días atrás, la que había utilizado para anotar los datos de su reportaje de Brownsville y cuyas páginas estaban llenas por ambas caras.

No estaba bajo el montón de los comunicados de prensa ni tampoco bajo las revistas o los diarios que ya había empezado a acumular mientras esperaban a ser recortados

y archivados, tarea que le gustaba pero que nunca llegaba a realizar. Miró en los cajones, donde había dejado unas cuantas tarjetas de visita, pilas y una vieja grabadora por si el mini-disc se estropeaba. Allí tampoco estaba. Volvió a mirar en la mesa, en el suelo y después revisó de nuevo sus papeles.

Miró también alrededor, y sus ojos se entretuvieron en una foto del hijo de Amy Woodstein, donde aparecía luchando en broma con su madre, empujándola a un lado. Ambos sonreían, y Amy mostraba una expresión de relajada alegría que nunca -ni ella ni nadie- mostraba en la redacción. De repente, oyó de nuevo sus palabras: «Mi consejo es que, si tienes a Terry cerca, cierres bajo llave tus cuadernos de notas y hables en voz baja cuando utilices el teléfono».

Se dio la vuelta lentamente. Tan ordenada como de costumbre, en la mesa de Walton no parecía que hubiera un papel de más: solo una libreta.

Will se acercó lentamente, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que no hubiera nadie por los alrededores. Recorrió la mesa con las manos, como si pretendiera confirmar mediante el tacto que realmente estaba tan limpio y despejado como parecía. No encontró nada. Levantó la libreta para ver sí su colega había deslizado otra debajo. Tampoco.

Su mano se dirigió hacia el cajón de la mesa. Sin dejar de mirar a un lado y a otro, tiró de él. Estaba cerrado.

Se sentó en la silla de Walton, dispuesto a buscar la llave. Estaba seguro de que se hallaba en alguna parte. Nadie la llevaría en el llavero, ¿no? Deslizó los dedos bajo la mesa esperando encontrarla sujeta con cinta adhesiva. Nada.

Se recostó en la silla. ¿Dónde podía estar? Encima de la mesa solo había la libreta y unos cuantos recordatorios de los días de gloria de Walton como corresponsal extranjero: un busto de Lenin y, lo más raro de todo, una esfera de

cristal donde no aparecían niños en trineo sino un paternal Sadam Husein que abría los brazos hacia una niña y un niño que corrían hacia él. El típico recuerdo kitsch del partido Baaz que Walton conservaba del tiempo en que había cubierto la primera guerra del Golfo. Will lo cogió para darle un meneo, para ver cómo la nieve caía sobre el gran tirano iraquí. Entonces la vio, junto a los primeros copos, pegada a la base de la esfera: una pequeña llave cromada.

–Buenas noches, William.

Will notó que sus músculos se contraían. Lo habían descubierto. Dio la vuelta en la silla.

El hombre que estaba de pie en la penumbra apenas era visible, pero Will reconoció el perfil antes de distinguir sus facciones. Era Townsend McDougal, el director ejecutivo de *The New York Times*.

–Ah, hola. Buenas noches. – Will se dio cuenta de que su voz delataba nervios, fatiga y miedo.

–He oído hablar del entusiasmo y la dedicación al trabajo, pero esto de pasar el sábado por la noche esforzándose no solo en la mesa propia sino también en la de un colega va más allá de la simple llamada del deber.

–Ah, sí. Lo siento, estaba… Estaba buscando una cosa. Creo que debo de haber dejado mi libreta de notas en alguna parte de por aquí. En la mesa de Terry, me refiero.

McDougal hizo un exagerado ademán de estirar el cuello y asomarse al escritorio, como si buscar fuera una ardua tarea, cuando en realidad se veía limpio y despejado.

–No parece que esté ahí, ¿verdad, William?

–No, señor. No lo parece. – Will se sintió molesto por lo de «señor» y también se dio cuenta de que estaba tan echado hacia atrás en la silla de Walton que corría el riesgo de caer de espaldas, igual que alguien a quien apuntaran con una pistola.

–No le vimos por la oficina ayer, William. Harden se preguntaba si había sido usted secuestrado.

Will notó que un febril escalofrío le recorría la nuca, como si estuviera enfrentándose a una terrible gripe. ¡Se sentía tan cansado!

–No. Es que he estado trabajando en algo, en un reportaje.

–¿Qué clase de reportaje, William? ¿Tiene un nuevo y desconocido héroe para nosotros? ¿Otro diamante en bruto como su bondadoso traficante de crack, otro caritativo fanático de las armas?

A Will se le ocurrió una idea aterradora: o bien el editor jefe se estaba burlando de él o, lo que era peor, manifestaba un claro escepticismo. El periódico ya se había visto otras veces en serios apuros por culpa de jóvenes profesionales que, más que escribir historias reales, lo que habían hecho era inventárselas; historias que *The New York Times* se había tragado y publicado en primera página. La gente aún seguía hablando del escándalo de Jayson Blair, que provocó la caída de uno de los predecesores de McDougal.

Will se dio cuenta de su aspecto: despeinado y sin afeitar.

Y, por si eso fuera poco, estaba en la sala de redacción, en pleno sábado por la noche, sentado a la mesa de un compañero.

–No es lo que usted piensa, señor -se oyó decir con voz fatigada. Tenía la boca seca-. Solo pretendía comprobar algunos aspectos del reportaje de Brownsville. Estaba buscando mi libreta de notas y pensé que quizá Walton…

–¿Y por qué iba a querer Walton su libreta, William? Tenga cuidado y no haga caso a todo lo que se dice en la redacción. Recuerde que los periodistas no siempre dicen la verdad.

Ahí estaba otra vez, una nueva indirecta hacia Will y sus reportajes. ¿Acaso estaba acusándolo con sus suaves modales de Nueva Inglaterra de haberse inventado las historias de Baxter y Macrae? Su postura tiesa era un rasgo

propio de la aristocracia de Massachusetts, pero la fija expresión de sus ojos correspondía con la cara de póquer de un consumado político.

–No. No creo nada en particular. Solo pretendo revisar mis notas.

–¿Hay algo en ese reportaje de lo que no esté seguro. William?

«¡Maldición!», se dijo Will.

–No. Al contrario, me estaba preguntando si no habría algo más en esa historia, algo que se me escapó en un primer momento.

–Ah, eso no me extrañaría.

Otra pulla.

–Debe usted tener mucho cuidado, William. Mucho cuidado. El periodismo puede ser un asunto peligroso. No hay nada más importante que una historia. Eso es lo que siempre decimos. Y suele ser cierto, pero no del todo. Siempre hay algo mucho más importante que las historias, William. ¿Sabe usted qué es?

–No, señor. – Se sentía como si hubiera regresado al despacho del director del colegio.

–Su vida, William. Eso es de lo que debe preocuparse. Recuerde mis palabras. Tenga mucho cuidado. – Townsend hizo una larga pausa antes de volver a hablar-: Le diré a Harden que está descansando.

Dicho aquello, el editor jefe se retiró en la semioscuridad y se dirigió hacia la sección de Nacional. Will se derrumbó en la silla de Walton y dejó escapar un sonoro suspiro. McDougal opinaba de él que era un colgado que estaba a punto de perder el control y de arrastrar al periódico en su caída.

Y encima lo mandaba a descansar. Sonaba como el clásico eufemismo de empresa para indicar una suspensión mientras investigaban la veracidad de los reportajes sobre Baxter y Macrae. ¿Por eso su libreta no aparecía por ninguna parte? ¿La habría cogido Townsend como prueba?

Los dedos de Will seguían rodeando la bola de cristal, que estaba empañada por el sudor de su mano. La había estado sujetando con fuerza durante la conversación con Townsend. Seguro que su aspecto había sido inmejorable: despeinado, con los ojos desorbitados y la mano convertida en un puño. Cuando soltó la bola, volvió a ver la llave que sin duda abría el cajón de la mesa de Walton. Era consciente de la locura que suponía intentarlo tras haber recibido una advertencia en toda regla por parte del editor más importante del periodismo norteamericano, pero no le quedaba otra opción. Su mujer seguía secuestrada, y seguramente aquella libreta contenía el secreto para que la soltaran.

Will miró a derecha e izquierda nuevamente para asegurarse de que no había nadie cerca y dio una vuelta completa para que Townsend no pudiera sorprenderlo por la espalda. Luego, con un único y fluido movimiento, desprendió la llave, se agachó y la metió en la cerradura. Giró sin esfuerzo.

Dentro había varias carpetas de color beis pulcramente ordenadas. Entre ellas, apenas disimulado, se veía el espiral metálico de la típica libreta de notas. Will la sacó y vio la palabra garabateada en la gruesa cubierta: BROWNSVILLE.

¡Demonios! Woodstein no había mentido: Walton le había robado sus notas. Solo Dios sabía por qué. La historia ya se había publicado, de modo que no estaba en juego ninguna exclusiva. ¿De qué podía servirle? Will apartó aquella pregunta de su mente. Por el momento ya tenía bastantes rompecabezas por resolver para tener que añadir el extraño arranque de cleptomanía periodística de su colega.

Will hubiera querido revisar su libreta allí mismo, pero sabía que antes debía cerrar el cajón con llave, dejar esta en su lugar y volver a su mesa, todo sin que nadie lo viera. Contra qué se estaba protegiendo era algo que no sabía. En cualquier caso, el daño estaba hecho desde el momento en que el editor jefe lo había sorprendido.

A pesar de todo, se aseguró de volver a su puesto y trazar un plan de acción antes de abrir la libreta. Primero haría una busca rápida a ver si encontraba cualquier cosa fuera de lo normal, una nota que hubiera deslizado entre las páginas y que se le hubiera pasado por alto o un mensaje escrito por una mano distinta a la suya. Cabía la posibilidad de que Yosef, de algún modo misterioso que no alcanzaba a definir, le hubiera dejado algún mensaje entre aquellas páginas. «Fíjese en su trabajo.»

Will hojeó las páginas en busca de cualquier cosa inusual, pero no vio nada, solo sus garabatos. La redacción estaba tan silenciosa -hasta el televisor que siempre estaba sintonizado en la CNN estaba en silencio- que oía el susurro al pasar las hojas. Casi podía oír sus pensamientos.

Por un breve instante su interés se centró en unas pocas líneas que destacaban por haber sido escritas por otra persona; sin embargo, se trataba solo de los detalles de Rosa, la mujer que había encontrado el cuerpo de Macrae, y que ella misma había anotado. Will se acordó entonces de que le había prometido enviarle un ejemplar del periódico con la historia si esta llegaba a publicarse. No encontró ningún misterioso número de teléfono ni ningún mensaje disimulado, aunque difícilmente podría haber habido alguno si la libreta llevaba guardada en el cajón de Walton desde quién sabía cuándo.

Lo que iba a tener que hacer era fijarse en la pista que sabía que aquella libreta contenía, lo que lo había hecho volver a la redacción. Allí estaba, en una de las últimas páginas, subrayada y rodeada de asteriscos: la cita que había rematado el reportaje, la cita de Letitia, la devota esposa que había pensado en dedicarse a la prostitución antes que permitir que su marido se pudriera en la cárcel. «Puede que el hombre que asesinaron anoche hubiera pecado todos y cada uno de los días de su vida, pero para mí era la persona más justa que jamás he conocido.»

Al instante, Will regresó mentalmente a Montana, cuando habló por teléfono con Beth. Pensó que había sido su última conversación con ella antes de que la raptaran, y que él le había contado el día que había pasado haciendo el reportaje sobre la vida y muerte de Pat Baxter. Will casi pudo oír su propia voz hablando animadamente, antes de caer en la cuenta de que Beth se hallaba a miles de kilómetros de distancia.

«¿Y sabes qué fue lo más extraño, lo que me llamó la atención al instante porque es una expresión que pocos usan? Pues que la mujer que operó a Baxter dijo lo mismo que aquella tal Letitia, incluso la misma frase: "La persona más justa, el acto más justo". ¿No te parece curioso?»

Will no había seguido con ello porque enseguida se dio cuenta de que Beth no lo escuchaba, que estaba preocupada por el asunto que tendría que haberlo preocupado a él también: su incapacidad para tener hijos. Notó que su boca se secaba ante la idea de que Beth pudiera morir sin haber conocido la maternidad.

Apartó aquel pensamiento y miró fijamente su propia escritura en la hoja: «El hombre más justo que he conocido».

Cuando escribió la historia de Baxter llegó a considerar la posibilidad de resaltar aquella coincidencia, pero lo descartó enseguida porque habría parecido que se daba importancia al destacar la similitud de dos historias cuyo único común denominador era la firma que llevaban. Baxter y Macrae habían vivido en extremos opuestos del país y sus muertes no podían estar relacionadas. Establecer una conexión entre dos asesinatos solo habría tenido sentido, desde un punto de vista periodístico, si ambos sucesos hubieran sido muy conocidos, y el público hubiera tenido presentes sus respectivos detalles. Aquel no era el caso, de modo que Will lo dejó correr. No había vuelto a pensar en ello hasta esa noche, mientras se hallaba junto a TC, sentados ambos al lado del mendigo en McDonalds. En la mayoría de los

proverbios que había leído había la misma palabra, una palabra que se repetía demasiado a menudo para que se tratara de una simple coincidencia: «justo».

Aun así, era imposible que los dos asesinatos estuvieran relacionados. Los proxenetas negros de Nueva York y los radicales de extrema derecha de Montana no pertenecían a los mismos círculos ni tenían los mismos enemigos. Al contrario, vivían y morían en mundos opuestos.

A pesar de todo, había algo extrañamente parecido en aquellas dos curiosas historias. Ambas se referían a personas que, si bien en un primer momento habrían podido parecer sospechosas, al final habían hecho el bien; es más, un bien notable, un bien justo. Y las dos habían sido asesinadas sin que se hubieran efectuado detenciones.

Will hizo girar la silla y se situó frente a la pantalla del ordenador. Entró en la página de *The New York Times* y localizó su reportaje sobre Macrae. Decidió releerlo con ojos de forense y ver si había algo en lo que fijarse.

… Fuentes de la policía han hablado de una brutal agresión con arma blanca y de múltiples heridas de cuchillo en el abdomen. Los habitantes de la zona comentan que este tipo de muerte concuerda con las prácticas de las bandas. Como dijo un vecino: «Los cuchillos son las nuevas pistolas».

La forma de matar había sido completamente distinta en cada caso. Baxter había muerto por disparos; Macrae, apuñalado. Will abrió una nueva ventana en la pantalla para acceder al reportaje sobre Baxter y pasó el texto en busca de los párrafos con los datos forenses, la hora y las causas de la muerte. Al final dio con la parte que estaba buscando.

Al principio, los camaradas de milicia de Baxter sospecharon que tras el asesinato se ocultaba un macabro intento de robo de órganos. Ignorantes de su anterior gesto filantrópico, creyeron que Baxter había perdido el riñón la noche de su muerte; además, para añadir verosimilitud a

dicha teoría, el cadáver presentaba señales, en forma de marca de aguja, de haber recibido anestesia.

Will siguió leyendo, buscando más, como si fuera la primera vez que leía el reportaje, y maldijo al que lo había escrito por no decir nada más de la misteriosa inyección. El asunto había quedado en el aire.

Metió la mano en su bolsa para coger su libreta de notas de ese momento, la que había llevado a Seattle, y pasó las hojas hasta que encontró la entrevista que hizo a Genevieve Huntley, la cirujana que había extirpado el riñón de Baxter. Rememoró la conversación que mantuvieron, sentados en el asiento delantero de su coche de alquiler; él la dejó hablar, temeroso de interrumpirla. Según las notas que tenía delante, no le preguntó siquiera por la reciente marca de aguja en el cuerpo de Baxter. Al recordarlo comprendió por qué: tan pronto como la doctora le contó la historia de la donación de Baxter, él descartó lo demás. La historia había pasado de ser un macabro caso de robo de órganos a convertirse en el acto de generosidad de un hombre justo. Además, Huntley le había dicho que no se había sometido a más cirugía, de modo que la idea de una inyección reciente no encajaba.

No obstante, retrocedió unas cuantas páginas para revisar su entrevista con Allan Russell, el forense que había estudiado en Oxford. Su veredicto sobre la marca de aguja había sido que eran «hechos simultáneos». Resultaba extraño pero estaba claro: los asesinos de Baxter lo habían anestesiado primero.

Volvió al reportaje de Macrae. Allí no se mencionaba inyección alguna, solo un brutal apuñalamiento. Se recostó en su asiento. Otra corazonada que se evaporaba. Había creído que podría demostrar que ambas muertes estaban relacionadas de alguna manera; no solo por la extraña coincidencia de la palabra «justo», sino por algo físico, un nexo que pudiera indicar un patrón. Pero no estaba allí. Al final, ¿qué tenía? Solo la muerte de dos hombres cuyo

denominador común era que habían sido dos buenas personas. No había más. En uno de los casos, el de Baxter, se había producido un extraño acontecimiento: que Baxter había sido anestesiado antes de ser asesinado, lo cual no se daba en el caso de Macrae.

Mejor dicho. Will ignoraba si era cierto o no; la policía no lo había mencionado, y él tampoco lo había preguntado. No había visto el cuerpo de Macrae ni había hablado con el forense. La historia no parecía requerirlo. Pero si él no lo había preguntado, quería decir que nadie más lo había hecho. Al fin y al cabo, la historia de Macrae tampoco era tan importante. Aparte de los breves del día del suceso, casi ningún diario la había tratado con detenimiento, al menos hasta que su artículo apareció en *The New York Times*, claro.

Sacó rápidamente el móvil y abrió la agenda. Solo conocía a una persona que podría ayudarlo: pulsó la letra «J» de Jay Newell.

Capítulo 29

OceanofPDF.com

Sábado, 22.26 h, Manhattan

–Diga.

–¡Jay! Gracias a Dios que te encuentro. Soy Will. – Jay Newell era el miembro del grupo de compañeros de Will en Columbia que había optado por la trayectoria profesional menos evidente. Era un perro de presa dentro del departamento de policía de Nueva York. Saltaba por encima de los agentes más apoltronados en su ambición por convertirse en el comisario jefe de la policía de la ciudad antes de los cuarenta. A Jay la vieja guardia le hastiaba tanto como a Will los reporteros veteranos-. Sí, estoy bien. Bueno, en realidad me veo en una especie de apuro, pero ya te lo contaré más tarde. Ahora lo que necesito es que me hagas un enorme favor.

–De acuerdo. – La respuesta había sonado un tanto forzada.

–Mira, Jay, necesito que compruebes algo. Esta semana escribí un reportaje…

–¿El del macarra? Lo leí. Salió en primera plana. Te felicito.

–Sí. Gracias. Escucha, no se me ocurrió consultar los informes de la autopsia. ¿Tienes acceso a esos papeles?

–Will, es fin de semana y estoy siendo muy amable, ¿sabes?

Will echó un vistazo al reloj. Era sábado por la noche y muy tarde. Jay estaba soltero y tenía un montón de amigas. Supuso que lo había llamado en un momento particularmente delicado.

–Lo sé, pero tú tienes la suficiente autoridad para ver lo que quieras. – Se trataba de la clásica táctica de alabanza: Jay nunca admitiría que, en realidad, no tenía esa prerrogativa.

–¿Qué quieres saber?

–Quiero averiguar si el cuerpo de la víctima presentaba alguna señal o alguna marca fuera de lo normal.

–Tengo entendido que a ese tío lo cosieron a cuchilladas.

–Sí, pero a pesar de todo seguía de una pieza. Me gustaría que te enteraras de si le encontraron alguna marca de pinchazo de aguja.

–¿Bromeas? Pero si no era más que un macarra, un proxeneta de Brownsville. Con la cantidad de drogas que los tipos como él se meten en las venas, lo más probable es que parezca una almohadilla de clavar alfileres.

–No lo creo. Ninguna de las personas a las que entrevisté mencionó que se chutara. La verdad es que nadie comentó que se drogara.

–Vale, tío. Lo que tú digas. Lo comprobaré. ¿Es este el número del móvil donde puedo localizarte?

–Sí. Y sea lo que sea lo que averigües, necesito que lo hagas deprisa. Te debo una. Gracias, Jay.

De repente, Will oyó voces seguidas de risas. Parecían provenir de un grupo de hombres que se acercaban. Entonces, más alto que las demás, sonó el tono inconfundible de Townsend McDougal.

–¿Podemos aguantarlo durante veinticuatro horas? ¿Disponemos de ese margen?

Will no tenía ni idea de por qué se dirigían hacia aquella zona desierta de la redacción. En su sección no faltaban salas donde reunirse. ¡Santo Dios! ¿Y si McDougal lo estaba buscando a él y se hacía acompañar por unos cuantos altos ejecutivos para empezar allí mismo su campaña de inquisición?

Will no podía arriesgare a algo así. Al menos en ese momento. A toda velocidad, sin poder comprobar lo que estaba haciendo, cogió sus pertenencias más básicas -su móvil, su libreta de notas, un bolígrafo y la Blackberry-, las metió en la bolsa, se levantó y se alejó de la emboscada de McDougal. Will se dio cuenta entonces de que la única ventaja de ocupar un rincón tan apartado de la oficina era lo cerca que se hallaba de la escalera de atrás. Nunca la había utilizado, pero había llegado la hora de hacerlo.

Una vez en el exterior, aspiró una gran bocanada del fresco aire de la noche y cerró los ojos con alivio mientras se apoyaba en la pared, con el reloj del *Times* justo encima de su cabeza.

Era tarde y todo estaba silencioso. En circunstancias normales, a Will aquello le gustaba. Trabajar a una hora en que el resto de la ciudad no lo hacía, salir de una oficina medio vacía y caminar por Manhattan de noche representaba un franco contraste con la multitud que solía abarrotar aquella calle. No vio a nadie por los alrededores, salvo a un solitario turista vestido con un chándal sin mangas y una gorra de béisbol que miraba uno de los escaparates del periódico; sin duda observaba alguna foto del difunto señor Sulzberger estrechando la mano de Harry Truman o algo así. Debía de tener frío allí fuera. Will tenía prisa por marcharse y apenas le prestó atención.

Capítulo 30

Sábado, 23.02 h, Manhattan

En ese momento se dio cuenta de que la habitación de TC era justo como la hubiera y, de hecho, la había imaginado. Puede que a lo largo de su matrimonio con Beth hubiese pensado en TC una docena de veces, y no durante unos pocos segundos, sino durante un buen rato; eran ensoñaciones diurnas en las que rememoraba su rostro, su voz y su aroma. En aquellos momentos -a veces mirando por la ventanilla de un avión, a veces durante un trayecto nocturno en coche mientras Beth dormitaba en el asiento del pasajero- había seguido a TC más allá del pasado que habían compartido hasta un presente que solo existía en su imaginación. Intentaba imaginarla en el trabajo; se hacía una composición de su rostro, cuatro años más viejo, o del hombre con el que estuviera.

En esas divagaciones había visto que se abría la puerta de su apartamento y podía ver una librería, unos sofás color crema y un viejo televisor de pantalla pequeña. También

había tenido que hacer un esfuerzo -aunque no excesivo, para no romper la ensoñación- para poner al día los gustos de TC. Habría resultado demasiado fácil pensar que mantenía sus preferencias de estudiante, como si hubiera quedado fijada en su romance en Columbia. No. Lo que había pretendido era imaginar a su antigua novia tal como sería en estos momentos.

Y había acertado bastante. La habitación era menos bohemia que el estudio de pintura donde se había reunido con ella la noche anterior. La mayor parte del mobiliario tenía un toque vagamente étnico: mesas de madera oscura, que Will supuso que provenían de India o de Tailandia, así como un par de estores marroquíes de un azul gastado que no colgaban ante ninguna ventana, sino de la pared, como si fueran cuadros. A Will le parecieron recuerdos de algún viaje importante. TC siempre había sido una audaz exploradora, incluso cuando él la conoció. Aun así, no había barritas de incienso encendidas ni *batiks* extendidos sobre los divanes. El lugar ofrecía un aspecto casi minimalista, que revelaba una clara preferencia por los espacios despejados.

Will sabía que ella se había mostrado reacia a recibirlo allí, pero cuando él la llamó tras salir del periódico, TC le dijo que estaba cansada de ir de café en café. Necesitaba darse una ducha y dormir en su cama, así que al demonio con el riesgo. Will, que había mandado un mensaje a Yosef Yitzhok acusándolo de «juegos estúpidos», sabía exactamente cómo se sentía. Pidió directamente a la joven su dirección y le dijo que iría sin tardanza. Había creído que sería más fácil para ambos si TC no tenía oportunidad de decir que no.

Cuando llegó, ella intentó fingir que no se trataba de ninguna ocasión especial. No hubo un recibimiento con las puertas abiertas ni un recorrido por el apartamento; dejó que la encontrara sentada en el suelo de la sala rodeada de Post-it. En cada uno aparecía anotado un proverbio bíblico. Will los reconoció: el capítulo 10 del libro de los Proverbios.

TC se encontraba en medio de todos ellos, con su cuaderno en el regazo, examinando el patrón que había establecido. Will se agachó para echar un vistazo a la hoja llena de tinta y a los Post-it distribuidos por el parquet y sintió una enorme gratitud hacia aquella mujer que no solo le ofrecía apoyo emocional sino también la colaboración de su agudo intelecto. Tuvo la sensación de que era su salvadora.

En un gesto casi involuntario, Will extendió la mano para tocarle la nuca, de modo que le rozó la piel con la palma de la mano y deslizó sus nudillos entre su pelo. TC permaneció cabizbaja, igual que una tímida colegiala que fuera a recibir un premio, pero entonces levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron. De nuevo involuntariamente, una corriente de energía recorrió la mano de Will, que le rodeó el cuello suavemente, como si quisiera atraerla hacia sí.

TC se movió a la vez que él, y sus labios se rozaron en un leve beso. Will aspiró su fragancia, el aroma que en el pasado hacía que le temblaran las piernas y le hirviera la sangre al mismo tiempo. Era una sensación familiar, que había vivido con ella miles de veces antes. Le pareció que se le derretían las entrañas y notó que se excitaba.

Ella se detuvo de repente, agarrándole el brazo con una urgencia que no tenía nada que ver con el deseo y apartando la boca.

–¡Chis! ¿Qué ha sido eso?

Era un sonido metálico que se repitió. Parecía provenir del interior del apartamento. Se quedaron muy quietos, sin atreverse a moverse. Will vio que tenía la mano en la nuca de TC y se llamó al orden. ¿Qué demonios estaba haciendo? Beth seguía retenida en algún agujero dejado de la mano de Dios, y él se lo estaba montando con una antigua novia en el suelo de su apartamento. La sensación de vergüenza le hizo un nudo en las tripas y se sintió fatal.

Retiró la mano y deshizo el abrazo. Se dijo que había sido a causa del agotamiento y por lo desmoralizado que estaba;

había sido un reflejo, un grito de socorro, el acto de un hombre desesperado que buscaba un poco de calor humano; había sido por gratitud hacia todo lo que TC había hecho por él, por la familiaridad de hallarse junto a su antigua amante; había sido un desliz, un momento de locura, el desdichado producto de la crisis que atravesaba. Todas esas explicaciones cruzaron por su mente, y supo que eran ciertas; sin embargo, no iban a convencer a nadie, y menos a él.

TC se puso tensa de nuevo y aferró el brazo de Will con más fuerza aún. El zumbido se reanudó, un sonido metálico y vibrante. ¿Había alguien en el apartamento con una sierra eléctrica e intentaba amortiguar el ruido?

Will se puso en pie de un salto y caminó a grandes zancadas hacia el diván que había en la entrada, donde había dejado su abrigo. Metió la mano en un bolsillo lateral y sacó el móvil para que TC lo viera. Estaba conectado en «Silencio» y había vibrado contra sus llaves.

–¡Maldita sea, nos hemos perdido una llamada!

Will marcó su buzón de voz.

«Tiene un nuevo mensaje.»

Su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Y si se trataba de alguna pista crucial? ¿Y si se trataba de Beth que, tras desembarazarse de sus cadenas y haber logrado arrastrarse hasta un teléfono, había llamado y se encontraba con que su marido estaba demasiado ocupado con una ex novia? No podía sentirse más avergonzado.

Por fin, empezó la reproducción del mensaje:

«Hola, colega. – Era Jay Newell-. No sé de qué va todo esto, y me estoy jugando el culo si alguien se entera de lo que voy a contarte, de modo que esto debe quedar entre tú y yo, en el más absoluto secreto, *capisce*? Bueno, ahí van las noticias. Resulta que en la autopsia del cadáver de tu amigo se encontró, atención porque cito textualmente, "un pinchazo en el muslo derecho que se corresponde con el de un dardo tranquilizante". ¡Toma ya! ¿Te lo puedes creer? Un

dardo tranquilizante como los que se usan para tumbar a los elefantes en el zoológico. Según parece, los disparan con una escopeta enorme, como las de los safaris. En cualquier caso, los análisis confirman que ese infeliz estaba hasta las cejas de sedantes en el momento de la muerte. ¡Joder, ya casi hablo como un poli cualquiera! ¡Socorro! Bueno, espero que te haya sido útil. Llámame alguna vez. Deberíamos salir de vez en cuando. Ah, dale un beso de mi parte a ese pedazo de mujer que tienes.»

Will estuvo a punto de caer sentado por la sorpresa y se dio cuenta de que nunca había esperado realmente que su corazonada se confirmara: un proxeneta de Brownsville y un radical de Montana eran gente que se encontraban en las antípodas. Había llamado a Newell para que le confirmara que las muertes de Macrae y de Baxter no podían estar relacionadas. Si eso se demostraba, podría indagar en otras direcciones más plausibles.

Sin embargo, Yosef le había dicho que se fijara en su trabajo, y eso había hecho. En los días previos al secuestro de Beth, su trabajo había consistido en desentrañar dos curiosas historias ocurridas en los extremos opuestos del mismo continente. Y, a pesar de todo, ahora tenía la prueba de que estaban relacionadas. En sus respectivas vidas, ambas víctimas habían llevado a cabo actos de infrecuente bondad; y en la muerte, ambas habían sido anestesiadas antes de ser asesinadas. El método sedante había sido tan radicalmente distinto como la manera de asesinarlas. Aun así, era demasiada coincidencia.

Will empezó a sentirse eufórico. Por fin hacía algún progreso. Su corazonada estaba ratificada. La llave del secuestro de Beth se hallaba en algún lugar de los acontecimientos de la última semana, y, por lo tanto, también su libertad. Había conseguido llegar hasta allí. Todo lo que le quedaba era averiguar el resto. Se estaba acercando.

Se puso en pie de un brinco, dispuesto a ir hasta TC y anunciarle su descubrimiento. Sin embargo, se detuvo antes de haber dado dos pasos. Lo asaltó el recuerdo de hacía un instante. En este momento, a la vergüenza y el disgusto por su traición a Beth se unía una sensación de apuro. Se había insinuado a TC, y ambos iban a tener que comportarse como si nunca hubiera sucedido.

Entonces lo asaltó otro pensamiento. El hecho de que Macrae y Baxter hubieran sido anestesiados antes de ser asesinados sin duda significaba algo, pero ¿qué exactamente? ¿Qué tenía que ver con Beth que las dos muertes estuvieran relacionadas? Baxter y Macrae vivían a miles de kilómetros el uno del otro, pero pertenecían a mundos que no tenían ninguna relación con Beth y tampoco con los *hasidim*. Sí, Yosef Yitzhok le había dicho que se fijara en su trabajo, pero ¿dónde estaba el nexo de unión entre los tres sucesos?

Empezó a caminar por el apartamento y se hizo una pregunta: ¿y si sus dos reportajes habían sido el detonante que había hecho que los *hasidim* secuestraran a Beth? Ella desapareció el viernes por la mañana, justo cuando su reportaje sobre Baxter salió en la prensa. ¿Acaso era posible que algo de esa historia hubiera puesto en marcha el secuestro de su esposa? ¿Existía algo en la combinación de Macrae y Baxter que había empujado a los *hasidim* a secuestrar a Beth?

Mentalmente volvió a la noche en Crown Heights. Habían señalado su reportaje sobre Baxter y lo habían dejado en la habitación donde lo habían interrogado. Los *hasidim* hablaron de él. Lo que les interesaba no era quién lo firmaba, porque desde el momento en que habían enviado el correo electrónico a su dirección del periódico ya sabían que era reportero de *The NewYork Times*. No, lo que les había interesado era el reportaje.

«O los reportajes», pensó Will por primera vez.

Cogió el móvil, buscó la bandeja de entrada de mensajes y repasó los de Yosef. Contó diez. Allí estaba. Y lo habían descifrado. Leyó: «Dos menos. Más por llegar».

En su momento, él y TC creyeron que se trataba de un mensaje de confirmación, como los de los juegos de ordenador: «Bien hecho, ha alcanzado el nivel 2, la Cámara Secreta. Prepárese ahora para el Sacrificio de Fuego…».

Pero en este momento sabía que tenía otro significado: «Dos menos» se refería a Baxter y Macrae. ¿Quiénes serían los demás?

Capítulo 31

Sábado, 19.05 h, Ciudad del Cabo, Sudáfrica

Solía ir por allí cuando estaba reservado solo para los blancos. Aquella playa, con su suave curva de arena blanca, era uno de sus lugares favoritos. En su época de estudiante iba allí a ver a las chicas y a tomar unas cervezas. En aquel tiempo, los extranjeros que llegaban al país creían que este estaba en llamas y que se consumía en un conflicto racista. Sin embargo, no lo parecía, al menos a él. Era blanco, tenía una posición acomodada y estaba en el mejor momento de su vida. Conocía a algunos jóvenes como él que habían firmado manifiestos, pero, aparte de eso, la política no era un obstáculo. Además, como buen afrikáner que había crecido en el corazón rural del Transvaal, había sido educado para creer en la segregación de las razas; el apartheid no resultaba ofensivo, sino natural. En su granja, los conejos y las vacas ocupaban sus respectivos lugares y no se mezclaban. ¿Por qué iba a ser distinto entre blancos y negros?

En esos momentos, la playa se veía tan preciosa como de costumbre, y el agua rielaba bajo la luz de la luna. Mientras contemplaba el Atlántico, oyó el rumor de los bares a su espalda, el del gentío, una mezcla de blancos, negros y de los que él había llamado desde siempre

coloureds. Intentó no oír el ruido. Quería escuchar sus propios pensamientos.

¿Se sentía eufórico por lo que acababa de hacer? No estaba seguro. Aliviado, desde luego. Había planeado aquel momento durante meses. Día tras día, se había llevado a casa un documento distinto tras otro -a veces, un diagrama; a veces, una serie de números algebraicos-, hasta que por fin había reunido el conjunto completo.

Respiró pesadamente. Recordó los años en la universidad, seguidos por los del postgrado, en su mayoría pasados en un laboratorio. A la edad de veintitrés años se había convertido en investigador farmacéutico, y dedicó los siguientes quince a un único proyecto cuyo nombre en clave era Operación Ayuda. Lo de «ayuda» había sido una pequeña broma de su jefe. Andre Van Zyl formaba parte de un equipo que investigaba una cura para el sida.

Naturalmente, solo eran una parte del todo. El cuartel general del proyecto se encontraba en Nueva York y había ramas satélites en París y Ginebra. La oficina de Sudáfrica aún era más pequeña y había sido escogida por lo que, dentro de la compañía, se denominaba «resonancia clínica». En otras palabras, Sudáfrica ofrecía un adecuado número de enfermos de sida.

Llevaban ya unos años probando nuevos remedios con distintos grupos. Andre había asistido a algunas de las pruebas, en las que se escogía a un centenar de hombres y mujeres enfermos, se elegía a cincuenta de ellos como grupo de control y se administraban nuevas píldoras al resto. Andre estaba ante el ordenador cuando se recibieron los resultados. Una y otra vez, sus informes llegaban a la misma conclusión: «Impacto negativo. Resultados estadísticamente irrelevantes. Es necesario proseguir con la investigación».

Pero hacía nueve meses llegaron unos datos que era imposible omitir. El grupo de ensayo había experimentado una mejoría nunca vista: no es que disminuyeran los

síntomas de la enfermedad, sino que estaban desapareciendo. La medicación parecía no solo frenar el virus, sino eliminarlo por completo del organismo.

Al cabo de una semana llegaron científicos de Ginebra para examinar personalmente a los pacientes. Unos días más tarde, la plana mayor del proyecto aterrizó proveniente de Nueva York y ordenó que, por razones humanitarias, se administrara de inmediato la nueva medicina a todo el grupo.

Andre no pudo evitar reírse de aquello, porque sabía qué ocurriría a continuación: el mandamás norteamericano publicaría el trabajo en *Nature*, comunicaría su descubrimiento y optaría de paso al premio Nobel, que sin duda ganaría. Entretanto, la FDA norteamericana empezaría a probar las nuevas pastillas. Una vez conseguida la aprobación, saldrían a la venta y convertirían a la empresa para la que él trabajaba en la más rica del mundo. Habían encontrado el Santo Grial de la medicina del siglo xxi: una cura para el sida.

El único problema eran las personas como Grace, la mujer que Andre conoció al comienzo de las pruebas. Demasiado pobre para permitirse el antirretroviral que necesitaba, el sida equivalía para ella a una sentencia de muerte; una situación con la que no se podía vivir, contrariamente a lo que sucedía en Europa o Estados Unidos. Aquella cura no sería ningún remedio para los millones de hombres, mujeres y niños como ella de todo el mundo: la nueva medicina no llegaría a ellos porque resultaría demasiado cara. La empresa era propietaria de la patente por un período de veinte años. Hasta que concluyera ese plazo disfrutaría de un absoluto monopolio y podría poner el precio que quisiera.

Por lo tanto, esa mañana se había presentado en las oficinas de FedEx con una gran caja dirigida a un hombre al que no conocía y que vivía en Mumbai, en India. Reverenciado y odiado como el rey de las copias, ese

hombre había ganado una fortuna copiando las medicinas occidentales y vendiéndolas al tercer mundo por una décima parte de su precio en origen. Ya lo había hecho con algunos de los primeros medicamentos contra el sida. Ahora, dentro de un par de días, recibiría los datos completos de la fórmula de la nueva cura. En la nota que le enviaba, Andre exigía de forma tajante: «¡Fabrique esta medicina y distribúyala por todo el mundo ya!».

La luna se ocultó. Más que ver las olas, las oía. Decidió ir a uno de los bares y tomar una cerveza. ¿Quién sabía cuándo podría hacerlo de nuevo? Al día siguiente, la empresa podía descubrir su robo, su traición y hacer que lo detuvieran por una docena de cargos. Con la cantidad de dinero que había en juego, sin duda decidirían que merecía un buen escarmiento. Quizá pasaría el resto de su vida en la cárcel.

Por lo tanto, decidió saborear esa noche. Bebió y flirteó, y cuando una bella joven de largas y bronceadas piernas y con una minifalda que apenas le tapaba el trasero se le acercó, Andre aprovechó la oportunidad.

Ella rió de sus bromas y dejó que él apoyara su mano en su desnudo muslo. El trayecto en el coche descapotable estuvo acompañado de largos y apasionados besos en todos los semáforos. Llegaron a su apartamento, y ella se desprendió voluntariamente de su ropa. Luego, fue a prepararle una copa, que Andre bebió agradecido; ni siquiera vio el residuo que había quedado en el fondo del vaso.

Tosió un poco, notó un vahído y se prometió que otro día no bebería tanto. Mientras perdía el sentido y se deslizaba hacia la muerte oyó la voz de la chica que recitaba lo que parecía un poema, o una plegaria.

Capítulo 32

Sábado, 23.27 h, Manhattan

De no haber sido por el deseo y por el sentimiento de culpabilidad, puede que Will nunca lo hubiera visto. Todavía no había explicado a TC su conversación con Jay Newell ni lo que había descubierto; ella estaba de puntillas para alcanzar un libro de los estantes superiores. Al estirarse, su jersey se levantó, dejando al descubierto la tersa piel de la base de su espalda. A pesar de que se sentía avergonzado, Will volvió a deleitarse con las curvas del cuerpo de su ex novia, de modo que se dio la vuelta.

Para que no hubiera duda de que no era un mirón, centró su atención en el escritorio de TC, que estaba lleno de papeles, recortes de revistas -principalmente de arte- y de periódicos, y donde también se veía algún número suelto del *NewYorker* o del *Atlantic Monthly*. Vio folletos de ciclos cinematográficos, unos cuantos catálogos de tiendas de ropa, dos gruesos ejemplares de *Vogue* y lo que le pareció una carta manuscrita.

De haber estado en una entrevista de trabajo, Will habría dicho que su siguiente impulso se debió a la curiosidad profesional, pero la verdad pura y simple era que estaba fisgoneando. Tiró de la hoja que se hallaba atrapada entre un ejemplar de la revista dominical de *The New York Times* y una guía del Lincoln Center hasta que tuvo a la vista la mitad superior de la primera página.

Se sobresaltó. La carta estaba redactada en una serie de símbolos que parecían un galimatías; no obstante, estaba claro que era una carta redactada en papel personal y con la fecha escrita arriba a la derecha en números convencionales. Frunció el entrecejo. Si TC hubiera sido una experta en otras lenguas él lo sabría. De hecho, recordaba que una de las áreas en la que flaqueaba era en los idiomas. Ella siempre comentaba lo mucho que lamentaba no haber aprendido francés o español; pero, si no había tenido tiempo para hacerlo, había sido precisamente por culpa de su intensa formación.

Un movimiento en la calle atrajo su atención, y miró por la ventana. Una pareja se estaba apeando de un Volvo que acababan de aparcar. Quizá volvían del cine o de una reunión con amigos. Podrían haber sido él y Beth, disfrutando de una vida normal. Aquel pensamiento le provocó una punzada de dolor y, por enésima vez desde la llamada telefónica de unas horas atrás, volvió a oír la voz de su esposa: «¿Will? ¿Will? ¡Soy Beth!».

Apartó la vista. Un poco más lejos, en la calle, vio a dos adolescentes vestidos con vaqueros muy anchos y a una mujer mayor que llevaba una solitaria flor. Al instante, Will se vio escuchando a Beth en el Carnegie Deli mientras ella le contaba la historia del muchacho que había regalado una rosa a la recepcionista de la clínica. Beth se había conmovido ante aquel acto de humanidad, pero Will estaba convencido de que ella era la responsable de que el muchacho lo tuviera.

Justo en la acera de enfrente, al otro lado de la calle, se hallaba el hombre de la gorra de béisbol.

Will no lo reconoció al instante. Incluso después de haberse fijado en su chándal azul tardó en establecer la relación; pero algo en su postura, cierta actitud relajada que indicaba que no se dirigía a ninguna parte, sino que estaba donde debía estar, despertó un recuerdo en Will.

Soltó la cortina y se apartó de la ventana. Había visto a aquel hombre esa misma noche. Lo había tomado por un turista solitario que admiraba la sede de *The New York Times* y se entretenía en el escaparate como si no tuviera nada mejor que hacer. Pero en ese instante ese mismo hombre se hallaba frente al edificio de apartamentos de TC. Demasiada coincidencia.

–TC, ¿cuántas salidas tiene esta casa?

Ella alzó la vista de la Biblia del rey Jacobo que había sacado de la estantería.

–¿Qué? ¿De qué me estás hablando?

–Creo que nos han seguido y que deberíamos marcharnos ahora mismo. El problema es que no podemos salir por la puerta principal. ¿Se te ocurre alguna idea?

–¿Estás de broma? ¿Cómo iba alguien a…?

–Escucha, TC, no tenemos tiempo para discutir.

–Bueno, hay una salida de incendios en el pasillo. Eso creo, al menos.

–Demasiado arriesgado. Podría haber alguien más vigilando la parte de atrás. ¿Este edificio tiene portero?

–¿Si tiene qué?

–Ya sabes, alguien que cuide de la casa.

–Ah, sí. Es un tipo agradable. Vive en el sótano.

–¿Lo conoces? Vamos, dime que tiene debilidad por ti.

–Más o menos. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

–Ya lo verás. Recoge todo lo que puedas necesitar.

–¿Necesitar, para qué?

–Para pasar la noche fuera de aquí. No creo que debamos arriesgarnos a volver.

Mientras planeaba la salida, Will recogió las notas de TC repartidas en los Post-it, su móvil, la Blackberry y lo metió todo en los voluminosos bolsillos de su abrigo mientras oía que ella abría y cerraba cajones.

Antes de salir, revisaron una última vez el apartamento. Por la fuerza de la costumbre, TC fue a apagar las luces, pero Will la sujetó justo a tiempo.

–No querrás que todos se enteren de que nos vamos, ¿verdad?

Aquello le dio una idea. Como muchos neoyorquinos preocupados por la seguridad, TC tenía varios artilugios conectados a sus lámparas. La mayoría de la gente los utilizaba cuando salía y los programaba para que actuaran como habitantes fantasma: las luces se encendían por la noche y se apagaban por la mañana. Sin preguntar, Will entró en el dormitorio, lo localizó y lo programó para que se apagara a medianoche. No, demasiado exacto; mejor a las doce menos diez. A continuación, se metió en el cuarto de

baño y, con cuidado de no curiosear demasiado, programó el aparato para que se encendiera cinco minutos antes y se apagara al cabo de veinte. Con un poco de suerte, el tipo de la calle llegaría a la conclusión de que él y TC se habían ido a dormir.

Luego, se dirigieron hacia el sótano. El lugar, lleno de puertas sin picaporte y donde hacía un calor asfixiante, parecía un mal sitio para vivir, pero ese era el hogar del señor Pugachov, el encargado ruso. TC llamó suavemente a su puerta, tras la cual, para alivio de Will, se oían los sonidos de un programa de televisión. Al final, la puerta se entreabrió.

Para su sorpresa, el encargado no era un viejo despeinado, y no iba vestido con un agujereado cárdigan y pantuflas, como los que recordaba de los colegios de su niñez. Al contrario, el señor Pugachov era un tipo bien parecido, de unos cincuenta años, que mostraba un curioso parecido con el antiguo campeón ruso de ajedrez, Garry Kasparov. Teniendo en cuenta los hábitos migratorios de la desaparecida Unión Soviética, no habría sido ninguna sorpresa que ese hombre, cuyo trabajo consistía en firmar las entregas de la paquetería y el correo y en arreglar tuberías atascadas, fuera un gran campeón de ajedrez.

–¡Señorita TC! – exclamó el encargado, encantado. Su expresión cambió en el instante en que vio a Will tras ella.

–Hola, señor Pugachov.

«Coquetea -se dijo Will-. Bien.»

–¿Qué puedo hacer por usted?

–Bueno, verá, mi amigo y yo habíamos pensado dar una agradable sorpresa de cumpleaños a su mujer.

«Buena ocurrencia la de dejar claro que no soy su novio.»

–Y ese cumpleaños va a empezar… -TC miró su reloj con exagerado ademán-… en este mismo momento, justo a medianoche.

–El caso es -dijo Will tomando las riendas de la situación- que necesitamos salir de aquí sin que ella nos vea, porque

la hemos dejado en la entrada del edificio. Bueno, ya imagino que puede sonar un poco raro, pero nos preguntábamos si habría alguna forma de que usted nos ocultara en..., no sé..., en alguna carretilla que pueda tener y nos sacara por la parte de atrás.

Por la manera en que Pugachov los observaba, Will se dio cuenta de que el ruso se había quedado estupefacto. TC lo estaba animando con la mejor de sus sonrisas, pero con escaso resultado. El encargado estaba totalmente perplejo, de modo que Will se decidió por un lenguaje universal.

–Aquí tiene cincuenta dólares. Puede sacarnos en uno de esos cubos de basura -dijo señalando un montón de enormes cubos de plástico alineados junto a la puerta de atrás.

–¿Me está pidiendo que meta a la señorita TC en un cubo de basura?

–No, señor Pugachov, lo que le estoy pidiendo es que nos meta a los dos en ese cubo y nos saque a la calle. Cien dólares. ¿Qué le parece?

Will decidió que la negociación había terminado. Metió el dinero en la mano del encargado y se dirigió hacia la puerta trasera. Meneando la cabeza, Pugachov la abrió. Will le indicó el cubo azul con ruedas marcado con la palabra PERIÓDICOS y le hizo gestos para que lo acercara a la puerta tanto como pudiera. Era demasiado arriesgado salir y que los vieran. A continuación, Will volcó el cubo y vació su contenido en el suelo. Un montón de revistas, diarios, folletos y guías telefónicas se esparcieron por doquier. Cuando en el rostro del encargado apareció una mueca de disgusto, Will le entregó otros veinte dólares. Con el cubo en posición horizontal, a Will no le costó demasiado meterse dentro a cuatro patas, como si se introdujera en un túnel; a continuación se hizo un ovillo e indicó a TC que lo imitara. Los dos quedaron encajados como las dos partes de una nuez en el fondo de un recipiente.

A la orden de Will, Pugachov cerró la tapa y, gruñendo por el esfuerzo, puso el cubo en posición vertical y empezó a empujarlo. De repente, en un arrebato de pánico, Will se dio cuenta de que no le había dicho adonde debía llevarlos.

En el fondo del cubo, entre zarándeos y vaivenes, tanto él como TC se abstuvieron de hacer el menor ruido que pudiera delatarlos. Sus rodillas se tocaban, y sus rostros quedaban a escasos centímetros el uno del otro. Cada vez que Pugachov pasaba por encima de un bache, apenas podían contener las risas ante lo ridículo de su situación; pero en el caso de Will la sonrisa siempre iba seguida de un pensamiento más apremiante: «Beth».

Notaron que la velocidad aminoraba. Pugachov debía de estar cansado. Will dio unos golpecitos en el cubo, y el encargado lo inclinó para dejar que salieran arrastrándose. Había hecho un buen trabajo: había recorrido casi tres manzanas sin salir del estrecho callejón que había tras los edificios de apartamentos. Sin duda, nadie los habría visto.

Se despidieron. TC dio un fuerte abrazo a Pugachov, y Will no tuvo ninguna duda de que aquel gesto valía mucho más que todo el dinero que le había dado. Observaron cómo el inmigrante ruso regresaba empujando el cubo vacío por las calles de Nueva York. Aquel era uno de los mejores aspectos de la gran ciudad: nada se consideraba fuera de lo normal, de modo que nadie prestaba atención a lo que ocurría.

–De acuerdo -dijo Will mirando a su alrededor y situándose-. Ahora todo lo que debemos hacer es andar seis manzanas hacia el norte. Sería mejor si fuéramos a paso ligero.

Se pusieron en marcha.

–Will -dijo TC al cabo de un momento-, ¿qué demonios está pasando? Ves a un tipo con una gorra de béisbol y de repente nos metemos de cabeza en un cubo de basura. Y por si fuera poco, ahora tenemos que correr. ¿Qué ocurre?

–A ese tío ya lo había visto antes, delante del edificio de *The New York Times*.

–¿Estás seguro? ¿Cómo puedes asegurarlo desde un quinto piso? Solo lo has visto durante un segundo.

–Créeme, TC, era el mismo hombre. – Se disponía a explicarle su teoría de la postura, pero se dio cuenta de que sonaría poco creíble-. Su ropa era la misma. Estaba allí para vigilarme o para vigilarnos a los dos.

–¿Crees que lo han enviado los *hasidim*?

–Seguramente. Debe de ser uno de ellos. No ha tenido más que cambiarse de ropa para parecer alguien normal.

TC lo miró.

–Ya sabes a qué me refiero -se explicó Will-.Así podría desaparecer entre la multitud. Lo que vi en Crown Heights la semana pasada… ¡Mierda, pero si fue ayer! Lo que vi en Crown Heights ayer me dice que toda esa gente ha nacido en entornos perfectamente normales. – Empezaba a faltarle el aliento-. Para ellos no tiene que resultar difícil deshacerse de todo eso si la misión lo requiere.

Pocas veces Will había parecido más decidido. No tardaron en llegar a su destino: la estación Pennsylvania. Solo disponían de cinco minutos para esperar lo que él llamaba «el golfo», un anglicismo para definir los servicios que funcionaban después de medianoche. Aparte de un individuo sin afeitar que parecía dormir la mona, tenían el vagón para ellos solos.

–Este es el tren que solía coger para ir a ver a mi padre a su casa antes de que tuviéramos coche.

Enseguida se arrepintió de haber utilizado la primera persona del plural. De algún modo le parecía injusto recordarle constantemente a TC que estaba casado, ya que ella seguía sin pareja. Y su arrepentimiento le recordó que no había pasado ni un solo fin de semana con ella en Sag Harbor. Al contrario, era como si la hubiera imitado manteniendo su relación en secreto. TC solo había visto al padre de Will en una ocasión, y apenas pasaron unas horas

juntos. En cambio, Beth encajó desde el comienzo. Fue otro de los aspectos que hicieron que se sintiera cómodo.

Se hizo el silencio. TC lo rompió al rebuscar en su bolso y sacar el objeto que había estado sosteniendo justo antes de salir del apartamento: la Sagrada Biblia.

–¡Dios mío, un poco más y lo olvido! – dijo pasando las páginas a toda velocidad-. Aquí está: el libro de Proverbios, capítulo diez.

–¿No lo habíamos consultado ya? – preguntó Will-.Ya hemos encontrado lo que él quería que encontráramos: los justos, los hombres justos.

–Ya lo sé, pero como soy un poco tonta quiero estudiarlo un poco más.

–¿Qué estás buscando?

–No lo sé, pero algo me dice que lo sabré cuando lo vea.

Capítulo 33

Domingo, 3.08 h, Sag Harbor, Nueva York

Por lo menos, la casa de Sag Harbor no les deparó ninguna sorpresa. La llave se encontraba debajo de una maceta, como siempre; y el interior de la casa, como muestra de la eficiencia del matrimonio que su padre había contratado para que cuidara de ella durante sus ausencias, incluso estaba caliente.

Will se puso en marcha enseguida; encendió las luces, puso agua a hervir y preparó un poco de té. Luego, se sentó frente a TC con un paquete de galletas Oreo en la mano, al otro lado de la vieja mesa de roble que dominaba la rústica y elegante cocina del señor Monroe padre.

Al instante lo invadieron los recuerdos: los largos inviernos en el colegio, cuando podía sentir todos los kilómetros que lo separaban de su padre; la alegría cuando recibía un paquete por correo, que con frecuencia contenía alguna chuchería típicamente norteamericana o -nunca lo olvidaría- un guante de cuero de béisbol. Y después, cuando llegaban las vacaciones de verano, la emoción de que lo

subieran a un avión, le colgaran del cuello un cartel donde se leía MENOR NO ACOMPAÑADO y lo enviaran a ver a su padre. Aquellos meses de agosto en Sag Harbor, que pasaba buscando cangrejos en la playa o comiendo almejas en el muelle, eran lo mejor del año. Podía sentirlo en ese momento, veinte años después; podía sentir el mismo nudo en el estómago que notaba cuando llegaba septiembre y lo acompañaban al aeropuerto para alejarlo de su padre durante todo un largo año.

Will tuvo que hacer un esfuerzo para regresar al presente. Había empezado a explicárselo en el tren, pero ahora se extendió largamente para contarle a TC lo que ardía en deseos de comunicarle desde que había recibido la llamada de su amigo Jay. Aquella era la primera vez que ella oía hablar de Newell o de la conversación que Will había mantenido con él, pero no tuvo que esforzarse mucho; tan pronto como Will le habló del mensaje de su amigo, ella no tuvo más que atar cabos.

–Así, tanto Baxter como Macrae fueron anestesiados antes de ser asesinados, ¿no? A decir de quienes los conocían, ambos eran personas rectas y justas; y según Yosef Yitzhok y los proverbios, suponiendo que tu interpretación sea correcta, lo importante es precisamente la bondad, la justicia de sus acciones. Todo ello nos conduce a algún plan de mayor alcance de los *hasidim*, entre cuyas incógnitas figura por qué secuestraron a Beth, por qué mataron a ese tipo de Bangkok o por qué nos han seguido esta noche. Más o menos esta es la teoría, ¿verdad?

–Bueno, yo diría que se trata de algo más que de una teoría. Recuerda: «Más por llegar». Es decir, más muertes. Eso fue lo que Yosef dijo. ¡Y se estaba dirigiendo a mí directamente! Ese tío había leído mis reportajes en el periódico y me estaba diciendo: «De acuerdo, has desenterrado dos historias; pero habrá más». ¡Lo cual significa que debemos relacionar esto con todo lo que está ocurriendo! ¿Acaso no lo ves?

–Si, sí. Lo veo. – TC escogió las palabras con cuidado-. El problema es que… Bueno, mi problema es que no entiendo de qué modo pasamos del asunto Baxter, Macrae y sus actos de justicia, que admito que resultan increíbles pero a la vez fascinantes, a ese «más» que se supone que está por llegar.

Will se hundió en su silla con un suspiro.

–¡No seas así, Will! – exclamó TC-. Has hecho grandes progresos. Casi lo hemos resuelto. Estoy segura. Mira, lo mejor será que durmamos un poco. Luego volveremos sobre el asunto -le dijo poniéndole una mano en el hombro y despertando recuerdos tanto en ella como en él-.Vamos, será lo mejor.

De repente, Will se levantó y salió de la cocina. TC lo siguió.

–¡Will! ¡No te vayas!

Lo encontró de pie, en el estudio de su padre, una estancia repleta de libros desde el suelo hasta el techo. Hilera tras hilera, se alineaban volúmenes de textos legales, jurisprudencia seleccionada y dictámenes del Tribunal Supremo que se remontaban al siglo xix. Otra de las paredes estaba llena de textos más actuales: estudios sobre política, la Constitución y, desde luego, las leyes. Todo parecía haber sido ordenado con el celo de un bibliotecario: reunidos según temas y, dentro de cada uno, por orden rigurosamente alfabético. La mirada de TC se posó en la sección dedicada al cristianismo: *Documents of the Christian Church*, de Henry Bettenson; *The Early Church*, de Henry Chadwick; *From Christ to Constantine*, de Eusebius; *Early Christian Doctrines*, de JND Nelly. Todos estaban alineados en perfecto orden.

Pero Will hacía caso omiso de los libros. En su lugar, había conectado el ordenador que su padre tenía en el escritorio y estaba revisando una noticia de Associated Press sin apenas leer las palabras; buscaba algo.

Movió el cursor sobre el texto para resaltar dos palabras: el nombre de la víctima de los *hasidim* en Bangkok: Samak Sangsuk. A continuación entró en Google e introdujo el nombre como criterio de búsqueda.

Su búsqueda de Samak Sangsuk no ha producido resultados.

Estaba a punto de soltar una maldición, pero se contuvo. No fue por la presencia de TC, sino por un ruido que procedía claramente del pasillo. Y no solo uno. Varios. No cabía duda. Había alguien más en la casa.

Capítulo 34

Domingo, 12. 12 h, Manhattan

Ya había esperado bastante. Lo que hizo que sospechara fue que las luces se apagaran. Le habían dicho que aquel hombre estaba buscando desesperadamente a su esposa, de modo que no tenía sentido que se fuera a la cama tranquilamente poco después de medianoche.

Además, temía estar despertando sospechas después de haber estado plantado delante del apartamento durante horas. Sin duda, aquello era Manhattan, la ciudad donde nada ni nadie resultaba sospechoso, pero permanecer allí seguía siendo un riesgo.

En consecuencia, telefoneó a sus superiores y pidió permiso para su siguiente movimiento.

–De acuerdo, pero hágalo limpiamente, ¿entendido?

–Entendido.

–Y que el Señor lo acompañe.

Esperó a que llegara el siguiente inquilino al edificio; era una mujer que regresaba de comprar en una tienda 24 horas, cargada con una bolsa de comestibles. Le bastaron unas pocas zancadas para alcanzarla en la portería, como si él también fuera otro vecino a punto de entrar.

–Permítame que la ayude -dijo mientras sostenía la puerta que ella había abierto. Luego, entró.

Mientras la mujer comprobaba el correo en su buzón, él se encaminó por la escalera hacia el sótano; se detuvo brevemente para cubrirse con un pasamontañas.

Oyó el sonido del televisor que se filtraba a través de la puerta. Llamó y aguardó mientras acariciaba el frío acero del revólver que pensaba desenfundar en cuanto le abrieran. No tuvo que esperar mucho.

Pugachov retrocedió del susto y levantó los brazos en señal de rendición.

–Bien -dijo el hombre-, ahora todo lo que tiene que hacer es portarse bien. No queremos tener problemas, ¿verdad? Lo que quiero es que me conduzca hasta el apartamento del quinto piso, el que da a la calle, donde vive esa chica tan guapa. Ya sabe a quién me refiero. Una chica realmente guapa.

Pugachov no había oído nunca un acento como aquel. Era diferente del de la mayoría de los neoyorquinos que conocía, y tardó un momento en comprender lo que le decía. Al final, creyó adivinarlo y metió la mano por detrás de la puerta.

–¡Eh! ¡Arriba las manos, hombre! ¿No ha oído lo que le he dicho?

–¡Perdón, perdón! – balbuceó Pugachov-.Yo coger la llave, ¡la llave! – Gesticuló señalando para que el hombre del pasamontañas viera la hilera de ganchos numerados de donde colgaban las copias de las llaves de los apartamentos.

El desconocido lo agarró por la ropa y lo empujó hacia la escalera de servicio. Era tarde, y no había nadie a la vista; pero, aun así, coger el ascensor resultaba demasiado arriesgado. Sus órdenes estaban claras: no debía ser visto.

El encargado abrió la puerta con cuidado y llamó con un débil «Hola» mientras notaba el cañón de la pistola en los riñones.

El hombre de la máscara encendió una linterna en busca de la puerta del dormitorio y empujó a su rehén hacia ella.

–Ábrala.

Pugachov hizo girar el picaporte lentamente, pero el pistolero lo apartó bruscamente y abrió de golpe.

–¡Todos quietos! – gritó alumbrando la cama con la linterna.

Al no ver a nadie se dio la vuelta intuyendo una emboscada por la espalda. Pero tampoco. Luego, agarrando a Pugachov por las solapas, empezó a abrir las puertas de los armarios sin dejar de apuntarlo con su arma. Cuando llegó a la puerta del cuarto de baño, le propinó una patada y saltó dentro al tiempo que se daba la vuelta para que nadie pudiera sorprenderlo.

Registró el resto del apartamento iluminando cada rincón con la linterna.

–Bueno -dijo-, esta historia tiene su moraleja: hay que confiar en el instinto. El olfato me decía que se habían marchado y así es.

Encendió las luces y empezó a buscar con más ahínco, sin perder de vista a Pugachov. Conectó el ordenador de TC y entró en su buscador de internet, donde localizó el historial de páginas visitadas. Apareció una larga lista de los lugares que TC había consultado recientemente. El pistolero sacó una libreta y un bolígrafo y apuntó las direcciones. Pugachov observó que llevaba gruesos guantes negros de cuero.

A continuación el desconocido se fijó en lo que quedaba de un paquete de Post-it. El de encima estaba en blanco, aun así lo sostuvo contra la luz y vio marcadas las palabras y los números que se habían escrito en la hoja precedente. Le sorprendía que la gente siguiera cometiendo un error tan elemental. Había esperado más de Will Monroe.

A continuación descolgó el teléfono y pulsó el botón de la última llamada. La pantalla indicó: «1-718-217-54771173667 274341». Tantos dígitos solo podían significar una cosa: Monroe había llamado a algún tipo de servicio automatizado, de los que ofrecían una serie de opciones

numéricas en lugar de una atención personal. El pistolero anotó el número completo y pulsó «Rellamada».

«Gracias por llamar a Long Island Railroad…»

Después de eso, el resto fue sencillo. No tuvo más que marcar la secuencia numérica que había apuntado. La femenina voz de la máquina le dio los horarios de los siguientes tres trenes que salían de la estación de Pennsylvania en dirección a Bridgehampton, la estación de Sag Harbor. A continuación volvió a iluminar el suelo con la linterna y descubrió un fragmento de papel que se le había pasado por alto. En él se leía: «Proverbio 11. La boca del justo es fuente de vida, pero la violencia callará la de los impíos». Se metió el papel en el bolsillo y se volvió para encararse con Pugachov.

–De acuerdo, amigo. Es hora de largarse -dijo indicando la puerta con el revólver.

Cuando Pugachov dio media vuelta para abrirla quedó de costado con respecto al pistolero y, recordando el entrenamiento recibido en el Ejército Rojo, decidió que era el momento: agarró el brazo del pistolero y se lo retorció en la espalda, forzándolo a tumbarse en el suelo.

La pistola había caído, y Pugachov intentó alcanzarla, pero recibió una patada en los testículos. Se dobló de dolor y notó que un brazo rodeaba su cuello. Intentó contraatacar golpeando con los codos, pero no podía moverse. Lo tenía sujeto, y aquel hombre parecía poseer una fuerza sobrehumana. Notó su aliento en el oído.

De alguna manera, y haciendo un supremo esfuerzo, logró liberar un brazo para intentar golpear a su oponente en la cabeza. No lo consiguió, pero sus dedos se agitaron desesperadamente hasta que al fin hicieron presa en algo. Solo tardó un segundo en darse cuenta de que aquello no era pelo, y con el rabillo del ojo vio lo que estaba sujetando: le había arrancado el pasamontañas al pistolero.

De repente, la presa que lo inmovilizaba lo soltó. Pugachov cayó, jadeando pesadamente. No estaba en

forma, ya no era la máquina de matar que había sido en su juventud; su época de militar en Afganistán formaba parte de un remoto pasado. Quizá el enmascarado sabía que Pugachov no era rival para él y se disponía a dejarlo marchar.

–Amigo, me temo que acaba de cometer un grave error.

Pugachov alzó la mirada y se encontró con un hombre mucho más joven de lo esperado. Sin el pasamontañas, vio que sus ojos eran de un color excepcionalmente azul, casi femeninos en su belleza. Parecían arrojar rayos de intensa y brillante luz.

Pero no tuvo mucho tiempo para fijarse en ellos porque su visión quedó pronto oscurecida por la boca de un silenciador que lo apuntaba directamente entre los ojos.

Capítulo 25

Domingo, 4.14 h, Sag Harbor, Nueva York

Asustada e inmóvil, TC miraba fijamente a Will. EL sonido era demasiado regular para tratarse del crujido de una viga, de la música propia de una vieja casa. No cabía duda: eran pasos. Will cogió el atizador de la chimenea, se llevó un dedo a los labios para indicar a TC que guardara silencio y salió del estudio.

Avanzó de puntillas por el pasillo en dirección hacia la cocina. Parecía que el ruido provenía de allí. Al acercarse oyó un roce, como si el intruso estuviera hojeando papeles. Se acercó un poco más, hasta que pudo distinguir la sombra de un hombre alto. Will notó que su corazón latía alocadamente y que tenía la boca seca.

En un único movimiento, salió del rincón, levantó el atizador y…

–¡Dios mío, Will! ¿Qué haces?

–¡Papá!

–¡Por favor! ¡Qué susto me has dado, hijo! Pensaba que había entrado alguien en la casa -exclamó Monroe padre,

que, vestido con su pijama, se dejó caer en la silla más próxima con una mano en el pecho.

–Lo siento, papá, yo no…

–Un momento, Will. Dame un segundo para que recobre el aliento. Espera.

Cuando Will llamó a TC, la sorpresa de su padre fue completa.

–¿Qué demonios está ocurriendo?

Will se explicó lo mejor que pudo y le relató los acontecimientos de las últimas horas: los mensajes de texto, los proverbios del capítulo 10, su visita a la redacción del diario, el tipo que los seguía, su huida por la estación de tren. El gran juez, convertido en ese momento en padre, escuchó atentamente mientras sostenía la taza de té que TC le había preparado.

–Debería haberte avisado de que estaba aquí -dijo al fin-. Llegué anoche. No había tenido noticias de ti, y me consumía de preocupación. Pensé que escuchar el rumor del mar y respirar un poco de aire puro me tranquilizaría. Beth es tu mujer, Will, pero también mi nuera. Es mi familia -añadió volviéndose hacia TC, cuyo rostro se había sonrojado.

–Lamento que lo hayamos despertado -dijo ella, intentando cambiar de asunto. Luego, bostezó profundamente-. La verdad es que no nos iría mal dormir un poco.

–Moción aprobada -repuso el juez Monroe-. Will, la habitación de invitados está lista.

Aquello lo molestó. ¿Acaso su padre le estaba ordenando que durmieran en camas separadas, como si sospechara que si lo dejaba solo se acostaría con TC? ¿Realmente pensaba que iba a engañar a su mujer, a la nuera a quien tanto él apreciaba?

Puede que su padre pensara algo incluso más retorcido: ¿y si creía que su hijo había montado aquella historia para volver con su ex novia? Will se dio cuenta de lo parco que

había sido compartiendo información con su padre; apenas le había permitido participar en la búsqueda de Beth y había insistido demasiado en dejar a la policía al margen. Puede que hubieran pasado treinta años desde que Monroe padre había abandonado la práctica del derecho penal, pero sin duda no lo había olvidado.

Y lo peor era que Will no podía sentirse ofendido. Al fin y al cabo, apenas hacía unas horas que había besado a TC con los ojos cerrados, y no se había tratado de un beso fugaz, sino de uno de verdad.

Estaba demasiado cansado para decir nada más, de modo que se rindió en silencio ante su padre y se dirigió hacia la escalera; se reunió con TC en el rellano. La actitud de ella -parecía como sí se estuviera ocultando- indicaba que sentía lo mismo: que las sospechas del padre de Will no carecían de fundamento.

Domingo, 12.33 h, Manhattan

–Buen trabajo, joven. Además, su entusiasmo es realmente motivo de alegría para mí. De verdad. – La voz sonaba alta y clara, incluso a través del teléfono-.Ahora, lo mejor que puede hacer es quedarse donde está. Lo de Sag Harbor no me preocupa. No será un problema. Necesitamos que se quede usted en la ciudad.

–Bien. ¿Dónde quiere que me aposte, señor?

–Bueno, no se quedarán mucho tiempo en Long Island, ¿verdad? El tendrá que regresar, y eso significa la estación Pennsylvania. ¿Por qué no se asegura de recibirlo?

Capítulo 36

Domingo, 9.13 h, Sag Harbor, Nueva York

Había dejado el móvil conectado y cerca de la cabecera, pero estaba tan exhausto que el sonido de un nuevo mensaje no fue suficiente para despertarlo. En vez de eso, apareció vagamente en sus sueños: metía la llave en la cerradura de la puerta principal de su apartamento; entraba y se encontraba con que Beth se hallaba en la cocina

abrazando a un niño contra su cintura. Su actitud era de fiereza, como si pretendiera proteger a aquella criatura de cualquier daño que pudiera infligirle un intruso. «Atrás», parecían decir sus ojos. Su aspecto era de una violencia primitiva. «Ya lo entiendo -se dijo Will en el sueño-, es el niño de la rosa.» Justo en ese momento, como si fuera el aviso que confirmara esa idea, empezó a sonar una campana.

Como el molinete de un ancla a la que iza lentamente a la superficie, su cerebro consciente lo arrancó de las profundidades del sueño. Cogió el teléfono y se lo acercó a los ojos.

Tiene un nuevo mensaje.

fOrtY

Saltó de la cama y fue hacia el dormitorio de TC, uno de los pocos que no tenía vistas al mar, pero, en cambio, sí a un jardín de estilo inglés. El sol penetraba por el pasillo acompañado por el rumor de las olas. No se podía negar: su padre había escogido un lugar privilegiado.

Su padre. Solo entonces recordó el encuentro de la noche anterior. Le había faltado poco para abrirle la cabeza. Habría podido matarlo. Pero no tenía tiempo para pensar en aquello.

–De acuerdo -dijo una vez hubo despertado a TC y ella se hubo acomodado contra uno de los muchos almohadones que la mujer que se encargaba de la casa de su padre dejaba en todas las camas-.Ya tenemos otro. «Forty», «Cuarenta».

–¿Cuarenta mensajes? – balbuceó TC abriendo a duras penas un ojo.

–No. Eso es lo que dice el mensaje. Mira.

–¿Por qué lo habrá escrito de una forma tan rara?

–No tengo ni idea. Échale un vistazo a ver si te sugiere algo. Entretanto, tengo que hacer una llamada.

Consultó su reloj: las 9.30 horas. A continuación miró su Blackberry: nada nuevo de Crown Heights. Sin duda no

creían que hubiera accedido a las peticiones del rabino de mantenerse al margen y esperar. Estaba claro que no confiaban en semejante posibilidad. ¿Acaso no habían enviado a alguien para que lo siguiera, precisamente porque sabían que él continuaría investigando?

Las 9.30 horas. A esa hora ya habría alguien en la sección de Internacional del periódico. Además, no podía permitirse descuidarlo mucho más. Mientras marcaba el número alzó los ojos al cielo en una silenciosa plegaria: «Por favor, que responda Andy».

Había al menos cuatro ayudantes que trabajaban en la sección de Internacional de *The NewYork Times*. A Will le costaba acordarse del nombre de todos ellos, pero al menos conocía a uno. Andy debía de ser unos cuatro años más joven que él y, desde la primera vez que se vieron y charlaron en la cola de la cafetería, Will se convirtió en algo parecido a su mentor. Era de Iowa y tenía un sentido del humor cortante; a Will le cayó bien desde el primer momento, porque le parecía una especie de sustituto de la sensibilidad que echaba de menos en su casa.

–Internacional, diga.

–¿Andy?

–Ni más ni menos.

–Gracias a Dios.

–¿Eres tú, Will?

–Sí, ¿por qué?

–No. Por nada, solo que…

–¿Qué?

–Colega, si tuviera que creer todos los perversos rumores que he oído…

–¿Qué perversos rumores?

–Por aquí se dice que el Gran Hombre te soltó una bronca anoche; que te encontró husmeando en la mesa de otro. Yo les he contestado que el periodismo de investigación es un trabajo muy duro.

–Gracias, Andy.

–¿Es verdad?

–Mejor lo dejamos en que no es del todo mentira.

–De acuerdo. Debo reconocer que se trata de una nueva forma de progresar profesionalmente. Eso lo admito.

–Escucha, Andy. Necesito que me hagas un favor: tienes que conseguirme el número de teléfono del corresponsal del periódico en Bangkok.

–¿De John Bishop? Caramba, todo el mundo está interesado en este caso. Al pobre lo tienen agobiado.

–¿Y cómo es eso?

–¿Acaso no ves las noticias? La policía está por todo Brooklyn. Según parece, esos ultra ortodoxos judíos intentaron matar a un tipo en Tailandia. La sección de Local se encarga de cubrir la historia, Walton en concreto.

–¿Walton? – Era lo que le faltaba: más intromisiones del ladrón de cuadernos de notas. Tendría que hablar con Bishop a sus espaldas.

–Sí. Tengo entendido que Walton intentó escaquearse porque era fin de semana. Dicen que te propuso a ti para la historia, al menos hasta que la sección le dijo que tú estabas…,ya sabes…

–¿Que yo estaba qué?

–Pues eso, que no estabas disponible por el momento.

–¿Así es como lo expresan?

–Más o menos. Oye, Will, ¿qué pasa? ¿Estás enfermo o algo así? ¿Has fumado hierba de mala calidad?

Will sabía que Andy estaba intentando quitarle hierro al asunto burlándose de que el felizmente casado y muy trabajador Will Monroe pudiera estar bajo sospecha, como un vulgar drogata. Sin embargo, sus comentarios no le hicieron reír; las chanzas de su amigo no hacían más que confirmar sus peores temores: que el periódico lo había suspendido y que se había convertido en el objeto de todas las conversaciones y de todos los «cotilleos de máquina de café». El hecho de que aquello fuera un asunto sin importancia y que, comparado con sus otros problemas, a

duras penas mereciera tenerse en cuenta, no hacía más que subrayar lo desesperado de su situación.

–No, Andy, nada de hierba de mala calidad. De hecho, ni siquiera hierba. De todas formas imagino lo que puede parecer. Excelente. Maravilloso.

–Lo siento, colega. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

–Sí. Si me consigues ese número de teléfono serás de gran ayuda. A ser posible el del móvil, si lo tienes.

–Claro. Recuerda que hay doce horas de diferencia. Allí son casi las diez de la noche.

Will no se concedió ni un momento para digerir su conversación con Andy. Mientras marcaba el número para comunicar con Bangkok imaginó a los reporteros del periódico echando mano en ese mismo instante de sus móviles para comentar el ascenso y la caída de Will Monroe; pero eso fue todo, porque apartó la idea de su cabeza y se concentró en la llamada que sonaba en su oído.

–Hola…

–¿John? Hola, soy Will Monroe, de la sección de Local del periódico. ¿Te pillo en mal momento?

–No. Solo llevo de pie treinta y seis horas y me disponía a enviar una historia, de modo que podría decirse que el momento es inmejorable. ¿En qué puedo ayudarte?

–Lo siento. Intentaré ser lo más breve posible. Sé que estás colaborando con Terry Walton y no quisiera entorpecer nada que esté haciendo…

–Ya…

–Pero es que estoy trabajando en un artículo… -aquello era una mentira en toda regla y Bishop podía destaparla fácilmente, pero Will pensó que ya estaba hasta el cuello de problemas y que uno más no tendría importancia- y estoy intentando hacerme una idea lo más precisa posible de esa víctima, el tal Sangsuk.

–Samak -contestó Bishop-. Se llamaba Samak Sangsuk. En Tailandia el apellido va en primer lugar, como Mao

Zedong. En fin, el caso es que envié esa información al periódico ayer. Debe de estar en la sección de Internacional.

«¡Mierda! – se dijo Will-, tendría que habérselo pedido primero a Andy.»

–Ya lo sé. Es solo que uno de los *hasidim* de aquí me ha hecho algunas sugerencias.

–Ah, ¿sí? Eso es fabuloso, Will. ¿Qué clase de sugerencias? – El tono de Bishop había cambiado. La perspectiva de poder conseguir alguna información valiosa siempre mejoraba los modales de los periodistas.

–Ya sé que suena raro, pero me han dicho que examinara cuidadosamente la biografía de la víctima.

–No era más que un tío rico. Un hombre de negocios.

–Ya lo sé, pero mi informador -un «informador» era mejor que una «fuente» y resultaba más convincente- me ha dicho que si investigamos a fondo puede que demos con algo interesante, con algo relevante.

–¿Como qué? ¿Que era un ladrón? En esta ciudad la corrupción está por todas partes. Eso no sería ninguna novedad.

Will se lanzó.

–No. Lo que he oído es más bien todo lo contrario. Me han dicho que si investigamos con atención es probable que encontremos en la vida de ese sujeto algo muy poco frecuente, y no me refiero a una corrupción poco frecuente.

–Bueno, y ¿a qué te refieres? ¿Qué es eso tan poco frecuente que vamos a encontrar?

–No lo sé, John. Solo te estoy contando lo que los *hasidim* me dijeron. «Búscalo y eso lo explicará todo.» Eso fue lo que dijo mi informador. Solo quería pasarte la pista.

–Son las diez de la noche.

–Lo sé, pero puede que alguno de los parientes de la víctima, del señor Samak, esté levantado. No sé, alguno de sus amigos…

–Tengo algunos números de teléfono a los que podría llamar. Enviaré todo lo que tengo a la sección de

Internacional.

Se despidieron, y Will dejó escapar un suspiro de alivio. Solo faltaba que le hiciera perder el tiempo a uno de los corresponsales del periódico en el extranjero. Iba a acabar sus días en el *Bergen Record*, y eso suponiendo que lo admitieran allí.

Volvió a llamar a Andy y le dio instrucciones para que le mandara por e-mail cualquier archivo que Bishop pudiera enviar a partir de ese momento. No tenía la más remota idea de qué podría encontrar el hombre de Bangkok.

–Bueno, gracias por el desayuno -lo interrumpió TC, que llevaba un papel en la mano.

–Mierda. Lo siento, estaba hablando por teléfono. ¿Lo has conseguido?

Ella se lo enseñó. Solo se leía «fOrtY».

–¿Sí?

–Al principio he creído que se trataba de un error tipográfico, pero ese tipo es muy preciso. Todo lo ha hecho con un propósito.

–¿Y?

–Pues que ha destacado dos letras, la segunda y la quinta. Empecé leyéndolas en voz alta, pero no tenía sentido.

–Escucha, TC…

–Ya sé. En cualquier caso, es mucho más sencillo. Quiere decir «cuarenta», «segunda» y «quinta». En otras palabras, la Cuarenta y dos con la Quinta.

–Ahí está la Biblioteca Pública.

–Exacto, lo cual indica que…

TC se puso tensa de repente, y Will se volvió. Su padre acababa de entrar vestido con ropa de fin de semana.

–¿Alguna novedad?

–Sí. Acabamos de recibir un nuevo mensaje de texto que nos manda a la Biblioteca Pública.

–¿Crees que ese hombre te está diciendo que te reúnas allí con él? Por Dios, Will, ten cuidado.

–No. No ha dicho nada de eso todavía. Solo ha enviado la dirección: la Cuarenta y dos con la Quinta. Es todo lo que tenemos.

–Bueno, al menos dejad que os acompañe a la estación.

Se oyó un zumbido.

Un nuevo mensaje:

ATRÉVETE A SER DANIEL.

Will lo mostró a su padre y a TC.

–Ah, creo que sé de qué va -dijo aquel unos segundos más tarde-. ¿Qué fue lo que hizo Daniel? – Entró en la guarida del león.

–Y la Biblioteca Pública de Nueva York…

–Está vigilada por dos leones en la entrada; dos estatuas, claro.

–Paciencia y Fortaleza. Así se llaman. Quizá te está diciendo que eso es lo que necesitas.

–No -intervino TC-, creo que nos está indicando que entremos en la biblioteca, que nos atrevamos a ser como Daniel, que nos atrevamos a entrar en la guarida del león. Es eso.

El móvil zumbó de nuevo.

Tiene un nuevo mensaje.

Will pulsó los botones oportunos ante las miradas ansiosas de TC y de su padre, que esperaban impacientes.

PRIMERS' DOMAIN DESCUBIERTO EN EL HUERTO FRUTAL.

–¡Cielos! ¿Qué demonios significa esto? Justo cuando creíamos que estábamos en el buen camino…

–Está escrito igual que la clave de un crucigrama. O puede que en la biblioteca haya una sala que tenga una pintura de un huerto frutal.

–¿Tú qué opinas, TC?

–Tu padre tiene razón. Es la clave de un crucigrama, pero no llego a entender…

–Será mejor que nos marchemos -dijo el padre de Will interrumpiendo las disquisiciones-. Debemos darnos prisa si

no queréis perder el tren.

Una vez a bordo del vagón, Will vio que TC se ponía manos a la obra. Se mordió las uñas, dobló las piernas y finalmente se masajeó las sienes una y otra vez; luego, cogió la libreta de notas de Will y se lanzó a una serie de intentos de descifrado, escribiendo las palabras al revés, invirtiendo su orden. Nada.

De vez en cuando preguntaba a Will y, entre los dos, intentaban desentrañar el hilo lógico de los acontecimientos y los enigmas que habían recibido. Fueron adelante y atrás, intentando hallar alguna pista que se les hubiera pasado por alto.

Al final, mientras traqueteaban entre Flatbush Avenue y Forest Hills, a TC se le ocurrió algo.

–Funciona como las claves de los crucigramas que a mí me gustaba resolver cada vez que venías con uno de tus periódicos. – Will tuvo una visión momentánea de ellos dos en su cuarto de la universidad, desperezándose una mañana cualquiera de domingo-. Cuando dice «descubierto en» se refiere a un código para un anagrama, una de esas desfiguraciones de palabras, como cuando significa «escondido en». Por lo tanto, el huerto frutal de alguna manera está en el «*Primers*' *domaim.*

–¿En esas dos palabras?

–Sí. «*Primers*' *domain*» es un anagrama.

–Un anagrama ¿de qué?

–De «*Pardes Rimonim*». Significa en hebreo el «jardín de las granadas», un huerto frutal. – TC sonreía.

–Vale, pero ¿dónde demonios está?

–Eso lo averiguaremos enseguida.

Capítulo 37

Domingo, 14.23 h, Manhattan

Como de costumbre, paciencia y fortaleza miraban a lo lejos. Desinteresados de las fuentes de la sabiduría que custodiaban y de las multitudes hambrientas de

conocimiento que avanzaban hacia ellos, mantenían sus respectivas posiciones imperturbablemente: centinelas de piedra, silenciosos guardianes del templo de la razón.

A Will siempre le había gustado aquel edificio. Como a todos los jóvenes, descubrir su propio conservadurismo lo había sorprendido, pero poco después de su llegada a Estados Unidos había descubierto que sentía un gran cariño -no, más que eso: casi necesidad- hacia los edificios antiguos. Era más inglés de lo que creía y le hacía falta la firmeza y solidez de los viejos muros de piedra. Había crecido en un país donde hasta el pueblo más insignificante podía presumir de tener una iglesia con más de dos, cuatro y hasta ocho siglos de antigüedad. Cuando lo tenía a su alrededor no reparó en ello, pero tras llegar a un país donde todo era reciente, la falta de aquella antigüedad casi lo aturdía, como al marinero que pone pie en tierra tras una larga navegación.

Nueva York era distinto. Al igual que Boston o Filadelfia, tenía suficientes ladrillos antiguos para que Will se sintiera a gusto. Y la Biblioteca Pública era un ejemplo perfecto: una estructura que podría haber sido arrancada de Londres u Oxford y depositada intacta, desde el aire, en Manhattan.

Mientras entraban, el teléfono de Will sonó de nuevo anunciando un mensaje:

3 VECES BESO LA PÁGINA.

Parecía obvio que se trataba de las últimas instrucciones que necesitaban. Si, según había averiguado TC*, Pardes Rimonim* era el nombre del libro, esas palabras podían indicar el lugar donde debían buscar e incluso el número de la página.

Subieron ágilmente los dos tramos de escalera hasta la sección Dorot Jewish y TC explicó a la bibliotecaria qué libro estaba buscando. Esta dio un respingo.

–¿Se refiere al manuscrito de 1591 llamado *Pardes Rimonim*?

Will y TC cruzaron una mirada.

–¿Se dan cuenta de que es un libro único y muy valioso? – prosiguió la bibliotecaria-. Solo están autorizados a manejarlo el director de la sala de lectura o su subalterno. ¿No pueden volver mañana?

–La verdad es que necesitamos verlo ahora mismo.

–Lo lamento, pero un libro así requiere un permiso especial. Lo siento.

–¿Quién es esa mujer de allí, la que está tomando café? – TC señaló la oficina tras el mostrador.

–Es la subdirectora. Es su hora de comer.

–Vale. ¡Hola! ¡Señora, oiga…!

Will sintió una enorme vergüenza, pero TC apartó a la bibliotecaria y se inclinó sobre el mostrador; gritó e hizo señales a la subdirectora en medio del solemne silencio de la biblioteca. Los estudiosos que se hallaban concentrados en sus lecturas levantaron la cabeza para ver la causa de aquel vocerío. Aunque solo fuera para restablecer el orden, la subdirectora interrumpió su almuerzo y se acercó.

Funcionó. TC tuvo que escribir su nombre y dirección en el libro de visitas, rellenar un formulario y facilitar su identificación. Sin dejar de mascullar, la mujer desapareció para sacar un manuscrito de un armario cerrado con llave del interior del despacho. En total transcurrieron veinte largos minutos, que Will pasó observando los rostros de los lectores de fin de semana que lo rodeaban.

–Aquí está -dijo al fin la mujer acercándose a la mesa donde Will y TC habían montado su base de operaciones. No les entregó el libro ni tampoco lo dejó en la mesa, sino que lo depositó en un atril especial que evitaba que el lomo pudiera abrirse en exceso. TC sacó su cuaderno y buscó un bolígrafo-. Solo están autorizados los lápices. Nada de bolígrafos ni plumas cerca de un libro tan importante como este.

–Lo siento. Que sea un lápiz. Se lo agradecemos. Estoy segura de que no nos llevará mucho tiempo.

–Oh, no pienso marcharme. Voy a quedarme junto a este libro hasta que hayan acabado. Estas son las normas.

TC empezó a pasar las páginas con premeditada lentitud. El manuscrito era una reliquia de una época pasada. Confeccionado a mano en Cracovia, sus páginas guardaban cuatro siglos de historia. TC se sentía intimidada solo con tocarlo.

Will estaba sentado al lado de ella, mirando el último mensaje de texto. Preocupado por la mujer que los observaba, susurró a TC:

–Lo de besar la página, ¿tiene algún significado religioso?

–Los judíos besan sus libros de oraciones cuando están cerrados o si los dejan caer al suelo, pero no tres veces ni páginas concretas. – TC hablaba sin apartar la vista del texto. Parecía sobrecogida por aquel ejemplar.

Will sacó su libreta de notas. Quizá se expresara aritméticamente. Escribió distintas variantes del mensaje: «3 veces» como «3 X». Quizá «I» fuera «1», ¿cómo quedaría?: «3 X 1». No le decía nada.

Entonces echó un segundo vistazo a lo que tenía escrito. Un momento. Su mente retrocedió a los miércoles por la tarde de cuando tenía nueve años, a las clases de latín del señor McGregor. McGregor era un viejo maestro, siempre de negro y con el borrador de la pizarra en la mano, pero Will recordaba todo lo que le había enseñado, incluidos los juegos que solía hacer para enseñarles los números romanos.

A toda prisa, Will escribió «3 veces» como tres equis seguidas: «XXX». Luego, para «I kiss»… ¡Claro! ¡La «I» era un «1» romano! Y en cuanto a «kiss», «beso», ¿de qué modo se podía expresar un beso si no era mediante una equis? Por un brevísimo instante, recordó la primera vez que Beth firmó uno de sus mensajes de texto con una equis. Solo era una equis tras su nombre, pero le emocionó. Se hallaban en ese breve período inicial de una relación, en pleno enamoramiento, en el que nadie había pronunciado

todavía la palabra «amor», pero la equis de Beth fue un aperitivo.

Lo escribió todo de cabo a rabo: «XXX» por «3 veces» y «IX» por «I kiss». Resultado: XXXIX.

–Ve a la página treinta y nueve.

TC obedeció lentamente, pasando las hojas con sumo cuidado, mientras Will se moría de ganas de arrancarlas para ver qué significaba el mensaje.

–Ya está -anunció TC.

Ante ellos tenían una página en la que había un dibujo: diez círculos distribuidos geométricamente y entrelazados por un complejo entramado de líneas. Will recordaba vagamente haberlo visto antes, pero tardó unos segundos en situarlo. Aquello le sonaba a los libros de química de su infancia que representaban en dos dimensiones las estructuras moleculares. Salvo que cada círculo llevaba escrita dentro una fórmula. Tuvo que forzar la vista para leerlas y descubrir que estaban en hebreo. Tanta geometría y pulcritud resultaban chocantes en un documento que databa de la Edad Media.

–¿Qué es todo esto?

Se dio cuenta de que TC era reticente a contestar. Estaba encorvada sobre la imagen, y con su hombro le bloqueaba casi toda la visión.

–No estoy segura todavía. Tengo que seguir mirando.

–Vamos, TC. Tú sabes qué es esto -le susurró Will al oído-. Dímelo.

Consciente de la presencia de la bibliotecaria y no del todo segura, TC señaló el dibujo y empezó a hablar:

–Es la imagen clave de la cábala.

–¿La cábala? ¿Tiene algo que ver con el rollo ese de Madonna y las cintas rojas?

TC alzó los ojos al cielo. En su rostro podía leerse una expresión que decía: «¿Por dónde empezar?».

–No. Todo eso no son más que tonterías de una famosa. Tienen tanto que ver con la cábala de verdad como el

conejito de pascua con el cristianismo. Tú escucha.

–Lo siento.

–La cábala es un sistema de pensamiento que forma parte del misticismo judío. Se trata de una forma muy antigua de los estudios judíos que está vedada a la mayoría de la gente. Se supone que nadie puede acercarse a ella hasta cumplidos los cuarenta años. Y además, está reservada a los hombres.

–¿Y qué hay de este dibujo?

–Viene a ser el punto de partida de la cábala. Lo contiene todo. Lo llaman «El árbol de la vida».

–¡Dios mío!

–Sí, eso es exactamente lo que los cabalistas piensan que es: una representación esquemática de las cualidades de Dios. Cada uno de estos círculos es un *Sefirah*, es decir, un atributo divino. – TC señaló el de abajo-. ¿Lo ves? Empieza por abajo con *Malchut*, que significa «reino» y hace referencia al dominio físico. Luego, se ramifica en *Yesod*, «cimiento»; *Hod*, «gloria», y *Nezah*, «eternidad». A continuación sigue con *Tiferet*, «belleza»; *Gevurah*, «juicio», y *Hesed*, «misericordia». Más adelante, en lo alto del árbol, está *Binah*, que viene a ser el «entendimiento intelectual», y a la derecha, *Hochmah*, que es «sabiduría». Por último, en la cima, se halla *Keter*, «corona», algo así como la esencia divina.

–Por lo tanto, ¿estamos viendo la imagen de Dios?

–O la más aproximada de las imágenes posibles.

Will fue incapaz de decir nada, un escalofrío le había recorrido la espalda mientras TC hablaba. Puede que no fuera más que una absurda superstición, pero aquel conjunto de líneas y círculos, trazados tanto tiempo atrás y que durante generaciones solo se había enseñado a los que se mostraban capaces de afrontar sus secretos, parecía irradiar una especie de poder.

–Tiene gracia que hablemos de la imagen de Dios -prosiguió TC-. Los místicos creen que la razón de toda

existencia radica en que Dios quería contemplar a Dios.

Will parecía perplejo.

–Hasta ese momento, solo había Dios. Nada más. Solo un Dios ilimitado e infinito. El problema estaba en que no había espacio para nada más. No había espacio para la creación de Dios, para el mundo físico que sería su imagen. Así, tuvo que contraerse, tuvo que dejar un poco de espacio para que esa especie de espejo suyo pudiera existir y reflejar su imagen. ¿Lo ves? Aquí lo pone. – Cogió otro libro, uno que había pedido mientras esperaban que les llevasen el manuscrito, y pasó rápidamente las páginas hasta que encontró lo que estaba buscando-. Hasta el momento del *Zimzum*, la contracción, «el Rostro no contemplaba el Rostro». Dios no se veía a sí mismo.

Will estaba fascinado por aquella imagen y, más aún, por la explicación que TC le estaba dando; sin embargo, también se sentía desanimado por ella. Aquellas eran las aguas profundas de la teología, ¿hasta dónde tendrían que bucear para encontrar la conexión con el momento que estaban viviendo, la que les llevaría hasta los *hasidim*, hasta sus víctimas y hasta Beth?

De nuevo sintió una oleada de rabia e indignación hacia Yosef Yitzhok. ¿Por qué no podía comunicarse simple y llanamente?

Antes no le había dado resultado, pero decidió volver a intentar una aproximación directa. Mientras TC seguía ensimismada en el dibujo, ladeando la cabeza a un lado y a otro para leer el texto de la página siguiente, cogió el móvil y, lejos de la mirada de la bibliotecaria, envió el siguiente mensaje a Yosef:

Estamos en la biblioteca. Vemos el dibujo. Necesitamos saber más.

Miró su reloj: eran las 15.30 horas. Eso significaba que en Bangkok era noche cerrada. Miró su Blackberry. Ninguna noticia de la sección de Internacional.

–Escucha -le dijo a TC-.Voy a salir un momento para llamar al periódico. Vuelvo en unos minutos.

–Tráeme un refresco.

En cuanto salió de la sala de lectura, Will empezó a marcar el número de la sección de Internacional. Andy contestó antes de que su amigo hubiera tenido tiempo de salir a la calle.

–Vaya, Will, ¿cómo estás? ¡Mierda! Se suponía que debía mandarte todo aquel material, ¿no? Lo siento, esto ha sido una casa de locos durante toda la tarde.

–¡Andy, te dije que lo necesitaba sin falta!

–Lo sé, lo sé. Lo siento, la he jodido. Bueno te lo envío ahora mismo.

–Mira, será mejor que me lo leas, ¿quieres? No puedo esperar. – Will paseaba arriba y abajo al pie de la enorme escalinata.

–Will, aquí estamos muy ocupados -comentó Andy parodiando el acento inglés de su amigo, lo cual era buena señal-. Bueno, tendré que darme prisa y saltarme los nombres más raros, pero ahí va: «De John Bishop, Bangkok. Samak Sangsuk fue llorado ayer por quienes lo conocían bien y también por unos cuantos que no lo conocían de nada.

»E1 señor Samak, que según parece fue víctima de un complot internacional para secuestrarlo, formaba parte de la élite financiera tailandesa y había ganado una fortuna en el sector inmobiliario e invirtiendo en la creciente industria turística de Tailandia.»

«Adelante, sigue», pensó Will.

–«Pero también era conocido entre las clases menos favorecidas de Bangkok, cuyos miembros lo llamaban "Señor Funeral". A decir de algunos, el señor Samak mantenía una actividad paralela, una actividad que mantenía no con ánimo de lucro sino por una cuestión de conciencia: organizaba los funerales de los pobres.

»E1 señor Samak estaba en contacto con las funerarias y los hospitales -recordaba el domingo un viejo amigo-. Si les llegaba un cadáver y no había parientes o amigos que se encargaran de enterrarlo, llamaban al señor Samak. También lo llamaban en caso de que la familia no tuviera dinero para un entierro decente.»

Will notó que la sangre se le disparaba en las venas.

–Will, ¿sigues conmigo?

–Sí, sigue leyendo.

–«En el pasado, los indigentes de Bangkok acababan sus días en una fosa común, sin el lujo de un ataúd. Se atribuye al señor Samak el mérito de haber puesto fin a esa costumbre casi sin ayuda. No solo se hacía cargo de los gastos del entierro, sino que la gente de la ciudad asegura que también reunía a una congregación para la ceremonia, a menudo pagando unas pocas monedas para que acudieran plañideras. "Gracias al Señor Funeral -dijo un médico-, nadie más ha sido enterrado como un perro ni enterrado solo."»

Will ya había oído suficiente. Colgó y corrió escalinata abajo, disfrutando de la sensación del sol en el rostro. Primero, Macrae; luego, Baxter y, en esos momentos, Samak. No solo buena gente, sino gente notablemente buena. Aquello ya no era una coincidencia.

Encontró una tienda, compró algunas botellas de té helado y se encaminó de vuelta a la biblioteca. Tenía que poner al día a TC y desentrañar la relación que hubiera con el dibujo. Sin duda tenía que encajar.

En ese instante reparó en una figura que hasta ese instante se había mantenido en la periferia de su visión. Apartándose a un lado, como si temiera ser visto, había un hombre alto, vestido con vaqueros y una sudadera gris con capucha. Su edad, su color y su expresión resultaban imposibles de discernir: tenía el rostro oculto por la capucha. Pero algo estaba claro: seguía a Will.

Capítulo 38

Domingo, 15.51 h, Manhattan

Will subió rápidamente la escalinata, asegurándose de no mirar por encima del hombro. Una vez dentro, caminó sin aminorar el paso, aunque casi los notó antes de oírlos: el clic-clac de los pasos resonando a su espalda en el suelo de mármol. Se dirigió hacia la primera escalera que encontró y al iniciar el segundo tramo se atrevió a mirar atrás. Tal como temía, la capucha gris estaba justo tras él.

Avivó el paso, subiendo los peldaños de dos en dos. Cuando alcanzó el rellano echó a correr y decidió refugiarse en una sala llena de ficheros catalogados. Entró corriendo y redujo el paso de inmediato a un silencioso andar. Aun así, se sentía demasiado agitado y sudoroso para la callada concentración de la sala. Dio media vuelta: la capucha.

Caminó más deprisa bajo una gran pintura del cielo que era en realidad un trampantojo. Divisó una abertura en la pared del fondo y se metió por ella, pero descubrió que no se trataba de una salida, sino de un pequeño cuarto de fotocopias. Salió a toda prisa, pero el hombre de la capucha se hallaba ya a escasos metros.

Will vio unas puertas dobles y corrió hacia ellas. Una vez cruzadas, se vio en medio de una gran cantidad de gente que disfrutaba de su descanso para almorzar. Se abrió paso entre ellos para llegar a la escalera del otro lado y bajó los peldaños de dos en dos ayudándose de la barandilla. Una mujer que iba cargada con una pantalla de ordenador se cruzó en su camino, y Will se apartó a la derecha. Ella también. Will se desplazó al otro lado, y la mujer lo imitó. Al final, se hizo a un lado para dejarla pasar, pero oyó que ella dejaba escapar un gemido que fue seguido del estruendo del cristal al romperse. Había dejado caer el monitor.

En ese momento, Will se encontraba en el vestíbulo principal, mirando un amplio guardarropa. Allí era donde los lectores habituales empezaban su jornada. Había taquillas

para dejar las bolsas y una larga hilera de colgadores para los abrigos que serpenteaba por la sala igual que en una lavandería. El hombre de la capucha caminaba hacia él, tranquilamente.

Will tuvo que ser rápido. Mientras el recepcionista miraba hacia otro lado, saltó por encima del mostrador y se lanzó entre los abrigos. Apretado entre un anorak y una mugrienta chaqueta afgana, se aplastó contra la pared. Notaba que su perseguidor se había detenido; suponía que estaría cerca del guardarropa, asomándose por encima del mostrador. Intentó contener el aliento.

De repente, notó movimiento. El recepcionista estaba desplazando los abrigos, apartándolos en grandes grupos en busca de un número. Will se encogió tanto como pudo, pero el hombre se acercaba, se acercaba cada vez más, hasta que se detuvo a menos de treinta centímetros. Will vio que cogía una chaqueta y regresaba al mostrador.

Estaba seguro de que su perseguidor había pasado de largo, y se permitió una exhalación. Con suerte no lo habría visto. Esperaría cinco minutos más; luego, saldría, iría a buscar a TC y se largarían de allí a toda prisa.

Pero una mano lo aferró. Un destello gris. Apareció antes de que Will distinguiera siquiera una cara, igual que el brazo mecánico de una sonda espacial, y lo agarró por el cuello de la camisa para arrastrarlo y sacarlo a la luz. Incluso en la oscuridad, Will vio la manga gris del chándal. Dos veces forcejeó y dos veces consiguió liberarse, hasta que al fin la mano regresó y se estrelló en su mentón. Encajado entre los abrigos, Will no disponía del espacio suficiente para echar el brazo hacia atrás y golpear al hombre que lo sujetaba.

El forcejeo no duró, y Will acabó siendo arrastrado fuera. Quedó cara a cara frente al hombre de la capucha y, para su gran sorpresa, lo reconoció en el acto.

Capítulo 39

Domingo, 15.56 h, Manhattan

–¿Por qué has salido corriendo? Solo quiero hablar contigo.

–¿Hablar? ¿Solo quieres hablar? Entonces, ¿por qué me estabas siguiendo? ¡Dios! – Will estaba encorvado y se apoyaba en una rodilla mientras se masajeaba la barbilla con la mano.

–No quería abordarte mientras estuvieras con…, con esa mujer, la de arriba. No sabía quién era ni si resultaba seguro.

–Pues para mí habría sido mucho más seguro, créeme. ¡Dios Santo! – Will localizó una silla y se dejó caer en ella intentando recobrar el aliento-. Bueno, ¿quieres decirme de qué demonios va todo esto, Sandy? ¿O debería llamarte Shimon?

–Mi nombre es Shimon Shmuel, pero será más fácil si me llamas Sandy.

–Muy bien, muchas gracias.

–Lo lamento, no era mi intención golpearte. De verdad que no, pero es que no podía dejar que escaparas. Tengo que hablar contigo. Ha ocurrido algo muy malo.

–¿Ah, sí? ¡No me digas! Han secuestrado a mi esposa, yo he sido torturado, tu rabino se ha cargado a un tipo en Bangkok y tú te has pasado el fin de semana siguiéndome y has acabado arreándome un puñetazo en la mandíbula.

–Yo no me he pasado el fin de semana siguiéndote.

–No insistas, Sandy. De verdad. Anoche te vi desde la ventana. Al principio la gorra de béisbol me despistó, pero al final lo pillé.

–Te prometo que he salido en tu busca esta mañana, no anoche. Anoche me quedé en Crown Heights.

–Bueno, pues anoche había alguien esperándome a la puerta de *The New York Times*. Luego, el mismo hombre se quedó vigilando ante el apartamento de mi amiga; y por el momento la única persona que me consta que me ha seguido eres tú.

–Te juro que no he sido yo, Will. No he sido yo. En ese momento no necesitaba venir.

–¿Qué quieres decir?

–Que anoche no había ocurrido. Al menos no nos hemos enterado hasta esta mañana.

–¿Qué es lo que no había ocurrido?

–Se trata de Yosef Yitzhok. – Su voz se quebró.

Por primera vez, Will miró a Sandy a la cara. Este seguía sin quitarse la capucha porque la utilizaba para cubrirse la cabeza a falta de la *kipá*. No obstante, a pesar de la sombra que cubría su rostro, Will vio que tenía los ojos enrojecidos. Parecía como si hubiera estado llorando durante horas.

–¿Qué hay de Yosef?

–Está muerto, Will. Ha sido asesinado, brutalmente asesinado.

–¡Dios mío! ¿Dónde?

–Nadie lo sabe. Lo hallaron muerto en el callejón que hay detrás de la *shul*. Ha sido esta mañana temprano, seguramente cuando se dirigía al *shacharis*. Lo siento, quiero decir a los rezos de la mañana. Su *tallis*, el chal para las oraciones, estaba empapado de sangre.

–No me lo creo. ¿Quién iba a hacer algo así?

–No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe. Por eso Sara Leah, ya sabes, mi esposa, me dijo que saliera a buscarte. Ella cree que podía tratarse de alguien relacionado contigo.

–¿Conmigo? ¿Me echa la culpa?

–¡No! ¿Quién ha hablado de culpas? Es solo que mi mujer cree que puede estar relacionado con lo que fuera que te ocurrió el viernes por la noche.

–¿Le hablaste de lo sucedido?

–Solo le conté lo que sé, pero la mujer de Yosef es su hermana. Somos familia, Will. Él es…, bueno, era mi cuñado. – El enrojecimiento de sus ojos iba en aumento.

–¿Y Yosef le contó algo a su mujer?

–No mucho. No creo, solo que había hablado contigo el viernes por la noche. Le dijo que te habías visto implicado

en algo muy importante. No, no fueron esas las palabras. Dijo que te habías visto implicado en algo catastrófico. Esa fue la palabra que utilizó: «catastrófico».

–¿Y le dijo algo más a tu cuñada?

–Solo que esperaba y rezaba por que tú comprendieras lo que estaba ocurriendo. Y que sabrías lo que tendrías que hacer.

En esos momentos, Will no habría podido sentirse más desamparado. El rabino había sido el primero que se lo había dicho, y ahora era Yosef Yitzhok quien se lo repetía desde la tumba. «Una historia muy antigua se está desarrollando -había dicho el rabino-, algo que la humanidad ha temido durante siglos.» Yosef le estaba diciendo que era tanto lo que estaba en juego que rezaba para que él supiera qué hacer. No obstante, Will se sentía tan confuso como al principio; más incluso. En su cabeza daban vueltas las extrañas coincidencias de Macrae, Baxter y Samak -tres personas justas y buenas que habían encontrado una muerte horrible-, la pomposa retórica del libro de los Proverbios y, lo último, la mística e impenetrable geometría del diagrama que él y TC habían descubierto en aquella biblioteca.

–¡Mierda! ¡TC sigue arriba! Ven conmigo, ¡rápido!

Will se maldijo una y otra vez mientras subía a toda prisa y corría por los pasillos, de vuelta a la sala de lectura, con Sandy pisándole los talones. ¿Cómo era posible que la hubiera dejado sola?

Fue a toda prisa hacia la zona de lectura que habían compartido una hora antes y, al acercarse, se le encogió el corazón. Había una mujer sentada, pero no era TC. Había desaparecido.

Pegó un puñetazo en la mesa haciendo que un intenso dolor subiera por su brazo y que la mujer lo mirara con expresión aterrorizada.

«¡Cómo puedo haber sido tan idiota!»

Los secuestradores le habían arrebatado ya dos mujeres bajo sus narices. Se suponía que él debía protegerlas, a las dos; y les había fallado, a las dos.

Sandy estaba a su lado, pero Will no lo oía ni lo veía. Solo una cosa lo arrancó de aquel estupor: la regular y persistente vibración que notaba junto al muslo: su móvil.

2 mensajes nuevos.

Abrió el primero.

¿Dónde te has metido? He tenido que salir. Llámame. TC.

Will dejó escapar un suspiro de alivio y dio gracias a Dios. A continuación abrió el segundo mensaje, convencido de que sería TC para decirle el lugar donde podían encontrarse.

Lo que vio lo hizo retroceder de la sorpresa.

QUINCUAGÉSIMA Y QUINTA.

Puede que Yosef Yitzhok hubiera muerto, pero sus acertijos lo habían sobrevivido.

Capítulo 40

Domingo, 16.04 h, Manhattan

–¿Cuándo ha llegado?

–Ahora mismo.

–Bueno, pues la primera conclusión es que, después de todo, Yosef Yitzhok no era nuestro informante.

–De eso no podemos estar seguros, TC. Su asesino puede haberle cogido el móvil y seguir enviando mensajes.

Nada más decirlo, se dio cuenta de que aquello era absurdo. ¿Cuántas posibilidades había de que un agresor robara un móvil, comprobara el archivo «enviar» y siguiera mandando mensajes en clave con la misma pauta? Además, había una manera muy fácil de comprobarlo.

–Sandy, ¿puedes hacerme un favor? Llama a casa y averigua si alguien cogió el móvil de Yosef cuando lo asesinaron. – Luego, volviendo a hablar por teléfono con TC, le expuso una nueva teoría-: ¿Y si, para empezar, alguien le hubiera robado el teléfono?

–Bueno, pues entonces tampoco habría sido Yosef, ¿no te parece?

TC se estaba poniendo nerviosa. Temerosa de regresar a su apartamento, se había refugiado en Central Park, y para su alivio se había encontrado con gente a la que conocía, parejas casadas y con montones de hijos. Will oyó a través del teléfono que se había metido en medio del grupo. Según TC, los carritos de recién nacido, los crios y las mantas del picnic formaban un buen cordón de seguridad capaz de mantener a raya tanto a posibles secuestradores como a quien la estuviera siguiendo. Al escuchar el sonido de la charla de los niños, de los juegos de pelota y de las madres repartiendo la comida, Will sintió una punzada de envidia o de añoranza por poder pasar un domingo de tranquila y soleada normalidad.

–¿Quieres decir que se trataba de otra persona desde el principio?

–Sí. Eso creo. Yosef está muerto, pero los mensajes no han cesado. Por lo tanto, no era él quien los enviaba.

–Vale, pero entonces, ¿por qué lo mataron?

–¿Quiénes?

–Los *hasidim*.

–No sabemos si quienes lo mataron fueron los *hasidim*. Esa no es más que otra de tus conclusiones precipitadas, Will. La verdad es que no sabemos prácticamente nada. Podemos especular y dar tantas vueltas al asunto como quieras, pero lo cierto es que seguimos sabiendo muy poco.

–¿Y qué hay del dibujo de la biblioteca? ¿Has visto algo?

–Creo que seguramente nos está diciendo algo muy simple. Nos está diciendo que pensemos en la cábala. La imagen es tan compleja, está tan llena de elementos relacionados entre sí que no puede ser uno solo de ellos. Tiene que ser la idea general. Ese diagrama es la piedra fundacional de toda la cábala. Es casi como un logotipo.

–Espera un momento. Está entrando otro mensaje. Enseguida te llamo.

Will andaba mientras pulsaba los botones para abrir el mensaje, un mensaje que deseaba que fuera diáfano. Sin TC a su lado, necesitaba desesperadamente un poco de simplicidad.

CONTEMPLA AL SEÑOR DEL CIELO
PERO NO DEL INFIERNO.

Solo habían tenido que andar unas pocas manzanas hacia el norte para encontrar el cruce al que los había enviado el mensaje: la Quinta Avenida con la calle Cinco. Ahí era donde se encontraban en esos momentos. Alzándose ante ellos se hallaba la mole gótica de la catedral de San Patricio, donde hacía menos de una semana había estado sentado, escuchando extasiado *El Mesías*, con su padre.

Su padre. Sentía una punzada de culpabilidad. Apenas había dejado que participara en la investigación. Estaba claro que deseaba colaborar, lo había manifestado la noche anterior y de nuevo por la mañana, incluso había intentado descifrar el mensaje; a pesar de todo, Will se había mostrado impaciente y se había limitado a utilizarlo de chofer de lujo y poco más. Puede que, a pesar de los esfuerzos de los últimos años, no estuvieran tan unidos como a Will le gustaba pensar. En una crisis como aquella, la mayoría de la gente habría tenido a su padre como principal aliado, pero él no era como la mayoría: gran parte de su infancia y de sus años de formación los había pasado viviendo en otro continente.

En esos momentos, Will recordó la impresión que le causó la catedral la primera vez que puso los pies en Nueva York. Se le antojó un tanto ridícula. A pesar de su aprecio por los edificios antiguos, aquella enorme y abovedada estructura, que habría encajado sin problemas en Londres, París o Roma, le pareció extrañamente fuera de lugar en pleno Manhattan. Encajonada entre rascacielos de acero y cristal, sus arqueados ventanales, sus almenadas torres y

altas agujas no solo parecían fuera de lugar, sino también fuera del tiempo. Parecían encarnar una especie de futilidad, el vano intento de contener la modernidad. Aquella era la ciudad más vanguardista del mundo, y esa catedral se alzaba implacablemente en su centro, intentando detener el reloj.

¿Qué podía significar? Llamó a Sandy para que lo siguiera, se abrió paso entre la multitud de turistas y entró; se vio sumido en el reverente susurro de voces que los grandes templos parecen imponer por su propia majestad. Will avanzó mientras sus ojos buscaban cualquier cosa que pudiera encajar en el mensaje. ¿Quién era el señor del cielo pero no del infierno?

Miró por encima del hombro. Sandy apenas había pasado de la entrada y observaba boquiabierto los altos techos, como si el resonar del eco lo intimidara. Estaba claro que era la primera vez que estaba allí. El contraste con los artificiales adornos de la sinagoga de los *hasidim* lo impresionaba. Will recordó que su padre le comentó en una ocasión que las personas religiosas tenían mucho en común a pesar de que profesaran una fe distinta: «Para ellos funciona una misma magia». No cabía duda: a Sandy lo conmovía hallarse en aquel templo.

Will, que había estudiado en colegios y en universidades situados en edificios mucho más antiguos que aquel, no se dejó impresionar por los fríos suelos de piedra ni la arquitectura gótica. Admiró el órgano principal y el secundario. Estudió el altar y el pulpito, elevados como la cabina de mando de un navío. Examinó las estrechas estanterías en las que había velas encendidas en recipientes de cristal y cajas de velas nuevas que se ofrecían gratuitamente. Echó un vistazo a la pequeña capilla, que al parecer estaba reservada para las ceremonias privadas. Alzó la vista y vio las dos banderas: la de Estados Unidos y la del Vaticano. No tenía ni idea de qué estaba buscando.

Recorrió la nave arriba y abajo, estudiando las hileras de bancos. Observó los altavoces sujetos a las columnas. Vio tapices con inscripciones, pero ninguna referencia que pudiera encajar con el mensaje. Vio vidrieras con imágenes de santos, pastores y la serpiente, y creyó distinguir un par de ángeles.

Un momento. Justo encima de él, dominando el espacio, había un enorme crucifijo con una talla de Jesús. Estaba iluminado por los destellos de luz provocados por los turistas que hacían cola para fotografiarlo.

¿Sería ese el señor del cielo pero no del infierno? Al fin y al cabo, el inframundo era el dominio de Lucifer más que de Jesucristo. Puede que fuera tan sencillo como eso. Quizá lo que tenía que hacer era mirar a Jesús, pero luego ¿qué?

Deseó tener a TC a su lado, otro par de ojos, otra mente. Sandy era buena persona, pero carecía de la perspicacia y la capacidad analítica que Will necesitaba.

Se dirigió hacia la salida; de paso metió un billete en el cepillo de las donaciones, una urna de cristal que parecía repleta de monedas de diversos países.

Una vez en el exterior, marcó el número de TC.

–Escucha, hemos estado dentro de la catedral. Se supone que debo encontrar al señor del cielo pero no del infierno, pero no he visto nada que me lo sugiera. Sí, he andado arriba y abajo. Solo hay hileras de bancos, un crucifijo…

Notó que Sandy le tiraba de la manga. Intentó librarse, pero el tirón era insistente.

–¿Qué pasa? Estoy hablando con TC.

–Mira. – Sandy señalaba no a la catedral, sino al otro lado de la calle.

–Enseguida te llamo, TC.

Se hallaban de cara al Rockefeller Center, y Sandy avivó el paso para verlo mejor. Cruzó la calle sin fijarse en el tráfico, con Will siguiéndolo de cerca, hasta que llegaron ante aquello, o mejor dicho, ante él.

De reluciente metal, sus muslos eran enormes y tan gruesos como columnas. Tenía una pierna delante de la otra, como si fuera un levantador de pesas buscando el equilibrio, y su estómago se ensanchaba para formar el mítico torso. Solo que el peso que sostenía no era un peso cualquiera.

Tenía los brazos extendidos y ligeramente alzados para rodear su carga; allí, sobre sus hombros, descansaba nada menos que el universo entero, rodeado por las circunferencias que forman los paralelos y los meridianos que envuelven el globo.

En cada uno de los arcos de metal se hallaban inscritos los nombres de los planetas. Estaban observando la mayor escultura del Rockefeller Center: la estatua de Atlas, de dos toneladas.

–El señor del cielo pero no del infierno -murmuró Sandy casi para sus adentros.

–Puedo ver por qué es el señor del cielo -dijo Will-, pero ¿lo del infierno?

Sandy tenía que hacer esfuerzos para que le salieran las palabras, a causa de la emoción que lo embargaba.

–Se trata de una famosa anécdota de la estatua. Cuando la hicieron…

–¿Sí?

–Cuando la hicieron todavía no se había descubierto Plutón, de manera que Plutón no figura entre los planetas que hay grabados ahí.

–Y Plutón es el dios del inframundo -susurró Will. «Contempla al señor del cielo pero no del infierno.» Aquel era el lugar correcto. Llamó a TC y le contó lo que veía.

–De acuerdo -dijo ella-. Pasa a recogerme y después iremos a tu apartamento.

–¿Por qué?

–Porque creo que por fin sé de qué va todo esto. Atlas me lo acaba de confirmar.

Capítulo 41

Domingo, 17.50 h, Brooklyn

Apenas disponía de tiempo para muestras de tacto. A pesar de todo, se dio cuenta de que TC se sentía incómoda por estar allí, en la casa del hombre al que había amado y de la mujer que este había convertido en su esposa. Will se fijó en las miradas que lanzaba a hurtadillas a las fotografías, particularmente al collage de la boda -puede que una docena de imágenes- que colgaba en la cocina.

Pero si para TC era una sensación extraña, para Will era peor. No había vuelto desde el día en que Beth había desaparecido; solo lo había hecho mentalmente. En ese momento veía el calendario, con las anotaciones de su esposa; veía su cárdigan, colgado en el respaldo de la silla; veía y notaba su ausencia con tanta fuerza que hacía que los ojos le escocieran.

–Escucha, TC, tienes que contarme qué ocurre.-Durante todo el trayecto desde Central Park, desde el momento en que habían dejado a Sandy, él la había estado presionando para que se explicara, pero ella se había negado.

–Will, no estoy segura de estar totalmente en lo cierto, y te conozco: en el momento en que empiece a hablar saldrás corriendo y puede que sea un gran error. Tenemos que hacer las cosas como es debido. No caben las especulaciones.

–De acuerdo. Te prometo que no saldré corriendo. Vamos, cuéntame.

–Esa es una promesa que no puedes hacer, y no te culpo. Confía en mí, Will, por favor.

–Bueno, ¿y cuándo voy a saberlo?

–Pronto. Esta noche.

–¿Piensas decírmelo esta noche?

–Lo averiguarás esta noche, pero no seré yo quien te lo diga.

–Mira, TC, de verdad. Ya estoy harto de adivinanzas. ¿Qué quieres decir con eso de que no serás tú quien me lo diga?

–Iremos a Crown Heights. Allí, precisamente, es donde está la respuesta.

–¿Nosotros? ¿Te refieres a que vendrás conmigo?

–Sí, Will. Ya es hora.

–Sí, es cierto, quiero decir que tiene sentido… -Se detuvo. TC lo estaba mirando con expectación. Tardó unos segundos en comprender qué significaba aquella expresión: ella estaba esperando que formulara la siguiente pregunta-. ¿A qué te refieres con lo de que ya es hora?

–¿No lo has adivinado, Will? ¿Todo este fin de semana y lo que hemos estado haciendo? ¿De verdad que no lo has adivinado?

–¿Si no he adivinado qué?

Ella se dio la vuelta, evitando su mirada.

–Oh, Will, me sorprendes.

–¿Por qué te sorprendo? – preguntó él alzando la voz-. ¿De qué demonios estás hablando?

–Esto es muy duro para mí, Will. No sé cómo decírtelo, pero ya es hora de que yo…,bueno, ya sabes…,de que vuelva.

–¿A donde? ¿A Crown Heights?

–Sí, Will. A Crown Heights. Creía que lo habías adivinado hacía mucho, y yo quería contártelo, pero nunca encontraba el momento adecuado. Hemos tenido tanto en que pensar, tantas cosas que resolver… Entre los *hasidim*, el secuestro, Beth… Pero tienes derecho a saber la verdad.

»Por lo tanto, ahí va la verdad: mi nombre es Tova Chaya Lieberman. Nací en Crown Heights, en Brooklyn. Soy la tercera de nueve hermanos. Hay un buen motivo para que conozca ese mundo, Will, siempre lo he conocido, por dentro y por fuera. Es mi mundo. ¿Sabes esos chiflados *hasidim*?. Pues yo soy una de ellos.

Capítulo 42

Domingo, 18.02 h, Brooklyn

Will no sabía qué decir. Se quedó sentado en el sofá, petrificado. Escuchaba con atención mientras su mente intentaba procesar lo que TC le decía; pero al mismo tiempo funcionaba a toda velocidad, revisando sin parar los sucesos de las últimas cuarenta y ocho horas, observando cada momento bajo una nueva luz. Y no solo las últimas cuarenta y ocho horas, sino los últimos cinco o seis años: todas las experiencias que había compartido con TC le parecían completamente distintas.

–Tú ya has visto esas familias con una docena de hijos. Bueno, pues así era la mía. Yo era la tercera, y detrás de mí venían seis más. Mi hermana mayor y yo éramos como unas mamas en pequeño. Desde el día que tuvimos la edad suficiente no dejamos de preparar biberones y cambiar pañales.

–¿Y tú también tenías ese… bueno, ya sabes, ese aspecto?

–Pues claro. El disfraz completo: vestidos hasta el suelo, gafas, el cabello recogido… Y mi madre llevaba peluca.

–¿Peluca?

–Eso es algo que nunca te he contado, ¿verdad? ¿Te acuerdas de aquella mujer con el cabello tan extrañamente bien peinado que viste y de que todas parecían ir peinadas de la misma manera? Bueno, pues era porque llevaban *sheitls*, las pelucas que se ponen las mujeres casadas en señal de humildad, porque se supone que solo pueden mostrar el cabello a sus maridos.

–¿En serio?

–Sé que piensas que es raro, Will, pero lo que debes entender es que a mí me encantaba. Me lo tragaba todo. Si hasta leía esos relatos folclóricos de *Tzena Arenna*, las viejas leyendas del Baal Shem Tov.

Will puso cara de perplejidad.

–Me refiero al fundador de los *hasidim*. Todas esas historias iban de sabios que viajaban a través de los

bosques, pobres indigentes que se revelaban hombres de gran piedad y eran alabados por Dios. A mí me encantaba.

–¿Y qué te hizo cambiar?

–Yo debía de tener unos doce años. En aquella época ya llenaba los cuadernos de dibujos y garabatos, pero entonces empecé a sorprenderme de lo que era capaz de hacer. Hasta yo me di cuenta de que mis dibujos se volvían más trabajados y que eran bastante buenos. Sin embargo, no tenía a mano obras ni dibujos de referencia. No sé si lo sabes, pero los judíos ultra-ortodoxos no son muy dados a representar imágenes. En casa no había libros de arte. Un día, en el seminario, el colegio para las niñas, encontré un libro: *Introducción a los grandes pintores*. Trataba de Vermeer. Lo robé y lo escondí bajo la almohada. No bromeo, durante meses esperé a que mis hermanas se durmieran para esconderme bajo las sábanas y poder admirar aquellas maravillosas imágenes, simplemente admirarlas. Entonces supe qué deseaba hacer y ser.

–Y empezaste a pintar.

–No. Nunca tuve tiempo para dedicarme a pintar. En el seminario solo estudiaba los textos sagrados. En casa, debía limpiar, cocinar, cambiar pañales, jugar con los bebés y ayudar a los más pequeños con sus tareas escolares. Además, compartía habitación con mis dos hermanas, de modo que no tenía ni tiempo ni espacio.

–Debiste de volverte loca.

–Más o menos. Soñaba todos los días con la forma de escapar de allí. Deseaba ir al Metropolitan Museum para poder disfrutar viendo a Vermeer, pero la pintura era solo parte del problema.

–Sigue.

–Ya sé que puede parecer extraño teniendo en cuenta cómo soy ahora, pero era buena con los estudios religiosos.

–Pues, lo siento, pero no me parece nada sorprendente.

–Era la primera de la clase. Me resultaba fácil. Los textos, con sus múltiples significados y referencias cruzadas,

parecían abrirse para mí. En una ocasión, uno de los rabinos me dijo que era tan buena o más que cualquier muchacho.

–¡Caramba!

–Yo me puse furiosa. Se supone que las chicas solo pueden llegar hasta cierto límite. Cuando las chicas cumplen dieciséis o diecisiete años se convierten en mujeres, lo que significa que se casan, tienen hijos y pasan a ocuparse de la casa y el marido. Los hombres pueden proseguir con el *yeshiva* tanto como deseen, pero a las mujeres solo se les permite aprender lo básico, después deben parar. Así son las normas. Los cinco libros de Moisés, un poco de Gemara, que son unos comentarios rabínicos, y ya está.

–O sea, que no llegaste a estudiar nada de la cábala…

–No está permitido. Recuerda que solo pueden hacerlo los hombres mayores de cuarenta años.

–¡Dios!

–Exacto. Y tú me conoces; sabes que si hay una zona prohibida es ahí precisamente donde me gusta meter las narices. Encontré ese extraño libro entre las cosas de mi padre, pero sabía que no podía hacerlo por mi cuenta y que necesitaba un guía, de modo que pregunté al rabino Mandelbaum.

–¿Quién es?

–El que me dijo que podía ser tan buena como cualquier muchacho. Le expliqué que deseaba estudiar. Fui a verlo con todos los textos relevantes que afirman que tenía derecho, como mujer, a conocer lo que había en esos libros.

–¿Y él estuvo conforme? ¿Te enseñó?

–Me daba clases en su casa todos los martes por la noche, en secreto. La única persona que lo sabía era su esposa, que solía llevarnos un té con limón para él, un vaso de leche para mí y *rugelach*, pequeños pasteles caseros para los dos. Duró cinco años -dijo sonriendo.

–¿Y qué ocurrió?

–Empezó a preocuparse; no por él, porque era demasiado viejo para que le importara lo que la gente pudiera decir, sino por mí. Yo me estaba acercando a la edad de casarme. Me dijo: «Tova Chaya, necesitas a un hombre muy seguro de sí para no verse amenazado por una esposa tan sabia». Creo que le preocupaba la posibilidad de que hubiera arruinado mi futuro. Gracias a él, yo ya no iba a contentarme con ocuparme de un hogar, y no sería una buena esposa como la señora Mandelbaum. Él me había abierto los ojos, y en cierto sentido tenía razón.

»Sin embargo, no tendría que haberse preocupado: yo ya había planeado mi huida. Presenté una solicitud de admisión para la Universidad de Columbia y dejé una dirección postal para que nadie viera mi correspondencia. Solicité un montón de becas, de manera que pudiera costearme el alojamiento, y me presenté como una adulta independiente. En lo que a la universidad se refería, yo no tenía padres.

»Así pues, cuando llegó el día, preparé el desayuno de los niños, como siempre, me despedí de mi madre y, también como siempre, me dirigí a la estación de metro.

–¿Y nunca volviste?

–Nunca.

La mente de Will giraba a toda velocidad, llena de preguntas; pero al mismo tiempo estaba saturado por las respuestas. De repente comprendía la cantidad de secretos que habían permanecido escondidos. «TC» no era ningún apodo de la infancia cuyos orígenes hubieran caído en el olvido, sino que se trataba de un vestigio de la anterior vida de Tova. En cuanto a sus padres, no era de extrañar que estuvieran envueltos en el misterio: representaban el pasado que ella había decidido dejar atrás; y no había fotos familiares porque habrían traicionado el secreto de TC.

–¿Saben que estás viva y bien?

–Hablo con ellos por teléfono antes de las fiestas importantes, pero no los he visto desde los diecisiete años.

De repente, ella cobró sentido a los ojos de Will. Claro que era brillante, pero no sabía nada de música ni de televisión porque había crecido sin ella; y claro que no hablaba francés ni español: en su lugar se había entregado al estudio del hebreo.

De repente, Will reparó en las costumbres alimentarías de TC, en su afición por la comida china y los desayunos fuertes acompañados de generosas raciones de beicon. ¿Cómo era posible que le gustaran tanto esas cosas?

–Por la fe del converso -contestó ella maliciosamente.

Y habiendo estado hacía poco en Crown Heights, Will comprendía sin dificultad la magnitud de la ruptura de TC con su infancia. La observó: la ceñida camiseta que resaltaba la curva de sus senos, la barriga al aire, el piercing en el ombligo… Entonces se acordó del aviso que había leído: «Las mujeres y las jóvenes que visten ropa inadecuada y que, por lo tanto, llaman la atención por su aspecto físico se avergüenzan a sí mismas…».

La ruptura de TC con los *hasidim* no había podido ser más radical; aun así, Will no olvidaba cuál había sido su mayor rebelión: él.

La gente de aquella comunidad no solo no aceptaba el sexo fuera del matrimonio, sino que rara vez se casaba con gente de fuera, y menos aún con alguien que no fuera judío. Para él había sido una relación maravillosa, pero empezaba a comprender que para ella había significado una auténtica revolución.

De repente, vio a TC con otros ojos. Se la imaginó tal como habría podido haber sido: una estudiosa jovencita de Crown Heights educada para llevar una vida de modestia dedicada a criar a sus hijos y al cumplimiento de los preceptos religiosos. ¡Qué trayectoria había recorrido, saltando por encima de siglos de tradiciones y tabúes! Se levantó. Se le acercó y la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

–Es un privilegio conocerte, Tova Chaya.

Capítulo 43

Domingo, 18.46 h, Brooklyn

A Will le habría gustado seguir interrogando a TC durante horas acerca de su vida y de los secretos que durante tanto tiempo había ocultado. Entre los judíos se daban muchos casos de gente que se hacía ortodoxa; se conocían como *chozer b'tshuva*, literalmente «el que vuelve al arrepentimiento». Ella, en cambio, había recorrido el camino contrario: *chozer b'she'ela*; ella había vuelto a la pregunta.

Sin embargo, por mucho que lo deseara no tenían tiempo para ese tipo de conversaciones. Debían ir a Crown Heights. Yosef Yitzhok había sido asesinado, aunque ninguno de los dos sabía por qué. El último mensaje que Will había recibido, el que lo había conducido a la estatua de Atlas en el Rockefeller Center, había sido enviado después de la muerte de Yosef, lo que demostraba que él no había sido la persona que lo había mantenido informado desde el primer momento. Y si eso era así, ¿por qué habían querido matarlo? Will estaba perplejo. Lo único que tenía claro era que las cosas se estaban poniendo cada vez más violentas. El rabino no había exagerado: el tiempo se acababa.

Igualmente apremiante resultaba la promesa de TC. Había dicho que todo se aclararía cuando fueran a Crown Heights.

No había querido decirle más, pero según ella la explicación estaba allí. Solo tenían que encontrarla.

–Voy a tener que utilizar tu baño, y también necesitaré tomar prestada alguna ropa de Beth.

–Desde luego -repuso Will intentando no reparar en el simbolismo de semejante petición.

Acompañó a TC hasta el vestidor de Beth y, armándose de valor, abrió las puertas correderas. Su nariz se llenó al instante con el perfume de su esposa. Le pareció que podía distinguir el olor de sus cabellos y de su piel. Aspiró profundamente.

TC sacó una sencilla blusa blanca, una que Beth reservaba para las reuniones más formales y que solía llevar con un traje chaqueta negro. Will vio que era de cuello cerrado. «Por respeto al Rebbe y a su comunidad pedimos que todas las mujeres y las jóvenes, ya vivan aquí o vengan de visita, hagan suyas en todo momento las leyes de la modestia…»

TC se volvió.

–¿Beth no tiene ninguna falda larga?

Will lo pensó. Tenía un par de vestidos largos, incluido uno particularmente bonito que él le regaló para su primer aniversario juntos, pero eran todos vestidos de noche.

–Espera un momento. Deja que mire al fondo.

Se preguntó si Beth la habría tirado finalmente. Sabía que pensaba hacerlo. Era una falda larga de terciopelo oscuro de la que él se burlaba diciendo que con ella parecía una violonchelista solterona. Ella se defendía, aunque en el fondo estaba de acuerdo: la falda le daba el aspecto de una de esas severas damas que hay en todas las orquestas; pero le tenía cariño y no se había decidido a deshacerse de ella. Will se alegró.

–De acuerdo. Ahora tengo que quitarme esto -dijo TC dirigiéndose hacia el cuarto de baño mientras ladeaba la cabeza para quitarse los pendientes. Luego, se acercó al espejo y empezó la complicada maniobra de quitarse el *piercing* de la nariz. Por último, se miró el ombligo y también desenroscó el adorno que se lo perforaba. Cuando terminó, dejó todos esos pequeños objetos de metal cerca del lavabo-.Y ahora viene lo más duro -anunció metiendo la mano en el bolso y extrayendo una botella de un champú adecuado para lo que iba a hacer. Abrió el grifo, se envolvió en una toalla y, como si se dispusiera a enfrentarse a una tortura, se inclinó y metió la cabeza bajo el chorro.

Bajo la mirada de Will, TC se enjabonó y aclaró el pelo varias veces. Tuvo que frotar vigorosamente, pero sus esfuerzos no tardaron en dar resultado, y el agua de

aclarado empezó a teñirse de un tono azulado. El tinte del cabello de TC se estaba disolviendo en un torbellino que desaparecía por el desagüe del lavabo.

Will estaba fascinado: no solo estaba desapareciendo el color de los cabellos de TC, sino toda una etapa de su vida. Al cabo de un momento salió para recoger algunas cosas. ¿Qué le había dicho el rabino? «Todo se resolverá dentro de unos días.» De eso ya hacía dos. ¿Y si por fin se estaba acercando a la verdad? ¿Cuál sería? ¿Cuál sería esa historia antigua en la que Beth se había visto metida? Una vez lo supiera, ¿podría regresar con Beth, volvería a estrecharla, sería aquella misma noche?

–Bueno, ¿qué te parece?

Will se dio la vuelta y se encontró frente a una mujer distinta. El cabello de TC se había vuelto castaño oscuro, y lo llevaba peinado y recogido en un moño al estilo de los años noventa. Se había puesto unos zapatos cómodos, la falda oscura y la blusa. Además, había tomado prestada una gruesa americana de Beth, una prenda que en otras circunstancias estaría de moda, pero que con aquel conjunto simplemente parecía práctica. Allí, de pie en el apartamento, había una mujer que habría podido pasar por cualquiera de las madres y esposas que él había visto en Crown Heights hacía un par de días. TC se había convertido en Tova Chaya Lieberman.

–Me alegro por los zapatos -dijo ella-. Gracias a Dios me van bien, y eso es lo que cuenta.

Will tardó unos instantes en comprender qué estaba haciendo TC. Estaba ensayando el acento cantarín de las mujeres *hasidim* de Nueva York. Le salía de forma tan natural que Will quedó convencido al instante.

–Caramba, hasta suenas distinta.

–Esa fue la música de mi infancia, Will -dijo TC de nuevo con el acento de TC, salvo por una nota de sabiduría que él nunca había advertido antes. Luego, preguntó-: Bueno, ¿y tú?

–¿Yo?

–Sí, tú. Vamos a ir juntos. Tova Chaya no puede entrar con un *shaygets* cualquiera. Tú también debes dar la talla. Vamos, traje negro, camisa blanca, ya sabes de qué va.

Will obedeció y se puso el traje más normal que tenía; descartó uno a rayas y una camisa con el logotipo de Ralph Lauren en la pechera. Tenía que ser anodino, muy anodino.

Luego, se miró en el espejo confiando en que su transformación resultara tan convincente como la de TC, pero el rostro lo delataba. Sin duda podía pasar por norteamericano, pero ¿por judío? No. Tenía la tez y la estructura ósea de un anglosajón cuyas raíces se hundían en cualquier aldea de Gran Bretaña antes que en las estepas de Rusia. A pesar de todo, no tenía por qué ser un problema. ¿Acaso no vio facciones asiáticas o del norte de Europa aquel viernes por la noche? Se haría pasar por un converso. Solo necesitaba una cosa más.

–Pero, dime, TC, ¿de dónde voy a sacar una *kipá* a estas horas?

–Ya he pensado en eso. – Haciendo un gesto grandilocuente, TC le mostró una pieza redonda de tela-. Se la pedí prestada a tu amigo Sandy cuando nos encontramos en el parque.

–¿Prestada?

–Bueno, sé que siempre llevan alguna de repuesto, y dio la casualidad de que yo estaba mirando en sus bolsillos. Te la voy a poner.

Como si de una ceremonia se tratara, TC se puso de puntillas y le colocó la *kipá* en la coronilla. A continuación fue al baño y regresó con un imperdible.

–Ya está -dijo tras sujetársela-. Rabino William Monroe, es un placer conocerlo.

Una vez en el taxi, Will empezó a agitarse por la emoción y también por los nervios. Nunca había llevado a cabo ninguna misión encubierta, y eso es a lo que se disponía precisamente. Se había disfrazado para hacerse pasar por

otra persona, y ya no llevaba su coraza protectora: sus pantalones caqui, su camisa azul y su libreta de notas. Se sentía desnudo.

En un intento de tranquilizarse, cogió su móvil, un recuerdo de su verdadera vida, y vio que tenía otro mensaje del mismo desconocido remitente al que, en su momento, había confundido con Yosef Yitzhok:

SOLO HOMBRES SOMOS, Y EN NÚMERO ESCASO

DESCRIPTIBLES EN DÍGITOS DE DOS;

NOS DIVIDIMOS SI ESTOS MULTIPLICAMOS,

SI PERECEMOS, ENTONCES TODO LO DEMÁS DEBE MORIR.

Will no tenía ni idea de qué podía significar, pero en esos momentos carecía de importancia. Según TC, todo tendría su explicación. La fuerza de la costumbre hizo que a continuación comprobara su Blackberry. La luz roja parpadeaba. Una alerta de noticias de *The Guardian*. La nostalgia lo había llevado a suscribirse al diario que leía en Inglaterra. Normalmente solía borrar aquellos mensajes porque ya tenía suficiente con mantenerse al día de las noticias en Nueva York; sin embargo, aquel aviso lo intrigó y lo abrió.

EL ROBÍN HOOD DE DOWNING STREET

El escándalo más reciente de la política británica ha tomado un giro inesperado.

Gavin Curtis, el ex ministro de Economía, de quien la policía sospecha que se suicidó la semana pasada, parece destinado, de la noche a la mañana, a dejar de ser un personaje odiado y caído en desgracia para convertirse en un héroe nacional.

Los funcionarios del Tesoro que inicialmente desvelaron que el señor Curtis había desviado considerables sumas del

presupuesto nacional a una cuenta particular de un banco suizo han revelado esta mañana dónde ha acabado realmente ese dinero: en las manos de la gente más pobre del mundo.

Instantáneamente aclamado por la prensa sensacionalista, parece que el señor Curtis pasó la mayor parte del tiempo que estuvo al frente de las finanzas del país robando a los ricos para dárselo a los pobres.

«Durante el mandato del señor Curtis, las subvenciones estatales se duplicaron, incluso se triplicaron -afirmó Rebecca Morris, portavoz de Action and Hunger, una destacada ONG-. Nosotros creíamos que era simplemente la política del gobierno.»

Pero no se trataba de eso, sino que la generosidad hacia los que luchan contra el hambre, la pobreza y el sida fue una decisión personal del señor Curtis, que hizo posible sacando sumas de cuentas inactivas que llevaban años sin ser utilizadas ni reclamadas por nadie, y después ocultando esas transacciones en el complicado laberinto de los datos del Tesoro.

Algunos observadores especulan que el ministro pudo incluso haber llegado más lejos en los últimos meses, ya que parece que desvió hacia subsidios fondos destinados a los exportadores de armas. «Ellos se llevaron menos para que los que mueren de hambre en África y en el océano Indico puedan tener más», explicó anoche un colaborador del ministerio. Algunos informes señalan que este movimiento fue el que dejó al descubierto al ministro.

«Sin duda conocía los riesgos que corría -declaró la señorita Morris a este diario-, pero estaba dispuesto a afrontarlos para que los desfavorecidos tuvieran más oportunidades. Podría decirle cuántas vidas Gavin Curtis ha salvado. Algunos dirán que se trata de un escándalo, pero yo creo que ha sido el acto de un hombre verdaderamente justo.»

Capítulo 44

Domingo, 20. 16 h, Crown Heights, Brooklyn

Hacer una llamada telefónica era un riesgo que TC no quería correr. Temía que el rabino Mandelbaum quedara demasiado impresionado al escuchar aquella voz del pasado, pero también temía que llamara a sus padres. Era más que probable que durante todos aquellos años se hubiera sentido culpable: había conspirado en secreto con la joven Tova Chaya y a la vista estaba el resultado.

En consecuencia, TC decidió plantarse ante su puerta y no darle esa opción. Miró el reloj. Con suerte se encontraría en casa tras haber vuelto de la sinagoga. Recordaba perfectamente la dirección; cuando vio luces en la casa, pidió al taxista que esperara.

–Lo siento, Will. Solo necesito un minuto. – Observaba la ventana, como si fuera incapaz de moverse-. Hace casi diez años de aquello. Yo era otra persona.

–Tómate el tiempo que quieras.

Will miró por la ventanilla. Las calles estaban extrañamente silenciosas. El suyo era el único vehículo. No se veía a nadie caminando. El único sonido provenía de la radio, donde sonaba una canción. Al principio, Will no se fijó, pero al cabo de un momento la letra captó su atención. Era John Lennon que declaraba: «Dios es el concepto con el que medimos nuestro dolor». Prestó atención. La canción se acercaba a su clímax final: «No creo en la magia, no creo en la Biblia, no creo en Jesucristo, no creo en los Beatles, solo creo en mí, en Yoko y en mí, y esa es la realidad».

Nunca la había oído, pero se le hizo un nudo en la garganta. Era como si Beth estuviera hablándole, como si hubiera conseguido enviarle un mensaje desde su celda. La añoranza que Will sintió en esos momentos fue tan poderosa que apenas dejó sitio en él para otra emoción.

Por fin, TC le hizo señales para que saliera del taxi. Pagaron al conductor y caminaron juntos hacia la casa. Will

se ajustó la kipá una vez más. TC llamó a la puerta. Transcurrieron unos instantes, pero al final Will oyó cierta actividad. Se oyeron pasos que se arrastraban hacia la puerta, y apareció un hombre encorvado y de barba gris. No podía tener menos de ochenta años.

–Rabino Mandelbaum, soy Tova Chaya Lieberman, su antigua discípula. He vuelto.

Los ojos del anciano fueron los primeros en hablar; cobraron brillo y se iluminaron al instante. Los miró una y otra vez sin pronunciar palabra; luego, asintió lentamente y les hizo señal de que entraran. Andaba delante de ellos y levantó el brazo al pasar ante el salón para indicarles que entraran allí mientras él seguía camino de la cocina.

El olor de los libros antiguos asaltó a Will de inmediato. La estancia estaba llena, de arriba abajo, con los mismos ejemplares encuadernados en piel y oro que había visto en la sala donde lo habían interrogado el viernes por la noche. Textos sagrados. La superficie de la mesa estaba cubierta por un mantel y un hule, y estaba tan abarrotada de libros abiertos que la cubrían casi por entero. La luz la proporcionaba una única lámpara, de modo que no se veía bien. A pesar de todo, Will supo que allí no había una sola palabra en inglés.

No había cuadros en las paredes, solo fotografías. Puede que hubiera una docena, y todas con el mismo motivo: el *Rebbe*. A pesar de llevar dos años fallecido, seguía observando desde todos los rincones, a veces sonriendo, a veces con el brazo en alto, pero siempre mirando intensamente. En una fotografía, aparecía en un grupo junto al rabino Mandelbaum. Las demás parecían haber sido realizadas con una finalidad puramente comercial, en especial las montadas en aquellos marcos que imitaban la madera. A Will le recordó los souvenirs que podían comprarse en algunos pueblos italianos donde aparecían los santos locales.

El rabino regresó sosteniendo precariamente una bandeja con un solitario vaso de agua.

–Sentaos, sentaos -insistió mientras ofrecía la bandeja a Will.

Este estaba perplejo. ¿Por qué era el único a quien se ofrecía bebida? TC se le acercó y le susurró:

–El *Yom Kippur* ha empezado. Nada de comida ni bebida.

–Entonces, ¿por qué me ofrece agua?

–Porque es listo.

TC se había situado para quedar frente a su antiguo maestro.

–¿Y la señora Mandelbaum? – preguntó en tono a la vez vacilante y amable.

–Haya Hindel Rachel, aleyha hosholom.

–Lo siento. *HaMakom y'nachem oscha b'soch sh'ar aveilei Tzion v'Yerushalayim.* -Que el señor lo conforte entre todos los que penan por Sión y Jerusalén.

Will tuvo que limitarse a observar y escuchar, pero entendía el lenguaje corporal lo suficiente para saber que TC estaba dándole el pésame.

–Rabino -prosiguió-, he vuelto después de tantos años por una cuestión de vida o muerte. Me parece que nos hallamos ante un *sakonojur die gantseh breeye*, un riesgo para toda la creación. – Hizo una pausa, como si recordara algo-. Este es mi amigo William Monroe. – El rabino hizo un leve movimiento con la ceja, como si dijera: «No creas que soy un ingenuo, jovencita. Sé cómo funcionan las cosas de este mundo, y también veo que este William Monroe no es judío a pesar de que vista como tal, y también que la palabra "amigo" tiene muchos significados»-. Su mujer ha sido secuestrada y la mantienen prisionera aquí, en Crown Heights. Creo que ha tenido que ser cosa del rabino Freilich. – Se volvió hacia Will, que la miraba estupefacto, como si dijera: «¿Por qué no me habías contado que sabías cómo se llamaba?»-. Él no niega el secuestro, pero nunca ha explicado el motivo.

En el rostro de Mandelbaum no se reflejó sorpresa alguna. Se limitó a asentir para que TC continuara.

–Hemos estado recibiendo mensajes que nos han llegado a través del teléfono, mensajes de texto. – Lo dijo midiendo las palabras, como si semejante idea pudiera resultar extraña a oídos de un anciano rabino, pero este no parecía en absoluto confundido-. No sabemos quién los envía, pero parecen dar algún tipo de explicación para los acontecimientos presentes y futuros. No estoy segura de qué significan, pero tengo una idea. Esa es la razón de que hayamos venido.

–*Fregt mich a shale*. – Haz tu pregunta.

–Rabino Mandelbaum, ¿podría explicar a Will el concepto de *tzaddik*?.

Por primera vez, el anciano dejó entrever un atisbo de emoción y miró a TC con expresión intrigada, como si se preguntara en qué estaba a punto de embarcarse.

–Tova Chaya, sabes perfectamente qué es un *tzaddik*. Lo aprendimos juntos. ¿Has vuelto por eso?

–Me gustaría escucharlo de sus labios. ¿Querría explicárselo?

El rabino miró a TC como si estuviera sopesando sus motivos. Al final, se volvió hacia Will con expresión vacilante y empezó:

–Señor Monroe, un *tzaddik* es un hombre justo. La raíz de la palabra es *tzedek*, que significa «justicia». Un *tzaddik* no solo es alguien sabio o culto. Para eso tenemos otras palabras. Un *tzaddik* es un hombre dotado de una sabiduría especial. Encarna la justicia misma. La palabra «justo» de ustedes es la que mejor lo resume.

William nunca había oído una voz como aquella. El rabino que lo interrogó con tanta rudeza -y de quien acababa de saber que se llamaba Freilich- se expresó con una entonación especial, musical, que ascendía y descendía pero que conservaba un acento norteamericano perfectamente reconocible. Aquel era distinto, ni alemán ni

centroeuropeo exactamente; puede que una combinación de ambos. ¿Era ese el acento de la Mitteleuropa o se trataba de la voz de un lugar que ya no existía, la voz de la Europa de los judíos? En ella, Will reconoció las fotos que había visto en los libros de la Segunda Guerra Mundial: de los judíos de Polonia, Hungría o Rusia, de sus oscuros ojos asomándose a las imágenes en blanco y negro de un terrible destino que ni siquiera intuían. Oyó los lamentos de los violines de la música judía que en alguna ocasión había oído en la radio de Nueva York. En la voz de aquel hombre, Will creyó poder percibir toda una civilización extinguida.

Se esforzó por volver al momento presente y se concentró en lo que le explicaba el rabino.

–Nuestra tradición nos habla de que hay dos tipos de *tzaddik*, los que son conocidos y los que permanecen en el anonimato. De estos últimos se dice que se hallan en un plano más elevado que aquellos cuya santidad es pública. Ellos son los justos y, aun así, no buscan ni fama ni gloria. Carecen del engreimiento que se adquiere con la vida pública; ni siquiera sus vecinos conocen su verdadera naturaleza y con frecuencia son pobres. Tova Chaya recordará las historias populares que leyó de niña: los *tzaddikim* que vivían casi en secreto, trabajando con sus manos. Podían ser muy pobres o desempeñar tareas muy humildes. En las leyendas populares podían aparecer como herreros, zapateros remendones o conserjes; sin embargo, esos hombres realizan actos de extrema bondad, actos de santidad.

–Pero ¿nadie sabe quiénes son? – La pregunta surgió espontáneamente de los labios de Will.

–Precisamente -repuso el rabino, que se permitió una sonrisa-. El *tzaddik* se toma grandes molestias para despistar, por decirlo de alguna forma. Nuestros escritos están llenos de historias que reflejan la profunda paradoja de hallar a los hombres más santos en los lugares menos santos. Es algo deliberado: desean ocultar su naturaleza

tras una máscara, y por lo tanto se disfrazan de hombres toscos y, a menudo, incluso groseros. Seguro que Tova Chaya se acuerda del rabino Levi Yitzhok de Berditchev.

–*God's Drunkard*.

–Me alegra que no hayas olvidado lo que estudiamos juntos. Sí, *God's Drunkard* es la historia que tenía en mente. En ella, el rabino Levi Yitzhok descubre que, cuando se trata de la gracia divina, Chaim el Aguador, un ignorante que está *shicker,* borracho de la mañana a la noche, lo supera. – TC y el anciano intercambiaron una breve sonrisa.

–¿De modo que algunos de los hombres más justos adoptan la apariencia contraria?

–Sí. Considérelo una especie de broma divina o la demostración de que el judaísmo es una filosofía profundamente democrática. Los más santos no son los que más saben ni los más nobles, tampoco los que rezan más a menudo y observan los mandamientos con mayor diligencia. La medida de la santidad se halla en el trato de bondad y justicia que dispensamos a nuestro prójimo.

–De modo que ese hombre, ese borracho, trataba bien al prójimo.

–Sin duda muy bien.

Los tres se quedaron en silencio durante un breve instante subrayado por la pesada respiración del anciano.

–Hay otra historia -prosiguió el rabino-. Es una de las más antiguas.

De nuevo había asomado una sonrisa a sus labios, y Will pudo ver a través de la barba y el acento a un hombre encantador que, aunque viejo y encorvado, en su juventud sin duda había sido un maestro carismático.

El rabino se levantó y rodeó la mesa arrastrando los pies para ir a coger un libro que había en la librería, detrás de Will.

–Aquí está. Es del Talmud Yerushalmi, del tratado que se ocupa de los primeros días. ¿No lo estudiamos juntos, Tova Chaya?

Will se había perdido.

–Perdón, ¿de dónde dice que es?

TC intervino:

–Proviene de lo que se conoce como Talmud Palestino, el libro de los comentarios rabínicos escrito en Jerusalén.

–¿Cuándo?

El rabino Mandelbaum, que había regresado a su asiento y pasaba las páginas, respondió sin alzar la vista.

–Esta historia data del siglo tercero de la era común. – La «era común» se usaba como eufemismo para referirse al *Anno Domini*, el Año del Señor, de Jesucristo, palabras que ningún judío creyente podía utilizar-. Probablemente se trata de la historia más antigua de su clase. – Sus ojos examinaban el texto-. Bueno, podemos saltarnos los detalles secundarios. En esta historia el rabino Abbahu se da cuenta de que, cuando cierta persona se une a la congregación, los rezos para que llueva suelen ser atendidos. En cambio, cuando no está, no cae ni gota de lluvia. El caso es que ese hombre trabaja ni más ni menos que en un prostíbulo, y te pido disculpas, Tova Chaya, por mencionar estas cosas.

–¿Quiere decir que a pesar de ser un proxeneta es uno de los hombres justos? – preguntó Will.

–Eso afirma el Talmud.

Will notó como si fragmentos de hielo recorrieran su espalda y se estremeció. No escuchaba lo que TC o el rabino decían. En su cabeza solo oía una voz, la de Letitia, la mujer que había conocido en Brownsville; oía sus palabras altas y claras: «Se lo repito, señor Monroe: puede que el hombre que asesinaron anoche hubiera pecado todos y cada uno de los días de su vida, pero para mí era la persona más justa que jamás he conocido». Esas eran las palabras que había dicho acerca de Howard Macrae, que, al igual que el hombre de la historia, se había ganado la vida como proxeneta.

–… Esas historias se recrean en paradojas así -decía el rabino-, donde los hombres más buenos se disfrazan de

personas humildes o incluso de grandes pecadores.

A Will le daba vueltas la cabeza: Pat Baxter, el radical de la milicia, el fanático de las armas que nunca había sido detenido y que había donado uno de sus órganos de forma totalmente anónima; Gavin Curtis, que, despreciado como político corrupto, había desviado dinero para ayudar a los más desfavorecidos; Samak Sangsuk, otro millonario, en su caso tailandés, que había hecho todo lo posible para que los indigentes hallaran cierta dignidad en la muerte.

Will apenas podía seguir el ritmo de sus pensamientos. Se acordó del automóvil extremadamente humilde en el que Gavin Curtis se había refugiado del acoso de la prensa. ¿Y qué había dicho Genevieve Huntley acerca del donante de riñón? «La principal petición del señor Baxter fue la del anonimato. Eso fue lo único que me pidió a cambio de lo que hizo.» Todos aquellos hombres habían realizado buenas acciones, y todos lo habían hecho en secreto.

–¿Y se sabe cuántos hombres justos hay?

El rabino miró al instante a TC.

–¿No lo sabes, Tova Chaya? ¿Acaso lo has olvidado?

–No lo he olvidado, rabino Mandelbaum; pero quería que Will lo oyera de sus labios. Que lo oyera todo.

–Hay treinta y seis *tzaddikim* en cada generación. No sé si sabe que en hebreo cada letra tiene un valor numérico. En hebreo, el número treinta y seis se expresa con los caracteres hebreos «*lamad*», que es como una «ele», y «*vav*», que es el equivalente a la letra «uve». «*Lamad*» es «treinta» y «*vav*» es «seis». En yiddish, a esos hombres justos se los conoce como los «*lamadvavniks*», los treinta y seis hombres justos que sostienen el mundo.

Will dio un respingo y sus antenas se pusieron en alerta, como sucedía siempre que oía algo que intuía que podía ser noticia de primera página.

–Perdón, ¿a qué se refiere cuando dice que sostienen el mundo? – Por el rabillo del ojo vio que TC sonreía como si

pensara que por fin se estaban acercando al meollo del asunto.

–Ah, eso es lo principal. Lo siento, señor Monroe, me estoy haciendo viejo. Debería habérselo dicho desde el primer momento. Por favor, déjeme pasar. – El rabino se levantó para coger otro libro, uno de los pocos que estaba en inglés: *The Messianic Idea in Judaism*, de Gershom Scholem-. Alguien lo dejó en el seminario. Creo que intenta explicar esos asuntos a un público más amplio.

Will se retorcía de impaciencia. Asintió educadamente pero con expresión ansiosa, deseoso de que el rabino se saltara las cuestiones académicas y siguiera con las explicaciones.

–Ah, sí, aquí está. Scholem dice que «la tradición judía habla de treinta y seis *tzaddikim* u hombres justos sobre los que, a pesar de que son desconocidos o se ocultan, descansa el destino del mundo». – Reseguía la página con el dedo-. «Ya en los Proverbios de la Biblia se dice que el hombre justo es el fundamento del mundo y por lo tanto lo sustenta.»

–Un momento, rabino -interrumpió repentinamente TC, muy alerta-. ¿En qué parte de los Proverbios aparece esa mención?

El rabino pasó la página despacio.

–En el capítulo diez, versículo veinticinco.

Al momento, TC metió la mano en el bolso y sacó las notas que había escrito en los Post-it después de haber descifrado los mensajes de texto que los habían llevado a Proverbios 10. Los pasó de uno en uno hasta que encontró el que deseaba y se lo entregó a Will.

Versículo 25: pasa la tormenta, y ya no existe el malvado, pero el justo tiene cimientos eternos.

–Cimientos -dijo TC en voz baja, y volviéndose hacia Will-: Los hombres justos son los cimientos sobre los que descansa el mundo. Sin ellos, el mundo se viene abajo.

–Tova Chaya lo ha resumido correctamente -aseguró el rabino-. Existe cierta polémica acerca del origen de la idea. Algunos eruditos creen que data de la época de Abraham, de su discusión con Dios sobre los habitantes de Sodoma.

TC se dio cuenta de que Will no sabía de qué hablaban y de que el rabino no se lo iba a explicar, de modo que intervino nuevamente.

–De lo que se trata en esencia es de que Dios se disponía a destruir toda la ciudad de Sodoma porque sus habitantes se habían vuelto pecadores -dijo a media voz, impaciente por dejar el asunto a un lado y evitar entrar en discusiones con su antiguo maestro-. Abraham intentó llegar a un acuerdo y propuso que si él, Abraham, lograba encontrar a cincuenta personas buenas en la ciudad, Dios no la destruiría. Dios aceptó, pero Abraham siguió negociando. Si Dios estaba dispuesto a salvar la ciudad a cambio de cincuenta, ¿por qué no de cuarenta? Dios también se avino. El regateo continuó y, al final, quedó en diez personas. «De acuerdo -dijo Dios-, encuéntrame a diez buenas personas y salvaré Sodoma.» De aquí arranca el principio de que, mientras haya gente justa a nuestro alrededor, el resto de nosotros se halla a salvo; estamos salvados por su presencia en este mundo.

El rabino tomó el hilo de la conversación.

–Hay cierto debate en torno al número exacto. Unos dicen que son treinta; otros que cuarenta. De todas maneras, desde el siglo cuarto, más o menos, el número parece haberse establecido en treinta y seis. Tal como escribe el rabino Abaye: «En el mundo hay no menos de treinta y seis hombres justos por cada generación sobre los que descansa la *Shekhina*».

–Perdón, ¿qué significa esa palabra?

–Discúlpeme. «*Shekhina*» significa el resplandor de Dios, el Divino Semblante.

–Se refiere -intervino TC en voz baja- a la apariencia externa de Dios. Es una especie de luz divina. – Y añadió

con un deje de orgullo-: Es femenina.

–A ver -empezó a decir Will en tono vacilante-, quiero estar seguro de haberlo entendido correctamente. Las enseñanzas de los judíos dicen que existen treinta y seis personas que viven en un momento dado del tiempo y que son verdaderamente justas; que pueden estar ocultas, llevar vidas normales y hasta parecer vulgares pecadores; pero que, calladamente y en secreto, siguen realizando actos de extraordinaria bondad, y que mientras los tengamos a nuestro alrededor estaremos a salvo y el mundo se mantendrá a flote. – Will entendió entonces el sentido de la última pista que le habían dado: la estatua de Atlas del Rockefeller Center, la del coloso que sostenía el mundo sobre sus hombros-. Lo cual quiere decir que, si por la razón que fuera ya no estuvieran entre nosotros, eso supondría el fin del mundo.

El anciano rabino asintió lenta y pesadamente.

–Me temo que eso es precisamente lo que significa.

Capítulo 45

Domingo, 20. 46 h, Crown Heights, Brooklyn

Así, esa era la razón de que aquella gente hubiera muerto: ni más ni menos que por algo tan oscuro como una leyenda bíblica. Aquel desperdicio de vidas golpeó a Will con fuerza renovada. ¡Qué locura, qué crueldad que Howard Macrae y Pat Baxter hubieran sido asesinados en nombre de una fantasía para chiflados! ¡Conque el fin del mundo! Obviamente no tenía sentido. ¿Quién podía creer que treinta y seis personas mantuvieran el mundo con vida? No en vano Will se había empapado de los conocimientos empíricos y del escepticismo de Oxford.

No obstante, lo que él pudiera opinar carecía de importancia. Estaba claro que había otras personas que sí creían en ello, y con una convicción que los llevaba a asesinar a individuos completamente inocentes en cualquier

parte del mundo. Si ese era el móvil de los asesinos, ¿qué importaba que fuera racional o no?

Eso era lo que Will se decía. Sin embargo, algo seguía incomodándolo, algo sobre aquel hombre y sus libros, algo relacionado con el respeto que TC le manifestaba; algo sobre TC, sobre Tova Chaya. Esos judíos no eran unos estúpidos maníacos, sino los encargados de preservar una antigua tradición que se remontaba a los tiempos de Sodoma. La historia de los treinta y seis había ido pasando de generación en generación desde los tiempos de Abraham a través de los siglos, desde Babilonia hasta Europa Central y, después, a América. Los judíos no eran una panda de chiflados entregados a fantasías, al menos no por lo que él sabía. Sus conversaciones con TC siempre le habían producido la misma impresión, que el judaísmo no estaba interesado en lo sobrenatural sino en la forma en que los seres humanos se trataban unos a otros en el momento presente: no parecían creer en platillos volantes ni en la posibilidad de que, de repente, un tullido pudiera levantarse y caminar. Eran demasiado sensatos para algo así; de manera que si creían en la presencia oculta de treinta y seis hombres justos debía de ser por alguna razón.

Algo más se le escapaba al normalmente escéptico Will. De no haberlo descubierto por sí mismo, no lo habría creído, pero Macrae y Baxter, Samak en Bangkok y Curtis en Londres encajaban a la perfección con la descripción del rabino. Ciertamente, habían llevado a cabo actos de desacostumbrada bondad y lo habían hecho en el más absoluto secreto. Habían esquivado toda publicidad, como mandaba la leyenda. Will sospechaba que, hasta que él los había sacado a la luz, los actos de Macrae y de Baxter habían permanecido en el anonimato más completo. De hecho, aquellas cuatro personas se habían disfrazado de pecadores y de individuos más dignos de ser despreciados que admirados. Un macarra y un activista de extrema derecha, ¡por el amor de Dios!

Pero ¿y si aceptaba la existencia de aquellos *lamadvavniks* solo para seguir esa argumentación? Se abría una nueva línea de reflexión. Hasta ese momento, su único interés en desentrañar aquella extraña leyenda había sido para que lo condujese hasta su esposa; pero al reflexionar sobre aquella nueva idea sus manos empezaron a sudar. Si aquel mito tenía algún fundamento, la persecución de aquellos hombres justos no era solo un crimen cruel, sino que también acarrearía el desastre para el mundo. Por primera vez comprendió el sentido de las palabras que el rabino Freilich le había dicho por teléfono la noche anterior: «Su esposa es importante para usted, señor Monroe, desde luego que lo es, pero el mundo, la creación del Todopoderoso, me importa a mí».

«Treinta y seis», se dijo Will. ¡Eran tan pocos! Solo treinta y seis personas en todo el planeta contra, ¿cuántas?, ¿seis mil millones? Ya habían muerto cuatro. De eso estaba seguro. ¿Significaba eso que había otras treinta y dos personas repartidas por el mundo que ya habían muerto o que estaban a punto de morir sin que nadie se diera cuenta?

Se acordó de nuevo de su conversación con el rabino Freilich: «Una historia muy antigua se está desarrollando, algo que la humanidad ha temido durante siglos». Así pues, eso era lo que significaba, la antigua historia era la de los treinta y seis hombres justos, la leyenda de los *lamad vav*, y el desenlace que todos temían era ni más ni menos el fin del mundo.

Por otra parte, Will se dio cuenta de que la persona que les había estado enviando los mensajes conocía aquella historia. Mientras el rabino Mandelbaum se levantaba para coger otro libro, Will echó una rápida ojeada a su móvil y releyó el último mensaje que había recibido. Un poema de cuatro versos:

SOLO HOMBRES SOMOS, Y EN

NÚMERO ESCASO

DESCRIPTIBLES EN DÍGITOS DE DOS;

NOS DIVIDIMOS SI ESTOS MULTIPLICAMOS,

OceanofPDF.com

SI PERECEMOS, ENTONCES TODO LO DEMÁS DEBE MORIR.

«Hombres justos… descriptibles en dígitos de dos.» Las dos cifras eran 3 y 6. «Si estos multiplicamos…» Tres veces seis daba dieciocho: la mitad de treinta y seis: «… nos dividimos». El resto del texto se entendía: «Si perecemos, entonces todo lo demás debe morir».

Will intentó contenerse. Deseaba sacar su libreta de notas y empezar a poner orden en toda aquella información. No obstante, todavía le quedaba alguna pregunta.

–Esos treinta y seis hombres, ¿son todos judíos?

–Normalmente, en la tradición hasídica, los *tzaddikim* son judíos, pero aquí estamos hablando más de sociología que de teología. ¿A quién más conocían aquellos *yidden*? Solo a judíos. Ese era todo su mundo. En los escritos rabínicos primitivos hay distintos puntos de vista sobre la identidad de los *tzaddikim*. Algunos creían que todos vivían en el territorio de Israel; otros, que algunos vivían fuera; unos terceros opinaban que los hombres justos provenían de los *goyim*, de los gentiles. No hay una opinión unánime. Podrían ser todos judíos, no judíos o una mezcla de ambos.

–Pero ¿siempre se trataría de hombres?

–Siempre. En ese punto las fuentes son unánimes. No hay duda, los *lamadvavniks* son hombres.

TC leyó los pensamientos de Will: «Entonces, ¿por qué retienen a mi mujer?».

Lo cierto era que Will se sentía decepcionado. Desde que el rabino había empezado a hablar, él no había dejado de buscar el camino que lo condujera hasta Beth y su secuestro. Incluso antes de haber ido allí ya había aceptado que existía una conexión entre Baxter y Macrae, pero no había podido establecer un vínculo con su esposa. Aquella teoría de los treinta y seis se le antojaba extraña y descabellada, por no decir totalmente loca, pero, a su modo de entender, explicaba la forma de pensar de los *hasidim*. Quizá por alguna falsa razón habían creído que Beth era uno

de aquellos justos, pero no era posible, porque pertenecía al otro sexo. Estaba tan confuso como al principio.

Una nueva pregunta acudió a su mente, y la formuló de inmediato:

–¿Y quién podría desear tal cosa, me refiero al fin del mundo?

–Solo los que son esclavos del *Sitra Achra*.

Will frunció el entrecejo, perplejo, y el rabino Mandelbaum comprendió que debía explicarse mejor.

–Lo siento. Lo había olvidado. El *Sitra Achra* significa literalmente «el otro lado». Es la frase que se usa en la cábala para referirse a las fuerzas del mal. Por desgracia, estas se hallan presentes a nuestro alrededor, todos los días, en todo lo que nos rodea.

–¿Es parecido al diablo, o a Satanás?

–No. No exactamente, porque el *Sitra Achra* no es una fuerza externa a la que podamos culpar de las cosas que van mal. El poder del *Sitra Achra* deriva de las acciones de los seres humanos. Me temo, señor Monroe, que no es Lucifer el que trae las tinieblas a este mundo, sino nosotros.

–Pero ¿por qué iban a desear las personas creyentes hacer algo semejante, matar a los hombres justos?

–No llego a imaginar el motivo. Verá, nosotros, los judíos, solemos decir que quien salva una vida salva al mundo entero. Por lo tanto, matar a una persona es un crimen gravísimo, el peor. Y matar a un *tzaddik* sería una profanación aún mayor del nombre del Todopoderoso. ¿Matar a más de uno, matarlos a todos? No puedo imaginar tanta maldad.

–¿No hay ningún motivo que se le ocurra?

–Supongo que podría ser concebible que alguien deseara poner a prueba sus creencias hasta el límite, para ver si es cierto que los *lamad vav* mantienen el universo. Cuando los *lamad vav* hayan desaparecido, cuando ya no estén entre nosotros, entonces lo sabremos, ¿no es cierto?

–Pero también podría ser que alguien lo creyera ya, que lo creyera hasta el punto de desear el fin del mundo.

En el silencio que siguió, Will se sorprendió por algo en lo que había reparado a medias pero en lo que no había pensado a fondo hasta entonces: tratándose de alguien al que acababan de dar semejantes noticias, el rabino Mandelbaum permanecía extrañamente tranquilo, sentado en su silla, hojeando sus libros, como si se tratara de un asunto puramente teórico.

Fue este quien leyó entonces en la mente de Will.

–De todas maneras, eso es algo que nadie podría hacer -dijo el anciano, suspirando y acomodándose en la silla-, porque nadie sabe ni ha sabido nunca quiénes son los *lamad vav*. Ese es su mayor poder.

Will se avergonzó al darse cuenta de que aquello era en lo único en lo que no había pensado. Treinta y seis personas repartidas por todo el mundo y viviendo en el más completo anonimato. ¿Quién iba a descubrirlas? Aunque, por otra parte, ¿cómo habían dado con Baxter y Macrae?

–El *tzaddik* vive oculto, a veces incluso para sí mismo. Es posible que ni siquiera tenga conciencia de lo que realmente es. Y si un hombre no sabe qué es, ¿quién más puede saberlo?

–Por lo tanto, ¿nadie puede tener idea de quiénes son esos treinta y seis? No existe ninguna lista secreta, ¿no es eso?

El rabino parpadeó.

–No, señor Monroe. No existe tal lista. Tova Chaya, ¿puedes pasarme el libro del Rebbe Yosef Yitzhok que hay detrás de ti?

Will se sorprendió. Desde que había entrado en aquella habitación había oído pocos nombres que le sonaran, pero aquel le era conocido. TC vio su expresión y le susurró una explicación:

–Es el nombre del anterior Rebbe. A Yosef le pusieron ese nombre en su honor. Murió hace unos cincuenta años.

–Muy bien -dijo Mandelbaum recostándose en su asiento-, esto es una especie de autobiografía del Rebbe. Aquí describe a los *tzaddikim* como si formaran una especie de sociedad secreta. No se refiere a ellos directamente como los *lamadvavniks*, pero habla de ellos. Según él, estas personas, situadas en ciudades distintas, fueron las fundadoras de los *hasidim*. – Apartó la vista del libro y cerró los ojos como si estuviera leyendo dentro de sus párpados; Will supo que andaba buscando algo en los meandros de su memoria-. También estaba el gran rabino Leib Sorres, en el siglo dieciocho. Se dice de él que estaba en contacto con los hombres justos que se ocultaban, y que se aseguraba personalmente de que tuvieran sopa y alimentos. Se decía lo mismo de Baal Shem Tov, el fundador reconocido de los *hasidim*. – Abrió los ojos-. Pero son excepciones; por lo general, se da por sentado que los *tzaddikim* que se mantienen en el anonimato permanecen en él. Circulan algunas historias de *tzaddikim* que han estado a punto de tropezar el uno con el otro, y se supone que un hombre justo tendría la sabiduría suficiente para reconocer a otro; ya sabe, de algún modo vería su aura. – El rabino dejó entrever una sonrisa, la misma sonrisa traviesa que Will ya había visto y que procedía del joven que aquel anciano alguna vez había sido-. Por lo general, esa gente se mantiene alejada de los demás, alejada entre ellos y del resto de nosotros.

–¿Y cómo podría alguien localizarlos?

–Vaya, esa es la clase de pregunta que Tova Chaya solía hacer, una pregunta que el rabino Mandelbaum no sabe responder. – Ambos intercambiaron una sonrisa, como el abuelo que mira a su nieta favorita-. Ojalá lo supiera, señor Monroe, pero no lo sé. Para averiguarlo deberá hablar con otros que han penetrado en los secretos más íntimos de la cábala.

Will se dio cuenta de que el rabino se estaba fatigando; no obstante, no quería dar por terminada la conversación.

En la última media hora había conseguido más respuestas que en las cuarenta y ocho horas previas. Por fin no solo comprendía el alud de pistas que le habían llegado en forma de mensajes de texto, sino que además tenía una perspectiva más amplia de la historia antigua que se estaba desarrollando. Sin duda, aquel anciano debía de tener la llave del motivo del secuestro de Beth. Si pudiera pensar en la pregunta adecuada…

Se oyó un zumbido y la vibración de un móvil. TC, acostumbrada a llevar pantalones militares, parecía desconcertada por ir vestida con una falda larga y sin bolsillos, no sabía dónde buscar, hasta que al final se acordó de que había tomado prestado uno de los bolsos de Beth. Murmurando una disculpa, salió de la habitación para contestar la llamada.

Will se esforzaba por entender todo lo que acababa de escuchar: las descabelladas teorías sobre el fin del mundo y los espantosos avisos de un cataclismo anunciado. Se llevó las manos a la cabeza. ¿En qué se había metido?

De repente, notó una mano en el hombro.

–Es algo terrible que un hombre se quede sin su esposa. Hace tres años que la señora Mandelbaum murió, pero yo sigo adelante con mi vida. Continúo estudiando y orando; pero de vez en cuando sigo soñando con ella por las noches.

Will notó que sus ojos se llenaban de lágrimas. Para no dejarse llevar por la emoción, carraspeó y se dispuso a formular una pregunta. No sabía si lo ayudaría a encontrar a Beth, pero deseaba saber tanto como fuera posible.

–¿Qué se considera como bueno, cuáles son esas buenas acciones que definen a un hombre justo?

–No creo que sea tan simple como eso. Hay que pensar en el alma de un *tzaddik*, un alma de tal pureza, de tal bondad, que no puede evitar manifestarse. Las obras no son más que la manifestación externa de la bondad que anida en su interior. – El rabino empezó a levantarse de la silla como si fuera a iniciar una nueva expedición en busca de un

libro-. El texto fundamental de los *hasidim* es el *Tanya*. En ese libro hay una definición del *tzaddik* según la cual en cada persona conviven dos almas, un alma animal y un alma divina. El alma divina es donde radica nuestra conciencia, la necesidad de hacer el bien, nuestro deseo de aprender y estudiar. En el alma animal se encuentran nuestros apetitos de comida, bebida y sexo. Todo esto proviene de nuestra alma animal.

Ahora bien, normalmente estas dos almas se hallan enfrentadas. Una buena persona intenta con todas sus fuerzas controlar su alma animal, mantener a raya sus deseos y no ceder a las tentaciones. Eso es lo que significa ser una buena persona en el sentido normal del término: ¡luchar! – Mostró una arrugada sonrisa, como si reconociera la fragilidad del ser humano-. Pero un *tzaddik* es diferente, un *tzaddik* no se limita a aplacar su alma animal, sino que la transforma. Cambia su alma animal en algo más y la convierte en una fuerza al servicio del bien; como si dijéramos que de repente funciona con dos motores en vez de con uno. Es como si tuviera dos almas divinas. Eso le confiere un poder especial y lo faculta para salvar el mundo.

–¿Y con un solo acto sería suficiente?

–¿A qué se refiere?

–Bueno, supongamos que un hombre ha realizado un acto de suprema bondad, ¿sería ese acto suficiente para que pudiéramos decir de él que es un *tzaddik*?

–¿Tiene usted algún ejemplo en mente? Mi respuesta es que puede que a nosotros nos parezca que el *tzaddik* ha realizado solo un acto de bondad, pero recuerde que esos hombres ocultan su santidad. Los cierto es que puede que ese acto sea el único del que nosotros tenemos constancia.

–¿Y qué tipo de acto sería ese?

–Ah, esa es una buena pregunta. ¿Sabe? En esa historia del rabino Abbahu y del hombre del prostíbulo…

–¿Esa historia del siglo tercero?

–Sí, en ella, el *tzaddik* hace algo insignificante. No recuerdo los detalles, pero era un pequeño sacrificio para preservar la dignidad de una mujer.

Will tragó saliva. «Igual que Macrae.»

–Y eso parece ser la tendencia común. A veces se trata de un acto de grandes proporciones -Will pensó en el ministro Curtis, de Londres, desviando millones a favor de los pobres-, puede que el *tzaddik* salve una ciudad de la destrucción. A veces es un pequeño gesto dirigido a una persona concreta: una comida para quien está hambriento, una manta para quien tiene frío. En todos los casos, el *tzaddik* ha tratado a otro ser humano con generosidad y justicia.

–¿Y de esa manera incluso un pequeño gesto puede redimir toda una vida?

–Sí, señor Monroe. El *tzaddik* puede haber vivido una existencia de pecado. Piense en el caso de Chaim el Aguador, que se emborrachaba hasta perder el sentido; sin embargo, esos actos de bondad y justicia cambian el mundo.

–De manera que la bondad no tiene que ver con las normas, no tiene que ver con llevar un cilicio ni con rezar más o menos fervorosamente ni con saberse la Biblia de memoria, sino que tiene que ver con el modo en que tratamos a los demás.

–*Bein adam v'adam*. Entre hombre y hombre. Ahí es donde reside la bondad y hasta la santidad. No en los cielos, sino en la tierra, en nuestras relaciones con el prójimo. Aunque también significa que debemos ir con cuidado. Debemos tratar a todos los que se cruzan en nuestro camino con el debido respeto porque, a tenor de lo que sabemos, el hombre que conduce un taxi o el que barre las calles podría ser uno de los justos.

–Como planteamiento es bastante igualitarista, ¿verdad?

El rabino sonrió.

–Dar el mismo valor a toda vida humana. Esa es la preocupación principal de la Torá. Eso fue lo que Tova Chaya estudió día tras día en el seminario, y lo que estudió conmigo antes de… -De repente, el rabino pareció muy triste y muy viejo y dejó la frase sin terminar.

Will se sintió culpable, no personalmente -sabía que no era culpable de que TC hubiera abandonado aquel mundo-, sino como representante del mundo moderno. Eso era lo que había deslumbrado a la joven Tova Chaya y la había apartado de las rutinas que habían formado parte de la vida de los judíos durante siglos, ya fuera en la Rusia rural o en Crown Heights: Norteamérica, la modernidad. Manhattan, con sus brillantes rascacielos, K-ROC en la radio, los vaqueros ceñidos, Domino´s Pizza, los éxitos de taquilla en el Cineplex, Gap, la HBO, la revista Glamour, Andy Warhol en el MOMA, patinar por Central Park, las tarjetas de crédito, comprar con solo darle a un botón, la Universidad de Columbia, el sexo fuera del matrimonio. Todo eso era lo que había atraído a TC. ¿Cómo iba a competir con ello el conformismo medieval de los *hasidim*? La monotonía de sus vestimentas, la rigidez del calendario, los infinitos límites que se imponían en todo: en lo que uno comía, en lo que uno estudiaba, leía, dibujaba o amaba. No era de extrañar que TC hubiera tenido que escapar.

A pesar de todo, Will sabía que TC había perdido algo al marcharse. Lo podía percibir en la voz del rabino Mandelbaum y lo había visto en los ojos de ella. El mismo lo había experimentado en las pocas horas que había pasado allí antes de que lo detuvieran e interrogaran. Aquel lugar tenía algo que él apenas había conocido, ya fuera durante su infancia en Gran Bretaña o como adulto en Estados Unidos. La palabra más suave para definirlo era «comunidad». La gente fantaseaba a menudo con ella. En su casa, el mito del pueblecito inglés donde todos se conocían seguía ejerciendo un poderoso atractivo, a pesar de que él no lo había comprobado en persona. En

Norteamérica, en las urbanizaciones de casas separadas por vallas de madera, a la gente le gustaba pensar que formaban comunidades, pero no tenían lo que Will había visto en Crown Heights.

Allí, las personas se relacionaban unas con otras como una vasta y extensa familia. Un complicado sistema de protección social en el que cada uno aportaba algo a los demás, como si todos echaran mano de un fondo común. Los niños entraban y salían de las casas de todos, y nadie parecía un extraño. TC le había contado que la sensación de claustrofobia que aquella comunidad provocaba podía resultar asfixiante -de hecho, ella había tenido que escapar para poder respirar-, pero también le había descrito una vida cálida y compartida que no había vuelto a vivir.

El rabino Mandelbaum tenía la mirada baja mientras pasaba las hojas de un nuevo libro.

–Hay una cosa más. No sé si puede ser útil o no. Según distintas leyendas, uno de esos treinta y seis hombres justos es aún más especial que los demás.

–¿De verdad? ¿Especial en qué sentido?

–Uno de los treinta y seis es el Mesías.

Will se inclinó hacia delante.

–¿El Mesías?

–Si la época lo requiriera, él mismo se revelaría. Eso es lo que dicen los eruditos.

–El candidato -dijo Will en voz baja.

–¿Le ha hablado ya alguien más de esto?

–TC me contó que en cada generación aparece un candidato para convertirse en el Mesías. Si ahora hubiera llegado la hora mesiánica, ese hombre lo sería. Pero si el momento no es el adecuado, nada ocurre.

–Debemos merecerlo; de otra manera, la oportunidad se pierde.

Casi involuntariamente, Will observó las fotos del Rebbe, que lo miraban desde todos los rincones. A pesar de que llevaba muerto más de dos años, sus ojos seguían brillando.

–Exactamente -dijo el rabino Mandelbaum siguiendo la mirada de Will.

Los dos hombres se observaron.

La puerta se abrió y TC apareció con el móvil en la mano. Estaba pálida, y tenía los ojos vidriosos, como un animal atontado camino del matadero.

Se inclinó sobre Will y le susurró al oído:

–La policía me busca. Me acusan de asesinato.

Capítulo 46

Lunes, 2. 20 h, Darwin, norte de Australia

La música había cesado, por eso había entrado. Era algo que solía hacer durante su turno, fuera de día o de noche: entrar de puntillas en la habitación para sacar el CD y sustituirlo por otro. La mesita de noche estaba llena de ellos, principalmente de Schubert, los que había dejado la hija del anciano.

Puso el disco. Entonces escuchó el familiar quejido que provenía del cuarto de al lado. Sabía que debía ir sin tardanza, pero le apetecía quedarse un rato con aquel residente, el señor Clark, el hombre que adoraba la música. Djalu solo lo veía despierto una hora o dos cada día; el resto del tiempo, el anciano dormía bajo los efectos de un sedante. Sin embargo, en aquellos minutos de conciencia el señor Clark parecía mejorar por los efectos del sonido de los violines y los violonchelos que salían del CD; sus agrietados labios se abrían como si saborearan las melodías, y a veces, incluso estando profundamente dormido, sus labios parecían repetir el mismo leve movimiento.

Djalu aprovechaba aquellas ocasiones para empapar la pequeña esponja sujeta al extremo del palo con el agua de la mesilla de noche y humedecer los labios del señor Clark. El anciano, de casi ochenta y cinco años, era incapaz de comer o beber sin vomitar, de modo que aquel era el único modo de darle sustento. Al igual que la mayoría de los que estaban allí, se estaba muriendo no por la enfermedad que

sufría desde hacía meses, sino por la forzada inanición y deshidratación. Cuando se hacía evidente que el paciente no podía curarse, se permitía que sus órganos se fueran colapsando hasta que al final le llegaba la muerte.

Parecía una forma cruel de dejar morir a una persona. El padre de Djalu denunciaba que se trataba de algo propio de la medicina del hombre blanco, que era todo ciencia y nada de espíritu. A veces, Djalu pensaba que tenía razón. Al fin y al cabo, había visto cosas terribles entre aquellas paredes: mujeres ancianas que yacían en los charcos de sus propios orines, hombres que gritaban durante horas para que alguien los llevara al cuarto de baño. Las enfermeras perdían la paciencia a menudo y gritaban a los residentes que se callaran o los llamaban por sus nombres de pila, como si fueran niños pequeños.

En sus primeros meses allí, Djalu se dejó llevar por la corriente. Al ser uno de los dos únicos ayudantes aborígenes de la institución, no deseaba llamar la atención. Su puesto no era nada seguro, no con un currículo donde figuraban dos estancias en la cárcel, una por robo y otra por hurto. Por lo tanto, no decía nada cuando el personal, al oír los gemidos que llegaban desde el fondo del pasillo, subía el volumen del televisor para acallarlos.

Ni siquiera en esos momentos decía nada. Nunca se quejaba ante la enfermera jefe o el supervisor. No quería follones. A veces incluso participaba en las bromas sobre «los viejos que chocheaban». De todas maneras, hacía lo que podía.

Así, cuando oía que un residente lloraba, corría. Formaba parte de lo que en aquel lugar de acogida se llamaba Grupo Rojo, responsable de un par de docenas de camas. De todas maneras, cuando veía que se encendía la luz de un residente en azul o en verde, acudía igualmente, rogando para que nadie del personal lo viera. En esas ocasiones se aseguraba de que el señor Martyn bebiera un poco de agua, o le daba la vuelta a la señorita Anderson. Y, si se habían

ensuciado, los limpiaba frotándolos suavemente, y después les acariciaba el cabello para aliviar su vergüenza.

Había oído que, la primera vez que él aparecía, algunos de los residentes decían: «Enfermera, no quiero que ese salvaje me toque, no está bien». Pero lo atribuía a la edad. El señor Clark no se mostró más amistoso.

–¿Usted cuál es? – le preguntó.

–¿Cuál, señor Clark?

–Sí, hay otro aborigen. ¿Cómo se llama? ¿Cuál de los dos es usted?

Pero Djalu no se enfadaba, no con un hombre que estaba al final de sus días. Llevaba té y galletas cuando la señora Clark llegaba de visita, y también un pañuelo si la encontraba llorando en silencio. Y siempre que la veía dormida al lado de la cama, la tapaba con una manta.

Quizá su padre estuviera en lo cierto y la medicina europea fuera fría y metálica. Si así era, Djalu estaba dispuesto a aportarle un rostro más humano y cálido, incluso si ese rostro parecía asustar a la mayoría de aquellos blancos moribundos.

Aquella era su hora preferida para trabajar: tarde, por la noche, cuando tenía el pasillo para él solo. Entonces no tenía que dar explicaciones por su presencia en las habitaciones ni tampoco inventar excusas por leer el diario en voz alta a una mujer del segundo piso que no estaba en la Lista Roja, o por sostener la mano de un hombre necesitado de contacto humano.

Cuando vio que la puerta de la habitación del señor Clark se entreabría se sobresaltó. La mujer que entró se llevó un dedo a los labios para que callara. Sus ojos sonreían, como si se dispusiera a dar una sorpresa al señor Clark y no deseara que Djalu la estropeara.

–Buenas noches, Djalu.

–Me ha asustado. No creía que esta noche estuviera de guardia.

–Bueno, ya sabe que la muerte nunca duerme.

Djalu se puso en pie de un salto.

–¿Ha muerto alguien esta noche?

–Todavía no, pero lo espero.

–¿Quién? Quizá debería…

–Djalu, no se ponga nervioso, ¿vale?

Tranquilamente, la mujer abrió la mesilla de noche, sacó unos cuantos CD y los dejó caer al suelo.

–¡Eh, señorita! Esa es la música del señor Clark. Yo me ocupo de…

–Aquí está. – Había metido la mano tras los discos y sacado lo que parecía una venda. La depositó encima de la cama, al lado del pecho del señor Clark, que subía y bajaba igual que un fuelle averiado. El hombre estaba profundamente dormido.

La mujer abrió el vendaje: un pliegue a la derecha, otro a la izquierda y dejó al descubierto una jeringa con su aguja hipodérmica y un frasco de un líquido transparente.

–¿Va a venir el médico? – preguntó Djalu-. Nadie me ha avisado.

–No. El doctor no va a venir -repuso ella mientras se ponía unos guantes de látex.

–¿Piensa ponerle una inyección al señor Clark? ¿Qué va a hacer?

–Si lo desea se lo enseñaré. Acérquese.

–No le haga daño.

–Tranquilo, Djalu. Ahora venga aquí y mire. Así, un poco más cerca.

La mujer sostuvo la jeringa ante la ventana, donde se perfiló su silueta.

–Ahora, Djalu, si puede apoyar las manos en los hombros del señor Clark… Así, sí… Inclínese un poco más.

La mujer clavó limpiamente la aguja en el cuello de Djalu y presionó el émbolo con el dedo haciendo que la droga se le extendiera por las venas en un instante. Djalu dispuso apenas de un segundo para volverse con el rostro deformado por la sorpresa. Un segundo más tarde se

desplomó hacia delante, cayendo encima del jadeante pecho del señor Clark.

Su asesina tuvo que emplear toda su fuerza para levantarlo y dejarlo suavemente en el suelo. Luego, le cerró los ojos con la palma de la mano y lo cubrió con una manta.

–Le pido disculpas por lo que le he hecho, Djalu Banggala, pero ha sido en nombre de Dios Todopoderoso. Amén.

Envolvió la jeringa y el frasco con el vendaje, se lo guardó en el bolsillo y salió sin hacer ruido. El señor Clark no se movió. Si había oído algo, era música: los acordes de una de las obras más famosas de Schubert: *La muerte y la doncella*.

Capítulo 47

Domingo, 22.10 h, Crown Heights, Brooklyn

Andaba delante, veloz y decidida. TC se decía que nada iba a desviarla de su camino. La última vez que había paseado por aquellas calles fue hacía ya diez años; no obstante, no había olvidado dónde vivía el rabino Freilich.

Avivando el paso para mantenerse a su altura, Will la acribillaba a preguntas mientras ella mantenía la vista al frente.

–Encontraron el cuerpo hace unas horas en mi apartamento. Según parece, nadie lo echó de menos hasta esta mañana.

–¡Santo cielo! ¿Cuánto tiempo creen que llevaba muerto?

–Desde anoche. Lo mataron en mi apartamento, Will. –Por primera vez, la voz de TC vaciló.

Will pensó en el rostro del encargado, el Gary Kasparov del sótano. Si lo habían matado la noche anterior tenía que haber sido poco después de que los ayudara a salir del edificio. Seguramente por eso lo habían asesinado. Una imagen acudió a la mente de Will: el hombre de la gorra de béisbol.

Primero, Yosef Yitzhok; luego, Pugachov. Los que habían acudido en su ayuda lo habían pagado con la vida. ¿A quién le tocaría a continuación, al rabino Mandelbaum o a Tom Fontaine?

Desde aquel aciago viernes por la mañana, Will tenía la sensación de estar cayendo por un pozo y alejarse cada vez más de la luz. No veía nada con claridad. El rabino le había explicado lo que seguramente sucedía, pero ¿por qué demonios se habían visto implicados él y Beth? ¿Qué tenían que ver ellos con aquella profecía mística, con la leyenda cabalística que parecía ser el motivo de una campaña internacional de asesinatos? Seguía cayendo y cayendo.

Y justo cuando creía haber llegado al fondo del pozo -después de haberse enterado del asesinato de Bangkok o de la muerte de Yosef- caía un poco más. Con Pugachov muerto, era TC la que estaba en apuros.

–Janey me ha dicho que la policía ha llamado a todas las puertas preguntando por el inquilino del apartamento número siete. Gracias a Dios que ella estaba, les dio mi nombre y les dijo que no me había visto desde ayer por la tarde, lo cual está bien. Por suerte fue lo bastante hábil para decirles que no sabía el número de mi móvil. Luego, la policía se marchó, y ella me llamó directamente para ponerme al corriente.

–¿Y la policía te considera sospechosa?

–Esa es la impresión de Janey. ¿Por qué iba a estar ese tío en mi apartamento? Entró con vida allí y ahora está muerto mientras que yo he desaparecido. ¿Qué aspecto crees que tiene el asunto? – TC caminaba con paso vivo. Su aliento formaba nubecillas de vapor, y tenía las mejillas arreboladas-. Según parece, hicieron un montón de preguntas extrañas.

–¿Qué clase de preguntas extrañas?

–Sobre mí y Pugachov: si teníamos relaciones sexuales, si estaba obsesionado conmigo, si era un merodeador. Preguntas de este tipo.

Will empezaba a comprender el razonamiento de la policía; Pugachov, el portero psicópata, se había introducido en el apartamento de TC en plena noche para violarla, ella había echado mano de su arma, lo había matado y había huido.

–No tardarán en conseguir el número de tu móvil. La policía seguro que tiene acceso a todo eso.

–Por eso he hecho esto -dijo TC mostrando la carcasa del móvil sin la batería.

Una vez la policía tuviera su número, podría rastrearla fácilmente. Will había cubierto algunas investigaciones en las que la policía había conseguido reconstruir los movimientos de los sospechosos examinando los registros de las llamadas telefónicas. Estos no solo revelaban los números que el sujeto había marcado, sino también las veces que había estado en el radio de acción de un retransmisor. La policía podía trazar en un mapa dónde y cuándo había estado una persona en algún lugar. La única manera de evitarlo era que el teléfono estuviera totalmente desconectado, sin batería. Sin señal no había rastro.

–¿Cuándo lo tuviste conectado por última vez?

–En casa de Mandelbaum.

–La policía no tardará mucho en presentarse allí. ¿Crees que el rabino hablará?

TC aminoró la marcha y miró a Will.

–No lo sé.

Habían llegado al domicilio del rabino Freilich, una casa que no parecía más grande o lujosa que las demás de Crown Heights. La pintura de la puerta principal se veía desconchada, pero no fue en eso en lo que Will se fijó, sino en la pegatina que había a la altura de los ojos: LLEGA EL MESÍAS.

Si aquel lugar hubiera sido un antro de estudiantes, no habría parecido incongruente, pero era el hogar de un hombre hecho y derecho y con una posición. Aquella

pegatina hizo que Will se estremeciera con un pensamiento: «Fanático».

TC ya había llamado a la puerta, y Will oyó movimiento. A través del cristal opaco distinguió la silueta de un hombre.

–*Ver is*? *Vi haistu*?

«Yiddish», se dijo Will.

–*S'is* Tova Chaya Lieberman, Reb Freilich. He venido por el asunto del gran *sakono*.

–*Vos heyst*? – ¿A qué se refiere?

–Reb Freilich, *a sakono fur die gantseh breeye*. – Era la misma advertencia que había hecho al rabino Mandelbaum: «Una amenaza para toda la creación».

La puerta se abrió y reveló a un hombre con el que Will había hablado largamente pero al que nunca había visto. No era alto ni físicamente imponente, pero su rostro poseía unas facciones severas y recias que le conferían una callada autoridad. Tenía la barba castaña en lugar de blanca o gris, y la llevaba pulcramente recortada. Usaba unas sencillas gafas sin montura. En un contexto distinto, lo habría podido confundir con algún alto ejecutivo de una importante compañía. Cuando el rabino miró a Will y lo reconoció, vaciló e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, un gesto que Will interpretó como de contrición.

–Será mejor que entren.

De nuevo fueron introducidos en una sala de estar llena de libros sagrados, donde también había una mesa cubierta por un mantel y un hule transparente. Sin embargo, aquella estancia era mucho más amplia y aireada. En un rincón, Will vio un ejemplar de *The New York Times*. También un revistero con el *Atlantic Monthly*, *The New Republic* y diversos periódicos hebreos. Haciendo una rápida evaluación que era propia de su profesión, Will pensó en un titular que resumiera al rabino Freilich: «Un hombre de mundo».

–Rabino, ya conoce usted a Will Monroe.

–Sí, nos hemos visto.

–Ya sé lo raro que debe de parecerle todo esto, rabino Freilich, que yo aparezca de nuevo después de tantos años. Le prometo que no tenía pensado volver, de verdad que no, pero Will es un viejo amigo que ha acudido a mí en busca de ayuda por el secuestro de su esposa. Él no conocía, no sabía nada de mis… antecedentes. – Hizo una pausa para recobrar el aliento-. Pero ahora sabemos qué está sucediendo. Hemos juntado todas las piezas. Nos ha costado y nos ha llevado bastante tiempo, pero estamos seguros.

El rabino Freilich sostuvo la mirada de TC y no dijo nada.

–Hay buena gente que está muriendo asesinada. Primero fue Howard Macrae, en Brownsville; luego, Pat Baxter, en Montana; ahora, ese político inglés. Alguien está matando a los *lamadvavniks*, ¿no es cierto, rabino? Alguien está asesinando a los justos de la tierra.

–Sí, Tova Chaya, me temo que es verdad.

Will contuvo el aliento. Había esperado una confrontación con Freilich, un interrogatorio en el que el rabino los obligaría a presentar pruebas y demostrar su teoría; en cambio, no negaba nada. Un pensamiento terrible afloró en la mente de Will: ¿y si el rabino había llegado a la conclusión de que él y TC habían descubierto sus planes asesinos y que por lo tanto no le quedaba más alternativa que silenciarlos? De ser así, ¡acababan de echarse en sus brazos! Freilich ya no necesitaba al tipo de la gorra de béisbol, al asesino de Pugachov. Ellos le habían hecho el trabajo. ¿Cómo podían haber sido tan estúpidos y ni siquiera haber planeado una estrategia para ese encuentro? TC simplemente había corrido hasta allí y…

–En efecto, hay una trama para asesinar a los treinta y seis hombres justos -dijo Freilich-. Por alguna razón, el plan se está desarrollando durante los Diez Días de Penitencia, el tiempo más sagrado de todo el año. Los asesinatos empezaron en *Rosh Hashana* y ya no han parado. Quien sea que esté detrás de este asunto tiene que haber llegado a la

conclusión de que estos son los días del juicio, que un hombre justo asesinado en dicho período no será instantáneamente sustituido por el nacimiento de otro. Puede que hayan visto en nuestros textos algo que a nosotros se nos ha pasado por alto, la existencia de una especie de período de limbo entre el Año Nuevo, cuando la gente es inscrita en el Libro de la Vida, y el día de la Expiación, cuando el Libro de la Vida queda sellado. Es posible que durante esos diez días el mundo resulte peligrosamente vulnerable. Sea cual sea el razonamiento, parecen decididos a acabar con los *lamad vav* y a lograrlo antes de la puesta de sol de mañana, al final de *Yom Kippur*. – Vaciló-. No creía posible que nadie más lo descubriera. – Se volvió hacia Will, pero evitando su mirada-. Tova Chaya siempre ha sido una estudiante excepcional, y usted ha mostrado una tenacidad admirable.

«Gracias por nada», pensó Will.

–Solo hace unos pocos días que lo sabemos, pero tiemblo por el mundo con solo pensarlo. Algunos dicen que se trata de una leyenda, de un cuento de hadas. Sin embargo, tiene profundas raíces, que se remontan a Avraham Avinu, a Abraham, nuestro padre. Se ha mantenido durante milenios. Quien sea que esté haciendo todo esto lo hace porque ha apostado que esa historia no es más que una leyenda, que no es una afirmación de cómo ha funcionado el mundo desde el principio de los tiempos. Pero ¿y si se equivocan? Están poniendo a prueba esa idea hasta el extremo de la destrucción, porque será la destrucción de todo. – El rabino tamborileaba con los dedos sobre la mesa, y Will pensó que, si estaba fingiendo ansiedad, lo hacía estupendamente.

–Usted no deja de decir «ellos» -dijo Will de repente con una seguridad en sí mismo que lo sorprendió-; sin embargo, yo no estoy seguro de que haya un «ellos», creo que lo que hay es un «usted».

–No comprendo lo que pretende decirme.

–Yo creo que sí me entiende, rabino Freilich. Hasta el momento no hay sospechosos de esos asesinatos salvo usted y sus…, sus seguidores. – Will sabía que estaba utilizando la palabra equivocada, porque el único líder al que seguían aquellos hombres era el de las fotos que estaban por todas partes, y ese hombre estaba muerto-. Usted prácticamente reconoció ante mí haber matado a Samak Sangsuk. – Un músculo de la mejilla del rabino se contrajo ligeramente-. Y sé que retiene a mi esposa, aunque nadie me haya explicado todavía qué tiene ella que ver con todo esto. – Las últimas palabras las había dicho alzando la voz y delatando una ira que no podía disimular. Hizo una pausa para recobrar el autodominio y concluyó-: Las únicas personas que sabemos que están implicadas en actividades criminales son usted y la gente que trabaja para usted.

–Comprendo que pueda parecerlo.

–Y yo. Sin embargo, estoy seguro de que la policía, que ya lo tiene a usted en su punto de mira, enseguida se haría una idea de la situación si supiera la mitad de lo que nosotros sabemos. No hará falta que mencione al señor Pugachov, el encargado de los apartamentos de TC, perdón, de Tova Chaya, que ha sido asesinado esta madrugada por ese matón de la gorra de béisbol que usted ha mandado que nos persiga, ¿verdad?

–Lo siento, pero no tengo ni idea de qué me está contando.

–Vamos, rabino, déjese de juegos. ¿Es que no lo entiende? Hemos descubierto lo que está pasando.

–Will, ya es suficiente -intervino TC hablando con su acento habitual.

–No sé nada de ningún Pugachov ni de nadie con una gorra de béisbol -aseguró el rabino.

–No le creo. ¡Esto es ridículo! Usted envió ayer a alguien para que me siguiera. Nosotros lo vimos, conseguimos escapar, y ahora el hombre que nos ayudó a lograrlo yace muerto en el apartamento de ella. – Will se resistía a

llamarla Tova Chaya, ya se le había hecho bastante raro la primera vez.

–Will, por favor… -TC le rogaba que lo dejara correr, pero él no estaba dispuesto a detenerse. La presión acumulada durante los últimos días era demasiado fuerte.

El rostro del rabino parecía tenso.

–Le prometo que no sé nada de ningún hombre con una gorra de béisbol. No he ordenado a nadie que lo siga a usted.

No le he mentido, señor Monroe, ni una sola vez. Cuando me preguntó sobre el hombre de Bangkok, no lo negué y le dije que se había producido un terrible error. Y cuando nosotros… -hizo una pausa para escoger la palabra adecuada- nos encontramos en *erev shabbos*, el viernes por la tarde, incluso admití que reteníamos a su mujer. No, no le he mentido antes, y ahora le estoy diciendo la verdad. Lo que acaba de contarme sobre lo sucedido en el apartamento de Tova Chaya no tiene nada que ver conmigo.

–Entonces, ¿quién lo ha hecho? Si usted no ha ordenado que mataran a ese hombre, ¿quién ha sido?

–No lo sé. Pero eso debería preocuparle mucho, porque indica que, sea quien sea la persona o personas que se hallan detrás de esta trama, ahora está usted en su lista.

–Rabino Freilich -intervino TC, que volvía a sonar como Tova Chaya-, creo que debe usted explicarnos qué ocurre aquí. Usted sabe cosas, y nosotros sabemos cosas. Todos somos conscientes de que el tiempo se nos acaba. Ya estamos en el Día del Juicio. El que haya organizado esto quiere sin duda haber acabado antes de que los Diez Días de Penitencia lleguen a su fin. No tenemos tiempo para discutir entre nosotros. Hasta el momento, ¿qué ha conseguido usted haciendo las cosas por su cuenta? ¿Ha evitado más asesinatos?

El rabino tenía la cabeza baja y apoyaba una mano en su frente. Las palabras de TC parecían haberle tocado una fibra

sensible. El hombre parecía abrumado por las preocupaciones.

–No -murmuró inaudiblemente.

TC se le acercó sin levantarse del asiento para intentar llegar a un acuerdo.

–Los asesinatos prosiguen. Puede que en veinticuatro horas hayan liquidado a los últimos *lamadvavniks* que quedan. ¿Quién sabe qué pasará entonces? Rabino, nosotros podemos ayudarlo y usted a nosotros. Por el amor de *HaShem*, debe hacerlo.

Por el amor del Nombre, por el amor de Dios mismo. Aquel era el argumento definitivo, el que ningún creyente podía rechazar. ¿TC lo utilizaba porque sabía cómo dar en el clavo o era en realidad Tova Chaya quien hablaba, temerosa de que el mundo llegara a su fin si no intervenían? Will no estaba seguro, pero, de haber tenido que decidirse por una posibilidad u otra, se habría inclinado para su sorpresa a favor de la segunda. A pesar de su escepticismo, a pesar de los diez años que había pasado alejada de Crown Heights, a pesar de sus desayunos con beicon y de sus piercings, TC no obraba exclusivamente para ayudarlo a encontrar a Beth ni tampoco por la supervivencia de los hombres justos que quedaran. En ese momento, Will se dio cuenta de que lo que realmente movía a TC era ni más ni menos que el miedo por el destino del mundo.

–Tenemos tan poco tiempo, Tova Chaya… -El rabino Freilich había levantado la cabeza y se había quitado las gafas revelando un rostro surcado por la angustia-. Lo hemos intentado todo. No sé qué más puedes hacer, pero te contaré qué sabemos.

Inesperadamente, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta principal. Se puso el sombrero y el abrigo e hizo gesto a Will y a TC de que lo siguieran.

Fuera, estaba todo más silencioso que nunca. Las calles se veían desiertas, y tampoco circulaban coches, porque las restricciones impuestas por el *Yom Kippur* prohibían

cualquier tipo de tráfico. Unos pocos grupos de hombres jóvenes caminaban juntos, envueltos en sus chales de orar. A pesar de que la noche no era fría y la gente salía, el ambiente no resultaba festivo. Al contrario, Crown Heights parecía sumido en la contemplación y el recogimiento: era como si todo el barrio fuera una gran sinagoga al aire libre. Will se sintió cómodo con su atuendo, de ese modo podía moverse en aquel extraordinario ambiente sin romper el encanto.

Se dio cuenta de que se dirigían a la sinagoga. De nuevo se preguntó si no estarían metiéndose sin querer en la boca del lobo al dejar que fuera el mismísimo lobo quien les hiciera de guía.

Sin embargo, no entraron por la puerta principal, sino que se metieron en el edificio contiguo, que parecía totalmente fuera de lugar en aquel entorno. Tenía el aspecto de uno de aquellos anexos de ladrillo rojo que se veían en la Universidad de Oxford, y parecía viejo para lo que era Nueva York. Fuera había una multitud que salía del vestíbulo, pero no tuvieron que abrirse paso: todos se hicieron a un lado tan pronto reconocieron al rabino. Will vio algunas expresiones de sorpresa, y dio por hecho que se debían a que él era un desconocido; pero, cuando vio que TC iba con la cabeza gacha, lo comprendió: su sorpresa se debía a que veían a una mujer en un lugar reservado a los hombres.

TC murmuró una explicación: estaban entrando en la casa del *Rebbe*. Aquel era el lugar donde el fallecido líder había vivido y que también le había servido de lugar de trabajo.

Will se quedó boquiabierto: aquel era el sitio. Allí había estado hacía cuarenta y ocho horas.

Enseguida llegaron a una escalera. El número de gente disminuyó. Subieron un piso y se adentraron por un pasillo desierto.

«Directos a la trampa», se dijo Will.

El rabino Freilich los hizo pasar por una puerta que reveló otra. Se detuvo y dio media vuelta para explicarse con TC.

–Quiero que sepan que lo que van a ver es la manifestación de nuestra desesperación. Es una violación del *Yom Kippur* que nunca se ha dado en este edificio, y Dios quiera que nunca más vuelva a producirse. Si lo hacemos es únicamente por…

–Por *pikuach nefesh* -lo interrumpió TC-. Lo sé. Es cuestión de salvar vidas.

El rabino asintió, agradecido por la comprensión de la joven. Luego, se volvió y respiró profundamente, como si se acorazara ante el secreto que se disponía a desvelar. Solo entonces, el rabino Freilich se atrevió a abrir la puerta.

Capítulo 48

Domingo, 23.01 h, Crown Heights, Brooklyn

Will supuso que, en circunstancias normales y tratándose de un día sagrado, aquel lugar tendría que haber estado silencioso; que las luces no habrían estado encendidas, que no habría habido aparatos en marcha, teléfonos funcionando ni comida o bebida a la vista. Will podría haber asegurado incluso que la escena que se estaba desarrollando ante él era un grave acto de sacrilegio.

Parecía la sala de control de alguna fuerza de policía. Había quizá una docena de personas sentadas frente a ordenadores, rodeadas de bandejas de correo rebosantes de papeles. En la pared del fondo se veía una gran pizarra repleta de nombres, direcciones y números de teléfono. En uno de los márgenes, Will vio una lista de nombres en la que, tras una rápida ojeada, localizó los de Howard Macrae y Gavin Curtis tachados.

–Nadie conoce la existencia de esta sala salvo la gente que trabaja en ella -dijo el rabino-, y ahora ustedes. Llevamos una semana aquí, día y noche, sin descanso, y hoy hemos perdido al hombre que organizó y que más sabía de todo esto.

–Se refiere a Yosef Yitzhok -dijo Will mirando los montones de mapas, uno de ellos de Montana, y las guías de ciudades como Londres, Copenhague o Argel.

–Todo ha sido obra suya, y hoy ha sido asesinado.

–Rabino Freilich, ¿no cree que sería mejor empezar por el principio? – preguntó TC.

El hombre los condujo hasta una mesa que parecía dispuesta para que un profesor vigilara los exámenes, y los tres tomaron asiento.

–Como saben, en su último año, el *Rebbe* habló a menudo del *Moshiach*, del Mesías. Dio largas charlas en nuestras *farbrengen* semanales en las que trató el asunto. Tova Chaya también está al tanto de que nosotros preservamos esas charlas para la posteridad.

TC tomó el hilo de la conversación.

–Sí. Dado que siempre daba sus charlas durante el Sabbat, el *Rebbe* no podía ser grabado ni filmado. Es algo que no está permitido, de manera que se confiaba en el método tradicional: en la sinagoga siempre había dos o tres personas conocidas por su excepcional memoria, personas que se situaban cerca de él, normalmente con los ojos cerrados, escuchando cada palabra y memorizando lo que decía. Luego, tan pronto como el Sabbat finalizaba, se reunían y una de ellas transcribía lo memorizado; lo sacaban de su cabeza lo más rápidamente que podían. Y mientras trabajaban, comparaban lo que cada uno recordaba, añadiendo una palabra aquí y otra allá. Es como si todavía lo viera. Aquella gente era increíble. Podían escuchar un sermón de tres horas del *Rebbe* y después recitarlo de memoria. Los llaman *choyzers*, literalmente «los que devuelven». Lo que el *Rebbe* decía, ellos nos lo devolvían. Eran como grabadoras humanas.

–¿Y recuerdas, Tova Chaya, cuál era el más brillante de esos *choyzers*?

De repente, los ojos de TC se abrieron desmesuradamente, como si se hubiera topado con un

recuerdo largo tiempo enterrado.

–¡Pero si no era más que un muchacho!

–Es cierto, pero se convirtió en *choyzer* poco después de haber alcanzado la edad del *bar mitzvah*. Solo tenía trece años cuando empezó a memorizar las palabras del *Rebbe*. Tenía un don especial. – Freilich se volvió hacia Will-. Estamos hablando de Yosef Yitzhok.

–¿Y podía memorizar sermones enteros, así, sin más?

–Él siempre decía que no podía recordar discursos completos, solo las palabras del *Rebbe*. Cuando el *Rebbe* hablaba, Yosef hacía que sus pensamientos desaparecieran, intentaba penetrar en la mente del *Rebbe* y convertirse en una prolongación de esta. Esa era su técnica. Nadie más podía hacerlo como él. El *Rebbe* le tenía un afecto especial.

El rabino se recostó en su asiento y cerró los ojos. Will no podía estar seguro, pero la pena del hombre parecía sincera.

–Como he dicho -prosiguió el rabino-, en los últimos años el *Rebbe* empezó a hablar cada vez con mayor frecuencia del *Moshiach*, a decirnos que nos preparáramos para la llegada del Mesías, y nos recordaba que el Mesías es una figura central del judaísmo, que no se trata de un concepto abstracto y remoto de la teología, sino que es real. Deseaba que creyéramos que el Mesías podía hallarse entre nosotros, aquí y ahora.

»Nadie conocía mejor que Yosef Yitzhok las enseñanzas del *Rebbe* en esta materia. Lo escuchaba semana tras semana. De todas maneras, lo que hacía era más que escuchar, lo que hacía era absorber, asimilar aquel material; lo digería y lo incorporaba a su persona. Entonces, en los últimos días del *Rebbe*, Yosef, que ya era un erudito por mérito propio, notó algo. Repasó todas las charlas que el *Rebbe* había dado sobre el tema del Mesías y descubrió un modelo. A menudo, el *Rebbe* citaba un *pasuk*.

–Un versículo -aclaró TC.

–Gracias, Tova Chaya. Sí, a menudo el *Rebbe* citaba un versículo del Deuteronomio. «*Tzedek, tzedek tirdof*.»

–«Justicia, justicia es lo que perseguirás» -murmuró TC.

–Lo que nos ofrece la traducción del libro es: «Sigue la justicia y solo a ella, de modo que puedas vivir y poseer la tierra que el Señor, tu Dios, te está dando». Pero fue la palabra «*tzedek*» lo que llamó la atención de Yosef, el hecho de que la utilizara tan a menudo y siempre en el mismo contexto. Era como si el *Rebbe* nos estuviera recordando algo.

–Quería que recordaran a los *tzaddikim*, a los hombres justos.

–Eso fue lo que Yosef creyó. De modo que volvió a los textos, a examinarlos a fondo, y así fue como descubrió otra cosa, algo incluso más misterioso.

Will se inclinó, clavando sus ojos en los del rabino.

–A menudo, el *Rebbe*, junto a la cita que he dicho, añadía otra. No siempre la misma, pero sí de las mismas fuentes; o bien el libro de los Proverbios…

–¿Del capítulo diez?

–Sí, señor Monroe, del capítulo diez. ¿Acaso ya lo sabía?

–Piense como si solo fuera una conjetura con cierta base, pero no se interrumpa, por favor.

–Bien, como ya he dicho, el *Rebbe* solía citar el capítulo diez de los Proverbios o bien a los profetas, en concreto el capítulo trigésimo de Isaías. Pero eso ponía muy nervioso a Yosef Yitzhok porque los cabalistas saben algo importante acerca del versículo dieciocho de ese capítulo de Isaías. Acaba con la palabra «*lo*», que en hebreo significa «a él». La frase completa dice: «Benditos son los que lo esperan a él». Pero el verdadero significado de la palabra…

–Está en cómo se deletrea.

–Tova Chaya lo ha adivinado. La palabra «*lo*» está compuesta por dos caracteres, señor Monroe, «*lamad*» y «*vav*», que es treinta y seis. Ahora bien, el *Rebbe* era una persona cuidadosa que no decía las cosas por casualidad ni

citaba por capricho. Yosef estaba convencido de que había una intención deliberada. Así, repasó todas las transcripciones y descubrió que en treinta y cinco ocasiones el *Rebbe* había hablado de *tzedek* y mencionado seguidamente un versículo de alguno de esos dos capítulos. Con ese sistema, nos dejó treinta y cinco versículos distintos.

–Pero…

–Ya sé qué está pensando, señor Monroe, y tiene razón. Hay treinta y seis hombres justos. Ya llegaremos a eso. Por el momento, Yosef Yitzhok se encuentra frente a treinta y cinco versículos, y se pregunta qué puede significar. Entonces se acuerda de las historias que oyó de niño, como tú, Tova Chaya, y con las que se crió; historias del fundador de los *hasidim*, historias del rabino Leib Sorres.

–Hombres de tal grandeza que tenían el privilegio de conocer el paradero de los hombres justos.

Will miró a Tova Chaya mientras esta hablaba y estuvo seguro de que lo había descubierto todo.

–Exactamente. Pocos hombres conocían la mente del *Rebbe* tan profundamente como Yosef Yitzhok, y este también conocía la valía del *Rebbe*; sabía que era uno de los grandes de la historia de los *hasidim*, y, dado que a los más grandes entre los grandes se les había permitido entrar en el secreto, no resultaba descabellado pensar que el *Rebbe* fuera uno de ellos.

–¿Me está diciendo que Yosef Yitzok descubrió que el *Rebbe* sabía quiénes eran los treinta y seis hombres justos y que incluso fue más allá y dedujo que los treinta y cinco versículos eran pistas que revelaban su identidad?

–Exacto, Will. Yosef llegó a esta conclusión en los últimos días de la vida del *Rebbe*, cuando este se encontraba demasiado enfermo para poder ofrecer respuesta alguna. Apenas podía hablar.

–¿Y qué hizo Yosef entonces?

–Estudió los treinta y cinco versículos día y noche, sin parar. Estaba convencido de que el *Rebbe* deseaba que se supiera, que estaba dando aquella información por algún motivo; de manera que se empeñó en descifrarlos, por decirlo de alguna forma, para averiguar qué había en ellos. Los miró desde todos los ángulos posibles, adjudicó valores numéricos a las letras, sumó, multiplicó, los reprodujo como anagramas, pero claro, había un problema lógico: ¿cómo era posible que las identidades de esas treinta y cinco personas estuvieran en aquellos versículos si dichas identidades cambiaban cada generación, pero los versículos eran siempre los mismos? Aunque supusiéramos que, por ejemplo, el versículo vigésimo incluyera el nombre del *tzaddik* número veinte de ese año, ¿dónde podríamos encontrar el del *tzaddik* número veinte para el año dos mil veinte, para el dos mil cincuenta o para años pasados? ¿Cómo es posible que los nombres de personas vivas en la actualidad se oculten en un texto que permanece estático?

»Fue entonces cuando el verdadero talento de Yosef Yitzhok se puso de manifiesto y recordó la respuesta.

–¿Me está usted diciendo que el *Rebbe* ya le había dado la respuesta?

–No directamente, desde luego, pero el *Rebbe* se la había dado. Es decir, Yosef la había escuchado. Todo lo que necesitaba era recordarla. ¿Y sabe usted cuál era? Era la última línea de la última charla del último *farbrengen* al que había asistido el *Rebbe*: «El espacio depende del tiempo. El tiempo revela el espacio». Estas fueron las últimas palabras que el *Rebbe* dijo en público.

Se produjo una pausa.

–Increíble -murmuró TC.

–Lo siento, pero no entiendo nada -admitió Will, que se sentía como el tonto de la clase.

–No se preocupe. Yosef Yitzhok también se quedó perplejo. Eran hermosas palabras, pero también eran un enigma. «El espacio depende del tiempo. El tiempo revela el

espacio.» ¿Qué quería decir? Fue entonces cuando Yosef acudió a mí y me hizo partícipe de su teoría. El *Rebbe* hablaba a menudo con acertijos, mediante elipsis que requerían horas y hasta años de estudio para interpretarlas. Yosef había pasado muchas noches trabajando en aquella frase, pero entonces tuvo lo que usted llamaría una inspiración y yo una ayuda de *HaShem*.

»Debe usted saber que el *Rebbe* seguía muy de cerca todo lo relacionado con los avances científicos y la tecnología. Leía habitualmente el *Scientific American* y *Nature*, además de otras publicaciones. Siempre estaba informado de los últimos descubrimientos en neurociencia y bioquímica, aunque su interés principal era la tecnología. ¡Le encantaban los gadgets!, pero nunca tuvo ninguno. Era el hombre menos materialista que pudiera existir; no obstante, le gustaba estar al día de esas cosas. Mire, se lo enseñaré.

El rabino cogió un libro de gastadas cubiertas de piel, lo abrió, pasó unas cuantas páginas, encontró lo que quería y el versículo que buscaba.

–Veamos, ¿en qué año estamos?

Will se disponía a contestar cuando TC se le adelantó.

–El cinco mil setecientos sesenta y ocho.

Will frunció el entrecejo.

–¿Qué?

–Según el calendario hebreo -le explicó TC-. Se remonta a la creación. Los judíos creen que el mundo lleva existiendo desde hace menos de seis mil años.

–De acuerdo -convino Freilich-, el año es el 5768, y aquí hay un versículo del capítulo 30 del libro de Isaías. De hecho, se trata de un versículo crucial, el 18. Ahora le explicaré lo que hizo Yosef: seguimos la línea y marcamos la quinta letra. – El dedo del rabino se detuvo en el carácter señalado-. A continuación, la séptima desde aquí. – El dedo se detuvo de nuevo-. Luego, la sexta y después la octava. Ya ve, 5-7-6-8. Seguimos haciendo esto hasta el final de la

línea. Así pues, en este caso, la quinta letra es una «*yud*»; la séptima después de esa, una «*hay*»; la sexta, una «*mem*». Y seguimos así hasta que conseguimos toda una serie de letras.

–¿Que se convierten en números? – preguntó Will.

–Precisamente. Cada grupo de cuatro se suma para convertirse en un número. En este caso, el valor numérico de *yud-hay-mem-mem* es 10-5-30-30, que es setenta y cinco. Las siguientes cuatro letras nos dan el número sesenta y cinco. Y así hasta que tenemos una serie numérica. Venga, le mostraré una de las primeras que Yosef descifró.

El rabino se levantó y condujo a Will y a TC hasta una segunda pizarra. Allí, limpiamente escrita, había una serie de números: 699331, 5709718, 30.

–¡No me dirá que se trata de un número de teléfono!

–No. No lo es. También nos hicimos esa pregunta, e incluso probamos unos cuantos. Aquí es donde el ojo del *Rebbe* para los avances de la tecnología es tan importante.

TC observaba las cifras como si fuera a descifrarlas con la sola intensidad de su mirada.

–Se trata de… -y entonces el rabino no pudo reprimir una sonrisa de orgullo, como si todavía se deleitara con la ingeniosidad de aquello- de un número de GPS. O mejor dicho, en estos números se hallan las coordenadas de longitud y latitud que proporciona un GPS.

–¡No me lo creo! – exclamó Will, a quien todo aquello se le antojaba descabellado-. ¿Me está hablando del sistema de navegación por satélite?

–Eso es. Un sistema que cartografía el globo entero desde el espacio y que proporciona las coordenadas precisas de cualquier punto de este planeta. Seguramente el *Rebbe* leyó algo del tema, o puede que simplemente estuviera al corriente.

–Rabino Freilich, ¿me está diciendo que, ocultas en los versículos bíblicos, se encuentran las coordenadas de los

treinta y seis hombres justos?

–Nosotros tampoco lo creímos, señor Monroe. Un versículo nos proporcionó la ubicación de un remoto lugar en las montañas de Montana. Según el mapa, allí no vivía nadie, pero enviamos al hombre que dirige nuestro centro de Seattle a echar un vistazo y nos contó que había una cabaña de troncos donde vivía un hombre, solo; algo parecido a los relatos de nuestro folclore, Tova Chaya, un hombre sencillo en medio del bosque.

«Pat Baxter», se dijo Will. La misma cabaña donde él había estado apenas unos días atrás.

–Otro número nos indicó un lugar desierto en medio de Sudán. De nuevo se suponía que allí tampoco vivía nadie, pero entonces vimos, gracias a unas fotos por satélite, que allí acababa de construirse un campamento de refugiados donde se atendía a la gente que huía para salvar la vida. Lo dirigía un solo hombre. Las agencias internacionales ni siquiera estaban seguras de su identidad; así que empezamos a creer que estábamos en lo cierto, que el *Rebbe* estaba en lo cierto.

–¿Y qué me dice de este número? – preguntó Will señalando la pizarra-. ¿Qué indicó este?

–Se lo mostraré.

El rabino fue hasta donde estaba un joven trabajando frente a un ordenador. TC y Will se acercaron y miraron por encima del hombro del técnico. El rabino le dio el número de la pizarra y murmuró unas instrucciones.

El joven introdujo las cifras, esperó unos segundos y observó que la respuesta aparecía en la pantalla:

11 Downing Street, SW1 2AB, Londres, Gran Bretaña.

–¿Así que era el versículo que correspondía a Gavin Curtis?

El rabino asintió.

Will sintió la necesidad de sentarse y tomar algo, pero allí no había nada de nada. Aquella gente podía manejar ordenadores y trabajar duramente a pesar de estar en pleno

Yom Kippur, pero era solo porque había vidas en juego. *Pikuach nefesh*. De todos modos, no estaban dispuestos a quebrantar más normas si no era del todo necesario.

TC había tomado la palabra.

–De modo que esto es lo que el *Rebbe* quería decir. «El espacio depende del tiempo. El tiempo revela el espacio.» La localización depende del tiempo, del año. Si sabemos el tiempo, el año, por ejemplo utilizando el del año cinco mil setecientos sesenta y ocho, entonces sabremos el espacio y podremos averiguar la ubicación. – Meneaba la cabeza ante la ingeniosidad del sistema-. Y supongo que si probamos con los mismos versículos pero con distintos años conseguiremos distintos lugares y distinta gente.

–Bueno, nuestros textos son hábiles guardando sus secretos, Tova Chaya. Yosef Yitzhok quería hacer exactamente lo que tú propones. Estuvo aquí, trabajando con la gente para diseñar un programa de ordenador que hiciera lo que él había conseguido con un versículo: detenerse en el quinto o séptimo carácter. Lo hizo con distintos años. Luego lo pasó por el GPS y empezó a obtener nombres de lugares; pero ¿de qué nos sirve el nombre de un lugar, Kabul o Maguncia, para mil setecientos treinta y cinco? ¿Cómo podemos saber nosotros quién vivió allí en esa época? Además, Yosef Yitzhok siempre se preguntó si no estaría resultando todo demasiado fácil.

–¿Qué resultaba demasiado fácil?

–No estaba seguro de que fueran necesariamente los mismos versículos para cualquier época. Esos eran los versículos que el *Rebbe* había mencionado para su generación, pero quizá los otros sabios que en el pasado habían participado del secreto, el Baal Shem Tov o el rabino Leib Sorres, llegaran hasta los hombres justos de otra forma. Al fin y al cabo, no disponían de GPS. Para ellos, este método no habría tenido demasiado sentido. Ellos lo habrían hecho a su manera, con otros versículos o mediante otros procedimientos.

Ahora me doy cuenta de que esto era lo que estaba detrás del interés del *Rebbe* por la tecnología. Creo que él entendía que incluso las verdades más antiguas y perdurables podían llegar a cambiar muy deprisa, que los *hasidim* debían dominar el mundo moderno porque también es una creación de *HaShem*. Aquí también se le encuentra a Él.

Will y TC permanecieron en silencio, impresionados. No solo porque las vidas de los treinta y seis mantenían al rabino trabajando las veinticuatro horas del día en un día solemne como aquel, cuando el menor trabajo estaba prohibido. Aquel hombre, que hablaba con erudición y se expresaba racionalmente, creía de verdad que disponía de menos de veinticuatro horas para salvar el mundo. Will intentó apartarlo de su mente y concentrarse en su primera e inmediata necesidad: Beth.

–De acuerdo -dijo, como si fuera un comisario de la policía llamando la atención de sus hombres-, así funciona el sistema. La pregunta crucial es ¿quién más puede saber la identidad de los hombres justos?

Habían vuelto a la mesa, donde el rabino se había dejado caer en la silla. Will se dio cuenta de que parecía agotado.

–Usted era nuestra mayor esperanza.

–¿Cómo ha dicho?

–Cuando se presentó aquí, el día del *shabbos*, el viernes por la noche, pensamos que era una especie de espía, alguien que pertenecía a las filas de los que están haciendo todo esto. Usted no dejaba de hacer preguntas y era un extraño. Cabía la posibilidad de que estuviera intentando averiguar algo acerca de los *lamad vav*. Esa es la razón de que lo trataran, de que yo lo tratara, tan rudamente. Entonces descubrimos quién era usted en realidad. – Will se dio cuenta de que el rabino evitaba referirse a él como el marido de la rehén a la que habían secuestrado-. Descubrimos que era otra persona.

Will notó que la furia lo invadía de nuevo. ¿Por qué no agarraba a ese hombre y lo obligaba a decirle dónde se hallaba Beth? ¿Por qué seguía tragando? Porque una voz en su interior le decía que si esa gente era lo bastante fanática para secuestrar a Beth sin motivo aparente, también lo sería para retenerla. El rabino Freilich podía parecer débil y cansado, pero allí había una docena de tipos más corpulentos. Si se lanzaba sobre él, no tardaría en verse reducido.

–De acuerdo, yo no tenía ni idea. ¿Quién más está al corriente?

El rabino pareció encogerse.

–Esa es la cuestión. Nadie lo sabe. Nadie fuera de esta comunidad. Y ni siquiera esta comunidad conoce su verdadero alcance. Se produciría un pánico generalizado si se supiera que los *lamadvavniks* están siendo asesinados y cada día hay uno menos. Sería el caos. Creerían que se avecina el fin del mundo.

–Usted cree eso, ¿no es cierto? – preguntó Tova Chaya con voz queda.

El rabino la miró con ojos llorosos.

–Me temo que se avecina lo que nos dijo el *Rebbe*: «*Di velt shokelt zich und treiselt zich*». Eso era lo que solía decir: «El mundo tiembla y se estremece». Temo por el juicio que ese día nos aportará.

Will andaba de un lado para otro.

–Así, nadie más, fuera de este grupo, tiene idea de lo que está ocurriendo, ¿no? Solo usted, el difunto Yosef y un puñado de sus mejores estudiantes.

–Y ahora ustedes.

–¿Está seguro de que nadie puede haberse ido de la lengua?

–¿Con quién y para qué? ¿Quién puede conocer este asunto? ¿Quién iba a preguntar? Pero cuando hallamos muerto a Yosef, entonces…

–Entonces, ¿qué?

–Eso confirmó que alguien sabe lo que sabemos nosotros y quiere saber más. Hasta entonces creía que la muerte de los *tzaddikim* podía deberse a una desgraciada coincidencia, que quizá fuera obra de *HaShem* con un propósito que se encuentra más allá de nuestro entendimiento. Pero sin duda el asesinato de Yosef Yitzhok no puede formar parte de ningún plan de *HaShem*.

–¿Cree que alguien intentó sonsacarle información?

–Justo antes de que ustedes se presentaran aquí esta noche, tuve una visita: la policía. Ellos creen que Yosef fue torturado antes de morir.

Will y TC dieron un respingo.

–¿Qué podían querer de él que no supieran ya?

–Ah, eso ya me lo ha preguntado usted antes. ¿Recuerda que le he hablado de los versículos que el *Rebbe* citaba en sus charlas, los que Yosef había memorizado? Bueno, pues faltaba algo.

–Sí. Solo había treinta y cinco.

–Eso es. Solo treinta y cinco. Puede utilizar tantas veces como quiera el sistema que le acabo de enseñar y convertir esos números en coordenadas, pero seguirá teniendo solo treinta y cinco hombres justos. ¿Acaso no está claro qué pretendían averiguar los hombres que mataron a Yosef? Deseaban identificar al número treinta y seis.

Capítulo 49

Domingo, 23.18 h, Crown Heights, Brooklyn

El primer impulso de Will fue preguntar al rabino por la identidad de aquel trigésimo sexto hombre. Resultaba crucial. Si él y TC lo sabían, podrían deducir adónde dirigirían sus pasos los asesinos. Fuera quien fuese, irían tras él.

Sin embargo, el rabino se mostró inflexible en ese punto. Según él, la muerte de Yosef Yitzhok indicaba que sus asesinos no estaban en posesión de esa información vital.

¿Habría cedido Yosef bajo la tortura? Freilich parecía convencido de que no.

–Yo conocía a ese hombre, su mente y su alma. No habría traicionado las palabras del *Rebbe*.

El rabino estaba convencido de que el secreto estaba a salvo. Si lo compartía con TC y con Will no haría más que ponerlos en peligro. Era mejor que ellos no lo supieran.

Pero Will se mostraba escéptico: si los torturadores le ponían la mano encima era poco probable que le preguntaran educadamente si poseía datos vitales y que, una vez recibida una respuesta negativa, se marcharan tranquilamente. Así que, intentó plantearlo de otro modo.

–Ese hombre, el número treinta y seis, ¿sigue con vida?

–Eso creemos, pero no pienso decir más, señor Monroe. No puedo añadir más.

–¿Y es el único que queda con vida?

–No estamos seguros. Nuestras fuentes de información son fragmentarias. Nos hemos visto obligados a enviar a toda prisa a nuestra gente hasta los rincones más remotos del mundo para que hallara a esos *tzaddikim*, y en todas las ocasiones hemos llegado demasiado tarde.

–¿Me está diciendo que no ha averiguado los nombres hasta esta semana?

–No. Yosef hizo su descubrimiento hace unos meses, y, como le he dicho, nosotros enviamos a nuestra gente para que echara un vistazo a ver quiénes eran los *tzaddikim*. Nuestro plan era tenerlos controlados, nada más; puede que ofrecerles comida o cobijo si lo necesitaban. Pero, contestando a su pregunta, hasta esta semana no hemos sabido que estaban muriendo. No estamos seguros, pero todo indica que esto empezó hace solo unos días.

–Coincidiendo con el *Rosh Hashana* -intervino TC, visiblemente pensativa-. Fue entonces cuando mataron a Howard Macrae.

–Me temo que no nos enteramos de ello hasta unos días después de que ocurriera, cuando empezaron a llegarnos

noticias de los demás. No sé si la noticia había aparecido siquiera en los periódicos.

–Sí, había aparecido -contestó Will dejando escapar un suspiro de resignación-. Ese es el problema de la página B3 de la sección de Local, que la gente suele saltársela.

–En fin, el caso es que eran días festivos. La gente no leía el periódico, sino que seguía con su vida. No teníamos ni idea de qué estaba pasando. Entonces nuestra gente empezó a oír cosas. Nuestro emisario en Seattle fue a ver la cabaña que había salido en la televisión, y el hombre que dirige nuestro centro en Chennai estaba leyendo el periódico local cuando vio que el *tzaddik* de esa ciudad, uno de los más jóvenes, había sido hallado muerto. Así empezaron a llegar los informes, uno tras otro.

–¿Cuántos han muerto?

–No lo sabemos. Recuerde: Yosef empezó a trabajar en esto hace solo unos meses. Nuestra lista apenas estaba completa. No habíamos podido confirmar a todo el mundo. A este hombre, por ejemplo -el rabino señaló en la pizarra el nombre del ministro-, tardamos más tiempo en localizarlo porque por lo visto el sistema GPS funciona de forma ligeramente distinta en Inglaterra y utiliza otra clave, según parece WGS84. Eso era algo que no sabíamos entonces, de modo que, cuando Yosef introdujo los números, lo que obtuvimos fue la ubicación de una cárcel. Parecía inverosímil; no obstante, no descartamos la posibilidad. Nos consta que a los *tzaddikim* les gusta ocultar su naturaleza.

»Pero, cuando ajustamos los parámetros, el resultado fue instantáneo: ¡Downing Street! Y no la famosa casa del número diez, sino la de al lado. El mapa estaba clarísimo. En esos días, ese hombre, Curtis, se hallaba en apuros. Creo que se trataba de algún escándalo. Otra tapadera.

Will se estaba impacientando. No soportaba más discursos. Lo que quería eran los hechos simples y desprovistos de resonancias místicas.

–Usted perdone, pero solo quiero saber una cosa: ¿tiene usted la lista completa o no?

–Creemos que sí.

–Y de los que figuran en ella, ¿cuántos han muerto?

–Creemos que, al menos, unos treinta y tres.

–¡Santo cielo! – exclamó Will.

–¿Quiere decir que solo deben asesinar a tres personas más? – TC, por lo general tranquila, parecía verdaderamente aterrorizada-. ¡Pero si solo faltan diecinueve horas para que acabe el *Yom Kippur*! ¡Es casi medianoche!

–Rabino -dijo Will-, sea quien sea el que esté haciendo esto parece muy versado en las tradiciones religiosas judías, ¿no le parece? Me refiero a que ¿quiénes sino los religiosos judíos saben algo acerca de los hombres justos y los Días del Temor? Lo están siguiendo al pie de la letra, y usted afirma que nadie, fuera de este grupo, sabe nada de los descubrimientos de Yosef Yitzhok.

–¿Qué está sugiriendo, señor Monroe?

–Lo que estoy diciendo, rabino, es que puede que usted no sea quien está detrás de todo esto, a pesar de que me consta que es un secuestrador confeso; quizá se trate de alguien de esta organización o de esta comunidad. Es lo que la policía llamaría un «trabajo desde dentro». Si me hallara en su lugar, empezaría a mirar con lupa a todos los que están aquí.

–Señor Monroe, se hace tarde y se nos acaba el tiempo. No tengo ganas ni puedo discutir con usted. Lo que Tova Chaya ha dicho hace un momento es cierto: debemos trabajar juntos. Por lo tanto, confié en usted a pesar de que usted no confía en mí. Voy a hacer algo que demostrará que nosotros no estamos detrás de tan malvada conspiración.

–Adelante.

–Voy a enviarlo a usted con la próxima víctima.

Capítulo 50

Lunes, 00.10 h, Manhattan

Will había estado unas cuantas veces en el Lower East Side para visitar a algunos amigos ricos que habían comprado y rehabilitado propiedades de la zona del noroeste de Broadway, que se había vuelto elegante. Había visto las antiguas charcuterías y toma-do café en las cafeterías de estilo retro de Orchard Street, pero no se había aventurado más allá de las seguras zonas de moda. Los viejos bloques de pisos habían pasado ante sus ojos como una imagen de fondo; nunca les había prestado demasiada atención.

En esos momentos se hallaba entre ellos, tiritando de agotamiento y de frío. Hecho una bola en su mano y a salvo en el interior del bolsillo estaba el trozo de papel con la dirección que se suponía que debía encontrar.

El rabino Freilich los había llevado nuevamente, a él y a TC, hasta el especialista en ordenadores que les había hecho la demostración, y este les explicó el procedimiento: primero se introducía en el ordenador la frase en hebreo, el versículo 16 del capítulo 30 de Isaías; segundo se le pedía que se detuviera en los intervalos adecuados y diera una cifra; tercero se introducía la cifra en la página web del GPS y así se conseguían las coordenadas del lugar. En ese caso, la dirección correspondía a una calle del Lower East Side de Manhattan.

–Espere un momento -había dicho Will-. ¿No le parece bastante inverosímil? Hay treinta y seis hombres justos entre seis mil millones de habitantes en todo el planeta ¿y resulta que dos de ellos están en Nueva York? Howard Macrae y ahora este tipo. No sé, pero me parece demasiada casualidad. – El escepticismo de Will se estaba convirtiendo en sospecha.

El rabino le explicó que ellos también se habían extrañado ante aquella coincidencia. Habían decidido investigar más a fondo la tradición de los *hasidim* y había resultado que los *tzaddik* verdaderamente importantes irradiaban un aura -la misma palabra que había utilizado el

rabino Mandelbaum- que podía atraer a otros. La conclusión a la que llegaron fue que la bondad del *Rebbe* era tan poderosa que había atraído a un par de *tzaddikim*. «Imagínelos, señor Monroe, como si de satélites se tratara», le había dicho Freilich.

Sin embargo, había un problema: la dirección que en esos momentos era una bola en el puño de Will era la de un edificio de apartamentos baratos; allí vivían un montón de personas. ¿Cuál de ellas sería el *tzaddik*? Los *hasidim* habían ido a comprobarlo en cuanto Yosef descifró el código del *Rebbe*, pero no habían conseguido identificarlo. El hombre que vivía en aquel edificio seguía siendo uno de los más discretos de los hombres justos.

–Usted tendrá más posibilidades de encontrarlo que nosotros -le había dicho Freilich.

–¿Por qué?

–Mírenos, señor Monroe. No podemos ir donde va usted ni podemos hacer las preguntas que usted haría. Llamamos demasiado la atención. Usted es reportero de *The New York Times*: puede ir donde le plazca y hablar con quien quiera. Usted encontró a Howard Macrae, *zechuso yogen aleinu*, y al señor Baxter, *zechuso yogen aleinu*, que su bondad nos proteja. Encuentre a ese hombre, encuentre a nuestro *tzaddik*.

Así, poco después de la medianoche, Will se quitó la kipá y regresó al mundo exterior. Cuando partió, TC decidió hacer lo mismo.

–Voy a llamar a la policía -le dijo-. No puedo ocultarme eternamente. Hemos hecho lo que temamos que hacer.

–¿Qué les dirás?

–Que he tenido el móvil desconectado todo el día y que acabo de enterarme de lo que ha pasado. Deséame suerte o, al menos, ven a visitarme a la cárcel.

–Escucha, TC, esto no es ninguna broma.

–Lo sé, pero ya ves cuál es la situación: un hombre muerto en mi apartamento y yo desaparecida y sin dar

señales de vida. Podrían acusarme de asesinato antes de mañana por la mañana.

–Todo esto es por mi culpa. He sido yo quien te ha metido en este lío.

–No. Tú me pediste ayuda. Yo podría haber dicho que no. Sabía dónde me estaba metiendo.

–¿Lo sabías?

–Bueno, en realidad no.

Dicho lo cual, Will se inclinó para besar a TC en la mejilla, pero ella se apartó nada más acercarse él, como si alrededor de su rostro hubiera un campo de rechazo magnético. «Pues claro», se dijo Will: estando en el corazón de Crown Heights no la podía tocar ningún hombre y menos aún besarla. Al final se contentó con decirle simplemente adiós.

En ese momento, mientras observaba cómo su aliento formaba nubecillas de vapor ante él, Will dobló la esquina y se situó en el cruce de las calles Montgomery y Henry. A sus espaldas había un pequeño parque de forma triangular, y ante él se alzaba el edificio que andaba buscando. Se detuvo para observarlo y vio varias luces que seguían encendidas.

¿Qué iba a hacer? Apenas había podido pensar en un plan. No podía dedicarse a llamar a cada puerta diciendo que estaba haciendo una encuesta para The New York Times. ¿Qué podía hacer?

Lo primero era entrar en el edificio. Eso sería una forma de empezar. Luego podía mirar los buzones, conseguir algunos nombres y buscarlos en Google con su Blackberry. Ya se le ocurriría algo.

Vio que alguien salía. Eso le daría la oportunidad de deslizarse en el interior. Sin embargo, aquel individuo se movía demasiado deprisa, casi corría. Resultaba difícil identificar si era un hombre o una mujer. Estaba demasiado oscuro, y la luz de la entrada era poco potente; pero cuando

echó a andar mirando con nerviosismo a un lado y a otro, Will supo que había visto suficiente.

Lo más llamativo era el penetrante brillo de sus ojos, de un gélido azul. No obstante, lo que Will reconoció fue la postura, la confianza en sí mismo, como si aquel hombre estuviera acostumbrado a aprovechar los recursos físicos de su cuerpo. La ropa había cambiado ligeramente, pero era inconfundible, con gorra de béisbol o sin ella.

Capítulo 51

Lunes, 00.13 h, Manhattan

El primer impulso de Will fue observar. Estaba acostumbrado a hacerlo y a esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, de modo que tardó unos segundos en darse cuenta de que en esa ocasión no podía limitarse a mirar. No le quedaba más remedio que seguir al merodeador. Tenía que ser prudente. No había nadie a la vista, y su presa no tardaría en fijarse en él, de modo que se mantuvo a cierta distancia y anduvo lo más silenciosamente que pudo. Maldijo los zapatos de cuero negro que se había puesto: eran demasiado ruidosos. Intentó que las suelas golpearan la acera con la mayor suavidad posible.

Sin embargo, el hombre que iba delante parecía tener prisa: caminaba rápidamente por Henry Street. No corría, pero el vivo paso que llevaba no le permitía mirar hacia atrás. Aquello animó a Will, que se atrevió a reducir el terreno que los separaba en una manzana de distancia.

El hombre llevaba una bolsa de cuero negra cruzada en bandolera. Su aspecto era pulcro, y se movía con agilidad. Will no era ningún experto, pero no le habría sorprendido que ese individuo tuviera algún tipo de relación con los cuerpos militares.

En ese momento cruzó las calles Clinton y Jefferson. ¿Adónde se dirigía, hacia algún vehículo para escapar? Si así era, ¿por qué no lo había cogido antes? Quizá iba hacia la estación de metro. Will maldijo sus escasos conocimientos

de Nueva York: no tenía ni idea de dónde había una estación en los alrededores.

De repente, y sin previo aviso, el hombre miró hacia atrás. Will vio el movimiento de su cabeza y, sin pensarlo siquiera, se ocultó en el portal del edificio ante el que pasaba, al tiempo que se metía la mano en el bolsillo y sacaba las llaves. Lo único que aquel hombre podía haber visto era a un anónimo ciudadano que se disponía a entrar en su casa. El desconocido siguió caminando, y Will dejó escapar de golpe el aliento que había contenido.

El sujeto giró a la derecha, y Will se desplazó para apartarse de su campo visual.

–Eh, Ashley, ¿tienes mi teléfono?

Will no las había visto llegar, pero allí estaban, justo delante de él: tres quinceañeras negras que ocupaban toda la acera. Will intentó esquivarlas, pero las chicas iban en busca de diversión.

–¿Tienes prisa, guapo? ¿No te gusta nuestro aspecto? ¿No crees que estamos fabulosas? – dijo una mientras las otras se partían de risa.

Will miró por encima de sus cabezas y vio que su presa tomaba una calle lateral hacia East Broadway. Ya casi no podía distinguirlo.

–¡Estoy aquí, cariño! – La jefa del grupo agitaba la mano ante el rostro de Will.

De haber sido neoyorquino, se las habría quitado de delante con un «¡Dejadme pasar, joder!», pero incluso en ese momento, cuando pretendía evitar un asesinato en plena noche, seguía siendo un caballero inglés.

–Perdonad, dejadme pasar, por favor.

Dicho lo cual, rodeó a Ashley y a sus amigas mientras oía más comentarios y exclamaciones a su espalda.

–¡Mi amiga dice que te dé su número!

Will echó a correr en un desesperado intento de atrapar a su presa. Llegó al cruce, giró a la derecha y miró a derecha e izquierda de la calle en busca de su objetivo. Una pareja

estaba besándose en un portal, pero ni rastro del merodeador. Lo único que veía eran edificios que no eran viviendas. El hombre debía de haberse metido en uno de ellos. No había podido llegar a East Broadway; de lo contrario, Will lo habría visto.

Aminoró el paso, mirando por encima del hombro, consciente de que aquello era exactamente como meterse en una emboscada. Tras una veintena de pasos, decidió abandonar. Era evidente que había perdido la pista de su presa y que esta, seguramente, había escapado metiéndose en alguno de los edificios que flanqueaban la calle. Will se encontraba lo bastante cerca para verlos. Uno era la iglesia de Jesús Renacido; pero el otro era una sinagoga que dependía de los *hasidim* de Crown Heights.

Capítulo 52

Lunes, 00.28 h, Manhattan

Debía entrar en alguno de aquellos edificios para buscar al tipo al que había estado siguiendo? Un hombre de acción de verdad haría exactamente eso; pero, mientras observaba el primer edificio, un coche de policía pasó a toda velocidad con la luces centelleando. Will se echó atrás. Eso era lo último que necesitaba, que lo detuvieran por irrumpir en una sinagoga a altas horas de la noche, y por si fuera poco en pleno *Yom Kippur*. Además, ¿qué motivo tenía para seguir a ese individuo? Lo había visto salir de un edificio de apartamentos del Lower East Side; sí, y también lo había visto el día anterior frente a la casa de TC; pero no había visto que cometiera ningún crimen. Como habría dicho Harden: «Tienes una libreta de notas llena de nada». Nada salvo una desagradable intuición que se iba confirmando minuto a minuto.

Regresó sobre sus pasos hacia el edificio de Montgomery Street. Con el rabino solo había hablado vagamente de cuál era la tarea que lo esperaba.

–Llámeme -le había dicho Freilich-. Incluso aunque no esté seguro de si es él, llámeme.

–Y luego, ¿qué?

–Iremos a ayudarlo.

Will no estaba seguro de qué había querido decir con eso.

Llegó al edificio, cruzó la calle y dio unos pasos furtivamente hacia la entrada. Un rayo de luz atrajo su mirada hacia el picaporte: la puerta estaba mal cerrada. Quizá el merodeador la había dejado así para no hacer ruido. Will la entreabrió y se deslizó en el interior.

«Pérez», «La Pinez», «Abdulla», «Bitensky», «Wilkins», «González», «Yoelson», «Alberto». Los apellidos de los buzones no le dijeron nada.

Había un desvencijado ascensor, pero decidió no utilizarlo porque tenía que comprobar piso por piso. Subió silenciosamente por la escalera y se detuvo en el rellano. Lo único que vio fueron puertas cerradas, gastados felpudos y algún que otro paraguas que habían dejado fuera para que se secase. Will pensó que su expedición era inútil. ¿Qué esperaba, una placa anunciando «Aquí vive el justo *tzaddik*. Especialista en bodas, bautizos y *bar mitzvahs*»?

Al llegar al tercer rellano pensó en llamar a Freilich para que le diera más información. Cualquier dato lo ayudaría. Sin embargo, al ver el último apartamento del tercer piso se detuvo de golpe.

La puerta estaba abierta.

Will se acercó despacio y llamó suavemente con los nudillos antes de entrar.

–Hola… -dijo casi en un susurro.

Las luces estaban apagadas y la única claridad procedía del plateado resplandor de la luna, que penetraba por la ventana de la calle.

Miró a la izquierda: una estrecha cocina con electrodomésticos de los años cincuenta; no eran de estilo retro, sino de verdad: una panzuda nevera y unos fogones

de grandes mandos. Will dedujo que era el hogar de alguien mayor.

Luego, miró a la derecha. Vio una gran radio encima de una mesa y unas cuantas sillas de madera con las banquetas tapizadas con una imitación de cuero; una de ellas tenía un desgarrón por donde asomaba el relleno; luego, un sofá y…

Will dio un respingo.

Había un hombre tumbado en él, boca arriba. Destacados por la claridad se veían los pelos de la perilla. Tenía un rostro pequeño, como de ardilla, y gafas de gruesa montura. El resto de su cuerpo parecía haberse encogido por la edad en un cárdigan demasiado amplio. Parecía que dormía.

Will dio un paso hacia él; luego, otro y se inclinó sobre el anciano. Acercó la mano a su boca esperando notar su aliento. Nada. Entonces, le puso la mano en la frente y lo tocó. Estaba frío. Le buscó el pulso en el cuello, pero sabía que no lo encontraría.

Will retrocedió, como si así pudiera asimilar mejor la gravedad de lo que estaba mirando, y al hacerlo notó que algo de cristal se rompía. Miró hacia abajo y vio que acababa de pisar una jeringa.

Se estaba agachando para recogerla cuando la estancia se iluminó de golpe.

–¡Levante las manos y dese la vuelta, ya!

Obedeció. Apenas podía ver por culpa de las linternas que apuntaban directamente a sus ojos y lo deslumbraban.

–¡Aléjese del cuerpo! Eso es. Ahora camine hacia aquí. ¡Despacio!

Sus ojos todavía no se habían adaptado a la luz, pero al lado de la linterna pudo ver el cañón de una pistola que lo apuntaba.

Capítulo 53

Lunes, 00. 51 h, Manhattan

En cierto modo, fue una ayuda que estuviera tan cansado. En circunstancias normales su corazón se habría puesto a latir con la fuerza suficiente para despertar a todo el vecindario. Sin embargo, su fatiga actuó como si fuera una especie de coraza defensiva que ralentizó sus reacciones y sus emociones, dejándolo en un estado de resignación.

Se hallaba en el asiento trasero de un coche patrulla, esposado y encajonado por un agente del departamento de policía de Nueva York. Delante de él, los mensajes que se sucedían en la radio eran constantes y todos hablaban de él. Era evidente que lo consideraban sospechoso de asesinato.

Los hombres del coche desprendían un olor que Will recordaba de la adolescencia: testosterona y adrenalina, el olor de un vestuario masculino tras una victoria. Aquellos hombres eran adictos al éxito, y él representaba el premio. Lo habían pillado prácticamente con las manos en la masa, inclinado sobre la víctima y con sus huellas dactilares en el cuello de esta. Aquellos agentes casi podían tocar las medallas de la policía que iban a recibir.

–¡Yo no he matado a ese hombre! – se oyó decir Will. La escena le resultaba tan absurda, tan alejada de sus experiencias habituales, que su voz le sonaba extraña, como si perteneciera a otro cuerpo. Era como si estuviera escuchando la radio, uno de los seriales de la BBC que tanto gustaban a su madre-. Ya sé lo que parece, pero les aseguro que no es eso lo que ha ocurrido. – De repente, tuvo un momento de inspiración y añadió-: Sin embargo, puedo llevarlos hasta el hombre que lo ha hecho. Hace menos de una hora lo seguí fuera del edificio. ¡Sé dónde se esconde! ¡Incluso puedo facilitarles una descripción!

El agente que iba en el asiento de delante se volvió hacia Will con una sonrisa irónica en la que se leía: «Claro que puedes, muchacho, y yo voy a batear por los Yankees el próximo martes».

En la comisaría del Distrito Siete, Will mantuvo su actitud de desafío.

–¡Yo solo encontré el cuerpo! – exclamó mientras lo llevaban arriba-. ¡Vi a un hombre salir del edificio! Lo seguí y después regresé. ¡Pensaba que podía haber cometido un asesinato y no me equivoqué!

No obstante, sabía que sus palabras sonaban ridículas nada más salir de su boca. El policía que lo había vigilado desde el principio lo miró con desprecio.

–¿Por qué no cierras esa jodida bocaza?

Por primera vez desde que la policía lo había apresado, Will se dejó llevar por el pánico. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? Lo que necesitaba era llegar hasta Beth. Tenía que estar en la calle, en Crown Heights o donde fuera, buscando a su esposa en lugar de verse esposado y retenido por la policía de Nueva York. Ni siquiera consideraba la posibilidad de que lo acusaran de asesinato: la mera perspectiva de tener que pasar varias horas cruciales luchando contra la burocracia del sistema de justicia penal de la ciudad ya le parecía suficiente pesadilla. Cada minuto que estuviera allí era un minuto que se alejaba de Beth. Además, los *hasidim* habían sido rotundos: no había tiempo que perder, el destino del mundo iba a decidirse en las siguientes horas o minutos. Y sin embargo, allí estaba él, sin hacer nada, literalmente maniatado.

Lo llevaron al mostrador de un oficial donde había alguien esperándolo: el detective que había visto en el apartamento. El hombre había inspeccionado la escena del crimen mientras retenían a Will en el coche.

–Traigo a un detenido -dijo el detective al oficial sin prestar atención a Will. Tenía unos treinta años y cara de sabueso.

«Una de las promesas del departamento», se dijo Will.

–Bien, vaciémosle los bolsillos.

El agente que lo había acompañado se adelantó. Ya había registrado a Will en el apartamento: después de ver la

jeringa no estaban dispuestos a correr riesgos. También le habían quitado el móvil y su Blackberry; nada de llamar a los cómplices. Ahora le quitaban todo lo demás: monedas, llaves, libreta de notas…

–Registremos todo esto -dijo el detective.

Los distintos objetos fueron a parar a una bolsa de plástico con cierre hermético que fue sellada. El detective firmó una nota en presencia del oficial.

Cuando abrieron su cartera, Will cometió uno de los mayores errores de la noche. Entre las tarjetas figuraba su carnet de prensa: «Will Monroe. *The New York Times*».

–De acuerdo, lo reconozco. La verdadera razón de mi presencia en ese edificio es que trabajo para el periódico en un reportaje sobre los crímenes de la ciudad. Eso era lo que estaba haciendo.

El detective lo miró por primera vez.

–¿Trabaja para The New York Times?

–Sí, sí -dijo Will, contento de poder ofrecer una respuesta.

El detective miró hacia otro lado, y el oficial volvió a sus tareas.

Will fue conducido a otro mostrador, donde le pidieron que colocara el dedo índice derecho en un dispositivo electrónico y después el de la otra mano. Luego, hizo lo mismo con el resto de los dedos, incluidos los pulgares. La máquina emitió un pitido, como si Will fuera un paquete en un supermercado.

A continuación, lo llevaron a una sala rotulada como «sala de interrogatorios». Por el camino, el detective dio los datos de Will a una colega.

–¿Por favor, podrías investigarme este nombre, Jeannie?

Entraron. Había únicamente una mesa con dos sillas y un teléfono en el rincón. Las paredes estaban desnudas salvo por un calendario con una foto del Empire State.

–De acuerdo, me llamo Larry Fitzwalter, y esta noche voy a ser su detective. Vamos a empezar así -dijo sacando un

impreso-. Tiene derecho a permanecer en silencio, ¿lo entiende?

–Lo entiendo, pero me gustaría explicar que…

–Bien. Si lo entiende ponga sus iniciales aquí, por favor.

–Mire, si estaba allí era porque seguía a un hombre…

–¿Puede poner sus iniciales, por favor? Eso significa que ha comprendido que puede guardar silencio, ¿vale? Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada contra usted ante un tribunal. ¿Lo ha comprendido?

–Todo esto no es más que un error…

–¿Lo ha entendido? Es lo único que le pregunto por el momento. ¿Entiende las palabras que le estoy diciendo? Si es así, por favor, firme el maldito impreso.

Will no dijo nada más mientras Fitzwalter seguía leyéndole sus derechos. Una vez que hubo firmado, el detective dejó el impreso a un lado.

–De acuerdo, ahora que conoce sus derechos, ¿desea hablar con nosotros?

–¿No tengo derecho a hacer una llamada telefónica?

–Es más de medianoche. ¿A quién quiere llamar?

–¿Estoy obligado a decírselo?

–No -contestó el detective cogiendo el teléfono del rincón y estirando el cordón para dejarlo en la mesa-. Dígame que número es, y yo marcaré por usted.

Will sabía que solo había una persona a la que podía llamar, pero la idea le resultaba deprimente. ¿Cómo iba a atreverse, y además con una noticia semejante? Miró la hora en su reloj: las 2. 15 de la madrugada. Fitzwalter se estaba impacientando.

Will le dio el número. El detective lo marcó y le entregó el auricular sin moverse de su sitio. Estaba claro que pretendía escuchar todas y cada una de las palabras que dijera. Al fin, Will oyó la voz que esperaba y a la vez temía escuchar.

–Hola, papá.

Capítulo 54

Lunes, 3. 06 h, Manhattan

Señor Monroe -dijo Fitzwalter-, tengo buenas y malas noticias para usted. ¿Por cuál prefiere que empiece? Will alzó los ojos lentamente. Solo llevaba cuarenta minutos en aquella celda, pero le parecían cuarenta noches. Su padre le había dicho que se acogiera al primero de los derechos que le habían leído y que no dijera palabra. Cuando Fitzwalter se hubo convencido de que Will no iba a ceder y que el interrogatorio había llegado a su fin, lo encerró.

En esos momentos, la voz de su padre flotaba en su cabeza, tan audible como cuando había hecho la llamada: primero, adormecida; luego, sorprendida; a continuación, severa, y por último, decepcionada. Dado que Will había pasado su adolescencia a tres mil kilómetros de su padre, nunca había experimentado uno de los ritos propios de esa edad: el de tener que anunciarle que había metido la pata. «Papá, he abollado el coche» o «Papá, me han pillado fumando hierba». Aquellas eran frases que Will nunca había tenido que pronunciar, y tampoco había tenido que oír a su padre diciéndole: «Hijo, me has decepcionado». Por lo tanto, el hecho de haberlo escuchado, no las palabras, pero sí el tono, no era sino otra losa que añadir a su carga.

–Señor Monroe, ¿me está usted escuchando?

–¿Cómo dice?

–Acabo de comunicarle las buenas noticias. ¿No quiere saber las malas?

–No. La verdad es que no.

–La mala noticia es que acabo de hablar por teléfono con el abogado de *The New York Times* y ¿sabe qué? Pues que asegura que no le han encargado ninguna tarea. De hecho, dice que está usted unos días de baja para descansar por orden del director en persona. Amigo, parece que se ha metido en un montón de problemas.

Will se cubrió los ojos con las manos. Qué error de principiante, dar una excusa que podía ser fácilmente desmentida. Su defensa legal había quedado

comprometida. Había cometido la misma pifia que todos los culpables: cambiar su historia. En cuanto a su carrera en el periódico, probablemente había acabado. Lo suspenderían para que pudiera defenderse de aquellas graves acusaciones y después, discretamente, lo despedirían.

La puerta se cerró de golpe, y Will casi se sintió aliviado por hallarse en esa celda. Desde aquel fatídico viernes no había dejado de ir de un lado para otro, pasando febrilmente de un plan al siguiente. Había cruzado la ciudad en todas direcciones, de Brooklyn a Long Island, intentando pensar, concentrarse y actuar; incluso cuando había tenido la oportunidad de sentarse había deseado que el tren o el taxi fuera más deprisa, que lo llevara sin demora a su destino.

Sin embargo, en esos momentos no tenía nada que hacer ni ningún sitio al que ir. Los planes, romperse la cabeza, todo eso se había acabado. Sus carceleros ni siquiera le habían dejado lápiz y papel.

La pausa hizo que se diera cuenta de que llevaba días resistiendo, pero cada vez que aquella idea había aparecido en las últimas setenta y dos horas, él la había rechazado. Sin embargo, ya no le quedaban fuerzas para resistir.

Todo se desmoronaba. Esa era la conclusión a la que no quería enfrentarse, pero a la que resultaba imposible no hacerlo. Su esposa seguía cautiva y en manos de unos hombres de un fanatismo radical; a él iban a acusarlo de asesinato basándose en una serie de pruebas circunstanciales que no podía rebatir; y lo peor de todo era que había caído de lleno en la trampa.

Al fin y al cabo, ¿quién lo había enviado a esa dirección en plena noche? ¿Tenía que creer que haberse tropezado con un brutal asesinato nada más aparecer él era una coincidencia? ¿Y no era extraño que el asesino hubiera buscado refugio precisamente en una sinagoga de los *hasidim*?

¡Y toda aquella historia del fin del mundo! ¡Seguro que se la habían inventado! TC y él habían descubierto la trama, de modo que Freilich había salido con aquella estupidez de «Quien sea que esté detrás de todo esto, bla, bla, bla». La primera corazonada de Will era acertada: no había ningún «quien». Los *hasidim* habían descubierto la identidad de aquellos hombres justos y por alguna perversa razón los querían liquidar, pero él se había entrometido. Qué mejor modo de quitárselo de en medio que hacer que la policía lo detuviera. No tenía más remedio que admitirlo: había sido un golpe maestro.

Tenía gracia pensar que hacía apenas unos días el motor principal de su vida era su carrera profesional. En esos instantes, su carrera estaba hecha añicos. Primero, el director en persona lo había pillado cometiendo una falta grave; y después había perdido la consideración del hombre que más le importaba: su padre. Empezaba a verlo con claridad. Resultaba evidente que el haber crecido sin un padre pasaba factura. Lo había notado día tras día: en los partidos de cricket, cuando a los demás chicos sus padres los animaban desde las gradas; en los juegos en que participaban las familias... La gente había llegado a preguntarle si su padre había muerto.

Había pasado por todas las fases: por el enfado hacia él, por el rencor; incluso se había unido a su madre para odiarlo un poco más. Sin embargo, la realidad era que lo había echado de menos. Había echado de menos lo que los demás chicos recibían diariamente de sus padres: una mano en el hombro, que les despeinaran el cabello, los gestos de camaradería que denotaban una masculina aprobación.

Encerrado en aquella celda, libre de ambigüedades y matices, vio más claramente que nunca la razón que lo empujó a cruzar el Atlántico y le cambió la vida: había ido en busca de la aprobación paterna que no podía encontrar quedándose en Londres, una aprobación que tenía que conquistar yendo a Estados Unidos.

Y también lo había planeado: se presentaría como un brillante joven con prisa por triunfar, Will Monroe, la estrella de Oxford que causaría sensación en Nueva York. Había imaginado que llegaría un día en que, vestido con traje y corbata, se inclinaría sobre un micrófono situado demasiado bajo para un hombre de su estatura y daría las gracias a los jueces del premio Pulitzer por entregarle el premio a él. Se trataba de una imagen que aquella misma semana -dos veces en primera plana- parecía haber estado a su alcance. Sin embargo, ya no era más de un desecho: la mujer a la que amaba y el futuro con el que había soñado se habían desvanecido.

Pero mientras realizaba aquella especie de auditoría personal, no dejaba de notar una incómoda intrusión, la de un pensamiento que exigía salir a la superficie. Will lo había hundido en las profundidades con la esperanza de que se quedara allí. No obstante, volvía a la carga.

«¿Y si resulta que los *hasidim* tienen razón?»

¿Qué pasaría si, una vez asesinados los treinta y seis hombres justos, el mundo se venía abajo? Hasta el momento, las piezas de esa descabellada teoría habían encajado. El ministro Curtis había realizado un acto de inusitada bondad, lo mismo que Baxter, y ambos se habían mantenido en la sombra, tal como Mandelbaum había comentado. ¿Cabía la posibilidad de que aquellos datos fueran ciertos pero la idea en sí estuviera equivocada?

Esa noche había sido testigo, o casi, del asesinato de un hombre que bien podía haber sido un *tzaddik*, uno de los treinta y seis hombres justos. Si aquel hombre lo era, entonces sería una confirmación más de que los *hasidim* decían la verdad, o al menos parte de ella. También significaría que los asesinos de los *lamad vav* estaban acercándose a su objetivo. Miró la hora en su reloj. Según lo que TC le había dicho, el *Yom Kippur* finalizaría dentro de dieciséis horas. Les quedaba muy poco tiempo.

Debía averiguarlo: ¿era el hombre del edificio el *tzaddik* que los *hasidim* habían predicho? Por primera vez en bastantes horas, a Will se le ocurrió una idea.

Al cabo de un rato, la puerta de la celda se abrió, y Will se preparó para recibir a su padre; pero se trataba de Fitzwalter.

–Venga conmigo.

–¿Adónde vamos?

–Ya lo verá.

Fue conducido abajo, a una habitación iluminada por brillantes fluorescentes. Había siete u ocho hombres en ella; al menos tres parecían estar colgados. A Will le pareció que varios de ellos eran indigentes. La puerta se cerró a su espalda.

–Bien, señores -dijo alguien a través de un altavoz-, ya pueden ocupar sus posiciones contra la pared.

Dos de ellos parecían saber exactamente lo que tenían que hacer y fueron hasta donde les decían. Se dieron la vuelta y miraron al frente. Fue entonces cuando Will vio las marcas en la pared que indicaban la altura. Era una rueda de reconocimiento.

Al otro lado del espejo, la señorita Pérez, del edificio de apartamentos de Greenstreet Mansions, miró a los individuos alineados ante ella.

–Ha sido una noche muy larga, señorita Pérez -dijo Fitzwalter-. Tómese el tiempo que quiera. Cuando esté lista me gustaría hacerle un par de preguntas.

–Estoy lista.

–Quiero que mire atentamente y me diga si ha visto antes a alguno de estos hombres y, de ser así, dónde lo ha visto. ¿Lo ha entendido?

–La respuesta es que no. No he visto a ninguno de estos hombres antes. El hombre que yo vi tenía unos ojos que no se olvidan.

–¿Está usted totalmente segura, señorita Pérez?

–Completamente. Ese hombre tenía las manos alrededor del cuello del pobre señor Bitensky. Entonces me miró con esos terribles ojos.

–De acuerdo, señorita Pérez. No se altere. Jeannie, ¿puedes acompañar a la señorita Pérez a su casa? Gracias.

–De acuerdo, que pase el señor Abdulla.

Will pudo ahorrarse el temido encuentro con su padre. Veinte minutos después de la rueda de reconocimiento, Fitzwalter se presentó en su celda.

–Tengo más noticias buenas que malas. Para mí, las malas noticias son que hay dos testigos que aseguran que usted no es el hombre que vieron en el apartamento del señor Bitensky. Uno de ellos lo ha reconocido a usted en la rueda y lo sitúa fuera del edificio en el momento del crimen. Así pues, para usted la buena noticia es que voy a dejar que se vaya, por el momento.

Will tuvo que rellenar diversos impresos para que le devolvieran sus cosas. Cuando las tuvo, lo primero que hizo fue conectar el móvil. El aparato empezó a vibrar al instante; era un mensaje de voz de TC:

«Hola, ¿a que no lo adivinas? Tal como te avisé, estoy detenida por la policía. Me están interrogando sobre el asesinato del señor Pugachov. Según parece, lo mataron de un disparo a quemarropa. ¿Te lo puedes creer? ¡En mi apartamento! ¡Pobre hombre…! Me cuesta creer que todo esto se deba a… ¡Oh, lo siento, lo siento! Espera un momento. Está aquí Joel Brookstein. ¿Te acuerdas de él? Estaba en Columbia. El caso es que ha aceptado ser mi abogado y me está diciendo que cierre la boca. Llámame para decirme dónde te has metido y qué está pasando. No estoy segura de que me permitan conservar este teléfono. –Su voz se desvaneció, como si estuviera hablando con otra persona-. Ya voy. ¡Will, tengo que marcharme! Llámame cuando puedas. No nos queda mucho tiempo.»

Mientras escuchaba la voz de su amiga, cuyo tono le parecía que oscilaba entre el de TC y el de Tova Chaya, Will

oyó un doble pitido: un mensaje de texto:

¡PABLO, ORDENA LAS CARTAS DE LOS NO CRISTIANOS! (I, 7, 29)

Con el ajetreo de las últimas horas, Will se había olvidado de su informador fantasma. A pesar de que sabía que desde un punto de vista racional resultaba imposible, en su mente seguía asociando los mensajes con Yosef Yitzhok. Aquel texto era la prueba definitiva: alguien más le había estado enviando los mensajes, pero ¿quién?

El significado de aquel último texto parecía indescifrable, pero las cuarenta y ocho horas que Will había pasado comunicándose con su informador le habían dado cierta idea de cómo funcionaba la mente de aquel sujeto.

«Así es como deben de hacerlo los especialistas en resolver crucigramas -pensó Will-: metiéndose en la mente de la persona que los hace.»

Y ese mensaje parecía realmente la clave de un crucigrama. Estaba claro que el significado literal carecía de importancia. Will sabía cómo funcionaban aquellas pistas: en un lado había instrucciones que se referían a la otra parte. Pero ¿quién era Pablo y por qué la solución incluía una palabra de veintinueve letras?

Decidió empezar por lo más fácil: ordenar las letras de «no Christian». Con la audacia de quien se sabe libre, cogió un lápiz del mostrador y empezó a escribir en el dorso del recibo que acababan de entregarle.

«On Ian Christ.» Aquello no tenía sentido. «Con this rain.» Tampoco.

Entonces lo vio claro y sonrió por primera vez desde hacía horas. ¡Qué bien que aquel mensaje le hubiera llegado justo cuando estaba solo, sin TC! Era el único campo que él dominaba más que ella.

Cogió el teléfono para llamar a su padre y darle la buena noticia de que lo habían puesto en libertad sin cargos y pedirle que de camino cogiera lo único que le hacía falta: una Biblia.

Capítulo 55

Lunes, 4. 40 h, Manhattan

Por un momento se le ocurrió que podía pedírsela al oficial del mostrador, pero después se lo pensó mejor: no sería oportuno que un tipo de aspecto desaliñado, sospechoso de asesinato, que no había dejado de vociferar sobre la identidad del asesino «¡Tiene los ojos de un azul muy claro!», pidiera prestada una Biblia. Podría haberlo hecho si hubiera sido culpable y hubiera optado por una línea de defensa basada en un estado de enajenación mental, pero no le servía si lo que deseaba era salir de la comisaría habiendo convencido a la policía de que era inocente y estaba en su sano juicio.

Por lo tanto, esperó fuera a que llegara su padre, andando arriba y abajo, desesperado por salir de allí. Por fin apareció William Monroe padre, vestido con una vieja cazadora marinera. Parecía agitado y tenía los ojos enrojecidos. Will se preguntó si habría estado llorando.

–Gracias a Dios, William -dijo abrazando a su hijo-. Me preguntaba qué demonios podías haber hecho.

–Gracias por tu voto de confianza, papá -repuso Will apartándose-. No tengo tiempo de hablar. ¿Tienes lo que te he pedido que trajeras?

Su padre asintió con un gesto de triste rendición, como si estuviera siguiéndole la corriente a un hijo que le dijera que oía voces en su cabeza o le pidiera dinero para otra dosis.

–Toma.

Will dio unos golpecitos en el libro.

–Papá, ¿te acuerdas de los mensajes de texto que he estado recibiendo de un informador anónimo? Aquí tienes el último. – Will le entregó el teléfono.

¡PABLO, ORDENA LAS CARTAS DE LOS NO CRISTIANOS! (I, 7, 29)

–¿Qué demonios es esto?

Will se lo explicó rápidamente.

–«No Christian» es un anagrama para Corintios. La cifra «uno» se refiere a la primera carta de Pablo a los Corintios, y debe de ser el capítulo siete, versículo veintinueve. Por eso quería una Biblia. Aquí está.

Lo que digo, hermanos, es que el tiempo se acaba.

–Está desesperado -declaró Will.

–Hijo…

–Un momento, papá. Solo quiero demostrarte una cosa. Escucha, ya sé que puede parecerte muy raro, pero en la raíz de todo este maldito asunto parece que hay una teoría religiosa de origen judío que habla de unos hombres de excepcional bondad. – Will vio que la expresión del rostro de su padre pasaba de la lástima a la impaciencia.

–Will, ¿qué historias me estás contando? La policía te ha detenido como sospechoso de asesinato. ¿Tienes idea del lío en que te has metido?

–Sí, papá, créeme. Me consta que estoy metido hasta el cuello en problemas. Más de lo que creerías, pero, por favor, escucha esto: los *hasidim* que retienen a Beth aseguran que alguien, puede que incluso uno de ellos, está matando a esa buena gente, a esa gente extraordinariamente buena; y no solo aquí, sino por todo el mundo. Lo que ha ocurrido esta noche es que he estado a punto de ser testigo de uno de esos asesinatos. Si la teoría de los *hasidim* es cierta, el hombre que ha muerto esta noche es uno de los llamados «hombres justos». Por eso quería que vieras esto.

Sacó la Blackberry de la bolsa de plástico de la policía, conectó el buscador de internet y seleccionó Google. A continuación introdujo las palabras «Bitensky y Lower East Side».

Google empezó la búsqueda, pero se trataba de un aparato de bolsillo y lo hacía lentamente. Al cabo de un momento apareció la página con los resultados: primero un portal biomédico, después algo de un pianista de música clásica y, por fin, un enlace con el *Downtown Express*, el diario semanal del sur de Manhattan. Hizo clic en el enlace y

aguardó una eternidad a que acabara la descarga. Luego, la examinó: se trataba de un archivo de unos años atrás. Will rezó para que fuera algo importante, algo que pudiera demostrarle a su padre que no estaba loco de remate.

Los habitantes de la zona de Greenstreet sufrieron esta semana un glacial inicio de la Pascua Judía cuando su edificio de apartamentos tuvo que ser evacuado el martes por culpa de un aviso de incendio.

Fue después de medianoche cuando numerosos inquilinos tuvieron que reunirse en el parque mientras las dotaciones de bomberos examinaban el edificio antes de declararlo seguro.

La mayoría de los desalojados iban en pijama y bata, aunque un grupo estaba completamente vestido porque tomaba parte en el tradicional *seder*, que normalmente se prolonga hasta altas horas de la madrugada.

Eran los invitados de Judah Bitensky, uno de los últimos inquilinos judíos de un edificio que, en su momento, había sido el centro de la comunidad judía de East Broadway. Según parece, el señor Bitensky, encargado de una de las sinagogas que quedan en la zona, celebra una cena *seder* todos los años para aquellos que no tienen adónde ir.

«Es una especie de tradición -declaró Irving Tannenbaum, de sesenta y seis años e invitado habitual-. Todos los años. Judah abre las puertas de su casa para gente como nosotros. Algunos de los que acudimos somos viejos y vivimos solos. Otros son, ya sabe, gente de la calle. Es digno de verse.»

Riwy Gold, de cincuenta y un años y sin techo, añadió: «Es la mejor comida que tomo en todo el año. Es la única noche en que tengo la sensación de tener una familia».

Downtown Express contó a veintiséis personas en el pequeño apartamento del señor Bitensky, incluidos a dos que iban en silla de ruedas y dos más con muletas. Reacio a dejarse entrevistar, se le preguntó cómo era capaz de dar de comer a tanta gente con unos medios tan escasos. «De

alguna manera me las arreglo -declaró-, aunque no sé muy bien cómo.»

Capítulo 56

Lunes, 14. 25 h, Brooklyn

Will se quedó junto a la ventana, apartando la cortina a intervalos regulares para mirar hacia la calle. Sabía que era una imprudencia: si alguien lo seguía, no había mejor manera de llamar la atención. Corría y descorría la tela con tanta frecuencia que parecía que estuviera enviando un mensaje codificado.

Se despidió de su padre pocos minutos después de su encuentro. Este lo miró inexpresivamente cuando Will le mostró la noticia aparecida en la Blackberry, como si toda aquella historia fuera demasiado absurda para ser tomada verdaderamente en serio. A continuación hizo un gesto, como diciendo «Olvidémonos de todo esto», y le pidió que regresara a casa con él. Allí tendría la oportunidad de ducharse, dormir un poco y tranquilizarse. Linda se ocuparía de él. Por su parte, tenía que preparar un caso importante para el día siguiente, pero estaría de regreso por la noche. Entonces, padre e hijo podrían ponerse a trabajar conjuntamente y planear el modo de recuperar a Beth. Era una oferta muy tentadora, pero Will la rechazó. Ya había perdido demasiado tiempo. Dio las gracias a su padre, lo acompañó hasta su coche y después envió un mensaje a TC.

Se alegró de que contestara. La habían soltado a las nueve de la mañana. La policía había visto las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio, y las grabaciones del sábado incluían una secuencia filmada por la cámara de la parte de atrás donde aparecía Pugachov ayudando a TC y a un desconocido a meterse en un cubo de basura y llevándoselo hasta perderse de vista. A continuación, la misma cámara había grabado a Pugachov regresando solo. Las imágenes no solo confirmaban la curiosa historia que ella había contado a la policía, sino que demostraban que el

encargado del edificio seguía con vida después de que ella se hubiera marchado.

Además, en el pantalón de la víctima hallaron algo que también había ayudado en su defensa. En el bolsillo derecho encontraron la copia de la llave del apartamento de TC. A Pugachov no le habría hecho falta cogerla de haber estado ella en casa. Entre una cosa y otra, la policía acabó soltándola, e incluso le dio las gracias.

Fue idea de Will, fruto de un cálculo premeditado, que se encontraran en casa de Tom. Tanto su apartamento como el de TC habían sido vigilados. Allí, al menos, tendrían la oportunidad de reunirse sin ser detectados. Por otra parte, TC tenía un plan -«una corazonada», le había dicho- que requería la ayuda de un genio de los ordenadores.

En ese momento, se hallaba inclinada mirando por encima del hombro de Tom mientras este tecleaba con un par de dedos.

–De modo que estás segura del nombre del dominio… -preguntó Tom.

–Lo único que puedo decirte es lo que ponía en la tarjeta que cogí:

«Rabbi. Freilich@Moshiachlives. com».

–De acuerdo, de acuerdo. Es lo que intentaré. ¿Quieres deletrearme «*moshiach*»?

–Por tercera vez, Tom: «eme», «o», «ese»…

Will volvió a mirar por la ventana. Tom adoraba a Beth, pero no soportaba a TC. En Columbia, Will lo había atribuido a un problema de celos y a que era difícil formar un trío; pero en esos momentos tenía que reconocer que se debía a un problema de incompatibilidad: Tom y TC eran como el fósforo y el azufre, no podían entrar en contacto sin que saltaran chispas.

Empleando una nueva estrategia, Tom optó por hablar consigo mismo en vez de dirigirse a TC.

–De acuerdo, lo que tenemos que hacer es buscar el nombre del dominio. – Introdujo las últimas tres palabras en

una especie de ventana vacía que había creado en la pantalla. Unos segundos más tarde apareció una serie de números: «192.0.2.233»-. Muy bien, ¿quién es «192.0.2.233»? – se preguntó mientras tecleaba los números.

La respuesta no tardó en aparecer. Entre un montón de propaganda sobre contactos administrativos figuraba la dirección del cuartel general de los *hasidim* en Crown Heights. El mismo edificio donde Will y TC habían estado la noche anterior.

–Bien, ahora hablemos con Arin.

–¿Arin? ¿Quién demonios es Arin?

–ARIN es el American Registry for Internet Numbers, la organización que otorga las direcciones IP, ya sabes, la serie numérica que acabas de ver.

–Pero yo pensaba que ya la tenías para ese dominio.

–Tengo uno de los números. ARIN nos dará todos los números que correspondan a esa compañía u organización. De ese modo obtendremos el número de todos los ordenadores que tengan. Tan pronto como los consigamos podremos ponernos a trabajar.

La pantalla no tardó en llenarse con series numéricas, docenas de ellas. TC comprendió que lo que veía era la red completa de ordenadores de los *hasidim* expresada en forma de números.

–De acuerdo, este es el abanico que vamos a escanear.

–¿Qué quieres decir con «escanear»?

–Pensaba que no querías que me pusiera en plan técnico. «Ahórrate los tecnicismos.» ¿Te acuerdas?

–Bueno, ¿y qué haces ahora?

–Esperar.

TC se dirigió al diván y se tumbó utilizando el abrigo de Tom para cubrirse antes de caer profundamente dormida. Este se trasladó a trabajar en otro ordenador, mientras Will alternaba entre mirar por la ventana y observar una foto que había en la pared: una foto de él, Tom y Beth, vestidos

con ropa gruesa de invierno, guantes y bufandas, en lo que parecía una estación de esquí. En realidad se trataba del centro de Manhattan un domingo por la mañana tras una tormenta de nieve. La sonrisa de Beth traducía algo más que alegría: en ella se leía la satisfacción porque, a pesar de todo, la vida pudiera ser maravillosa.

Una hora y media más tarde, el ordenador emitió un pitido. No el emocionante aviso de un correo electrónico, sino algo más simple. Will se dio la vuelta y vio a Tom correr hacia la máquina que había dejado funcionando.

–Estamos dentro.

TC se despertó y los tres se agruparon en torno a una pantalla que solo tenía sentido para uno de ellos.

–¿Qué es esto, Tom? – preguntó educadamente Will, que fue el primero en decidirse a hablar antes de que TC pudiera intervenir.

–Estos son los registros de la máquina en la que nos hemos metido. De esta manera podremos saber quién ha entrado y salido.

TC se mordió las uñas, impaciente por que todo transcurriera más deprisa. Will escrutó no la pantalla, sino el rostro de Tom en busca de cualquier indicio de progreso, y no le gustó lo que vio. Tom parecía desconcertado. Tenía los labios fruncidos; en cambio, cuando estaba a punto de lograr algo solía asomar en ellos una sonrisa.

–¡Maldita sea! ¡Nada!

–Vuelve a mirar -propuso TC-. Quizá hayas pasado algo por alto.

Pero Tom no necesitaba que nadie le dijera nada. Se acercó a la pantalla y examinó lentamente cada línea que iba apareciendo.

–Un momento -dijo-. Esto podría ser algo.

–¿El qué? ¿El qué?

–¿Ves esta línea de registro? Aquí: «*time service* interrumpido: 1. 58». Puede que no sea nada. A menudo los

programas se interrumpen y se reinician automáticamente. Nada importante.

–Pero…

–Pero podría indicar algo más.

–¿Sí?

Tom no se sentía cómodo con el interrogatorio de TC, de modo que Will intervino.

–Perdona, Tom, para un ignorante como yo, ¿qué significa «*time service*»?

–Tan solo es una parte del montaje de la conexión de redes de la que alguna gente se olvida. No la desconectan, de manera que ahí se queda, haciendo un seguimiento de la hora del día.

–¿Y?

–Lo que cuenta es que la gente se olvida de que está ahí, de manera que no le prestan los mismos amorosos cuidados que al resto del sistema. A veces ocurre que ciertos agujeros de seguridad que se han cerrado en el resto del sistema quedan abiertos en el *time service*.

–¿Quieres decir que es como tener un agujero en la parte de atrás de la verja del jardín sin que nadie se dé cuenta?

–Exactamente. Lo que me estoy preguntando es si este *time service* se interrumpió por causas naturales o si alguien se introdujo en él. Si un tipo sabe lo que se hace puede enviar una saturación de interfaces o un montón de datos en una secuencia específica, lo cual colapsa por completo el *time service*; pero si realmente conoces el oficio, no solo puedes interrumpirlo, sino forzarlo para hacer que funcione a tu antojo.

–¿A qué te refieres?

–A que puedes conseguir que obedezca tus instrucciones, lo cual te proporcionaría acceso al servidor.

–¿Y eso es lo que ha ocurrido aquí?

–No lo sé. Tengo que ver el registro de acceso al *time service*. Es lo que estoy esperando ahora… ¡Caramba! Un momento. ¿Ves esto de aquí?

Tom señalaba una serie de números con la hora 1. 58.

–Hola, desconocido.

Era una nueva dirección IP, una serie de números distinta de las demás adjudicadas a los *hasidim* y a su sistema. Aquello era la firma de alguien de fuera.

–¿Puedes averiguar de quién se trata?

–Eso es lo que pretendo. – Tom tecleó: «quienes 89.23.325.09»-. Y aquí está nuestra respuesta.

Tom indicó una línea de la pantalla.

Will tardó unos segundos en concentrarse en las palabras, pero allí estaban: unas palabras que lo cambiaban todo. Ni él ni TC fueron capaces de abrir la boca. Los tres se quedaron en silencio, mirando la dirección que tenían ante ellos.

La organización que había pirateado el ordenador de los *hasidim*, la que había leído todo lo que ellos habían leído, la que había espiado todos sus cálculos e investigaciones, incluidas las que revelaban la localización exacta de los hombres justos, tenía su base en Richmond, Virginia, y allí, en la pantalla, aparecía su nombre completo.

La Iglesia de Jesús Renacido.

Capítulo 57

Lunes, 17. 13 h, Darfur, Sudán

En la noche del trigésimo quinto asesinato reinaba un silencio casi absoluto. Con aquel calor y con tan poca comida, la gente estaba demasiado agotada para hacer ningún ruido. La llamada a la oración había sido el único sonido intenso que habían oído en todo el día. El resto no habían sido más que gemidos y susurros.

Muhammad Ornar vio la vibrante ola de calor en el horizonte y supo que faltaban pocos minutos para la puesta de sol. Así eran las cosas en Darfur. Día tras día, el sol surgía sin previo aviso por la mañana y desaparecía por la noche con la misma rapidez. Quizá ocurría lo mismo en todo

Sudán, en toda África. Muhammad no lo sabía: nunca había salido de aquel pedregoso desierto.

Era hora de que hiciera su ronda del atardecer por el campamento. Primero iría a ver a Hawa, la joven que a sus trece años se había convertido en una especie de madre para sus seis hermanas. Habían llegado al campamento hacía un par de semanas, después de que las milicias Janjawid hubieran arrasado su poblado natal. Las pequeñas estaban demasiado aterrorizadas para hablar, pero Hawa le contó lo sucedido a Muhammad: unos hombres terroríficos habían llegado en plena noche montados a caballo y blandiendo llameantes antorchas. Lo habían incendiado todo. Hawa reunió a sus hermanas y echaron a correr. Solo cuando estuvieron lejos se dio cuenta de que sus padres habían quedado atrás. Ambos fueron asesinados.

En esos momentos, en un rincón de la choza de cañas, sostenía en los brazos a su hermana de tres años. Cerca de la puerta había una abollada cazuela que contenía una escasa ración de gachas.

Muhammad siguió caminando, preparándose para afrontar la siguiente parada de su ronda: la «clínica», que en realidad no era sino otra endeble choza. Kosar, la matrona, estaba dentro, y su rostro le dijo lo que no quería escuchar.

–¿Cuántos? – preguntó.

–Tres, y puede que uno más esta noche.

Llevaban semanas perdiendo casi tres niños por día. Sin medicinas ni comida, Muhammad no sabía de qué modo podían evitarlo.

Miró a su alrededor: un rincón del desierto dejado de la mano de Dios y resguardado por unos miserables árboles. No había planeado montar allí un campo de refugiados. ¿Qué sabía él de esas cosas? No era médico ni funcionario, sino sastre; no obstante, se daba cuenta de lo que pasaba. Había grupos de gente desesperada, a menudo niños, que vagaban por el desierto en busca de comida y refugio. Todos

relataban que sus poblados habían sido arrasados por los Janjawid, los hombres que asesinaban, violaban e incendiaban mientras los aviones del gobierno los sobrevolaban. Alguien tenía que hacer algo, y, sin pretenderlo realmente, ese alguien había sido él.

Empezó con unas pocas tiendas de campaña. Juntó dos de ellas con la Singer, su vieja máquina de coser. También reunió unas cuantas hachas, que repartió entre los hombres para que consiguieran algo de leña. Ellos se esforzaron. Uno, Abdul, se moría por ayudar, pero las quemaduras de sus manos eran tan profundas que no podía sostener una herramienta. Muhammad lo había visto. Con aquellas manos ni siquiera era capaz de secarse las lágrimas.

A pesar de todo, cortaron leña suficiente para encender un fuego. Una vez encendidas, las llamas actuaron de faro y llegaron más y más refugiados.

No tenía tiempo de contarlas debidamente, pero en esos momentos había allí miles de personas que se repartían las escasas provisiones de que disponían. Eran en su mayoría agricultores, y lograban obtener de la tierra lo poco que ella estaba dispuesta a que le arrancaran. Pero no era suficiente.

Muhammad sabía perfectamente lo que necesitaban: ayuda exterior. Durante las pocas horas de sueño que conseguía robar para sí todas las noches, soñaba que una mañana llegaba un convoy de vehículos blancos cargados con cajas de alimentos y medicinas. ¡Con solo cinco vehículos podría salvar tantas vidas!

Fue entonces cuando divisó los faros, brillaban en la penumbra. Amarillos e intensos, se acercaban en su dirección, bamboleándose en la reverberación del calor. Muhammad no pudo contenerse y empezó a dar brincos y a saltar mientras agitaba los brazos como un poseso.

–¡Aquí! ¡Estamos aquí!

El vehículo aminoró la marcha hasta que Muhammad pudo verlo mejor. No era ningún equipo de auxilio, solo dos

hombres.

–Vengo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo -dijo uno de ellos en inglés, y a continuación el otro lo tradujo rápidamente.

–¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! – exclamó exultante Muhammad abrazándolos-. ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!

–Tenemos medicinas y unas provisiones en la parte de atrás. ¿Hay gente que pueda descargarlas?

Una multitud se había acercado. Cuando el traductor hubo acabado, Muhammad escogió a dos de los adolescentes más fuertes para que descargaran las cajas del camión. Luego, ordenó a su gente de confianza que vigilara el cargamento. Lo último que deseaba era un motín por culpa de la comida. El hambre y la desesperación podían provocar un tumulto.

–¿Cree usted que podríamos hablar? – le preguntó el visitante.

Muhammad le respondió con un gesto afirmativo y condujo al desconocido hasta una choza vacía. El hombre lo siguió; llevaba en la mano un maletín negro y estrecho.

–He tardado mucho tiempo en dar con usted, señor. ¿Estoy en lo cierto al afirmar que es el responsable de esto? ¿Es este el campamento que inició?

–Sí -repuso Muhammad, sin saber si debía mirar a su interlocutor o al traductor.

–¿Y esto lo ha hecho usted solo? ¿Nadie le paga por ello? ¿No trabaja usted para ninguna organización? ¿Lo ha hecho por la simple bondad de su corazón?

–Sí, pero eso no es importante -aseguró Muhammad a través del intérprete. Yo no soy importante.

Entonces el desconocido sonrió y dijo:

–Bien.

–La gente de aquí se está muriendo -prosiguió Muhammad-. ¿Qué clase de ayuda piensa brindarles? ¡Es urgente!

El desconocido sonrió de nuevo.

–¡Ah, puedo prometerles la mayor ayuda de todas! Y no tendrán que esperar. No tendrán que esperar nada.

Entonces, abrió los cierres del maletín y sacó una jeringa.

–Primero debo decir que es para mí un honor haberlo conocido. Representa un honor saber que los justos viven verdaderamente entre nosotros.

–Gracias, pero no acabo de entenderlo.

–Me temo que debo administrarle esto. Es importante que un hombre como usted no sufra dolor ni molestia alguna. Ni dolor ni molestia alguna.

De repente, el traductor sujetó a Muhammad por el brazo y lo obligó a tumbarse en el suelo. Él intentó escapar, pero estaba demasiado débil, y la mano que lo aferraba era demasiado fuerte. Ante él se alzaba el desconocido sosteniendo la jeringa en alto. El hombre se agachó sin dejar de hablar en inglés, y el traductor susurró las palabras directamente en el oído de Muhammad:

–El Señor ama a los justos y no abandonará a sus fieles. Ellos serán protegidos eternamente, pero los frutos de los malvados serán segados.

Muhammad forcejeaba, intentando liberarse, mientras la voz seguía hablando con ardiente aliento.

–Los malvados acechan a los justos, buscando sus vidas; pero el Señor no los dejará en sus manos y permitirá que sean condenados el día del juicio. La salvación de los justos proviene del Señor. El es su tabla de salvación en tiempos adversos.

Al fin, Muhammad notó que la aguja traspasaba su piel. El cielo se oscureció, y siguió escuchando la oración hasta que la voz se hizo distante y todo quedó en silencio.

Capítulo 58

Lunes, 14. 50 h, Brooklyn

Había llegado el momento de que Will tomara el mando. Apartó a Tom de la silla y al instante volvió al campamento base del periodismo del siglo XXI: Google.

La búsqueda de «Iglesia de Jesús Renacido» dio como resultado algunas páginas, pero escasas. Para su sorpresa, aquella congregación carecía de web propia.

Abrió la primera entrada, un enlace con un documento presentado durante una conferencia en la Universidad de Nebraska:

Aunque poco numerosa en términos de seguidores, la Iglesia de Jesús Renacido ejerció gran influencia hace un cuarto de siglo, particularmente entre los jóvenes intelectuales cristianos. El núcleo de sus enseñanzas se basaba en un revolucionario enfoque teológico que afirmaba que los cristianos habían sustituido a los judíos como el pueblo elegido por Dios.

Lamentablemente, el artículo no añadía más; solo se extendía en disquisiciones sobre la religiosidad del campus en los años setenta. Sin embargo, Will estaba lanzado e intuía que TC también lo seguía. Ambos eran conscientes de que no disponían de tiempo para discutir. Entró en Wikipedia, la enciclopedia de internet, y tecleó «teologías de la sustitución».

La respuesta tardó unos segundos en llegar, segundos durante los cuales Will agitó el pie, tanto por impaciencia como por ansiedad. Un impreciso recuerdo lo azuzaba. Ya había visto antes ese nombre: «Iglesia de Jesús Renacido»; lo había visto en las dependencias del periódico.

Entonces apareció la página con el encabezamiento: «Supressionism», que se definía como la creencia cristiana de que el cristianismo representa la culminación del judaísmo bíblico, y por lo tanto que los judíos que niegan que Jesús es el Mesías judío reniegan de su creencia de considerarse el pueblo elegido por Dios.

Will saltó al siguiente párrafo.

La teoría dice que Israel ha sido superado… en el sentido de que a la Iglesia se le ha confiado la realización de las promesas de las que el Israel judío era depositario.

La entrada aclaraba que mientras numerosos grupos liberales protestantes habían renunciado al supresionismo aduciendo que los judíos y quizá otros no cristianos podían encontrar a Dios a través de su respectiva fe, «otros grupos conservadores y cristianos fundamentalistas sostienen que el supresionismo sigue siendo válido», y que el debate continúa.

«Y adivina dónde continúa», pensó Will. Volvió a Google y centró la búsqueda en «Iglesia de Jesús Renacido y teología de la sustitución». Encontró tres referencias, la primera, un artículo de *The Christian Review*.

La teología de la sustitución ha visto cómo se ha ido haciendo cada vez más impopular, desacreditada por los partidarios de lo políticamente correcto, dicen sus defensores. Hace unos años gozó de un vigoroso renacimiento, principalmente gracias a la actividad de un grupo intelectual conocido como la Iglesia de Jesús Renacido. Según este grupo, los cristianos, al reconocer a Jesús como el Mesías, heredaban no solo la condición de elegidos sino el judaísmo mismo. El movimiento de Jesús Renacido argumentaba que los judíos habían hecho caso omiso de los deseos directos de Dios y por lo tanto habían perdido todo derecho a lo que habían aprendido de Él. Se habían desheredado ellos mismos de su papel de pueblo elegido, pero -y eso es lo que diferencia a la Iglesia de Jesús Renacido- los judíos también habían abandonado sus propias tradiciones, costumbres e incluso folclore, elementos todos ellos que debían considerarse patrimonio de los cristianos comprometidos.

–Para -dijo TC, muy pálida-. Aquí está el punto crucial. Justo aquí, cuando dice: «sus propias tradiciones, costumbres e incluso folclore». Este grupo cree que el judaísmo contiene la verdad, no para los judíos, sino para los cristianos. «Incluso el folclore.» ¿No lo ves? Lo han asimilado todo, el misticismo, la cábala, todo.

–Y seguramente también la historia de los hombres justos -dijo Will.

–Sí, no creen que sea una extraña tradición de los *hasidim*. Lo que creen es que les pertenece a ellos. Creen que es cierta.

Will hizo clic en el siguiente resultado de Google. Era un enlace con un grupo de debate evangélico. Alguien que se identificaba como *NewDawn21* había enviado un largo mensaje, aparentemente respondiendo a una pregunta sobre los orígenes de la Iglesia de Jesús Renacido.

En su momento tuvo un impacto considerable y fue una especie de hábil punto final para todo el movimiento de seguidores de Jesús de túnica y sandalias. Giraba en torno al carismático predicador que en esa época era capellán en Yale, el reverendo Jim Johnson.

Will miró a TC.

–Conozco ese nombre -dijo-. Fundó un estrambótico movimiento evangélico en los setenta. Murió hace algunos años.

TC siguió leyendo:

–Según parece, el reverendo Johnson influyó a toda una generación de élites cristianas. Lo llamaban "el flautista de Hamelín del campus" por el número de seguidores que congregaba.»

Yo fui testigo porque me encontraba en Yale en ese período, y Johnson era un fenómeno. Solo le interesaba la lista de los estudiantes más sobresalientes, los redactores de la Revista Jurídica, los delegados de clase, ese tipo de gente. Nosotros los llamábamos los apóstoles, porque seguían a Johnson como si fuera realmente el Mesías o algo parecido. Para quienes les interese, he incluido una foto del *Yale Daily News* donde aparece Johnson con sus seguidores».

Will abrió la imagen y esperó a que se descargara. Se trataba de una fotografía de los años setenta, descolorida y granulosa, que tardó unos segundos en completarse. En el

centro, sonriendo ampliamente como si fuera el capitán del equipo de fútbol, aparecía un hombre de unos cuarenta años vestido con una camisa con el cuello abierto y llevando las típicas gafas de montura rectangular que en esa época se consideraban lo más moderno. No lucía alzacuellos ni traje oscuro. Will llegó a la conclusión de que era lo que los Victorianos habrían llamado un musculoso cristiano.

Rodeándolo, había un grupo de jóvenes con expresión muy seria que desprendían esa confianza propia de quienes han nacido para mandar que se veía en los anuarios de Yale. Llevaban el cabello largo, y las solapas de sus chaquetas y camisas eran anchas. Sus rostros resplandecían de entusiasmo. Aquellos jóvenes no solo se disponían a gobernar el mundo, sino que estaba claro que creían contar con la bendición de Dios para ello.

–Creo que deberías darte prisa -dijo Tom, que había ocupado la posición de Will en la ventana-. Hay un coche ahí fuera del que acaban de salir dos tipos con muy mala pinta y que se disponen a entrar en el edificio.

Sin embargo, Will apenas prestaba atención porque se había echado hacia atrás en el asiento por la sorpresa: había reconocido uno de los rostros de la foto. Había visto recientemente otra foto de aquel hombre en su juventud. *The New York Times* la había hecho circular con ocasión de su nombramiento. Allí, al lado de Jim Johnson, estaba ni más ni menos que Townsend McDougal, el que un día sería director del periódico.

–¡No puedo creerlo! – exclamó Will.

–Es él, ¿verdad? – preguntó TC.

Will estaba perplejo. ¿Cómo podía ella haber reconocido a McDougal?

–No quería decir nada porque no estaba segura -prosiguió-, pero es imposible que se trate de otra persona, ¿no te parece?

Will la miró enarcando las cejas para mostrar que no comprendía nada de nada.

–¿De qué demonios estás hablando?

–¡Will! – gritó Tom-. ¡Ya vienen! ¡Tenéis que marcharos ahora mismo!

–Mira -dijo TC señalando con el dedo la última fila de jóvenes, en la parte izquierda de la imagen, una zona en la que Will apenas se había fijado. El dedo de TC se había detenido en un apuesto joven, alto y delgado, de abundantes cabellos. Un joven que no sonreía-. Puede que me equivoque, Will, pero yo diría que se trata de tu padre.

Capítulo 59

OceanofPDF.com

Lunes, 14. 56 h, Brooklyn

Con fuerza Tom arrancó a Will de la silla y lo sacó por la ventana enviándolo abajo por la escalera de incendios. Indicó a TC que siguiera el mismo camino y se disponía a ir tras ella cuando echó la vista atrás. La pantalla del ordenador seguía encendida y llena de información. Tom pensó que sería terrible que su máquina, que siempre había sido su fiel aliada, acabara delatándolos a todos.

Ayudó a TC a salir y, acto seguido, se sentó ante el monitor y empezó a cerrar los distintos programas. Estaba desconectando el explorador de internet cuando la puerta se abrió violentamente.

Antes de verlo, oyó el crujido de la madera al partirse; dos hombres entraron en el apartamento. Alzó la vista y vio a uno de ellos: alto, de brazos fuertes y ojos profundamente azules. En una fracción de segundo, Tom decidió hacer lo que su instinto le decía que no hiciera: estiró la mano y desconectó el enchufe de la pared, con lo que el ordenador y todos los aparatos asociados a él se apagaron.

Sin embargo, su gesto resultó demasiado brusco para sus no invitados huéspedes, que habían sido entrenados para interpretar que un hombre que se agachaba lo hacía para coger un arma: una bala le atravesó el pecho mientras tiraba del cable de plástico blanco. Se desplomó en el suelo, y las pantallas quedaron a oscuras.

Will descendió por la escalera trasera bajando los peldaños de dos en dos. La cabeza le daba vueltas. ¿Quién iba tras él? ¿Qué había sido de TC y de Tom? ¿Adónde podía ir?

A pesar de todo, mientras saltaba de piso en piso, su mente no dejaba de repasar lo que acababa de ver. El rostro era inconfundible, y TC lo había reconocido al instante. ¿Qué impulso freudiano lo había llevado a evitarlo? Los ojos, la nariz, la fuerte mandíbula: era su padre.

Sin embargo, si de algo estaba seguro con respecto a él, era de que William Monroe padre era un racionalista

declarado, un frío seglar cuyo escepticismo en asuntos religiosos podía haberle costado su mayor ambición, la de alcanzar la judicatura del Tribunal Supremo de Estados Unidos. ¿De verdad era posible que hubiera sido un seguidor de la Biblia, un fanático del Libro?

Todavía faltaban dos pisos cuando notó que la barandilla vibraba aún más. Miró hacia arriba y vio las suelas de unos zapatos que descendían tan rápidamente como él. Le faltaban varios peldaños para llegar al nivel de la calle, pero saltó y echó a correr por Smith Street sorteando a los transeúntes que salían del restaurante Salonike. Miró a su espalda y vio el tumulto que provocaba el tipo que se abría paso entre la gente.

–¡Eh, cuidado, gilipollas!

Will dobló la esquina a todo correr agarrándose a un carrito de comida ambulante para no perder el equilibrio. Ante él se abría la Cuarta Avenida, con sus seis carriles de tráfico rápido. Tan pronto como vio un hueco, se lanzó a atravesarla.

Se hallaba de pie en la línea discontinua que separaba dos carriles de tráfico muy denso. Los conductores empezaron a pitar, convencidos de que Will era un lunático. Miró hacia atrás. Allí, un carril por detrás, se encontraba su perseguidor, el mismo hombre al que había estado a punto de pillar cometiendo un asesinato la noche anterior. Como si el flujo de vehículos le protegiera, Will se quedó mirándolo. Lo que recibió a cambio fue una mirada que lo traspasó como un rayo láser.

Se dio la vuelta y vio otro hueco entre los coches. Un segundo más y no podría aprovecharlo. Will cruzó al siguiente carril mientras se giraba y veía que su perseguidor lo imitaba. Los separaba la distancia de un coche. Distinguió un bulto en la cadera del hombre y supuso que se trataba de una pistola.

Miró ante él. El semáforo seguía en verde, pero ¿por cuánto tiempo? No tardaría en ponerse en rojo: el tráfico se

detendría y él podría pasar al otro lado, pero también el sujeto con la pistola, que lo tendría perfectamente a tiro. Sin embargo, en esos momentos no había hueco para que pasara.

Solo le quedaba una opción: en lugar de cruzar echó a correr hacia la izquierda, como si quisiera alcanzar la velocidad de los coches. Corrió más deprisa, sin apartar la vista del semáforo, decidido a actuar en cuanto viera el primer destello rojo.

«Vamos, vamos.»

Se volvió. El hombre seguía a un carril de distancia y apenas se había movido de su posición anterior. Había llegado el momento. Cuando el verde pasó a rojo, el tráfico aminoró la velocidad y los coches se juntaron, Will solo tuvo que correr entre ellos agachándose. Tres. Cuatro carriles. Casi había llegado.

Una vez en el otro lado, tuvo que abrirse paso a través de una familia que aguardaba para cruzar y, sin querer, arrancó el globo que el niño llevaba en la mano. Se volvió, vio cómo se elevaba y se dio cuenta de que «Ojos de láser» se hallaba a poca distancia de él.

Por fin, Will llegó a la estación de metro de la Atlantic Avenue y se lanzó escalera abajo maldiciendo a una obesa mujer que no lo dejaba pasar. Siguió bajando y saltó por encima del torniquete confiando en que su oído no lo traicionara. Los años que había pasado viajando en el metro londinense le habían proporcionado un sexto sentido para evaluar la combinación de viento, calor y vibración que anunciaba la llegada de un convoy. En esos momentos, estaba seguro de que lo oía en el andén opuesto. Tendría que subir la escalera y cruzar el puente en escasos segundos. Oyó el golpeteo de unos pasos. Su perseguidor se acercaba.

Solo un instante los separaba. Mientras cruzaba el puente, Will vio el tren que acababa de detenerse. Sin pensarlo se deslizó por la barandilla mientras apartaba a la

gente a gritos. Oyó el «bip, bip, bip» de aviso y el pitido del aire comprimido que anunciaba la inminente salida del tren. Solo un segundo más y…

Will saltó del último peldaño y por encima de la plataforma en lo que le pareció un único movimiento. La puerta casi se había cerrado tras él cuando los cuatro dedos de una mano la retuvieron. A través del cristal, Will vio la cara del hombre; sus ojos, casi translúcidos, fijos en una mirada que le produjo verdaderos escalofríos. La puerta empezó a abrirse, centímetro a centímetro.

–¿Qué está usted haciendo? ¡Tiene que esperar el próximo tren! – exclamó una pasajera de más de setenta años utilizando su bastón para golpear en los nudillos la mano que sujetaba la puerta.

Cuando el tren empezó a moverse, los golpeó con más fuerza, hasta que, uno a uno, los dedos desaparecieron. El hombre de ojos azules se quedó en el andén, empequeñeciéndose por momentos.

–Se lo agradezco de todo corazón -le dijo Will a la mujer mientras se dejaba caer en un asiento para recobrar la respiración.

–La gente debería tener más respeto -se quejó ella.

–Es cierto -jadeó Will-. Respeto. No puedo estar más de acuerdo con usted.

Mientras el aire regresaba a sus pulmones y el oxígeno a su cerebro, Will solo era capaz de ver una imagen. Si cerraba los ojos, allí estaba, grabada bajo los párpados: su padre a la edad de veintiún años, un soldado del ejército de Jesús; y no solo del ejército, sino de su vanguardia, de la élite escogida que se creía poseedora de los secretos de la verdadera fe.

Pero ¿qué eran, exactamente? Cristianos, sin duda, pero con un deje de arrogancia porque ellos eran el pueblo elegido, y no los judíos. Eran ellos, y no los judíos, los que consideraban el judaísmo como su derecho de nacimiento; eran ellos, y no los judíos, quienes podían citar el Antiguo

Testamento y todas sus profecías; ellos, los que veían las promesas hechas por Dios a Abraham como si se las hubieran hecho a ellos mismos.

Will miró por la ventana. La estación de la DeKalb Avenue. Se apeó y subió a otro tren. Que «Ojos de láser» siguiera buscando.

TC había visto claro el significado de todo aquello desde el primer momento. Si se atenían a la interpretación estricta que hacía aquella teología de la sustitución, si hacían suyo el judaísmo, lo hacían suyo en su totalidad. La historia del trato hecho por Abraham con Dios sobre Sodoma sin duda formaría parte de la herencia de esa gente, al igual que lo que derivaba de dicha historia: la creencia mística de los judíos de que el mundo era sostenido por treinta y seis hombres justos. Por alguna razón, aquella gente había hecho suya esa creencia y, además, le habían dado un nuevo giro. Estaban decididos a matar a esas buenas personas una a una. Pero, si era realmente esa extraña secta la que estaba detrás de los asesinatos, ¿por qué demonios los *hasidim* habían secuestrado a Beth?

Era demasiado. Will necesitaba pensar con calma. Miró el reloj: las 15.45 horas. ¡Qué poco tiempo! Marcó el número de TC rezando para que hubiera podido escapar del modo que fuera.

–¡Will, estás vivo!

–Sí. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás?

–En el hospital, con Tom. Le pegaron un tiro.

–¡Dios mío!

–Yo había subido a la azotea. Oí un disparo y bajé. Lo encontré en el suelo, sangrando… ¡Oh, Will!

–¿Está vivo?

–En estos momentos lo están operando. ¡Dios mío, Will! ¿Quién ha hecho esto? ¿Quién podría hacer semejante cosa?

–No lo sé, pero los encontraré. Te lo prometo. Voy a descubrir a la gente que está detrás de esta mierda, y sé

que estoy cerca.

Capítulo 60

Lunes, 15. 47 h, Manhattan

Sé que están aquí, TC, en la ciudad de Nueva York.

–¿Cómo puedes estar tan seguro? Están asesinando a los hombres justos que hay por todo el mundo.

–Por una cosa: todo lo que saben lo han sacado directamente de los *hasidim*, lo han conseguido metiéndose en sus ordenadores, y ahora necesitan intervenir en persona para completar el proceso. Por eso mataron a Yosef Yitzhok. No solo están desesperados por localizar al número treinta y seis, sino que están convencidos de que los *hasidim* saben dónde se encuentra, y tienen toda la razón. Además, me parece que ellos quieren estar allí.

–¿A qué te refieres?

–¿No lo ves? Esta noche será el momento culminante, cuando todo confluya. Ellos querrán estar donde la profecía va a cumplirse, a hacerse realidad, porque aquí será donde todo acabará, TC. ¿No lo entiendes? Nueva York es la Sodoma del siglo veintiuno. ¡Es aquí donde el mundo por fin saldrá perdedor de su regateo con Dios! Solo treinta y seis hombres justos. Mientras sigan con vida, el mundo perdurará. Sin ellos, todo habrá acabado. ¡Esa gente quiere estar aquí para ver cómo sucede!

–Will, me estás asustando.

–¡Y hay otra cosa! – Se interrumpió-. Bueno, no tenemos tiempo. Debo marcharme. – Colgó y marcó el número de The New York Times.

–Amy Woodstein.

–Amy, soy Will. Necesito que hagas algo por mí.

–¡Will! – exclamó ella en un susurro-. Se supone que no debería estar hablando contigo. ¿Te está ayudando alguien?

–En estos momentos lo que necesito es que me ayudes tú, Amy. En mi mesa verás el folleto de una convención de la Iglesia de Jesús Renacido. ¿Podrías cogerlo y leérmelo?

Amy dejó escapar un suspiro de alivio.

–Espera un momento. – Al cabo de unos instantes regresó-. De acuerdo, dice: «La Iglesia de Jesús Renacido. Valorar a las familias a través de los valores familiares. Reunión espiritual en el *Javits Convention Center* del número 35 de West Street…». Espera un momento, Will… ¡Es hoy!

–¡Sí! – Will sonó triunfal.

–Oh, Will, no sabes cómo me alegro de que encuentres consuelo en tu fe. Sé de tantas personas que al enfrentarse a un desafío…

–Amy, gracias, me encantaría charlar contigo, pero debo marcharme.

Media hora más tarde, Will llegaba al *Javits Convention Center*, donde vio un mostrador de delegados atendido por voluntarios de intensa mirada. No iba a funcionar.

«¡Ah, el mostrador de prensa!»

–Disculpen, soy periodista de *The Guardian*, un diario londinense, y me temo que no estaré en sus listas. ¿Habría alguna forma de que pudieran hacerme un hueco?

–Lo siento, señor. Me temo que las acreditaciones deben tramitarse a través de nuestra oficina de Richmond. ¿Presentó usted su preacreditación?

«¿Una preacreditación?», se pregunto Will, que creía conocer todos los estrafalarios conceptos de Norteamérica.

–No, lo siento. No pude hablar con ellos por teléfono, pero el director de mi periódico se sentirá muy decepcionado si no puedo cubrir esta maravillosa celebración de los valores familiares. En Inglaterra no tenemos nada parecido, y me consta que hay una gran demanda de este tipo de ejemplo espiritual. ¿No podrían permitirme la entrada, aunque solo fuera media hora, para que al menos pueda decir a mi jefe que lo vi con mis propios ojos?

Había tocado todas las teclas. En los años que llevaba en Estados Unidos, esa clase de cháchara le había abierto las

puertas de la NASA con ocasión de un lanzamiento, de Graceland en la Noche de Elvis, y en un debate entre los candidatos a la presidencia en Trenton, New Jersey. Confiaba en que sus ojos brillaran de auténtica expectación.

Sin embargo, la mujer del mostrador de prensa, en cuyo identificador se leía CARRIE-ANNE, AUXILIAR, no estaba dispuesta a ceder.

–Lo siento, tendrá que hablar con Richmond primero.

«¡Maldita sea!»

–Claro. ¿Qué número debo marcar?

Will lo apuntó cuidadosamente. Luego, sacó el móvil y marcó el número de su casa.

–Hola -dijo al aparato-. Soy Tom Mitchell, de *The Guardian*, de Londres. Es sobre la convención de hoy. Me preguntaba si habría alguna posibilidad de que… Sí, eso mismo. – En el otro extremo de la línea se oía la voz de su contestador automático, que le decía que ni él ni Beth se encontraban en casa en esos momentos. Siguió hablando para acallar el sonido-. O sea, ¿que debo echar un vistazo al programa? Vale, un momento. – Will puso una mano sobre el móvil y se volvió hacia Carrie-Anne-. Me dicen que tengo que mirar el dossier de prensa.

Sin dudarlo, ella le entregó uno.

–De acuerdo -siguió fingiendo Will-. Ahora debo ver lo que hay y decidir lo que me interesa y… Muy bien, ha sido de gran ayuda. Muchas gracias.

Mientras seguía hablando con su contestador automático, Will repasó la lista de sesiones.

En la Suite Holden: «Volver a unir lo que estuvo unido: el papel de los padres tras el divorcio, por el reverendo Peter Thomson».

En el Salón McMillan: «¿Cómo lo haría Jesús? Buscar el consejo del Salvador».

Will no encontró lo que andaba buscando. Alzó la mirada y vio a Carrie-Anne sonriendo mientras entregaba las acreditaciones a un reportero de televisión y a su cámara.

Silenciosamente, se dio la vuelta y se dirigió hacia las salas de conferencias sujetando en lugar bien visible el dossier de prensa a modo de acreditación.

Volvió a echar un vistazo al programa: pausas para almorzar, guardería infantil, talleres de trabajo… Entonces, sus ojos se detuvieron.

En la capilla: «Entrar en la era mesiánica. Conferenciante pendiente de confirmación. Sesión restringida».

Miró la hora en su reloj: ya había empezado. ¿Dónde se hallaba la capilla en aquel enorme complejo de salas, escaleras y pasillos? Revisó el dossier hasta que encontró una guía del centro. En el tercer piso.

Había un montón de puertas, pero al final vio una con un rótulo donde aparecía una figura arrodillada en ademán de orar. Will apoyó la oreja contra el batiente.

–… ¿Cuántos siglos hemos esperado? Más de veinte. Y a veces nuestra paciencia ha parecido a punto de agotarse, nuestra fe ha flaqueado.

Will oyó la campanilla del ascensor. Se volvió y vio que de él salían tres hombres, más o menos de su edad, vestidos con trajes oscuros como el que se había puesto para su excursión a Crown Heights. Los tres llevaban una Biblia en la mano y se dirigían hacia donde estaba.

Cuando se acercaron, Will vio que uno de ellos estaba sin aliento.

«Llegan tarde -pensó-. Es mi oportunidad.»

–No os preocupéis -les dijo cuando lo alcanzaron-, creo que todavía podemos entrar sin que nos vean.

Convencido, uno de ellos abrió la puerta y dejó pasar al grupo. El apuro era menor si se compartía entre varios. Will simplemente había pasado a formar parte de un grupo. Incluso llevaba su propia Biblia.

Encajado en el fondo, Will intentó escudriñar la sala. Para su sorpresa, era enorme, tenía las dimensiones de un salón de banquetes. Debía de haber más de dos mil personas, pero resultaba difícil saber quiénes eran porque todos

tenían la cabeza gacha en actitud de oración. No se atrevió a alzar la mirada.

Al fin, una voz amplificada rompió el silencio.

–Nos arrepentimos, oh, Señor, por nuestros momentos de duda. Nos arrepentimos por el dolor y el sufrimiento que nos hemos infligido mutuamente en el planeta que el Padre nos ha confiado en su nombre. Nos arrepentimos, oh, Señor, por los siglos de pecados que nos han mantenido apartados de Tí.

Los congregados respondieron al unísono:

–En este Día de Expiación, nos arrepentimos.

Will levantó la vista intentando descubrir quién estaba hablando. Un hombre se hallaba de pie, al fondo, pero daba la espalda a la sala y resultaba imposible saber si era joven o viejo: tenía la mayor parte de la cabeza cubierta por un solideo blanco.

–Pero ahora, oh, Señor, el Día de la Expiación ha llegado. Por fin el hombre rendirá cuentas. El Gran Libro de la Vida está a punto de cerrarse para siempre. Al fin, vamos a ser juzgados.

Todos respondieron a la vez:

–Amén.

El hombre se volvió. Era de la edad de Will, y tenía aspecto de estudioso. Will se sorprendió. Parecía demasiado joven para ser el líder, y su voz era demasiado potente y grave para provenir de él.

–Tu primer pueblo, Israel, se apartó de tus enseñanzas, oh, Señor -siguió diciendo la voz.

Sin embargo, el hombre que Will había identificado como el líder no era el que hablaba. Fue entonces cuando Will reparó en la enorme pantalla que se levantaba al fondo de la sala. En ella solo aparecían dos palabras en negro sobre blanco: EL APÓSTOL. Por fin, cayó en la cuenta de que la voz que llenaba la sala no pertenecía a ninguno de los presentes. Puede que fuera una grabación o que la retransmitieran en directo desde algún lugar del exterior.

Tenía una extraña cualidad metálica. En cualquier caso, al Apóstol no se lo veía por ninguna parte.

–El primer Israel se asustó de tu palabra, y recayó en otros hacer honor a tu juramento. Tal como está escrito: «Y si vosotros sois los hijos de Cristo, entonces sois los retoños de Abraham y los herederos de acuerdo con la promesa».

La congregación respondió:

–Nosotros somos los hijos de Cristo y por lo tanto de Abraham. Somos sus herederos de acuerdo con la promesa.

Will se estremeció. Así pues, aquella era la Iglesia de Jesús Renacido en su versión actualizada del siglo XXI, y aquella era la doctrina que en su momento había cautivado a su padre, a Townsend McDougal y a tantos otros. Los hombres que había en la sala -y Will cayó entonces en la cuenta de que solo había hombres- también creían en ella; eran los herederos del lugar ocupado por los judíos en el esquema divino del mundo. Ellos habían hecho suyas sus enseñanzas y las habían convertido en propias.

–Pero ahora, Señor, necesitamos tu ayuda. Rezamos para que nos guíes. Estamos muy cerca; sin embargo, el conocimiento final nos es esquivo.

«El número treinta y seis», se dijo Will.

–Por favor, permítenos llegar hasta el final de modo que el juicio de Dios caiga como la lluvia sobre la bendita tierra.

Will escrutaba la sala cuando un hombre de la primera fila se volvió y lo vio. El individuo tardó en reaccionar, pero finalmente cruzó la mirada con otro de los presentes y le hizo un gesto con la cabeza señalando a Will.

Este no vio la mano que surgió de la nada y lo sujetó por el cuello, tampoco el pie que lo golpeó bajo la rodilla obligándolo a caer de bruces. Sin embargo, mientras se desplomaba en el suelo pudo entrever al hombre que se alzaba ante él: sus ojos eran de un azul tan claro que casi destellaban.

Capítulo 61

Lunes, 17. 46 h, Manhattan

Se había despertado. eso lo sabía, pero seguía estando todo oscuro. Intentó mover las manos y subirlas hasta la altura de los ojos, pero solo consiguió que una punzada de dolor traspasara su hombro. Las tenía atadas. Sus brazos, sus piernas, su vientre… parecía como si le hubieran arrancado una capa de tejido, y se imaginó en carne viva.

Parpadeó y notó algo que no era su piel: tenía los ojos vendados. Intentó hablar, pero lo habían amordazado y se puso a toser.

–¡Quítensela! – La voz sonó firme, autoritaria.

Will empezó a dar arcadas por la sensación de la mordaza que le habían retirado. Al final, consiguió articular unas palabras.

–¿Dónde estoy?

–Ya lo verá.

–¿Dónde demonios estoy?

–¡No se atreva a gritarnos, señor Monroe! Le he dicho que ya lo verá.

Will notó la presencia de una o dos personas más que se acercaban.

–Ahora, llévenselo.

–¿Adónde me llevan?

–Va usted a recibir lo que ha venido a buscar. Según parece, sus mentiras han dado resultado, señor Tom Mitchell, del periódico *The Guardian*, al final conseguirá su gran entrevista.

En la oscuridad, notó una fuerte mano en la espalda que lo empujó hacia delante. Caminó unos pasos; a continuación, lo sujetaron por los hombros y lo obligaron a girar a la derecha. Notó el tacto de una moqueta bajo los pies. ¿Seguía acaso en el centro de convenciones? ¿Cuánto había durado la paliza? ¿Y si se había hecho de noche? ¡Entonces el *Yom Kippur* habría terminado y ya sería demasiado tarde! En la oscuridad de sus vendados ojos, Will imaginó las puertas del cielo cerrándose.

–Señor, aquí está.

–Gracias, caballeros. Quitémosle estas ataduras y veámoslo. – Incluso hablando normalmente, aquel hombre parecía estar citando las Escrituras.

Will notó que unas manos liberaban sus muñecas. Luego, por fin, le quitaron la venda de los ojos dejando que la luz del día lo iluminara. Echó un rápido vistazo a su reloj.

«Gracias a Dios», se dijo. Todavía había tiempo.

–Por favor, caballeros, déjennos solos.

Ante Will se hallaba sentado tras el escritorio de una habitación de hotel el hombre al que había visto antes. Su tez tenía la severa palidez de un sacerdote de ciudad, la clase de apariencia benévola y bien intencionada que recordaba de los hombres que dirigían la *Christian Union* de Oxford.

–¿Es usted el Apóstol? – preguntó Will haciendo una mueca. El simple hecho de hablar le provocaba espasmos de dolor.

–Confiaba en que su sufrimiento se hubiera aplacado. Le hemos vendado las heridas con mucho cuidado.

De repente, Will tomó conciencia de los vendajes y apósitos que le cubrían los brazos, las piernas e incluso el pecho.

–Por favor, acepte mis disculpas por el trato rudo que nos hemos visto obligados a imponerle; pero, como dice el libro de Job: «Él habla a los que sufren y los consuela en su aflicción».

–No ha contestado a mi pregunta: ¿es usted el Apóstol?

–No. – El hombre sonrió con benevolencia-. No soy el Apóstol. Únicamente lo sirvo.

–Quiero hablar con él.

–¿Y por qué debería permitírselo?

–Porque yo sé lo que él y el resto de ustedes pretenden y tengo intención de acudir a la policía.

–Me temo que no va a ser posible. El Apóstol no se reúne con cualquiera.

–Bien, en ese caso, creo que la policía estará encantada de saber todo lo que yo sé.

–¿Y qué sabe usted exactamente, señor Monroe?

La tranquilidad de aquel hombre de labios fruncidos enfureció a Will, que se acercó con las piernas ardiéndole a cada paso.

–Le diré lo que sé. Sé que los judíos creen que en el mundo siempre hay treinta y seis hombres justos, y que, mientras estén vivos, el mundo seguirá funcionando. También sé que durante los últimos días esos hombres han estado muriendo misteriosamente. Para ser más precisos, digamos que han sido asesinados. Uno en Montana, puede que dos en Nueva York, otro en Londres y más quién sabe dónde. Por último, tengo fundadas sospechas de que su grupo es el que está detrás de estas muertes. Eso es lo que sé.

–Yo no creo que sus «fundadas sospechas» tengan demasiado peso, señor Monroe, ya que provienen de un hombre que hace apenas unas horas estaba entre rejas.

«¿Cómo demonios sabe eso? – se preguntó Will mientras recordaba que el oficial de la comisaría llevaba un crucifijo colgando del cuello-. ¿Y si resulta que esta gente tiene seguidores por todas partes?»

Lo peor de todo era que aquel hombre estaba en lo cierto: carecía de cualquier prueba concluyente, aparte de algunas locas conjeturas. No tenía nada que blandir ante aquel individuo ni ante el Apóstol. Dejó caer los hombros.

–Supongamos por un momento que su teoría es cierta, señor Monroe -prosiguió el sacerdote, jugueteando con un lápiz y pasándoselo de una mano a otra, lo que hizo que Will se preguntara si estaría nervioso-. Digamos que nos hemos tomado el trabajo de localizar a los treinta y seis y que les hemos proporcionado el… descanso eterno, y supongamos también que hay un grupo santo implicado. Usando sus propias palabras, sospecho fundadamente que tendría usted la obligación divina de apartarse de su camino. Pensaba que

usted interpretaría las heridas de su cuerpo como una especie de señal, como una especie de aviso si lo prefiere.

–¿Me está amenazando con matarme?

–No, claro que no, nada tan tosco. Le estoy amenazando con algo mucho peor.

La frialdad de aquel hombre aterrorizó a Will.

–¿Peor?

–Lo estoy amenazando con la realidad de las más sagradas enseñanzas entregadas a la humanidad. La hora de la Redención ha llegado, señor Monroe. La salvación está cerca para aquellos de nosotros que hemos trabajado para acelerar su llegada, pero aquellos que han intentado retrasarla, entorpecer la divina promesa, esas almas padecerán el tormento durante toda la eternidad. Un solo día parecerá un millar de años, y tras él habrá miles y miles más. Así pues, piénselo con cuidado, señor Monroe. No se interponga en el camino del Señor, no se alce en el sendero de nuestro Padre, no ayude a los que buscan evitarlo. Intente, en cambio, alumbrar la senda.

Will seguía tratando de absorber todo lo que aquel hombre le decía, pero supo que la entrevista había concluido. Notó que unas manos lo aferraban por detrás y volvían a vendarle los ojos. Lo condujeron fuera de la habitación hasta lo que le pareció un montacargas. La cabina se estremeció tras descender lo que Will calculó que serían cuatro pisos. Las puertas se abrieron, y fue empujado fuera. Cuando se quitó la venda de los ojos y vio que se hallaba en un aparcamiento subterráneo ya estaba solo.

Arriba, el hombre que había hablado con Will hacía unos minutos comprobó que todo se hubiera escuchado con claridad a través del altavoz del teléfono.

–Creo que le hemos proporcionado material suficiente - dijo al hombre de más edad que había al otro lado de la línea.

–Sí. Lo ha hecho usted bien. Ahora, todo lo que debemos hacer es esperar.

Si Will hubiera tenido la oportunidad de oír aquella voz, la habría reconocido, porque se trataba de la voz del Apóstol.

Capítulo 62

Lunes, 19. 12 h, Crown Heights, Brooklyn

Solía estar oscura, pero aquella noche se veía blanca. La sinagoga parecía resplandecer de blancura por la luz de la luna que se reflejaba en la nieve. Dentro había tantos hombres como los que Will había visto el viernes por la noche, solo que en ese momento no iban vestidos de negro, sino casi enteramente de blanco.

Sobre sus trajes negros, llevaban ligeras túnicas que los cubrían desde los hombros hasta los tobillos; y, en lugar de los zapatos negros de rigor, calzaban zapatillas de deporte blancas. La mayoría de los chales de oración eran igualmente blancos, lo mismo que los solideos de quienes no llevaban sombrero. Se mantenían muy juntos y formaban una compacta masa blanca que oscilaba al ritmo de la oración.

Aquello, según TC le contó durante una breve llamada que Will hizo al hospital, era el ne'eilah, la parte final de lo que habría sido un maratoniano servicio religioso que duraba todo un día. La tradición exigía que la congregación -que se había visto obligada a ayunar durante las veinticuatro horas previas- se mantuviera así en reconocimiento de la gravedad del momento, ya que aquellas eran las horas finales de *Yom Kippur*, del Día de la Expiación y del Día del Juicio. En ese momento, las puertas de los cielos se estaban cerrando y urgía arrepentirse. Will lo imaginó como TC se lo había contado: el penitente del último minuto deslizándose por la rendija de la puerta mientras esta se cerraba a su espalda con grave estruendo. Los que no habían expiado sus culpas o lo habían dejado para el último instante se quedaban fuera.

Durante todo el día, aquel amplio espacio había resonado con antiguos cánticos mientras miles de voces cantaban

juntas:

B'Rosh Hashana yichatayvun…

En el primer día del año queda inscrito, y sellado en el Día de la Expiación. Cuántos morirán y cuántos nacerán, quién vivirá y quién morirá, quién en la medida de los días de los hombres y quién antes…

La gravedad del momento cayó sobre Will en cuanto entró. Los rostros parecían sombríos como en un funeral, se reconocían mutuamente pero no sonreían. La mayoría tenía los ojos clavados en los libros de oraciones que sostenían mientras oscilaban en sus súplicas:

Sha'arei shamayim petach…

Abre las puertas del cielo… Sálvanos, oh, Señor.

–Perdón -dijo Will intentando abrirse paso a través de aquella multitud.

El gentío era compacto, y su avance fue lento. Tenía que localizar al rabino Freilich si deseaba aprovechar su oportunidad. Le desvelaría la identidad de los verdaderos perseguidores de los hombres justos, y él, a cambio, liberaría a Beth. Miró el reloj. Le quedaba una media hora para actuar. Había calculado que debía hacerlo ya, mientras la amenaza fuera muy grave. Si esperaba hasta después de *Yom Kippur*, y si el justo número treinta y seis se mantenía oculto y a salvo, los *hasidim* podían llegar a la conclusión de que el peligro había pasado. Si eso sucedía, perdería su baza para negociar.

Empezó a preguntar dónde podía encontrar al rabino Freilich, pero la mayoría de los presentes hizo caso omiso. De vez en cuando, uno le indicaba a la derecha o a la izquierda sin apartar los ojos de los textos de oración o manteniéndolos firmemente cerrados.

Era como vadear un río bravo. Miró la hora. Le quedaban veintitrés minutos.

Una mano se apoyó en su hombro provocándole una punzada de dolor. Will se dio la vuelta con el puño preparado.

–Will…

–¡Sandy! ¡Por Dios, qué susto me has dado!

–¿Qué estás haciendo aquí?

–No hay tiempo para explicaciones. Escucha, ¡tengo que hablar con el rabino Freilich ahora mismo!

Sandy no dijo nada y se limitó a agarrar a Will por la muñeca y a guiarlo entre la gente hasta las mesas donde Will había visto a los hombres estudiando unos días atrás. Allí, balanceándose adelante y atrás, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia los cielos, se hallaba el rabino Freilich.

–Rabino… Es Will Monroe -anunció Sandy.

El rabino bajó la cabeza y abrió los ojos, como si despertara de un sueño. Luego, al ver las magulladuras del rostro de Will, su rostro reflejó sorpresa.

–Rabino, sé quién ha estado asesinando a los hombres justos, y también sé por qué lo hacen.

Los ojos del rabino se agrandaron.

–Se lo diré -prosiguió Will-. Se lo diré ahora mismo, mientras aún dispone de tiempo para detenerlos, pero primero tiene que hacer algo por mí. Debe llevarme junto a mi esposa ahora mismo.

La frente del rabino se contrajo en una arruga. Se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz. Miró el reloj. Le quedaban veinte minutos. Will sabía que estaba decidiendo qué hacer.

–De acuerdo -repuso finalmente pero sin abandonar su expresión angustiada-. Venga conmigo.

Les resultó más fácil salir de la *shul* que atravesarla: en señal de respeto, la gente se apartaba para dejar pasar al rabino. Sin embargo, su maltrecho acompañante fue objeto de algunas miradas de curiosidad.

Salieron a la penumbra del atardecer mientras los sonidos de las plegarias llenaban el aire. El rabino caminaba rápidamente; al llegar a la esquina giró a la izquierda. Will miró su reloj. Les quedaban catorce minutos. Cada paso que daba era un tormento; aun así, casi corría.

De repente, el rabino se detuvo frente a una casa de ladrillo rojo.

–¿Es aquí? – preguntó Will.

–Aquí es.

Will apenas podía creerlo. El edificio se hallaba a la vuelta de la esquina de la sinagoga. Sin duda había pasado frente a aquella casa más de una vez y había estado cerca de Beth sin saberlo.

Su corazón empezó a latir aceleradamente. Habían ocurrido tantas cosas que tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto a su mujer. La necesidad de abrazarla era tan intensa que a duras penas podía contenerse.

El rabino llamó a la puerta. Respondió una voz de mujer en un idioma que Will no entendió, y el rabino contestó con lo que Will supuso que debía de tratarse de una contraseña en yiddish.

Al fin, la puerta se abrió y entraron en el vestíbulo de la casa. Una mujer de unos treinta y tantos años, ataviada con un vestido de dos piezas que podía haber pertenecido a su madre, cerró la puerta tras ellos. Llevaba el cabello peinado al estilo de Crown Heights, lo cual significaba que se había puesto una peluca. Will, que había confiado en ver aparecer a Beth enseguida, dejó escapar un suspiro.

–Dos is ihr man -dijo el rabino-. Bring zie ahehr, biteh. Este es su marido. Por favor, traiga a la mujer.

La mujer desapareció escalera arriba. Will oyó puertas que se abrían, pasos y el sonido de dos personas que bajaban.

Miró y vio una larga falda que descendía la escalera. Otro chasco. Pero cuando la mujer bajó un poco más, Will reconoció sus caderas y andares. Entonces vio su rostro.

No pudo controlarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas nada más verla; solo en ese momento se dio cuenta verdaderamente de cuánto la había echado de menos, de hasta qué punto la había añorado con toda su alma. Subió

de un salto los dos peldaños que los separaban y la estrechó en sus brazos allí mismo, en la escalera. Su visión era borrosa por culpa de las lágrimas y no podía ver la cara de Beth claramente, pero notó que ella se estremecía y que temblaba entre sollozos. Ninguno de los dos podía decir nada. La estrechó con fuerza, pero no con la suficiente. Deseaba que no los separara ni el menor espacio.

Por fin, Will se apartó y la miró detenidamente por primera vez. Los ojos de ella se encontraron con los suyos con una especie de timidez desconocida para él. No se trataba de humildad, sino de algo más: era respeto, respeto por la enormidad del amor que sentían el uno hacia el otro.

Al fin, Beth consiguió articular palabra a pesar de las lágrimas.

–¿Lo ves? Ya te lo dije, te dije que creía en ti. ¿Te acuerdas de la canción, Will? Yo sabía que vendrías por mí y me encontrarías. Lo sabía, y mira: aquí estás.

Will atrajo a Beth a su pecho, y los dos se abrazaron, indiferentes a la presencia de la mujer que había abierto la puerta y del rabino Freilich, que permanecía al pie de la escalera; indiferentes a que alguien pudiera ser testigo de sus lágrimas por hallarse de nuevo en brazos el uno del otro.

–Señor Monroe, lo siento pero… -dijo Freilich con un carraspeo-. Señor Monroe…

–Sí -repuso Will secándose la cara con la manga de la camisa-. Sí, claro. – Se volvió hacia Beth-. ¿Te han contado algo de lo que ocurre?

–No sabe nada -se adelantó Freilich-, y ahora no tenemos tiempo. Por favor, señor Monroe…

Will a duras penas sabía por dónde empezar. ¿Por una secta cristiana que creía que había heredado todas las enseñanzas judías, incluso la doctrina del *lamad vav*? ¿Por cómo se habían aprovechado del fervor mesiánico de Crown Heights y habían empezado a piratear su red de ordenadores hasta que finalmente habían descubierto la

identidad de los treinta y seis hombres justos? ¿Por cómo esa gente había recurrido a sus seguidores repartidos por el mundo para matar uno a uno a aquellos hombres justos haciendo coincidir los asesinatos con el Día de la Expiación y los Diez Días de Penitencia? Lo resumió todo lo mejor que pudo y añadió:

–Y dentro de doce minutos, esos Diez Días habrán pasado.

–Pero ¿por qué?

–No estoy seguro. Durante la ceremonia, aquella voz, el Apóstol, lo explicaba, pero fue entonces cuando empezaron a golpearme. Aquel hombre y el otro, el más joven, dijeron algo de redención, juicio y salvación, pero no lo entendí. Lo siento. – Will miró a Beth y la cogió de la mano. Parecía totalmente perpleja.

–¿Puede alguien contarme qué está pasando? – preguntó.

Nadie contestó, y Will meneó la cabeza como diciendo: «No hay tiempo. Luego».

El rabino Freilich se acariciaba la barba en actitud pensativa.

–¿Y dice que ha visto a ese grupo con sus propios ojos?

–Hace apenas una hora. Están aquí, en Nueva York. Estoy convencido de que son ellos y de que han venido para terminar el trabajo. El Apóstol dijo que el conocimiento definitivo se les escapaba. Creo que todavía no saben el nombre del trigésimo sexto hombre justo, pero están decididos a encontrarlo y matarlo. Ustedes tienen que protegerlo, rabino. ¿Dónde está? ¿Se encuentra a salvo?

–Está en el lugar más seguro del mundo.

–Tiene que decírmelo. De otro modo, no podemos estar seguros de que no vayan a localizarlo.

El rabino Freilich miró el reloj de nuevo y se permitió una leve sonrisa.

–Está aquí mismo.

Capítulo 63

Lunes, 19.28 h, Crown Heights, Brooklyn

El sonido del Ne'eilah, la intensa plegaria en la hora culminante del día más sagrado de todo el año, surgía no solo de la sinagoga, sino también de los edificios circundantes.

–¿Aquí? – preguntó Will-. ¿Quiere decir que usted…? – Se quedó mirando fijamente al rabino.

–No, señor Monroe, no soy yo.

Will miró a su alrededor, y se le empezó a hacer un nudo en el estómago. No había más hombres allí. No podía ser.

–Imposible. No pretenderá que yo…

–No, señor Monroe -contestó el rabino que, sonriendo más ampliamente, hizo un leve gesto con la cabeza en dirección a Beth.

–¿Beth? Pero yo creía que los treinta y seis justos eran solo hombres…

–Y lo son. Su esposa lleva en sus entrañas al hombre justo que hace el número treinta y seis. Está embarazada, señor Monroe, embarazada de un niño.

–Me temo que se ha equivocado, rabino. Llevamos intentándolo desde… -Will se interrumpió al ver la expresión de Beth, que lloraba y sonreía al mismo tiempo.

–Es cierto, Will -dijo ella-. Por fin he tenido ocasión de utilizar esa prueba de embarazo que llevo en el bolso desde hace tanto tiempo. Vamos a tener un niño.

–Ya lo ve -intervino Freilich-. Su esposa no sabía que estaba embarazada, pero la Torá, sí. La Torá nos lo dijo. Fue el último mensaje que el *Rebbe* entregó a Yosef Yitzhok antes de morir. En ese momento nadie se dio cuenta, pero sus últimas palabras nos llevaron al versículo treinta y seis del libro del Génesis, el libro de los nuevos comienzos. Ese versículo, el décimo del capítulo decimoctavo, se mantuvo separado de los demás y no figuraba en los papeles del *Rebbe* ni aparecía en sus charlas. Nadie podría haberlo localizado en nuestros ordenadores. Sin embargo, nosotros calculamos las letras como sabíamos y obtuvimos una

dirección: la de su casa, señor Monroe. Al principio, supusimos que el *tzaddik* era usted; pero luego Yosef examinó mejor las palabras del versículo. Este describe el momento en que Dios habla a Abraham y le dice que su esposa, Sarah, va a tener un hijo. Ella hace tiempo que no tiene hijos; sin embargo, va a tener uno. Yosef comprendió lo que el *Rebbe* quería decirnos. No teníamos que fijarnos en usted, Will, sino en su esposa. Así encontramos al más oculto de entre los ocultos. Y se trata de su hijo.

Will abrazó a Beth, pero al estrecharla notó que algo se le clavaba en el pecho a través de los vendajes y volvió a oír las palabras del sacerdote: «Le hemos vendado las heridas. Confío en que el dolor esté remitiendo».

Se abrió la camisa y se arrancó el apósito que había debajo mientras se maldecía. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¡Había seguido al pie de la letra el guión que aquel hombre le había preparado! «Intente, en cambio, alumbrar la senda.» Y eso era exactamente lo que había hecho. Desde luego, allí estaba, oculto entre los vendajes: un simple cable conectado por un extremo a un diminuto transmisor y, por el otro, a un micrófono.

Pasó un segundo, quizá dos antes de que forzaran la puerta a golpes. Mientras esta golpeaba la pared violentamente, Will alcanzó a distinguir dos cosas: dos ojos de un azul muy claro y el cañón de un revólver con silenciador. El instinto, más que el razonamiento, lo llevó a proteger a Beth mientras echaba una rápida ojeada al reloj: faltaban nueve minutos.

El rabino Freilich y la mujer de la casa se quedaron petrificados por la sorpresa.

–Gracias, William. Has hecho exactamente lo que te pedimos.

La voz no pertenecía al pistolero, sino a la figura que se alzaba tras él y que entraba en la estancia. Su sonido paralizó a Will, que supo que estaba oyendo al líder de la Iglesia de Jesús Renacido, al hombre que había ordenado el

asesinato de treinta y cinco de los hombres más virtuosos del planeta, el hombre que deseaba desencadenar ni más ni menos que el fin de los días. Y aun así, aquel rostro y aquella voz pertenecían a alguien a quien conocía desde siempre.

Capítulo 64

Lunes, 19.33 h, Crown Heights, Brooklyn

Hola, William. Will notó que la cabeza le martilleaba. La habitación parecía dar vueltas. Beth, acurrucada tras él, le cogió la mano y contuvo un grito. El rabino Freilich y la mujer no se movieron de donde estaban. Todos se habían quedado de una pieza.

–¿Cómo? ¿Tú…? No lo entiendo.

–No te culpo, Will. ¿Cómo ibas a entenderlo? Nunca os conté nada de esto, ni a ti ni a tu madre. Ella no lo entendería.

–Pero, yo…, yo… -balbuceó Will-. ¡Pero eres mi padre! –añadió como si aquello fuera una explicación racional.

–Lo soy, Will, pero también soy el líder de este movimiento. Yo soy el Apóstol, y tú nos has hecho el servicio más grande del mundo, tal como yo sabía qué harías: nos has llevado hasta el último de los justos. Solo por eso te has ganado un lugar en el mundo que está por venir.

Will parpadeó igual que un fugitivo deslumbrado por las luces de sus perseguidores. Era incapaz de asimilar lo que estaba viendo y escuchando.

¡Su padre! ¿Cómo era posible que su padre, un hombre dedicado a la ley y a la justicia, pudiera ser el instigador de tantos y tan crueles asesinatos? ¿De verdad creía su padre, que siempre había sido un inflexible racionalista, en todas esas historias de convertirse en el pueblo elegido por Dios y en el fin de los tiempos? ¡Claro que creía en ello! La pregunta era cómo había conseguido ocultarlo durante tantos años y convencer a todo el mundo de que su único Dios era el código legal y la Constitución de Estados Unidos.

¿De verdad su padre había tramado un plan para asesinar a tres docenas de buenas personas, la última esperanza de la humanidad?

Durante una fracción de segundo, una imagen surgió en su mente: el rostro de alguien a quien no había visto en años, el de su abuela sirviendo el té en el jardín de su casa de Inglaterra. Lucía el sol, pero en lo único en que Will se fijaba era en el gesto de sus labios mientras ella murmuraba las palabras que a él tanto lo habían intrigado a lo largo de los años: «La otra gran pasión de tu padre». De modo que esa era, esa había sido la fuerza que había separado a sus padres cuando eran jóvenes; no había sido otra mujer, ni tampoco la entrega al mundo del derecho. Había sido su fe, su fanatismo.

A Will lo asaltaron un millón de preguntas, pero solo fue capaz de plantear una:

–Así, ¿desde el principio estabais al corriente de lo de Beth? – dijo mientras extendía los brazos para protegerla.

–Yo no tuve nada que ver con eso, William. El secuestro fue una iniciativa de tus amigos judíos, suya y de nadie más. – Monroe padre hizo un gesto señalando al rabino-. Cuando me contaste que Beth había sido raptada, tuve mis sospechas, pero cuando localizaste a sus captores en Crown Heights, entonces estuve seguro. Tardé un tiempo en darme cuenta. Al principio, pensé que se trataba de alguien que quería que dejaras de trabajar en tu reportaje. ¡Lo estabas haciendo tan bien! Primero Howard Macrae, después Pat Baxter… Parecía que estabas a punto de descubrirlo todo, pero entonces me di cuenta de que los *hasidim* no habían capturado a Beth para detenerte. No habría tenido sentido. La habían capturado para detenerme a mí. Y para eso solo cabía una explicación: tenían que darle cobijo porque, a su vez, ella era quien cobijaba al justo número treinta y seis.

–Tú sabías lo que estaba ocurriendo, pero no me ayudaste. Tú no…

–No, William. Lo que yo quería era que tú me ayudaras a mí. Sabía que no descansarías hasta haber encontrado a Beth y que, durante tu busca, nos llevarías hasta ella. Tenía razón.

Will tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en pie. La habitación le daba vueltas, y a sus pulmones les faltaba el aire. Apenas consiguió articular unas palabras:

–Esto es una locura.

–¿Crees que es una locura? ¿Tienes de verdad la menor idea de lo que está sucediendo?

–Lo que creo es que estás asesinando a los justos de este mundo.

–Bueno, William, yo no utilizaría precisamente esas palabras. Desde luego que no. Me gustaría que tuvieras una perspectiva más amplia, que vieras las cosas en su conjunto. – Will no le había oído nunca aquel tono de voz, en ningún momento. Era la voz de un estricto maestro que esperaba ser obedecido. Fuera cual fuese el dispositivo electrónico que habían utilizado en la capilla para distorsionar esa voz, no había servido para enmascarar aquel tono, el de la autoridad del Apóstol-. El cristianismo ha entendido lo que el judaísmo no ha sido capaz de comprender, lo que los judíos se han negado tozudamente a asimilar. ¡No han querido ver lo que tenían ante sus narices! Creían que mientras hubiera en el mundo treinta y seis almas justas todo iría bien. Se consolaron con esa idea, pero no comprendieron su verdadero poder.

–¿Y cuál es su verdadero poder?

–Pues que si treinta y seis hombres pueden sostener el mundo, entonces ¡lo contrario también debe ser cierto! En el instante en que desaparezcan esos treinta y seis justos, el mundo se vendrá abajo. – William Monroe se volvió y se encaró con su hijo-. ¿Lo ves? Eso no interesaba a los judíos. Para ellos, si el mundo acababa, significaba el final de todo, muerte y destrucción. Sin embargo, el cristianismo nos enseña algo más. ¿No es así, William? ¡Nos enseña algo

glorioso e infinito! Solo nosotros hemos sido bendecidos con un conocimiento sagrado: sabemos que el final de este mundo significa el ajuste de cuentas definitivo. Y ahora descubrimos que lo único que debemos hacer para que ocurra, para tener la certeza de que va a suceder, es poner fin a la vida de treinta y seis personas. Si podemos hacerlo antes de que se hayan completado los Diez Días de Penitencia, llegará el Día del Juicio Final. Es tan bello y tan simple como eso.

Will no podía creer que aquellas palabras estuvieran saliendo de boca de su padre. Algo no encajaba, era como si se hubiera convertido en el muñeco de un ventrílocuo loco; pero entonces, con verdadero pavor, Will pensó que quizá aquel era el verdadero William Monroe. Cabía la posibilidad de que el falso fuera el padre que él había conocido. Se obligó a hablar.

–Pero ¿por qué deseas que llegue el Día del Juicio Final? ¿Por qué deseas el ajuste de cuentas definitivo?

–Vamos, William, no te hagas el tonto, cualquier niño que vaya a la iglesia conoce la respuesta. Está todo en el Apocalipsis. El final del mundo significará el retorno de Cristo Redentor.

Will se estremeció, como si aquellas palabras estuvieran dotadas de fuerza física.

–¿De modo que lo que pretendes es que Jesucristo regrese a este mundo mediante el asesinato de treinta y seis inocentes? – preguntó Will, que era consciente de que un revólver lo apuntaba-. Por si fuera poco, esos hombres no solo eran inocentes, sino seres humanos de una notable bondad. Eso es algo que me consta.

–No me mires como si fuera un vulgar asesino, William. Debes apreciar el genio que hay tras este plan. Solo treinta y seis. Solo hace falta que mueran treinta y seis. Deberías leer las Escrituras, hijo mío. Se da por hecho que millones de personas deberán perder la vida en la batalla de Armagedón, la conflagración final que dará paso al Segundo

Advenimiento. Cadáveres apilados, ríos de sangre. «Y las islas habrán quedado sumergidas y no se hallará montaña alguna.»

»Sin embargo, mi plan evita todo esto, abre una nueva vía al paraíso por un camino que no quedará sembrado de esqueletos ni bañado en lágrimas. – Monroe padre cerró los ojos-. Mi plan no es más que un modo pacífico de traer el paraíso a la tierra. Piensa en ello, William. No más sufrimientos, no más derramamientos de sangre; los días del Mesías llegarán mediante el sacrificio de solo treinta y seis almas. Son menos de las que mueren cada minuto en las carreteras de nuestro país, menos de las que fallecen inútilmente en incendios o accidentes ferroviarios. Y estas son muertes gratuitas, no sirven para nada. Sin embargo, las de esos hombres son vidas entregadas a los demás, al resto de la humanidad, y vivirán para siempre en el paraíso. ¿Acaso no es eso exactamente lo que esos hombres justos habrían deseado?

«Además, no han sido asesinatos brutales, William. Cada uno fue realizado con amor y respeto hacia el alma bendita de la víctima. Les inyectamos un anestésico para que no sintieran dolor alguno. Naturalmente, a veces tuvimos que disimular lo que hacíamos y, a veces, eso significó un final algo más violento de lo que nos habría gustado.

Will pensó en Howard Macrae, apuñalado repetidas veces para que su muerte pareciera un ajuste de cuentas entre bandas.

–Pero en todos los casos -prosiguió su padre-, intentamos darles cierta dignidad.

Will recordó la manta con la que habían cubierto el cuerpo de Macrae. La mujer a la que había entrevistado en Brownsville hacía mil años, Rosa, había insistido en que la única persona que podía haber hecho semejante cosa había sido el propio asesino. Rosa tenía razón.

Su padre seguía hablando, esta vez en tono más tranquilo.

–Imagínalo, William. Date la oportunidad. Un mundo sin guerras, un mundo de paz y tranquilidad no solo para hoy o la semana que viene, sino por los tiempos de los tiempos. Y eso podrá hacerse realidad no sacrificando a millones, sino solo a tres docenas de buenas almas. William, ¿no lo harías si estuviera en tu mano? ¿Acaso no deberías hacerlo?

El Apóstol calló y dejó que sus palabras flotaran en el aire durante unos segundos. A Will le zumbaba la cabeza. Todos esos discursos sobre el fin de los días, el Segundo Advenimiento, la redención y el Armagedón lo superaban, lo ahogaban. Una imagen del pasado, surgida de alguna parte, flotó ante sus ojos: tenía seis años y saltaba entre las olas en una playa de los Hamptons cogido de la mano de su padre. Sin embargo, en esos momentos no tenía ninguna mano a la que aferrarse.

Su ser racional le decía que su padre había caído presa de alguna extraña locura. Cuánto tiempo llevaba así era algo que Will ignoraba; puede que desde que había empezado a frecuentar a Jim Johnson en Yale. De todas maneras, era una locura. ¿Una serie de asesinatos por todo el mundo para propiciar el retorno de Jesús? Sí, no cabía duda de que lo era.

Sin embargo, otra voz interior exigía su atención. Sin duda parecía absurdo, pero las pruebas eran difíciles de rebatir. Los *hasidim* de Crown Heights anhelaban la llegada del Mesías, y lo mismo sucedía con los cristianos de todo el mundo. ¿Acaso tantos millones de personas podían estar equivocadas? Un mundo sin violencia ni enfermedades, un mundo de paz y vida eterna. Su padre era un hombre inteligente y serio, su intelecto era uno de los más formidables que él había conocido jamás; si creía en la verdad de aquella profecía, en que iba a traer el paraíso a este mundo, ¿no era simple arrogancia por su parte insistir en que sabía más que él?

Por otro lado, ya era demasiado tarde para salvar a los hombres justos. Al menos treinta y cinco de ellos estaban

muertos. El daño ya había sido hecho. Descifrar los textos antiguos, hallar a aquellos individuos mediante la asignación de un número a cada letra, podía parecer una locura, pero su veracidad había quedado demostrada. Aquellos hombres habían sido sin duda los hombres justos. Él lo había comprobado en persona. ¿Cómo podía estar tan seguro de que se hallaba en lo cierto y de que su padre se equivocaba?

De repente, «Ojos de láser» hizo un gesto a su padre señalándole el reloj e indicándole que se diera prisa.

–Sí, sí -dijo William Monroe-. Mi amigo tiene razón. Nos queda muy poco tiempo. Will, es importante que sepas algo, que entiendas cómo resolví esto, el modo en que descubrí que Beth es la madre del *tzaddik*.

Will dio un respingo. Aquellas palabras sonaban extrañas, antinaturales en boca de su padre.

–Fue porque vi la belleza de la situación. El patrón. ¿No lo ves, Will? Nada de esto es coincidencia, nada. Ni los reportajes que escribiste para tu diario ni esto -señaló a Beth-. Ni tú ni yo somos coincidencias. El rabino, aquí presente, nos lo podría explicar. Ustedes lo llaman «*beshert*», ¿no es cierto?, «lo que está destinado a ser», el destino.»

El tiempo se acaba, William, y es hora de que te enfrentes a tu destino. Has sido escogido para el más sagrado de los papeles. ¿No ves lo perfecto que es, cómo Dios quiere poner punto final a todo del mismo modo como empezó? Todo comenzó con Abraham y con la petición que Dios le hizo. Tú sabes lo que Dios le pidió, ¿verdad, William?

Will tragó saliva mientras una fría comprensión se extendía por sus venas. Notó la boca seca y la lengua pegada al paladar.

–Sacrificar a su hijo.

–Exacto, que sacrificara al hijo que él y su esposa habían esperado tanto tiempo. – Monroe padre se volvió hacia el hombre de ojos azules. Este desenfundó y le entregó sin

pérdida de tiempo un largo y reluciente cuchillo. William Monroe se lo ofreció a su hijo con ademán respetuoso-. Por eso has de ser tú, hijo mío. Abraham estuvo dispuesto a matar a su querido Isaac con tal de demostrar su fe. Lo que yo te pido es que lo hagas por el bien de todos los hombres que viven y alguna vez han vivido, de los muertos. ¡Deja que se levanten de nuevo, William! ¡Deja que el reino de los cielos descienda sobre la tierra!

El sistema nervioso de Will sufrió un ataque de furia.

–¿Y tú, padre? ¿Lo harías? ¿Matarías a tu propio hijo? ¿Me matarías a mí para poner fin a este mundo?

–Sí, William, lo haría. Lo haría sin dudarlo.

Will sintió la necesidad de sentarse y de cerrar los ojos. Estaba mareado.

De repente, justo en el extremo de su campo de visión, apreció cierto movimiento. Era la mujer de la casa, que se acercaba al hombre de ojos azules por la espalda blandiendo algún tipo de palo. Vio que se trataba de uno de los pilares de la barandilla. Casi sin darse la vuelta, el hombre apuntó con su pistola directamente al rostro de la mujer y disparó dos veces, rociando las paredes con una cascada de sangre, masa encefálica y hueso. El cuerpo se desplomó, y se produjo un instante de silencio. Luego, Will oyó que Beth gemía a su espalda. Sus propias manos estaban temblando.

–Debemos actuar deprisa, William. No podemos tolerar más retrasos. El Todopoderoso ha señalado un momento y a una persona para que dé este último y definitivo paso. El momento es ahora, y la persona eres tú.

Will calculó que apenas debían de quedar unos minutos. De fuera le llegó el sonido de un coro de voces.

Avinu Malkeinu Chatmeinu b'sefer chaim...

Nuestro Padre, nuestro Rey, séllanos en el libro de la vida...

Incluso amortiguado por las paredes, la intensidad de la plegaria resultaba inconfundible. No comprendía las

palabras, pero sí lo que pretendían decir: en el último minuto de la hora undécima, rezaban por su salvación.

La hoja centelleaba con el mismo brillo y fiereza que veía en los ojos de su padre. Este habló lentamente, pero con una mirada fanática:

–Toma este cuchillo, Will, y haz lo correcto. Haz lo que Dios te ha encomendado. Ahora es el momento.

Will miró al rabino, que por fin se decidió a hablar con voz trémula. Tenía el rostro salpicado por la sangre de la mujer que acababa de ser asesinada en su presencia y parecía jadear.

–Su padre tiene razón, Will. Este es el momento en que debe decidirse. Eso es lo que Dios, en su infinita sabiduría, nos ha entregado a todos: la libre capacidad de decidir. Dios nos deja elegir, y ahora la elección es suya. A usted le toca decidir qué va a hacer.

Will echó una última y rápida ojeada a su reloj. Si pudiera estirar el tiempo…

Sin embargo, el instante siguiente anuló cualquier decisión que pudiera tomar: con un grito de «¡Basta de charla!», el hombre de ojos claros lo encañonó con la pistola, entrecerrando los ojos mientras apuntaba, pero Will sabía que el blanco no era él, sino Beth y el hijo que llevaba en las entrañas.

Alzó las manos, impotente, y gritó «¡No!»; sin embargo, cuando la palabra apenas había salido de su boca se vio empujado a un lado. Mientras tropezaba oyó el primer disparo, y después, otro, y vio la figura del rabino que se desplomaba. Freilich había saltado, apartándolo de la trayectoria de la bala y protegiendo a Beth con su cuerpo. El rabino acababa de tomar su propia decisión, la de recibir las balas destinadas al hijo no nacido de Will.

Will aprovechó la ocasión: se lanzó contra el pistolero y sujetó el arma. El hombre apretó el gatillo, pero había perdido el equilibrio y el proyectil atravesó una de las ventanas que daban a la calle. Will intentó arrebatarle la

pistola, pero vio que su padre, cuchillo en mano, iba hacia el cuerpo de Freilich en busca de Beth.

Echando mano de una fuerza que ignoraba que tenía, Will sujetaba el brazo armado del asesino intentando inmovilizárselo en la espalda con la llave Nelson que había aprendido en el colegio. El hombre, al notar que su presa en la culata se aflojaba, empezó a gemir. Will intentó sujetarla con dos dedos pero no fue suficiente. Por el rabillo del ojo vio que su padre había apartado el cadáver de Freilich y que en cuestión de segundos hundiría el cuchillo en el cuerpo de Beth.

Will deseó poder soltar al hombre de ojos claros para detener a su padre, pero sabía que no serviría de nada. El asesino lo mataría antes de que hubiera podido cruzar la habitación. Debía hacerse con el arma. Retorció el brazo del hombre con más fuerza en un desesperado intento de quitarle la pistola, pero sin resultado. El arma no cayó de su mano, al contrario, el asesino la sujetó con más fuerza aún y apretó el gatillo sin querer.

Will oyó la amortiguada detonación y se miró las manos, esperando vérselas arrancadas de cuajo. Estaba cubierto de sangre. Tardó un segundo en comprender que no era suya: «Ojos de láser» se había disparado en la espalda.

En ese momento vio que su padre se había distraído brevemente al oír el disparo. Sus miradas se cruzaron un instante. William Monroe se volvió hacia su nuera con el rostro arrebolado, acabó de apartar el cuerpo inerte de Freilich y alzó el cuchillo, decidido a clavárselo en el vientre.

Will se abalanzó contra su padre con la misma carga de rugby que este le había enseñado hacía más de veinte años. Lo derribó, lo apartó de Beth pero no logró arrebatarle el cuchillo. Se colocó encima de su padre y lo miró a los ojos.

–Quítate de encima, William -le dijo su padre tensando los músculos del cuello-. Casi no nos queda tiempo.

La fuerza del anciano sorprendió a Will, que tuvo que hacer un supremo esfuerzo para mantenerle los brazos

pegados al suelo. Su padre tenía el rostro congestionado en su intento de empujar a su hijo a un lado. Además, seguía conservando el cuchillo en la mano.

De repente, Will notó una nueva presión. Su padre estaba utilizando las rodillas para empujarlo, y funcionaba. El juez volvió a golpearlo y consiguió apartar a su hijo y ponerse en pie. Cuchillo en mano, dio dos decididos pasos hacia Beth, que en esos momentos se hallaba contra la pared, en un rincón.

Will vio que su padre blandía el cuchillo en el aire, dispuesto a hundirlo en el vientre de Beth, cuando ella le sujetó la muñeca con ambas manos e intentó inmovilizársela con todas sus fuerzas. La hoja quedó momentáneamente suspendida por el choque entre la determinación de un fanático y la determinación de una madre que protege a su hijo. Ambas fuerzas se neutralizaron. Will se dio cuenta de que ya había visto antes aquel fiero destello en la mirada de su esposa: era la misma salvaje decisión que había presenciado en su sueño: entonces, Beth también había protegido a un niño.

Sin embargo, la superior musculatura del hombre empezaba a imponerse. La mano avanzó, y el cuchillo describió brutales arcos ante el vientre de Beth, hasta abrir un desgarrón en su ropa.

Will notó una descarga de adrenalina. La adrenalina de los que están verdaderamente desesperados. Medio tropezando, se dirigió hacia el cuerpo inerte del asesino, desprendió los rígidos dedos que seguían aferrando la culata y cogió la pistola. Se irguió paralelo a Beth, apuntó a la cabeza de su padre y apretó el gatillo.

EPÍLOGO

Seis meses después

A Will siempre le había gustado el rito de la tarta en la oficina. Se ponía en circulación un mensaje para anunciar

que alguien celebraba un aniversario, un acontecimiento importante o simplemente que se marchaba.

Aquellas pequeñas ceremonias -el discurso del jefe del departamento, la respuesta del agasajado- siempre despertaban en Will un cálido sentimiento de satisfacción, que se debía principalmente a que todavía era nuevo en el periódico y que eso le permitía disfrutar de sentirse miembro de tan venerable institución.

«Despedida de Terry Walton a las 16. 45 horas en la sección de Local.» Poco importaba que Will no fuera precisamente un fan de Walton; aun así, sería divertido. Por otra parte, tampoco lo había visto en exceso en los meses que habían transcurrido desde los sucesos. Walton casi no había aparecido. Quizá estuviera preparándose para el retiro, para dirigir un diario local en Florida o para lo que fuera que se dispusiera a hacer.

Seis meses. A Will le parecía que hacía mucho más. Todo lo relacionado con aquella semana se le antojaba muy distante, lejano, como si hubiera ocurrido en otro mundo y en otra época.

Desde entonces había tenido numerosas conversaciones, la más difícil de todas con Tom, al lado de su cama en el hospital, mientras intentaba explicarle por qué le habían pegado un tiro. Incluso estando en la UCI, Tom había llegado a la conclusión de que no había explicación racional posible, del mismo modo que no había ninguna razón para que, por escasos centímetros, la bala no le hubiera dado en el corazón y, en cambio, se hubiera alojado en su hombro. «De haber sido más abajo, estaría muerto -había dicho medio adormecido-. ¿O debería decir más arriba? ¿Entiendes a qué me refiero? No hay ninguna explicación lógica. Vivimos en la irracionalidad.» Dicho lo cual, se había vuelto a dormir.

TC y él fueron a visitar con frecuencia a Tom en aquellos primeros días, pero ninguno de los dos fue un invitado de honor. Ese lugar quedaba reservado para Beth. Cada vez que ella aparecía, Tom la obsequiaba con una sonrisa

radiante. Entonces ella le daba un beso y un abrazo y le decía que había ayudado a salvar su vida y la de su hijo. Tom le respondía: «Siempre que quieras».

Will tuvo que relatar los hechos de aquella noche y de la semana anterior una y otra vez. Primero, a los detectives y a los abogados, para explicarles que había matado a su padre en defensa propia, de su mujer y de su hijo; relato que fue posteriormente corroborado por el examen forense de la casa de Crown Heights y las subsiguientes investigaciones llevadas a cabo en la Iglesia de Jesús Renacido. La policía también vio el trágico destino del que habían sido víctimas el rabino Freilich y Rachel Jacobson. Tanto Will como Beth pasaron horas y horas reviviendo aquella tarde de pesadilla, haciendo declaración tras declaración hasta quedar agotados.

Cuando se quedaron solos, Beth le contó lo bien que la habían tratado y cómo la señora Jacobson se había ocupado de ella en la casa, disculpándose de continuo por retenerla y prometiéndole constantemente que no tardarían en darle todo tipo de explicaciones. Al principio, Beth se asustó; luego, se enfureció y por último se desesperó por no poder comunicar a Will que se encontraba a salvo. No obstante, según le explicó, nunca dudó de que sobreviviría. Los *hasidim* le juraron que no le harían daño, y ella, por alguna inexplicable razón, los creyó.

Más adelante, Beth y Will asistieron a los funerales del rabino Freilich y la señora Jacobson, que, siguiendo la costumbre judía, se celebraron enseguida, tan pronto el forense acabó de examinar los cuerpos. Asistió muchísima gente, unas tres mil personas en el caso del rabino, en una demostración de tristeza colectiva. Solo entonces apreció Will la posición que Freilich había ocupado entre los *hasidim*; comprendió que había sido como un padre adoptivo que los había guiado tras la muerte del *Rebbe*.

Durante la ceremonia, algunas personas se acercaron a Beth para presentarle sus respetos. Will sabía que aquel

gesto no iba dirigido ni a ella ni a él, sino al niño que su mujer llevaba en el vientre, que estaba destinado a ser un *lamad vav*. En un momento dado, Will localizó un rostro conocido y se acercó.

–Rabino Mandelbaum, me gustaría preguntarle algo.

–Ya sé lo que desea, Will. Quizá me permitirá que le dé un consejo. No dé demasiadas vueltas a lo que estuvimos charlando la otra noche. No sería bueno para usted ni para su hijo.

–Pero…

–Parece como si el *Rebbe* hubiera sabido que su hijo tendría una responsabilidad especial, que iba a ser uno de los hombres justos. Se trata de un gran honor, pero el otro asunto del que discutimos, creo que es mejor dejarlo a un lado.

–No estoy seguro de comprenderlo.

–Yo le conté que la tradición dice que uno de los *lamad vav* es candidato a convertirse en el Mesías. Si el momento, la época es propicia, y si la humanidad lo merece, esa persona será el Mesías. De lo contrario, los *lamad vav* vivirán y morirán como todos los demás.

–Pero, durante las últimas horas del Día de la Expiación, la criatura que mi esposa llevaba en sus entrañas era el único que quedaba, todos los demás hombres justos habían muerto asesinados…

–Sí. De todas maneras, ese momento ha pasado y el mundo sigue en pie, lo cual significa que vuelve a haber otros treinta y seis hombres justos, un nuevo grupo de *tzaddikim*. Cualquiera de ellos podría ser el candidato. – El rabino Mandelbaum clavó sus ojos en los de Will-. Cualquiera de ellos.

–¿Sabe? – dijo Beth llevándose a su marido-, no vamos a darle vueltas a eso. Ahora tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

Había estado apremiando a Will para que dejara de pensar en un lejano futuro y se concentrara en el pasado

inmediato, concretamente en su padre, ya que sabía que Will se enfrentaba a un triple trauma: primero, debía asimilar el choque emocional de lo que había hecho. Dijera lo que dijera Freud sobre las fantasías edípicas, matar al propio padre suponía sacudir la psique hasta sus cimientos. Beth le advirtió que tardaría años en asimilar todo aquello por lo que había pasado. Segundo, le explicó que estaba experimentando la desdicha propia de cualquier hijo. Por muy descabelladas que hubieran sido las circunstancias, había perdido a su padre y debía afrontarlo. Y tercero, y seguramente lo más duro, tenía que añorar al padre que creía que había tenido porque ese hombre habría muerto aunque William Monroe padre hubiera sobrevivido.

Ese hombre había sido una ficción. Ante el mundo, mostró una cara, la de un juez y seglar, la del hombre eminentemente racional, de modo que nadie pudiera sospechar cuáles eran sus creencias ni sus verdaderas intenciones. Fue una mentira constante, planeada con antelación y mantenida a lo largo de los años; una mentira que le costó el ambicionado puesto en el Tribunal Supremo. De todas maneras, a Will se le ocurrió que también cabía la posibilidad de que dicha ambición hubiera sido fingida. Lo más probable era que tan mundanas aspiraciones no significaran nada para su padre. Un hombre como él solo aspiraba a los cielos.

En los días que siguieron a aquella tarde en Crown Heights se produjeron en todo el mundo varias detenciones de misioneros y activistas religiosos, todos relacionados con la Iglesia de Jesús Renacido. En el caso de Howard Macrae, las principales sospechas recayeron en un sacerdote que conocía a la víctima desde hacía años. En Darwin, Australia, el capellán de un hospicio fue acusado de haber asesinado a un aborigen que trabajaba de enfermero ayudante. En Sudáfrica, la policía detuvo a una ex modelo que se había unido a la secta después de abandonar la profesión y la

acusó de haber matado a un investigador del sida con el que había ligado en la playa.

Al final, resultó que solo un reducido número de gente que rodeaba a la persona a la cual los diarios ya llamaban «el Apóstol» estaba al corriente del complot contra los hombres justos. El nuevo líder de dicho movimiento anunció que la doctrina de la teología de la sustitución iba a ser revisada y que todos los miembros de la congregación se incorporarían a la moderna familia cristiana que siempre había manifestado respeto y reverencia por la validez del judaísmo como camino hacia Dios.

Townsend McDougal emitió un comunicado declarando que había roto todos sus vínculos con la Iglesia de Jesús Renacido casi veinticinco años atrás y que ignoraba que William Monroe padre hubiera mantenido en secreto sus vínculos con dicha organización. A continuación, envió una nota de pésame a Will en la que se disculpaba por haberlo suspendido y le aseguraba que podía reincorporarse a su puesto cuando se encontrara recuperado.

Will miró la montaña de papeles pendientes de clasificar que tenía delante. La luz de su teléfono destellaba: dos mensajes.

–Hola, Will, soy Tova. Espero con ganas lo de esta noche. Dime si hay algo que quieres que lleve.

Se había olvidado. TC iba a ir a cenar a su casa esa noche. Beth lo había planeado todo y había invitado a un atractivo médico soltero que trabajaba con ella en el hospital y a otros dos amigos sin pareja, para despistar. Will se había opuesto a semejante estrategia por considerarla demasiado evidente.

En ese momento, se preguntó cómo reaccionaría ante ese montaje. Para TC, la vida había cambiado durante aquella semana igual o más que para él. Ella fue la primera persona, después de la policía, que llegó a la casa una vez finalizado el *Yom Kippur*; estuvo enviando frenéticos mensajes a Will, y al no obtener respuesta se dirigió

directamente a Crown Heights siguiendo las sirenas de la policía.

–Sabía que estabas decidido a presentarme a tu mujer -le dijo más tarde-, pero se te podría haber ocurrido una forma más fácil, ¿no?

Él le contestó que se marchara a su casa a descansar, pero ella se negó.

–Hay algunas cosas que necesito acabar por aquí -le dijo mientras se despedían en la esquina con un abrazo-. Hay alguna gente a la que debo ir a ver.

Rodeado por las luces rojas de la policía, Will le deseó mucha suerte.

–Ah, una cosa, Will.

–¿Sí?

–¿Puedo pedirte que hagas algo por mí? Lo he estado pensando. Hace tiempo que dejé de ser Tova Chaya, y lo de TC ya no encaja porque suena demasiado a disfraz. ¿Te importaría llamarme Tova?

De eso hacía ya seis meses.

–¡Por favor, escuchad!

Era Harden, que reclamaba la atención de la gente y sacaba a Will de sus recuerdos.

–Es hora de que nos despidamos de Terence Walton.

Enseguida, unas treinta personas se reunieron en la sección de Local mientras Harden rememoraba la trayectoria profesional de Walton en *The New York Times*.

–Bien, debemos reconocer que este hombre ha tenido un innegable talento en cuanto a versatilidad. Ha hecho de todo, ha cubierto la información de la policía, la del ayuntamiento, la sección de economía, ha hecho de editor nacional y de corresponsal en Delhi. Nombren un puesto, y Walton lo habrá ocupado. ¿Quieren creer que este hombre se encargó durante dos años de los rompecabezas de la contraportada de la revista? Incluso escribía los crucigramas. En fin, ahora ha decidido que ya tiene bastante de nuestra maravillosa ciudad y que prefiere

compartir su talento con la buena gente de India. Se marcha para preparar a los periodistas de allí y enseñarles todas las malas costumbres de la profesión. De todas maneras, le estamos muy agradecidos; por lo tanto, alcemos nuestros platos llenos de tarta y digamos «¡A la salud de Terry!».

–¡A la salud de Terry! – corearon los presentes, que enseguida pidieron que hablara.

Walton, obligado por la insistencia de sus antiguos colegas, muchos de los cuales eran desconocidos para Will, hizo algunas bromas y por fin empezó:

–Bueno, si mi educación de Yale me ha enseñado algo es que siempre es mejor una breve intervención que un largo discurso. Y tal como dice la Biblia: «Hermanos, el tiempo apremia». Esta noche cojo el avión para Delhi, de manera que concluiré: ha sido un placer y un privilegio…

La sala prorrumpió en aplausos. Incluso Amy Woodstein se permitió un grito de ánimo, aunque puede que se debiera a que por fin veía partir a Walton. Will, refugiado tras su trozo de tarta, estrechó la mano de su colega y le deseó lo mejor.

Quizá fuera por la mención de Yale, pero cinco minutos después a Will se le ocurrió una idea y se sentó ante su ordenador mientras seguía picoteando pastel. Tecleó «Iglesia de Jesús Renacido» y fue pasando páginas hasta que encontró la foto donde aparecía el reverendo Jim Johnson junto a sus acólitos. Empezó directamente por su padre, tan serio como siempre; luego, pasó a Townsend McDougal y a continuación fue metódicamente de rostro en rostro desde la última fila.

Aumentó el tamaño de la imagen. Allí estaba, en la hilera del centro, separado de McDougal por cuatro personas. Con sus largos cabellos de estilo hippy resultaba casi irreconocible. No obstante, la arrogante sonrisa seguía siendo la misma: Terence Walton

De repente, un escalofrío recorrió la espalda de Will. Todavía podía oír la voz de Walton de hacía un momento:

«Tal como dice la Biblia: "Hermanos, el tiempo apremia"». Entonces supo por qué le sonaba: eran las palabras que la persona que le había estado enviando los mensajes de texto al móvil le mandó mientras estaba encerrado en la comisaría. Era un fragmento de una de las Cartas de Pablo a los Corintios.

Will se recostó en su asiento con una sonrisa. ¿Acaso no había dicho Harden que Walton había desempeñado todo tipo de tareas en el periódico, incluso la de escribir los crucigramas?

–¡Pero si era él! – exclamó en voz alta.

Un miembro fundador de la Iglesia de Jesús Renacido con un talento especial para los acertijos. De repente, a Will no le cupo duda. «No se detenga», los diez Proverbios… Walton estaba al tanto de todo y quiso comunicárselo. Seguramente tenía miedo. Demasiado para abordar a nadie directamente. Si el Apóstol y sus sicarios hubieran descubierto su traición no habrían dudado en matarlo. No era de extrañar que hubiera recurrido a mensajes en clave.

Pero ¿por qué lo eligió a él como destinatario? Sin duda leyó los reportajes que publicó en el periódico y llegó a la conclusión de que estaba sobre la pista de los asesinatos de los hombres justos. Cuando le dijo que no se detuviera, no se refería a que siguiera buscando a Beth, sino que continuara tras el rastro de los *lamad vav*; que no se contentara con Baxter y Macrae, que habría más. Ahora entendía por qué Walton le robó su libreta de notas: quería saber todo lo que él sabía, aunque también cabía la posibilidad de que deseara guardarlo en lugar seguro.

Entonces, tuvo una duda. Si Walton era su informador, un topo infiltrado en el círculo más íntimo de su padre, ¿por qué se había burlado de su reportaje sobre Macrae? ¿No habría sido más lógico que lo hubiera animado?

Will recordó entonces la conversación que mantuvieron después de que la historia apareciera publicada en primera página. «Un éxito difícil de repetir», le dijo, y sin embargo

eso era exactamente lo que Will consiguió después al relatar la vida y muerte de Pat Baxter. Walton le había trazado un camino, y él lo había seguido exactamente.

Tras leer su historia sobre Baxter, Walton seguramente supo que él era la persona que podía poner al descubierto a la Iglesia de Jesús Renacido, desenmascarar a su propio padre. Pero ¿y si resultaba que Walton había trazado sus planes con anterioridad e incluso había organizado la historia de Baxter? ¿Qué dijo Harden antes de enviarlo al oeste? «Yo intenté aprovechar los restos y se los ofrecí a Walton, pero él se disculpó con una vulgar excusa y te propuso a ti.» ¿Podía ser cierto? ¿Walton se había quitado el encargo de encima sabiendo que él iría en su lugar y se daría de bruces con la historia de Baxter? ¿Y el misterioso folleto de la convención de la Iglesia de Jesús Renacido que apareció en su mesa? ¿Fue también cosa de Walton?

Will decidió que lo mejor era preguntárselo directamente, allí y entonces. Giró en su silla y vio que la mesa de al lado estaba aún más limpia que de costumbre.

–¿Dónde está Terry? – preguntó a Amy.

–Según parece, ya se ha marchado. Iba directo al aeropuerto.

Demasiado tarde. Will se derrumbó en su silla, derrotado.

Le habría gustado dar las gracias a Walton y también hacerle un montón de preguntas, pero no iba a poder ser.

–Lástima, me habría gustado despedirme de él como Dios manda.

–¿A ti no te ha dejado ningún regalo? A mí me ha dado un libro -dijo Amy mostrándole el ejemplar de *El malabarista: cómo compatibilizar trabajo y familia*.

Entonces Will la vio: una caja cuidadosamente envuelta que descansaba en la partición de las dos mesas.

La cogió y rasgó el envoltorio. Dentro había una caja de cartón. La abrió y encontró plástico de burbujas. Will sacó lo que había envuelto en él. Parecía el clásico adorno de

escritorio, quizá un giroscopio. Tuvo que desenvolverlo por completo para comprender lo que Walton le había regalado.

Era una figura de Atlas, la escultura del Rockefeller Center, el hombre que cargaba el universo sobre sus hombros. También había una nota:

Un antiguo dicho judío dice que salvar una vida es salvar el mundo entero. Sé que hiciste lo uno. Puede que de paso también lograras lo otro. Buena suerte.

T.

Will la dejó en su mesa, al lado de la bola de nieve de Sadam Husein que había pispado de la mesa de Walton y que nunca había devuelto. Todavía no había alcanzado el nivel de Amy Woodstein, pero Will empezaba a desarrollar su rincón personalizado. El puesto de honor correspondía a una foto de Beth en la que aparecía mostrando la incipiente curva de su embarazo. Al lado había otra de él con su madre. Y a continuación quedaba un espacio reservado para la foto del chico a quien ya quería.

Agradecimientos

Por lo que he llegado a descubrir, todo libro supone un esfuerzo colectivo, y este no es una excepción. Por lo tanto, debo dar las gracias a toda la gente que me guió en lo que fue un proceso nuevo y complejo.

Mi primer agradecimiento es para la comunidad hasídica de Crown Heights. El difunto Gershon Jacobson y su esposa Sylvia me abrieron las puertas de su casa con ocasión de un reportaje que me encargaron en 1991 y volvieron a hacerlo quince años después. Sus orientaciones, junto con la amabilidad y sabiduría de sus hijos, los rabinos Simon y Yosef Yitzhok, resultaron decisivas. Ellos y el rabino Gershon Overlander, de Londres, me introdujeron en un mundo por completo nuevo para mí y que sigo admirando profundamente. También estoy en deuda con el doctor Tali Loewenthal, que ejerció de tutor en los aspectos más decisivos de las doctrinas judía y hasídica. No hace falta

decir que cualquier error en ese terreno se debe exclusivamente a mi intervención.

También estoy en deuda con el personal de *The New York Times*, que me enseñó cómo funciona un gran periódico. Warren Hoge se mostró particularmente generoso al ofrecerme la esencial ayuda de Bill Keller y CraigWhitney, así como de los jefes de las secciones de Internacional y Nacional. Aunque solo sea para aclarar confusiones, debo decir que el *The New York Times* de los hombres justos es fruto de mi imaginación.

Alex Bellos y Hilary Cottam me ilustraron acerca de las situaciones de pobreza en Sudamérica; Peter Wilson, sobre Australia, y Stephen Bates sobre la Iglesia. El yiddish aparece por gentileza de la formidable Anna Tzelniker. Lee de-Beer se pateó literalmente las calles de Nueva York por mí mientras rehacía el camino de Will Monroe y sus perseguidores. Eleanor Yadin y su equipo de la Biblioteca Pública de Nueva York no podrían haber sido de más ayuda. Sharyn Stein aportó datos cruciales sobre los procedimientos legales y policiales de la ciudad.

Tom Cordiner y Steven Thurgood permitieron que me sumergiera en su inacabable saber en materia de informática y ordenadores. Monique El-Faizy merece un agradecimiento especial por asesorarme en cuestiones relacionadas con Nueva York y por fijarse en detalles grandes y pequeños. Kate Cooper y Curtis Brown se demostraron celosos partidarios del libro y atentos lectores. Chris Maslanka demostró por qué es el rey de los crucigramas y propuso ingeniosos acertijos para confundir a Will y TC. Admiro su talento.

Mis padres leyeron los borradores iniciales y rae aportaron sus sabios consejos, así como su apoyo moral. Su influencia es evidente en varios pasajes. Mis cuñados, Jo y Michael, me permitieron que nuevamente convirtiera su casa de Suffolk en un refugio de escritor, donde Michael demostró su buen ojo como lector. Debo especial mención a

mi difunta tía, Yehudit Dove, cuya verdadera bondad inspiró esta historia.

En Harper Collins, Jane Johnson demostró ser una editora modélica, a la altura de su notable reputación. No solo se comprometió con el libro, sino que, ayudada por la talentosa Sarah Hodgson, lo mejoró paso a paso. Tuve suerte de contar con ella.

Hay tres personas que merecen ser destacadas. Jonathan Cummings hizo algo más que investigar: dedicó todas sus energías e inteligencia a este proyecto. Es un auténtico camarada. Debo mucho a Johnny Geller. No solo es un agente famoso, sino un verdadero amigo, un hombre capaz de creer que una conversación de sobremesa después de cenar puede convertirse en una novela, y cuya fe, apoyo y perspicacia nunca me faltan. No es ninguna exageración decir que, sin su intervención, este libro no habría existido.

Por fin, mi esposa Sarah compartió las emociones de este proyecto desde el principio. Consiguió ser no solo una madre maravillosa para nuestros hijos, Jacob y Sam, sino también aportar finos consejos y amor constante. El matrimonio es uno de los asuntos que aborda este libro, y yo disfruto de cada día del mío.

NOTA DEL AUTOR

Los 36 hombres justos es una obra de ficción, pero está basada en ciertos hechos comprobados. Primero, la leyenda de los *lamad vav*, los treinta y seis excepcionales individuos cuya virtud sostiene el universo, es una constante de la tradición judía. Los libros y ensayos que cita el rabino Mandelbaum durante su charla con Will son reales y, para aquellos a los que han despertado su interés, dignos de ser consultados. El punto de partida obvio es *The Messianic Idea in Judaism*, de Gershom Scholem (Schocken, Nueva York, 1971). Scholem explica la historia relatada por Mandelbaum, que aparece en el Talmud Palestino y data del siglo III. Habla de un rabino que vio que, cada vez que cierto

hombre participaba en los actos religiosos, las plegarias de la comunidad para que lloviera eran atendidas. Ese hombre era conocido como Pentakaka, un nombre derivado del griego cuyo significado literal es «Cinco pecados». Pentakaka ofrecía prostitutas e incluso tocaba música y bailaba para ellas; sin embargo, cuando una mujer se ofreció a convertirse en una de ellas para evitar que su marido fuera a la cárcel, Pentakaka prefirió vender sus pertenencias y ofrecerle el dinero así obtenido antes de permitir semejante indignidad. En otras palabras, la historia de Howard Macrae no es totalmente inventada: su acto de bondad está documentado y tiene al menos mil setecientos años de antigüedad.

La buena obra de Jean-Claude Paul en Haití -la de crear una cámara secreta que preserve el anonimato de los que dan y reciben caridad- tiene raíces aún más antiguas. «La cámara de los secretos», tal como se la llamaba, existió en el templo de Salomón, que fue el santo lugar del judaísmo desde el año 953 a. C. hasta su destrucción en el año 586 d. C. Representaba la encarnación de un principio básico: que el acto de dar no debía suponer gloria ni humillación para quienes intervinieran en él, sino que debía consistir simplemente en un acto de justicia.

Es también un hecho que existe una amplia comunidad hasídica en Crown Heights, una comunidad que todavía lamenta la muerte del *Rebbe*, ocurrida hace unos años, y que sigue extendiendo sus esfuerzos por el mundo. El *Rebbe* de los Lubavitch o Movimiento Chabad fue una figura notable, a quien muchos de sus seguidores consideraban el Mesías. Algunos lo siguen creyendo.

Por último, la teología de la sustitución o «supresionismo» no es ninguna invención. Muchos cristianos sostienen que los judíos han perdido su papel de pueblo elegido de Dios, condición que ha pasado a los que siguen a Jesucristo. La cita de la enciclopedia Wikipedia que

Will lee sobre ese asunto no ha sido inventada, sino transcrita literalmente.

Todo lo dicho son hechos ciertos. En cuanto a lo demás, ¿quién puede saberlo con certeza?

[1] Bollos típicos estadounidenses. *(N. del T)*

[2] Calle londinense famosa porque en ella se encuentran las redacciones de los principales diarios. *(N. del T.)*

[3] Juego de palabras intraducible donde se juega con el significado de in, «entrar», y el de inn, «posada». (N. del T.)

[4] * El hasidismo es un movimiento de renovación de la tradición judía que pone el acento en la devoción y no tanto en el saber religioso, y busca, en consecuencia, devolver un sentido de poder y esperanza a la población. Una de sus singularidades más sobresalientes es la intensidad con que sus miembros efectúan sus rituales, lo que le da un carácter místico que contrasta con el profundo y arraigado sentido racionalista del resto de las comunidades y tradiciones judías, para las que lo sagrado solo está presente en Dios, en tanto que para el hasidismo este se manifiesta en cada uno de los actos del hombre. *(N. del T.)*

[5] Se dice que el rey Canuto de Inglaterra, para demostrar a sus cortesanos que era un ser humano común, gritó al mar que se detuviera… hasta que tuvo que retroceder por la subida de la marea. *(N. del E.)*

[6] * Acrónimo de Absent Without Order to Leave, término militar para referirse a los soldados que se ausentan sin permiso. *(N. del T)*

[7] Canción de Frank Zappa que satirizaba a las quinceañeras de la época. *(N. del T.)*

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
16/02/2010
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com